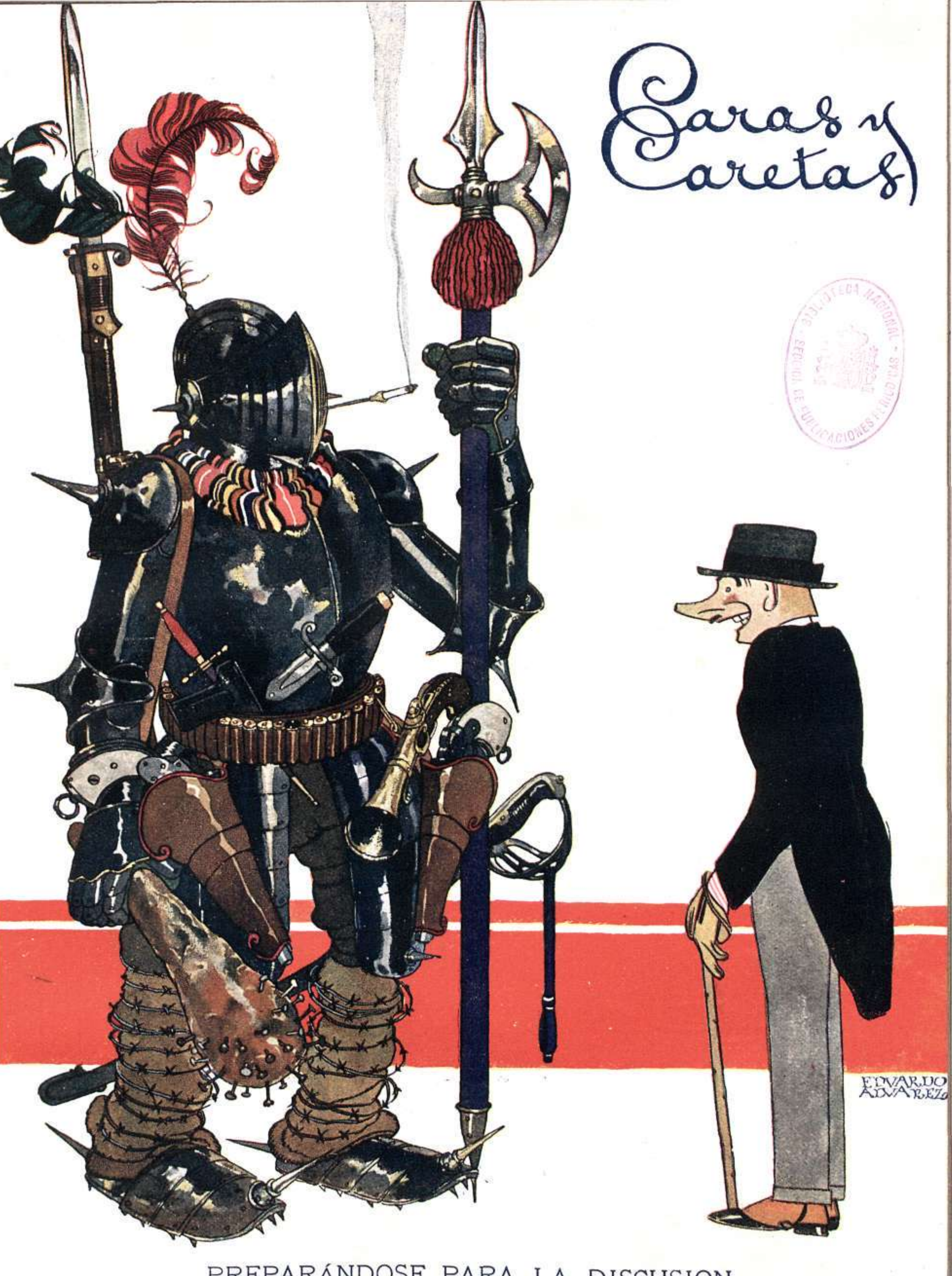


PREPARÁNDOSE PARA LA DISCUSION

—¿Dónde vas armado de semejante manera?

—Recuerda que soy diputado y que hoy tengo sesión en la Cámara.

Ser el mimado de la mujer

es cuestión de caer en gracia, atraer la simpatia... Y esto lo ha conseguido el Jabón

HENO DE PRAVIA

Es el favorito de las señoras "chic" y merece también el favor de los hombres cuidadosos de la higiene y blancura de la piel.



JABÓN
HENO DE PRAVIA

Muy espumoso e intensamente perfumado.

De venta en los principales establecimientos de América.

Gal

DIVAGACIONES DE UN CONFINADO

POR MIGUEL DE UNAMUNO

A PESCA DE METÁFORAS

En esta fuerteventurosa Isla Afortunada hay caza y hay pesca. Hay caza de conejos y de gangas. La frase a caza de gangas es aquí una realidad.

La *ganga* es un ave — la *pterocoles orientalis*, según el ornitólogo David A. Bannerman, cuya obra sobre las Islas Canarias tengo a la vista, y que la llama en inglés, «lack- breasted» Sandgrouse — la ganga es una especie de perdiz majorera, a la que se le puede cazar cuando va de aguada, pues es un animal muy suspicaz y medroso. Su reclamo suena como agua hirviendo. Pero yo no soy cazador, por lo menos de animales.

Tampoco soy pescador, pero he salido algún día de pesca. Mis compañeros de excursión marina salían a pescar pescados, yo salía a la pesca de metáforas. Y a la sombra de la vela, reclinado en el borde del bote, hundía mi mirada en el seno azul de las olas y buscaba allí una fuente de metáforas, un manadero de ideas.

En Las Palmas de la Gran Canaria nos enseñaron esta cuarteta:

Ni en Puerto Cabras hay cabras — ni en la Oliva hay un olivo—ni pájaros en la Pájara — ni en la Antigua hay nada antiguo. Excusado decir que Puerto Cabras, la Oliva, Pájara y la Antigua son los nombres de cuatro poblados de la isla. Y lo que dice el cantor no es cierto, si no es acaso por lo del olivo.

Desde luego hay cabras aquí, en Puerto Cabras — esta misma mañana contemplaba una cuyas henchidas ubres descansaban sobre el pedregal que había estado como lamiendo — y hay además en su mar, cabrillas. Cabrillas se les llama a unos pescados que abundan en estas costas.

Mis compañeros pescaban cabrillas y yo los contemplaba, sujetándolas con los dedos por junto a las branquias, cuando después de haberlas desprendido del anzuelo se les iba a arrojar al fondo del bote. ¡Aquellos ojos que parecen despavoridos!

Y luego, allí, en el fondo del bote, su agonía en el ahogo del aire, agitándose de vez en cuando, dando pequeños saltos sobre sus aletas! ¡Congojosa agonía! ¡Trágico ahogo!

Ahogo: palabra que, como sofoco, vienen de *focus*, de fuego. Y se ahoga uno en agua, y el pez se ahoga en el aire. Un pájaro si cae al agua se ahoga en agua y un pez se ahoga en el aire.

Recordé lo que Platón nos dice de aquella región etérea donde los felices mortales que a ella llegan, los inmortales, respiran éter que es al aire lo que el aire es al agua. Y al contemplar a la pobre cabrilla agonizando en el aire, pensaba lo que será la agonía en el éter de un pobre hombre mundano y frívolo, de uno de esos sedicentes patriotas que tenga que respirar en una región de etéreos principios, en un ámbito de ideales de libertad, verdad y justicia.

(Al llegar a este punto de mi divagación, una de las moscas que me están molestando mientras escribo — aquí las moscas duran todo el año — se cae en el tintero, y hay que ver la agonía de la mosca en la tinta! ¡Una agonía en tinta!)

El pez vuela en el seno de las aguas — hay, además peces voladores que vuelan algún tiempo en el aire, sobre la mar — y el ave nada en el seno del aire, moviéndose uno y otro en un ámbito homogéneo, mientras que nosotros, los hombres, como todos los animales terrestres, discurrimos, cortando el aire, sobre una superficie sólida. Hay que pisar en tierra y respirar y ver en aire. Aunque el submarino y el aeroplano hayan alterado ese régimen.

«¡Maravillas de la ciencia!» — exclaman algunos papanatas refiriéndose a esos artefactos inventados por el ingenuo humano. Pero los tales artefactos en poco o en nada alterarán la profunda constitución de la mente humana. Como apenas si la han alterado el telescopio y el microscopio. Y en cuanto a novedad, ¡cuánto más nuevo que un aeroplano sería si apareciese un ictiosauro vivo o uno de aquellos gigantescos reptiles voladores que cruzaban los aires cuando el hombre no arrastraba sus miserias y sus vergüenzas sobre la tierra!

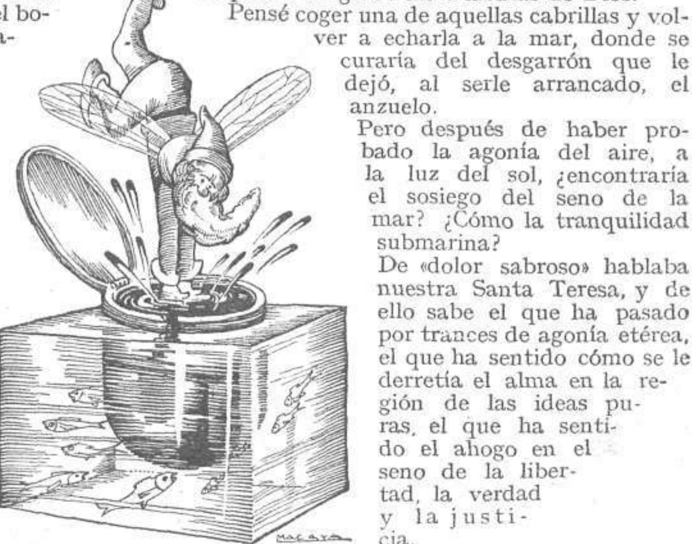
Ni en aeroplano volará nadie más alto que voló la inteligencia sublime de Platón.

¿Cuándo uno de esos artefactos de la industria humana podrá ser una fuente de metáforas, como lo es uno cualquiera de los poemas vivos de Dios? De un producto del ingenio humano se puede sacar todo menos poesía; la poesía surge de las criaturas de Dios.

Pensé coger una de aquellas cabrillas y volver a echarla a la mar, donde se curaría del desgarrón que le dejó, al serle arrancado, el anzuelo.

Pero después de haber probado la agonía del aire, a la luz del sol, ¿encontraría el sosiego del seno de la mar? ¿Cómo la tranquilidad submarina?

De «dolor sabroso» hablaba nuestra Santa Teresa, y de ello sabe el que ha pasado por trances de agonía etérea, el que ha sentido cómo se le derretía el alma en la región de las ideas puras, el que ha sentido el ahogo en el seno de la libertad, la verdad y la justicia.



DEL GRAN CONCURSO LITERARIO DE CARAS Y CARETAS



IDILIO LEJANO

(NOVELA CORTA)

En la estancia todos se han retirado a descansar durante las horas de la siesta. Las chicharras hacen estremecer los aires con su estridente canto.

Los pastizales amarillos, que ondean al viento, reflejan con fuerza la luz ardiente del sol.

Con mi rifle y mis aparejos de pesca salgo al campo.

Tengo que andar media legua bajo ese sol deslumbrante hasta llegar a los montes del río; pero, la costumbre quita para mí las molestias de esas andanzas y voy satisfecho, aspirando el vaho saturado de esencias vegetales que el sol exprime y que los vientos evaporan.

¡Dicha inefable de vagar por la soledad de los montes, ágil el paso, firme el ánimo y sintiendo a la naturaleza palpitar junto a nosotros en pleno vigor!

Un zorro cruza por el camino al trotecito y lo persigo disparando mi rifle con mala puntería.

Corriendo a ratos y espiando agazapado, entro por los pajonales que preceden al monte en la llegada al río, y cuando alcanzo la costa estoy agitado y sudoroso.

El aire, que se refresca en las aguas, alivia mi cansancio.

A ratos óyese el grito destemplado de algún carpincho que se arroja al agua, y junto a mí, entre las hierbas y entre la ramazón de los árboles, los insectos zumban con chirridos que se mezclan para formar una vaga sinfonía.

Paso así un largo rato en vano empeño de pesca, y vuelvo después a internarme en los montes siguiendo la enmarañada senda de la costa.

El río Gualeguaychú, en esa parte de su curso superior, corre a trechos encajonado en un cauce profundo de unos diez metros de ancho, y en otras partes se extiende, perdiendo profundidad, entre orillas separadas una de la otra por más de una cuadra.

Espesa arboleda llena esas costas dándoles hermoso y salvaje aspecto.

Camino, y de pronto oigo un ruido de ramas y en seguida la voz cristalina de María Julia que me grita con tono de aflicción:

—¡No te acerques, Juan Agustín, no te acerques!

No alcanzo a divisar a mi prima, cuya voz sale de atrás de un espeso montón de árboles y lianas; y repuesto de mi sorpresa, intento adelantarme para salvarla del peligro en que la supongo, cuando me ordena nuevamente:

—¡No te acerques, no te acerques! ¡No puedes!

Ante ese tono de enojo mi curiosidad se aviva; mas, reteniendo mi impaciencia, le pregunto:

— Pero, ¿qué te pasa? ¿Qué te ha sucedido?... ¡Voy a ayudarte!

Ella, ante estas últimas palabras y ante mis primeros pasos de avance, cambia el tono imperativo por un llanto implorante:

— ¡No, Juan Agustín! ¡No te acerques! ¡Te digo que no puedes! ¡No seas malo, Juan Agustín! — Este llanto puede más que aquellas órdenes y me detengo.

— Pero, ¿me dirás qué tienes? Me quedaré aquí, pero, ¿qué te sucede?

— Nada, nada — me contesta, ya más tranquila, aunque con la voz temblorosa de llanto. — Te voy a decir: me había subido a este árbol a bajar una planta de flor del aire, y se me ha roto el vestido. Ahora lo estoy componiendo...

— ¡Vaya, chiquilla! — le contesto. — ¿Y es por eso, no más, que no puedo acercarme?

— Es que... no — se apresura a contestarme. — Es que se me ha roto... mucho. Me lo he sacado un poco. ¿No tienes alfileres?

— Sí — contesto. — Muchos. Pero todos torcidos. Preparados para mojarreros.

— No es nada. ¡Dámelos!... Pero, ¡no! ¡No te acerques!

— ¿Y cómo quieres que te los dé, entonces?

— Mira — me responde: — espera.

Siento luego ruido de ramas en el lugar donde se esconde María Julia, y después me grita:

— Bueno; ahora sí, acércate un poco. Deja los alfileres allí, en la horqueta de ese espinillo. Sí... allí. Bueno, ahora ándate lejos y no vuelvas hasta que yo te llame.

Al retirarme miro involuntaria y tímidamente de soslayo hacia el matorral donde se vislumbra el tono del vestido de mi prima; pero ella me grita:

— ¡Bueno, bueno! ¡A ver si te vas de una vez!

— ¿No te puedo ayudar?

— ¡No, no! ¡Te he dicho que no! — exclama, vergonzosa y enojada.

Me retiro, y al rato oigo que María Julia me grita:

— ¡Ahora sí! ¡Vení! ¡Vení!

Cuando vuelvo encuentro a mi prima cargada con grandes ramas de aromo florecidas y con una planta de clavel del aire, también con una tenue flor purísima.

Un enorme rasgón, improvisadamente remendado, cruza su vestido desde el cuello hasta la cintura.

— Mira — me dice: — me había subido a ese árbol; resbalé, caí, y esa punta se enganchó en mi vestido.

— Pero, ¿y qué andabas haciendo entre el monte?

— ¿Y tú?

— Yo siempre vengo...

— ¡Oh! Y a mí también me gusta. Y sobre todo que esos señores que vinieron de la ciudad me fastidiaron mortalmente con su sobremesa: Que la crisis ganadera, que la desvalorización de las haciendas, que los frigoríficos, que los saladeros y que esto y que lo otro. ¡Vaya un tema para entretenerme! Preferí salir y venirme al monte.

Así conversando llegamos a la orilla del río. Las aguas tranquilas son un espejo que refleja con fotográfica fidelidad el tono violáceo del cielo en la tarde que ya serenamente declina.

El perfume de los aromos tiene a esa hora una frescura delicada que embriaga dulcemente los sentidos, y el silencio que se impone sobre la naturaleza y las sombras que empiezan a surgir de entre los huecos de los árboles, imprimen al paisaje un aspecto de milagrosa contemplación.

Nos hemos sentado junto al agua. He mojado mi pañuelo para lavar un rasguño que se había hecho María Julia en su caída.

En la extática contemplación, la blanca y delicada mano lastimada ha quedado entre las mías.

Un último rayo de sol, atravesando el monte por debajo de las ramas de los árboles, enciende el oro de los cabellos de mi prima.

Se ha entrado el sol. Aun es de día, pero ya aparece, parpadeando, una estrella. Los ojos azules de María Júlia se elevan en éxtasis hacia el astro perdido en el fondo del infinito, y yo entre mis manos siento aquella manita suya que suavemente, suavemente, palpita en un tibio tic tac que, con el de mi corazón, parecen el único movimiento que perturba aquella serenidad.

II

El viento, que ha estado soplando toda la noche y la mañana, continúa a la tarde. Desencadenado en los montes, parece que disloca las ramazones; y en los pastizales revuélvese en mil remolinos.

Cuando con mi prima cruzo la galería en dirección a la tranquera, mi padre aparece en la puerta del comedor.

— Pero, ¿van a salir con este día?

— ¡Pues sí, señor! — contestamos a un tiempo y con igual entusiasmo.

— ¡Buen par de locos! — exclama mi padre al tiempo que se vuelve a las habitaciones.

— La verdad es que si piensas cazar con este viento, te engañas — me dice María Julia con seriedad inusitada. — Y, francamente, no sé en dónde nos vamos a meter.

— No — le contesto. — Entre el monte el viento no se ha de sentir tanto; y buscaremos algún rinconcito de la costa para pescar. ¿Quién aguanta este forzado encierro?

Cuando vamos cruzando entre los primeros árboles del monte, mi prima me pide el rifle para tirarle a un carancho posado en la copa de un tala; y mientras ella lucha para sujetarse las guedejas que el viento echa sobre sus ojos, le aconsejo:

— No tires de ese lado. El sol no te va a dejar apuntar bien. Córrete hacia la derecha.

En esto una gallineta sale huyendo de un matorral de paja, a grandes trancos, airosa con su plumaje bermellón y su cola parada.

María Julia, olvidando la primera pieza, detiénese y dispara sobre la gallineta y la hiere.

El animalito ensaya en vano un vuelo; y luego echa a correr saltando, renga.

Loca de entusisasmo con su éxito, María Julia la persigue, y entonces el animal, que ve cerca a su perseguidora, refúgiase en una cueva que encuentra en su camino; pero mi prima, que llega al punto, mete la mano para atraparla, y grita en el colmo de su alegría, llamándome:

— ¡Aquí está!

Pero, yo, que me acerco corriendo, la veo de pronto retorcerse pretendiendo retirar con espanto la mano de la cueva; y lanza el más horrible alarido de terror y dolor que en mi vida he escuchado.

Velozmente me arrojo hacia ella, y en la obscuridad del agujero diviso una cabeza peluda cuyas mandíbulas aprietan la mano de la desgraciada cazadora.

Desenvaino entonces mi cuchillo de caza y clavo su afilada hoja en la nuca de la bestia, que afloja entonces su presa; y María Julia se desmaya en mis brazos.

La sacudo briosamente; pero como el desmayo continúa, la levanto y corro con ella hasta una cañadita cercana y baño en agua su rostro cubierto de mortal palidez.

Poco a poco se reanima, y cuando vuelve en sí repite sus desesperados gritos, exclamando:

— ¡Me voy a morir! ¡Me voy a morir!

Consigo a la fuerza apaciguarla y le digo:

— ¡Un poco de juicio, chica! Vamos a ver. Es un mordisco, nada más...

— Sí, pero, ¿y el veneno? — grita con angustia.

— ¿Qué veneno?

— Pero, ¿no era una víbora? ¡Sí! ¡Si es un víbora que me ha mordido!

— No, María Julia — le digo. — No sé qué es, si es zorro o comadreja; pero víbora no era. Estoy seguro.

— ¡Vamos a ver!

Corre, riendo con una vaga risa nerviosa; y cuando llegamos, una comadreja se retuerce agonizando junto a la gallineta, ya muerta.

Sin duda, cuando la comadreja notó en su cueva la presencia de la gallinácea herida, que tan fácilmente se le brindaba al buscar refugio en el peligroso hueco, quiso disputar su presa a la suave mano que se la arrebataba, y le clavó sus dientes, furiosa.

Miro la mano de María Julia. Los afilados colmillos han penetrado profundamente en el dedo índice y en el mayor. Llegamos al río y lavo prolijamente las heridas en medio de los lamentos llorosos de mi prima.

— No es nada — le digo mientras hago un vendaje con mi pañuelo. — En dos días estarás curada.

— ¿No es nada? ¡Es claro! ¡Como no es en tu carne!... Pero, ¡qué susto! ¡Qué horror! ¡Yo creí que era una serpiente enorme que me arrancaba el brazo!...

Y las pupilas se le dilatan con pánico de locura, y nuevamente, ante la evocación del episodio, se extiende desmayada sobre la arena de la orilla.

Yo contemplo esa frágil estatua viviente caída, más hermosa en su doloroso desvanecimiento; y, ya menos temeroso de un peligro mayor, pienso que si no fuera una profanación cobarde podía dar un beso en esos labios finos que se mueven apenas en una leve palpitación y en esos ojos sobre los cuales se han plegado tristemente los delicados párpados y las largas y sedosas pestañas...

III

Hoy tuve que salir para el pueblo en seguida de la comida de medio día. Mi padre me había mandado llamar.

¡Día horrible de calor!

Pero el aire que agito en mi furiosa carrera en el automóvil me refresca la cara.

María Julia se ha quedado triste con mi imprevista partida.

Pero, apenas he andado dos leguas (una quinta parte del camino), encuentro a mi padre que viene de la ciudad. Abandona el automóvil de un vecino en que ha venido y sube al nuestro.

Quedamos aún media hora tratando una vieja cuestión de deslinde de los campos y luego retornamos a la estancia.

Son las dos de la tarde. Pregunto por mi prima. Ha salido al campo.

— ¡A asarse con este solazo! — dice mi padre.

Y con un secreto intento de que yo me quede con él, me da conversación.

Pero, yo me he puesto de pie y me paseo impaciente por irme también; y como, aunque me esfuerzo en atenderlo, nota mi preocupación, me dice, al fin, medio enojado:

— ¡Andate, hombre! ¡Andate con esa mocosa! ¡Ya veo que te estás muriendo por salir de una vez!...

Yo ensayo una mala defensa; pero, como mi padre no quiere oirme, me voy.

He andado por entre el monte, he seguido por la costa caminando como dos horas sin hallar a María Julia.

Entonces sigo hacia la rinconada del arroyo Gená, la parte más desierta del campo.

Como hay allí una amplia playa donde suelo encontrar nutrias y garzas, me aproximo con precaución, escondido entre los árboles.

En el arenal un hermoso sauce llorón forma con su ramaje caído como una glorieta.

Cincuenta metros, por lo menos, me separan del árbol cuando dirijo la vista y veo junto a él una figura blanca que se incorpora entre el agua de la playa.

¡Oh, visión indescriptible! ¡Oh, aquel cuerpo esbelto y fino, blanco y sonrosado, a medias entre el agua y sin otro ropaje que la rubia cabellera desprendida que se derrama sobre los hombros!

La ansiedad de la emoción me ahoga y siento vacilar mi pensamiento como si creyera estar en un sueño. María Julia dirige miradas temerosas hacia las costas, como si el grito de los horneros cercanos al sitio en que me oculto le hiciera desconfiar de la presencia de algún indiscreto testigo; y se refugia entre las ramas del sauce para vestirse.

Con mil precauciones para que no me vea ni me oiga retrocedo y me alejo y huyo en dirección al punto más opuesto del campo.

Ando y ando, y llego ya bien entrada la noche a la estancia.

María Julia está sola sentada en un sofá del escritorio.

Cuando me ve se asombra.

—¿Cómo? ¿Y tú por aquí? Te hacía en el pueblo...

No. Tuve que volverme. Papá venía ya de vuelta. Lo encontré en el camino.

— ¡Ah! ¿Entonces desde temprano estás aquí?

— Así es.

— ¿Y qué has hecho? — me interroga con creciente interés.

— Anduve por el río... por el monte.

— ¿Por qué lado? — me pregunta clavando sus ojos en los míos fijamente.

— Por allí; por el paso de los talas...

— ¡Ah! — dice suspirando. — ¿No acostumbras a andar por la rinconada del Gená?

Y agrega, justificando su pregunta:

— Siempre hay mucho que cazar por ahí...

Yo sé lo que quiere averiguar; siento que se fija atentamente para ver si la engaño, y miento sin habilidad:

— No; hace días que no ando por ese lugar...

Pero ella ha conocido mi mentira, porque me he puesto rojo, y ella enrojece también y se confunde.

La situación mortificante se hace insostenible.

Felizmente un peoncito entra en ese momento y corta la escena:

— Dice el patrón que la comida está en la mesa.

Y esa noche María Julia no me ha mirado ni una sola vez y se lo ha pasado conversando exclusivamente con papá y el mayordomo.

Y mi tía, siempre tan callada, me mira compasivamente, como si viera en esa indiferencia de mi prima una injusta maldad a consecuencia de cualquier enojo de novios.

IV

¡Qué mañana tan linda! Cruzamos el monte en medio de los cantos de los zorzales, de las calandrias y de los cardenales.

¡Qué alegría en todas las cosas!

Junto al río, mi prima, con enérgicos gestos, me manda guardar silencio y me indica después una pareja de nutrias sentadas frente a nosotros en la otra orilla.

Allí el río es angosto.

María Julia trae también su rifle, y a media voz me dice:

— Tú le tiras a la mayor; yo a la de la derecha. Yo voy a dar la señal.

Apuntamos y ella dice:

— ¡Uno... dos... tres!

Suenan simultáneamente los dos tiros.

María Julia he errado el suyo, porque la nutria más pequeña permanece quieta en el mismo lugar, mientras que la otra da dos o tres brincos y al fin se tiende sin fuerza.

Voy a tirar nuevamente cuando María Julia exclama alegremente:

— ¡No le tires! Mira: ¡ya se muere!

Efectivamente. Comienza a sangrarle un ojo y luego se inclina a un costado.

— Y ahora, ¿quién las alcanza?

— Espera — le digo. — Por allí se puede cruzar el río.

Caminamos unos treinta pasos. El río se estrecha y en sus dos orillas grandes sauces juntan arriba sus copas. Inmensos troncos secos caídos al fondo del agua han embalsado ramazones y camalotes. Sobre los troncos que flotan y sobre la parte saliente de los que están en el agua es posible pasar de una orilla a la otra.

Me descalzo para cruzar y mi prima se empeña en acompañarme.

En vano intento disuadirla.

— Mira que el río es muy hondo; sería muy peligroso caerse.

No quiere oir razones.

— En el peor de los casos, lo que me puede suceder es que tome una mojadura. Pero como no me voy a largar de donde me tome...

Yo empiezo a tantear los troncos. Son traicioneros. Los que parecen más firmes se hunden de pronto. Otros descansan en una punta, y, cuando menos se piensa, pierden su equilibrio, se tuercen y corren.

María Julia sigue animosa. A duras penas y lentamente vamos llegando a la mitad del río. La corriente es allí fuerte y llena de remolinos. Pero la situación se hace muy peligrosa. Un tronco se ha ido hundiendo sin que lo veamos, y quedamos entonces sobre la horqueta de otro, en violenta e incómoda posición. Para guardar el equilibrio tenemos que arquear el cuerpo. Yo no veo por dónde podremos seguir.

Los rizos rubio de María Julia me rozan la cara. Su respiración anhelante llega tibia hasta mí; sus mejillas encendidas están junto a mi boca.

Yo olvido todo y un impulso me domina. Aproximo mis labios y doy un beso en la boca roja y húmeda que me tienta.

¡Oh, sabor divino de fruta sana y madura, olorosa y sabrosa!

Mi prima gime y se retuerce.

— ¡Infame! ¡Infame! ¡Déjame! ¡Déjame, infame!

Sepárase de mí y está a punto de caer al agua.

La sostengo; y luego, con signos de grave enojo, comienza trabajosamente a retornar al punto de salida. Cuando llega a la costa desahoga su ira:

— ¡Vean qué caballero! ¡Aprovecharse de la situación afligida de una muchacha! ¡Esas son tus quijotadas! ¡Y tendrás todavía el valor de decirte Quijote! ¡Follón, malandrín, menguado!

Yo me callo. No ha de estar tan enojada cuando rezonga así. Yo la conozco. Si se hubiera quedado callada, entonces sí habría que temer.

Y, como puedo, llego a la otra orilla. Recojo las nutrias y arrojo sus cuerpos a la orilla donde está María Julia. Esta ha recuperado su buen humor, y ahora grita y palmotea:

— ¡No pasarás! ¡No quiero que pases! ¡No te voy a dejar! ¡Te voy a hacer caer al agua!

Comienzo a deslizarme por el tronco mayor cuyas ramas pasan de orilla a orilla; pero María Julia, decidida a cumplir su empeño, ha tomado uno de sus extremos, moviéndolo violentamente para que yo no pueda guardar el equilibrio.

Y se ríe a carcajadas al ver realizado su capricho.

Me detengo. En vano le ruego.

Vuelve insistentemente a su intento, hasta que cansado resuelvo hacerle una broma: cuando yo comience a andar sobre el tronco y ella lo mueva, voy a arrojarme al agua simulando una caída; y aunque no es mucho lo que sé nadar, voy a intentar aparecer detrás de los raigones de un tala (en la misma costa en que se encuentra mi prima), donde ella no podrá verme, para hacerle creer que me he ahogado.

(¿Qué demonio infernal me aconseja este bárbaro disparate?)

Pretendo entonces seguir avanzando y ella reanuda los violentos sacudones. Respiro largamente, mido con la vista el trecho que debo recorrer bajo el agua y, simulando una caída, me hundo en la corriente.

Cuando saco la cabeza del agua estoy justamente en el punto elegido, y rápidamente me tomo de una raíz saliente para sostenerme. Por entre los intersticios de la raigambre puedo ver a mi prima.

Se ríe con todas sus ganas; pero, al instante, su cara se vuelve seria.

Mira hacia el agua. Indaga, cerca, lejos, más lejos.

Ha pasado un segundo, dos... tres... Un velo de ansiedad le cubre el rostro; dilátansele las pupilas, críspansele las manos. Grita:

— ¡Juan Agustín!

Y luego un alarido de locura rompe los aires en estridente voz de angustia espantosa.

Recién entonces comprendo la brutal necedad que cometo. Trepo rápidamente la costa y avanzo hacia ella.

La infeliz me mira con su faz trágica, y en un rapto ardiente arrójase sobre mí y tomando entre sus manos mi cabeza me cubre de besos el rostro.

— ¡Querido! ¡Querido! ¡Qué bruta que soy!

Y yo, abrumado por un terrible arrepentimiento, bajo esa lluvia deliciosa de caricias de la que, sin serlo, se cree culpable, no me animo a decirle la verdad.

V

La estancia está triste. Se han ido al pueblo papá, tío Carlos, tía Luisa y el mayordomo.

Y tía Joaquina, que ha quedado, ¡es tan callada, tan triste también!

Los tres hemos cenado en silencio, rápidamente, y tan temprano que cuando nos levantamos de la mesa recién empieza a anochecer.

Tía se acuesta en seguida y María Julia y yo quedamos solos sentados bajo los paraísos.

Mi prima, no sé con qué motivo, empieza a contarme sus impresiones de una lejana lectura de la Biblia.

Habla con entusiasmo, pero confunde tan cómicamente los libros, los personajes y los episodios, que yo me río; ella se enoja jurando no hablar más.

— Pero si me encanta escucharte, María Julia. ¡Sigue!

No quiere hacerlo por nada; y le digo entonces:

— Bueno. ¿Quieres que caminemos por el campo?

Y salimos.

El cielo, recamado espléndidamente de estrellas, es un espectáculo maravilloso. En el horizonte, muy a lo lejos, un vago fulgor; son las luces de Gualeguaychú.

Las luciérnagas parecen hilos de plata que se entrecruzan y se cortan y se enredan en el aire.

La leve brisa que sopla trae una frescura deliciosa.

— ¿Y si llegáramos hasta el río?

— Yo tengo un poco de miedo...

— ¿Miedo? ¿Y de qué?

— No sé; el monte, tanta obscuridad...

— ¡Tonterías! Pronto va a salir la luna. ¡Vamos!

— Y bueno...

Marchamos.

La verdad es que la profunda obscuridad del monte es imponente. Crujen a veces las ramas con ruidos sospechosos; se oyen sonidos que parecen pisadas detrás de uno. A veces una lechuza chista siniestramente. Entre los árboles las palomas despertadas con sorpresa escapan batiendo ruidosamente las alas.

Mi prima, apoyada en mi brazo, camina en silencio.

Y así llegamos al río.

La corriente suave produce apenas un vago rumor.

Estamos junto a los árboles que bordean la costa.

— ¿Sientes qué aroma? — me dice María Julia.

— Sí — le digo. — ¡Qué delicia! ¿No?

— ¿Y de qué es?

Yo conozco el lugar. Estamos en un retazo del monte donde abundan los arrayanes y los azareros silvestres.

Nos hemos sentado. Yo me tiendo en el suelo y elevo la vista a las estrellas.

Una especie de mareo parece que me elevara a los cielos. Sólo diviso estrellas y un cielo negro azuloso. El alma se cierne en las alturas; la tierra ha desaparecido.

Oigo después que María Julia me habla.

— Mira. Debe estar saliendo la luna.

En efecto: el monte de la costa de enfrente tiene una orla de nácar y en el cielo se difunde una blanca claridad.

Luego la luna llena asoma en todo su esplendor y el paisaje toma nuevo aspecto. Las masas negras de montes interminables que nos rodean se esmaltan con su luz.

Ahora veo blanquear las flores de los árboles cercanos.

Mi prima mira como hipnotizada a la esfera resplandeciente de la luna; y recuesta blandamente su cabeza en mi hombro.

Hemos intentado hablar, y, como el eco de nuestra propia voz nos impresiona, callamos.

¿Qué tiempo ha pasado?

María Julia se ha dormido.

¡Oh, su faz de virgen iluminada por esa luz en aquel marco de salvaje belleza!

Yo beso sutilmente sus ojos y tomo entre mis manos las suyas.

Y ensimismado en contemplarla musito con emoción religiosa los versículos del Cantar de Salomón que involuntariamente acuden a mi memoria:

«¡Qué hermosa eres amiga mía! ¡Qué hermosa eres! Tus ojos de paloma bajo los pliegues de tu velo. Tus cabellos como rebaños de cabras subiendo por los montes de Galaad. Tus labios como cinta de púrpura. Tus mejillas como cacho de granada bajo los pliegues de tu velo. Tu cuello como la torre de David. Toda eres hermosa, amiga mía; y mancilla no hay en ti. Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa; huerto cerrado, fuente sellada. Fuente de huertos, pozo de aguas vivas, río que corre del Líbano...»

Y un suave sopor me domina...

Despierto de pronto.

— ¡Juan Agustín! ¡Juan Agustín!

Nos hemos dormido los dos vencidos por el cansancio de las andanzas de ese día y tal vez por la influencia del perfume de tantos árboles florecidos que nos rodean.

La luna, cerca del cenit, derrama sobre todo el paisaje su fulgor de plata. Un aire frío mueve lentamente los árboles.

Pero María Julia está asustada.

— ¡Yo he oído una voz! ¡Un grito!

En esto óyese un tropel y un grito; y en seguida un chapuzón formidable en el agua.

Es un carpincho que grita con su voz hueca de falsete ululante al arrojarse al río; y mi prima se acoge a mí temblando de miedo.

— ¡Vámonos!

Emprendemos la vuelta.

Y en el camino, mientras se oye, muy a lo lejos, ladridos de perros, nuestras sombras «son una sola sombra larga» y nos estremecemos con secreto terror con un penetrante frío de muerte evocando el nocturno de Silva...

VI

Fué de María Julia la idea de hacer un paseo por todo el día al río; pero yo estoy encargado de organizarlo.

Tarea fácil, ciertamente, porque vamos solamente... ella y yo.

Cuando invitábamos, todos nos han contestado lo mismo:

—¡Salgan, locos, de aquí! ¿Cuándo se van a cansar de andar vagando por el monte?

...Antes de que el sol haya salido ya estamos en la costa. En el breack llevamos armas, aparejos de pesca y provisiones.

En la costa está la canoa que el día antes hemos hecho llevar del arroyo San Antonio. Es una tosca embarcación en forma de piragua, segura y fuerte.

El peón nos ayuda a embarcar los efectos que llevamos y se vuelve a la estancia con el coche. Vendrá a esperarnos al anochecer.

Calculo que tenemos que remar por lo menos una hora para llegar a la cañada de los Porongos, en cuyas inmediaciones hemos decidido pasar el día.

¡Día de emociones!

En el primer recodo del río sorprendemos una tropilla de carpinchos y mi winchester da cuenta de tres hermosos ejemplares.

Más adelante una tortuga que descansa pacíficamente en la arena de la orilla queda acribillada a balazos; y María Julia ensaya con espléndido éxito su excelente puntería en una iguana que asoma su cabeza sobre la barranca del río y le corta la cola y la guarda alabando las grandes virtudes curativas de sus anillos.

La verdad es que cuando llegamos al lugar propuesto, el tiempo se muestra amenazante. Hay un calor pesado y grandes nubes se van amontonando en el sur, a impulsos de un persistente viento del Este.

Hago fuego, y mientras preparo el asado María Julia pesca con gran escándalo y gritería.

La primera tararira que sacó estuvo a punto de arrastrarla al río.

En cuanto siente que un pez se ha prendido en la línea grita nerviosamente y yo corro a ayudarla.

Así ha sacado un dorado de cinco kilogramos de peso y un pacú hermosísimo.

Pero el punto culminante de su ruidosa actuación de pescadora es cuando al sacar la línea con algo que en ella se ha prendido, aparece una anguila que se retuerce con grandes bríos.

Mi prima larga el aparejo aterrorizada gritando:

—¡Una víbora, una víbora! —Y si yo no acudo tan pronto el pez se vuelve al agua con aparejo y todo.

Cuando terminamos de comer una calma absoluta reina en la atmósfera. El aire se hace más pesado, el calor arrecia. Se ha nublado el cielo.

—¿No te parece que deberíamos emprender la vuelta? Le digo a María Julia mirando el amenazador aspecto del tiempo.

Pero ella, con el entusiasmo de la pesca, no quiere oir hablar del regreso.

Al rato un trueno nos anuncia la tormenta y grandes gotas de lluvia comienzan a caer.

Una racha de viento que atraviesa con gran ruido y movimiento por el monte encrespa el agua del río. Sigue un instante de calma y en seguida la tormenta se formaliza.

Obscurécese el cielo y empieza a llover torrencialmente.

El viento sacude los árboles produciendo los más raros y variados chirridos y golpes.

Rápidamente recogemos nuestros enseres y nos refugiamos bajo un sauce. Mi prima se cubre con un cuero de carnero que traíamos de asiento en la chalana.

De cuando en cuando la luz cárdena de los relámpagos ilumina el paisaje.

De pronto, un formidable estampido hace temblar la tierra. Es un rayo que debe de haber caído cerca de nuestro lugar.

María Julia se estrecha contra mí dominada por el terror y parece rezar a media voz con el rostro entre las manos.

La lluvia continúa. Ya no nos defiende el follaje del sauce bajo el cual nos hemos guarecido; y como el cielo se ha cubierto de nubes y se prepara a llover largamente, decidimos afrontar el agua antes que la noche nos tome lejos del punto de partida.

Cuando empiezo a remar parece que la lluvia amengua un poco; pero después furiosos chaparrones se suceden uno tras otro.

Para defendernos un poco nos recostamos a la orilla en una parte en que es barrancosa, bajo un árbol cuyo tupido ramaje sobresale de la costa ofreciéndonos un protector asilo, y en la semiobscuridad del lugar nos acurrucamos bajo el pellón que mi prima generosamente comparte conmigo.

Esperamos un rato que calme la tormenta.

María Julia ha recuperado la tranquilidad, y tomando mis manos, invadidas de suave ternura, me conversa al oído:

—Suponte, Juan Agustín, que nuestra vida sea como este día de tormenta; y que lleguemos a ir por ella en desamparo y soledad. Pues entonces yo quiero ir contigo, como estamos ahora, bien juntitos, tomados de la mano; tú, valiente y fuerte porque tienes la responsabilidad de defenderme y de salvarme; yo, tranquila y confiada en ti y brindándote mi amor como incentivo y consuelo. ¿Que el viento nos echa de aquel lugar? Pues vamos, rememos hacia otro, como ahora, y aunque nos falten un techo, he aquí que cobijados bajo un árbol sabemos conservar nuestra dicha como un tesoro... como un tesoro pequeñito, pero inapreciable, y secreto para reservarlo de la envidia de las gentes...

—Pero, ¿y cuando tú ya no me quieras?

—¡Cállate, tontuelo! —exclama tapándome la boca con la mano que yo cubro de besos.

—Pero, entonces, ¿me querrás siempre?

—¡Siempre, siempre, siempre, alma mía! —dice con efusión oprimiendo mis manos.

Queda un momento callada, y luego, en brusca transición, exclama:

—¡Pero, chico! ¡Mira! ¡Está anocheciendo! No tendremos más remedio que marchar.

Empuño los remos y seguimos.

Cuando llegamos al punto de partida ya es de noche y sólo a la luz de los relámpagos podemos desembarcar.

El pobre peón que nos espera con el coche tirita calado hasta los huesos.

Y nosotros, chapaleando en el barro, ya perdemos la esperanza de salvar seca siquiera alguna parte del cuerpo; y así nos metemos en el coche, que trabajosamente comienza a marchar entre los pastizales llenos de charcos, dando violentos tumbos.

Los campos, bajo el torrente de la lluvia, con el furioso viento que sopla y a la luz de los relámpagos que se suceden vertiginosamente, muestran fantásticos escenarios.

Así llegamos a la estancia.

Después de mudarnos ropas cenamos alegremente en medio de los comentarios de María Julia relativos a las variadas aventuras del día; y la sobremesa se prolonga hasta casi media noche, sin que amengüe un instante el estupor que nuestras narraciones causan en el apacible y candoroso espíritu de tía Joaquina.

Cuando me acuesto y apago la luz, por entre las rendijas de la ventana se vislumbran los relámpagos de la tormenta que no cesa aún. El viento y la lluvia azotan los cristales.

Las sensaciones del día perduran y me parece sentir todavía el balanceo de la chalana en el río; y creo oir aquella vocecita que me decía allá entre el monte, bajo la lluvia y el viento:

«Suponte Juan Agustín, que nuestra vida sea

como este día de tormenta; y que lleguemos a ir por ella en desamparo y soledad. Pues entonces yo quiero ir por ella contigo, como estamos ahora, bien juntitos, tomados de la mano...»

Y, al arrullo de esas palabras, yo me voy durmiendo con el corazón henchido de una fuerza robusta de felicidad y de una luz radiante de glorioso ensueño...

VII

He pasado tres días en el pueblo, ayudando a papá. Hoy emprendí el regreso al campo y llegué a la estancia al anochecer.

Cuando entro en el escritorio, María Julia lee junto à la luz.

Me ha recibido efusivamente; pero, de pronto, clava su vista en la solapa de mi saco y, al tiempo que exclama con voz enronquecida «¿Qué es esto?», toma en sus finos dedos tres o cuatro hebras de cabellos rubios que brillan al fulgor de la lámpara con vivos reflejos de oro.

—¿Cómo están esos cabellos en mi ropa? ¿Cómo han quedado prendidos entre la solapa de mi saco?

El rostro de mi prima se ensombrece. Y escapa hacia el patio conteniendo sollozos de rabia.

Intento seguirla, alcanzarla, pero huye sin escucharme.

No aparece en la mesa.

Después de cenar la veo en la galería y me acerco a hablarla.

No me escucha ni me mira. Los celos revuelven seguramente una espantosa tragedia en su alma; y repite:

—¡No me hables! ¡No te expliques! ¡Farsante!

Y a la mañana siguiente he tenido que partir de nuevo para Gualeguaychú.

VIII

Vuelvo de los tribunales. Va a hacer ya tres años de la muerte de mi padre y aún tengo que andar en esos engorrosos y antipáticos trámites judiciales de la testamentaría.

Felizmente parece que pronto van a terminar.

Solamente con esa esperanza he podido salir esta mañana para ir al juzgado.

El temporal que reina en toda la República se hace sentir intensamente en Gualeguaychú. Hace tres días que llueve sin cesar. El río crece con fuerza. La zona de la ribera está inundada; y sus infelices habitantes tienen que abandonar sus casas en medio de la lluvia, del viento y del frío penetrante y cruel.

Cruzo las calles desiertas envuelto en mi impermeable, azotado el rostro por la lluvia que el viento sacude en ráfagas furiosas.

Cuando doblo por la calle San Martín recuerdo que voy a pasar por la casa del doctor González, que hace ya dos años se casó con mi prima.

¡Cómo pasa el tiempo!

Un repiqueteo en el cristal de la ventana me hace detener.

María Julia, detrás del cristal, mira el paisaje de la calle; y cuando me ve no me reconoce. Un velo de tristeza cubre su rostro, pero luego su faz se ilumina con un mudo estallido de alegría.

Mas en ese preciso instante yo veo en su cara un rápido cambio, yo veo que ella siente o presiente a alguien que se acerca por el interior de las habitaciones.

Núblanse otra vez sus ojos, distiéndense sus mejillas y contráese con una mueca amarga su boca.

Todo ha durado un segundo apenas.

Y sigo mi camino.

IX

María Julia:

La senda de nuestras vidas se bifurcó al impulso invisible de esos banales incidentes que pueden obrar con mayor eficacia, porque su falsa insignificancia obtiene más fácilmente nuestra indiferencia.

Y así nos torcieron con implacable fatalidad el destino.

Y hoy yo he visto en tus ojos una luz que conozco.

En ese fugaz relampagueo del balcón, he visto en ellos brillar la alegría de aquellos días en que bajo el sol del estío, entre los pastizales ondulantes, recorríamos el campo palpando la felicidad como una cosa tangible que llenaba nuestra vida; he visto fulgurar el ensueño que la luna concretaba en las noches de nuestros paseos románticos; he visto lucir en tus ojos toda la dicha de aquellas aventuras que juntos pasamos entre el monte florecido y en las risueñas barrancas del río.

Yo también ahora, en esta tarde de julio, lluviosa y fría, con la frente pegada a los cristales de mi ventana, miro con ojos cansados la lluvia que cae.

Y mientras las sombras van llenando mi aposento, ante la evocación de aquellos días luminosos y ante la torva presencia de esta realidad que nos muestra hoy, como un cadáver, el tiempo pasado, siento que una negra angustia rebalsa en el corazón con la desesperación mortal de lo irreparable...

BLAS OLEGARIO IDEARTE

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



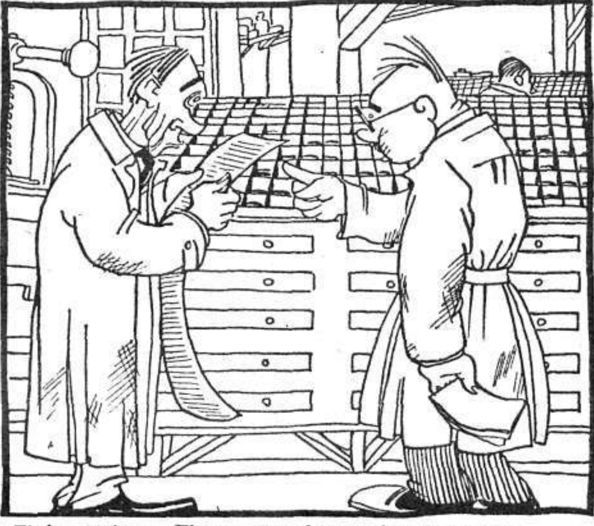
DICHO Y HECHO, POR MACAYA

¿LE INTERVENDRAN?



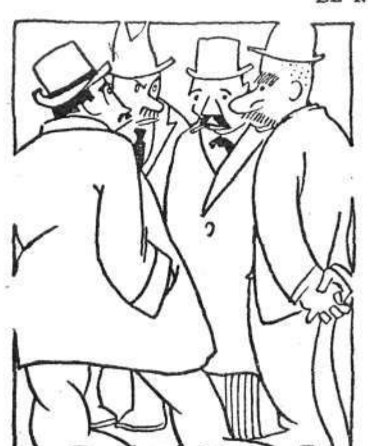
Lencinas. — Si yo tuviese, como Cantilo, un ejército de veinticinco mil empleados, ¡no se atrevería nadie a intervenirme!

EL MENSAJE



Tipógrafo 1.º — ¡El mensaje sale con algunas erratas!
Tipógrafo 2.º — Porque no lo ha revisado don Hipólito, que es un gran corrector de pruebas.

EL NUEVO PRESIDENTE DE LA CAMARA



Los personalistas. — ¡Qué perse-Guido!

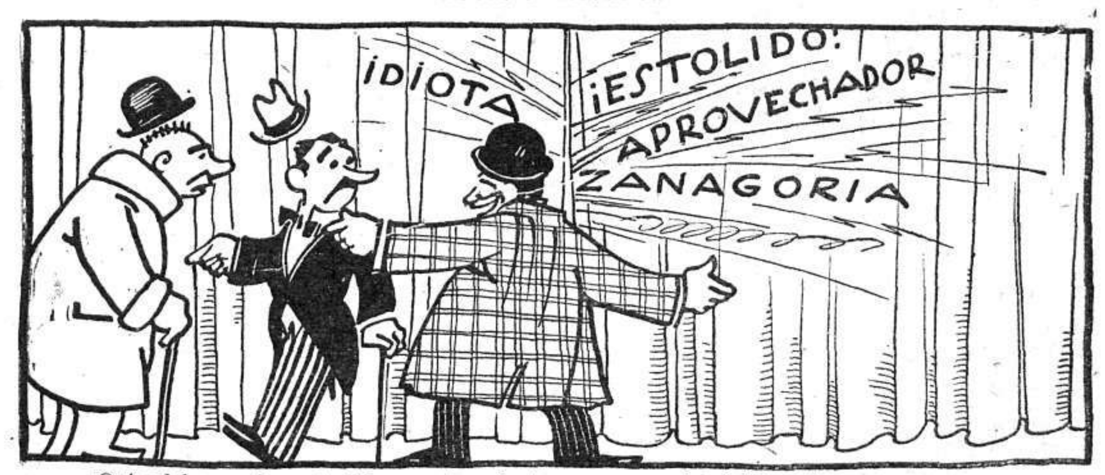


Los antipersonalistas. — ¡Qué er-Guido!



Los conservadores. — ¡Qué distin-Guido!

APUESTA IMPOSIBLE



— ¡Qué palabras malsonantes! Le apuesto cualquier cosa a que salen del Concejo.
— Le apuesto la cabeza a que salen de la Cámara de Diputados.
El amigable componedor. — Usted tiene razón y usted también la tiene. Salen de las dos partes.

En el Club Sirio-Líbano



Banquete que en homenaje a las fiestas patrias ofreció la Comisión de Damas que dirige el Circulo de Damas Sirio-Argentinas.

LA HISTORIA DE SHIVA

Sentado en el umbral de su vivienda, reposaba Shiva, después de la labor.

Había repartido su porción a cada uno, desde el más rico hasta el pordiosero.

Dió al camello, el espino; al buey, el forraje; al *rico*, *trigo*; al pobre, mijo; al santón, mendrugos; al tigre hambriento, reses frescas; a todos repartió sus dones.

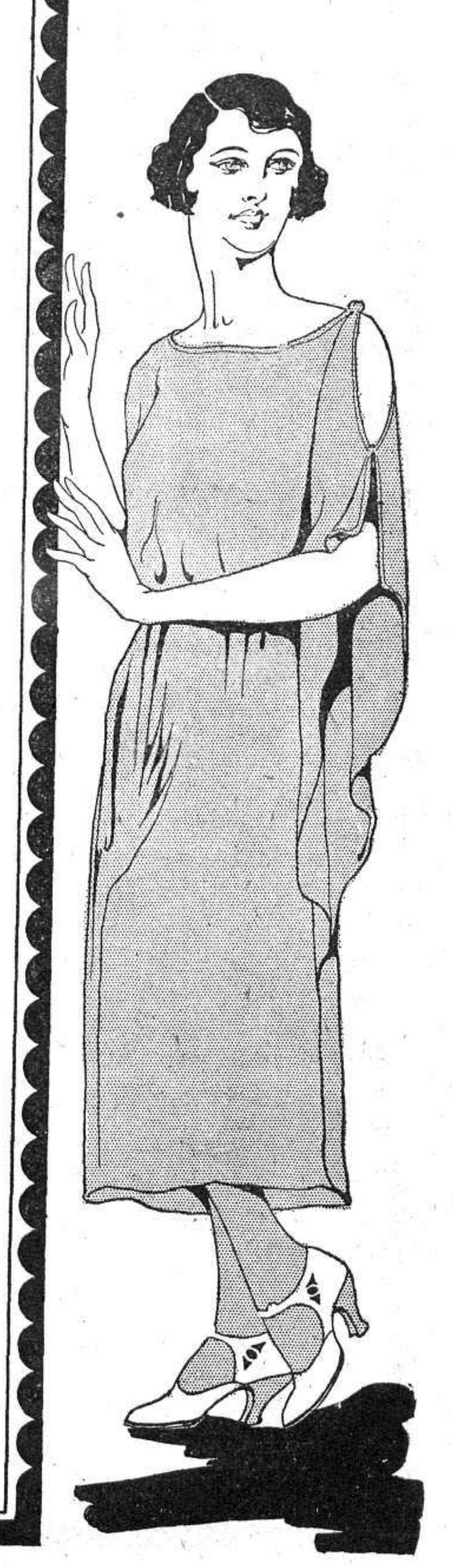
Pero Parbati, su esposa, para burlarse de él, se escondió en el pecho un saltamontes.

— ¿No habrás dejado ninguna boca sin alimento? — preguntó a Shiva.

— Ninguna — contestó el dios. — Saca el saltamontes que llevas escondido en el pecho.

Y entonces Parbati, al sacar el insecto, vió que una *tierna hojilla*, que había brotado al calor de su pecho, servía de alimento al saltamontes.

RUDYARD KIPLING.



Universidad Nac. de Bs. Aires

Arquitectos egresados



Señor Juan Antonio Berçaitz.



Señor Horacio Cruz.



Sr. Alberto Dodds.



Sr. Salvador Froio.



Señor Rodolfo S. Gilardone.



Sr. Alfredo Horta.



Señor Alberto Horteloup.



Señor Enrique J. Koch.



Sr. Atilio J. Rocca.

LA HERRADURA

Una tradición refiere que, cuando Jesús andaba por el mundo, un día de gran calor iba acompañado de Pedro, por camino solitario; ambos fatigosos, sedientos, sin encontrar un árbol a cuya sombra cobijarse, ni una fuente en cuya agua refrescar los secos labios. Y dicen que en su camino tropezó Cristo con una vieja herradura, que mandó recoger a Pedro.

—¡Señor, está ya tan vieja que no vale la pena de agacharse!

El modelo de humildad no replicó nada; que los humildes no replican nada; que los humildes no replican nunca; pero se inclinó con sencillez y pausa, tomó la herradura y la guardó.

Cruzóse con ellos un jinete, y Jesús le propuso que comprara la herradura.

—¡Poco vale!

—Pues quiero sólo lo que para usted represente.

Y más tarde cuando el cansancio y la fatiga eran ya extremados, a cierto vendedor ambulante de cerezas se encontraron, y Cristo le cambió el dinero obtenido en la venta de la herradura por buena ración de ellas. Luego caminó despacio saboreando con delicia su fruta. Pedro, callado y pensativo, iba detrás; el Maestro dejaba caer de vez en cuando y como al descuido algunas cerezas, y el discípulo amado, también como al descuido y con gran disimulo, se bajaba a recogerlas, las limpiaba el polvo, y con fruición las comía.

¡Todo en este mundo tiene su término. Y cuando lo tuvieron las cerezas de Cristo, volvióse el Maestro, y díjole a Pedro:

—¡Hijo querido, nada debe desdeñarse! ¡No quisiste inclinar tu cuerpo una sola vez por la obediencia, y la necesidad te obligó luego a inclinarte muchas veces! ¡Aprende, Pedro, aprende!



SILVA MINISTERIAL

Ministro inteligente,
con algo de filósofo y esteta,
Sagarna es elocuente
y también es poeta.
Cuando se abren los cursos
o celebra una fiesta algún colegio
pronuncia unos discursos
que son un verdadero florilegio.
Hablando en cualquier parte,
habla con tal ingenio y con tal arte
que nos deja asombrados
o, por mejor decir, embelesados.
Llama a Apolo en su ayuda
y el dios corre a su lado sin demora
o le envía una musa encantadora,
pues Sagarna es poeta. ¿Quién lo duda?
Y escribe endecasílabos
y escribe sorprendentes heptasílabos.
Si la envidia se ceba
en él y nos rebate,
nosotros probaremos que es un vate.
Aquí está su discurso que lo prueba

Y respondiendo, algunas
horas después,
a la cariñosa demostración
con que los jóvenes egresados
quisieron testimoniar, en
(Esto parece prosa.
Lo que viene después es otra cosa).
mi persona al Gobierno Nacional,
su reconocimiento y simpatía,
les dije que no habíamos pensado,
como don Quijote en
el pleito de las armas y las letras,
dirimir una con-
tienda de orientaciones educacio-
nales exclusivistas
o prevalentes hacia
las ciencias o hacia las humanidades.
pues conceptuamos que
nuestra juventud, nuestra
deficiente experiencia
y lo complejo, al par
que inorgánico de
nuestra vida nos impo-
nía una concurrente
y celosa orientaci-
ón comprensiva e
integralista, a todas las enseñ-
anzas que permitieron
conocernos bien, a-
quilatar nuestros medios
y nuestros recursos,
asumir en verdad
la soberanía real
y efectiva de nuestra
heredad y con los
pies firmes en la tierra
elevar la visión a las estrellas
cual adoctrina el lema
de la Universidad,
y así, seguros de nosotros mismos
sanos y alegres ento-
nar a los cuatro rumbos
cardinales el himno de la patria,
que es canto de liber-
tad, pregón de justicia,
verbo de fraternid-
ad y credo idealistas;
porque es — y cada día
debe serlo en mayor
grado — trasunto vivo y luminoso
del alma ingenua y expansiva de
la Nación.

¡Qué estro! ¿Quién no le admira y le respeta?
«Onorate l'altissimo poeta.»

DIBUJO DE MACAYA

LUIS GARCIA

LA CABEZA del ITALIANO

DISCOS DOBLES NACIONAL

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA

CON LOS MAYORES EXITOS DE ACTUALIDAD

DUO GARDEL - RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)

Discos Dobles "Nacional" de 25 ctms. a $ 3.25

18099 { **Cascabelito.** Tango. Solo Gardel. Caruso-Bohr.
Sueño Marchito. Tango. Solo Gardel. Timarni-Polito.

18100 { **El Templo de Venus.** Shimmy. Solo Gardel. Millán - Iribarne.
Pobre Amigo. Tango canción. Solo Gardel. Barbieri - Rial.

ROBERTO FIRPO. Orquesta Típica

Discos Dobles "Nacional" de 25 ctms. a $ 3.00

6259 { Pimentilla. Tango. José M. Cruz.
Adiós Madre. Tango. Juan M. Calvi.

6262 { Pétalos. Tango de salón. J. C. Bazán.
Pucho. Tango. J. C. Bazán.

FRANCISCO CANARO. Orquesta Típica y Jazz-Band

6979 { **Muchachita Loca.** Tango. Típica. A. Scatasso.
Juventud. Tango. Típica. A. Scatasso.

6980 { **La Cabeza del Italiano.** Tango. Típica. A. Scatasso.
Reflejos. Tango. Típica. F. Canaro.

6984 { Madame Pompadour. Shimmy de José y Josefa. Jazz-Band. Leo Fall.
Buena Monta. Tango. Típica. Nerón Domínguez.

ELEUTERIO YRIBARREN. American Jazz-Band

8027 { Ulysse. Shimmy. M. Ivain.
Mindin'My Bus'Ness. (De lo mío me ocupo). Fox Trot. W. Donaldson.

8028 { Tu lo has Querido. (Jou have wishid it). Shimmy. A. La Valle.
La Danza del Adiós. (Farewell Blues). Fox Trot Blues. L. Ruppolo.

IGNACIO CORSINI. (Con acomp. de 2 guitarras).

229 { La Cabeza del Italiano. Tango. Bastardi-Scatasso.
¡Juventud! Tango. Bastardi-Scatasso.

JOSE BOHR.
(Con acomp. de Jazz - Band FRANCISCO CANARO)

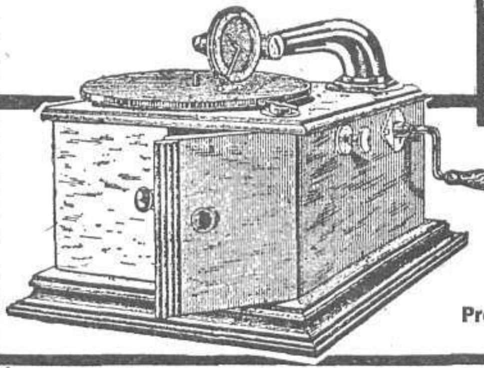
Discos Dobles "Nacional" de 25 ctms. a $ 3.25

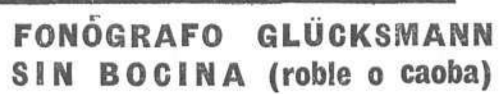
16103 { Día de Lluvia. Fox Trot. Gallego-Quesada.
Yo Tartamudeo. Fox Trot. Bohr - Cliff.



TANGO de BASTARDI-SCATASSO
POR LA ORQUESTA F. CANARO
DISCO 6980

CANTADO POR I. CORSINI
DISCO 229





FONÓGRAFO GLÜCKSMANN SIN BOCINA (roble o caoba)

La máquina parlante mejor dotada dentro de su calidad.

Precio, con 200 púas: $ **45.-**



MAX GLÜCKSMANN

CALLAO Y Bmé MITRE · BUENOS AIRES · FLORIDA Y LAVALLE

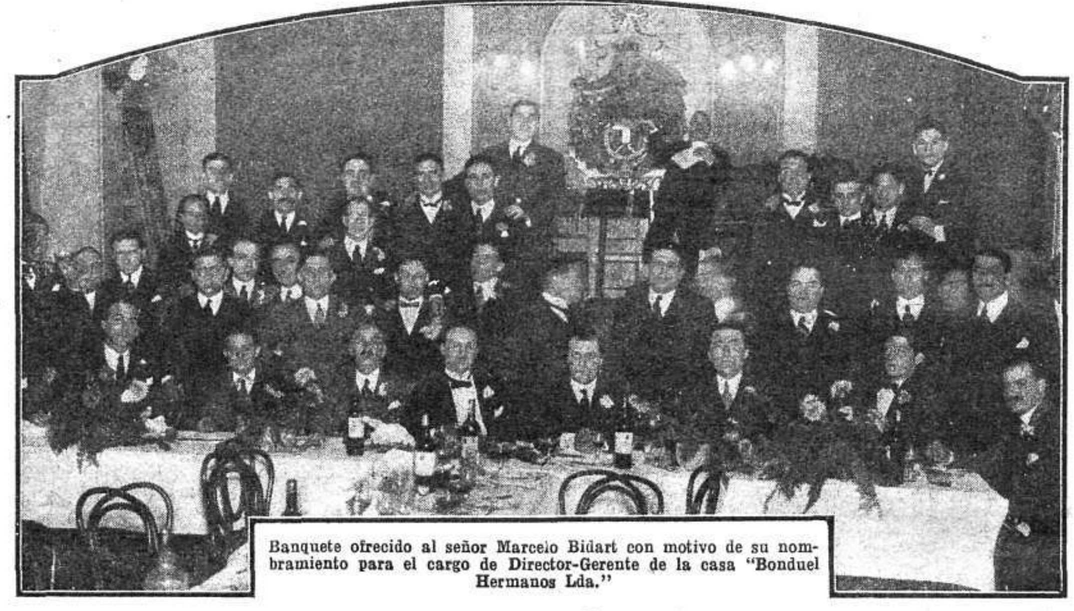
ROSARIO
CORDOBA 1048



MONTEVIDEO
18 de JULIO 966



Demostración


Banquete ofrecido al señor Marcelo Bidart con motivo de su nombramiento para el cargo de Director-Gerente de la casa "Bonduel Hermanos Lda."

CLEMENCEAU ESCÉPTICO

Clemenceau acaba de declarar a un periodista, que el mundo occidental se está volviendo estúpido y que piensa hacer un viaje al Japón para cambiar de perspectiva; luego agregó que «el mejor medio de ganar una guerra es perderla». Clemenceau se abstuvo de hacer declaraciones sobre la actual política francesa, quizá porque aún le queda un resto de sentimiento patriótico y no quiere desacreditar al gobierno francés ante el mundo.

Pero con lo que dijo basta para que sepamos que Clemenceau se está volviendo horriblemente escéptico en su vejez. No cree en la inteligencia del mundo occidental, no cree en que Francia ha ganado la guerra, ¿entonces en qué cree ya este fiero luchador, que hizo tanto, por asegurar la preponderancia del mundo occidental y por organizar la victoria francesa? He aquí cómo, aún los hombres más fuertes, flaquean en su fe tradicional, se desilusionan al fin del ideal que han sostenido toda la vida. Esta es una terrible lección para los optimistas.



LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO

Preparada con verdadera malta obtenida de la mejor cebada y con lúpulo de superior calidad, de sabor agradable sin ser dulce, de precio moderado al alcance de todos los bolsillos, es el alimento dietético más indicado para las madres que crían, para los niños, ancianos, personas débiles y convalecientes.

GARANTIDA IMPORTADA

MALTA URANO
PASTEURIZADA
ESCALADA & Cº
BUENOS AIRES

Venta en Almacenes y Farmacias.

Si encuentra dificultad en adquirirla, diríjase a sus únicos importadores:

1170 - BARTOLOME MITRE - 1174

Teléfonos: Unión T., Rivadavia, 1990 - Coop. T., Central, 133

De Avellaneda



El cónsul español de La Plata, señor Gaspar, haciendo uso de la palabra.



Caracterizados miembros de las colectividades española e italiana, que concurrieron al banquete de confraternidad realizado en la Isla Maciel bajo los auspicios de las Sociedades Roma, Española de S. M., C. Gallego y C. Italiano.



El señor Guillermo Mazzanti presidente de la Sociedad Italiana "Roma".



Los comensales, cantando el Himno Nacional argentino. Esta fiesta, originada por la visita de los reyes de Italia a España, alcanzó brillantes proporciones.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 — SOLICITEN CATALOGOS



MODELO N.° 229
En cabritilla charolada, gamuza negra o cabritilla negra.
$ 14.90



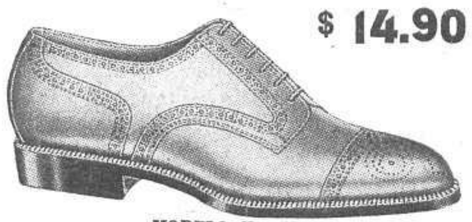
MODELO N.° 216
En cabritilla negra, color sangre o marrón, En gamuza negra, cabritilla charolada y cabritilla charolada color sangre.
$ 14.90



MODELO N.° 226
En cabritilla charolada, cabritilla negra, cabritilla charolada color sangre. En cabritilla marrón, color sangre. En gamuza negra marrón y blanca. En piel de seda negra.
$ 14.90



MODELO N.° 158
En gamuza negra, gris y marrón. En cabritilla negra, color sangre, marrón y charolada.
$ 14.90



$ 14.90

MODELO N.° 58
En gum metal negro y color, doble suela, gran moda.



$ 14.90

MODELO N.° 59
Botín o zapato con puntera bigotera. En anca de potro negro; en gum metal negro y color. Todo cosido alrededor, doble suela.



MODELO N.° 191
En cabritilla charolada, en gum metal negro o color, con cordones o botones, caña de gabardina gris, beige claro, beige obscuro y becerro mate.
$ 14.90



MODELO N.° 193
Botín gum metal color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, beige obscuro, liso o picado, con cordones o botones.
$ 14.90

Zapatillas de paño, con ribete de peluch o sin él, números 34 al 45 $ 3.50





¿Qué más querés?

Con maestría de viejo cirujano hundió Estanislao su filoso cuchillo en el bajo vientre del animal, muerto el día antes, para comenzar desde allí la tarea de *cuerearlo*. Evaristo, a su lado, de pie, miraba silencioso la escena, mientras su caballo tascaba el freno, impaciente.

De pronto, y siempre con el cuerpo inclinado, dijo Estanislao:

— Ya estoy cansao de hacer siempre lo mesmo... — y siguió su faena.

Hubo un rato de silencio, al cabo del cual y golpeándose la pierna con su rebenque, habló Evaristo:

— Güeno... me voy — y recogiendo las riendas de su caballo se dispuso a montar.

— ¿P'ande vas?

— ¿Y... ¿ande querés que vaya?... A recorrer.

— ¡Ah!

Súbitamente, como si recién se le hubiera ocurrido, incorporándose y mirándole fijamente a los ojos, dijo Estanislao:

— Decime, ¿vos no estás aburrido de cantar siempre el mesmo canto?

— ¿Yo?... Y, ¿por qué?

Estanislao envolvió a su compañero en una mirada de profundo desprecio y luego se inclinó sobre el animal sin contestarle.

— Vos t'estás quejando e' vicio — aventuró Evaristo. — No te falta nada, comés bien, dormís a pierna suelta, tenés menega... ¿qué más querés?

Estanislao siguió faenando al animal, en silencio. No contestó ni con un solo gesto de aprobación o de disgusto al comentario de su compañero. Quedaron en un silencio molesto. Finalmente Evaristo, haciendo el menor ruido posible, subió a su caballo y, al mismo tiempo que lo taloneaba, saludó a su compañero con un frío:

— Güeno... hasta luego.

— A... diós — contestó, sin mirarlo, Estanislao.

Cuando habían pasado algunos minutos, éste se incorporó y, poniendo las manos sobre los riñones doloridos, por la incómoda postura, miró cómo se alejaba Evaristo, al trotecito de su ruano. Y sintió una profunda lástima por ese pobre hombre que a los veinticuatro años, aun no había alimentado ninguna ilusión.

— ¿Qué más querés?... — se dijo, con sorna. Y volvió al animal.

Había nacido en «Las Tunas» y allí estaba a la sazón.

No conocía sino las estancias de los alrededores. De sus padres no sabía nada, ni le preocupaba tampoco. Sólo recordaba de ellos que tuvieron un puesto en «Las Tunas», desde donde lo mandaron a trabajar de *boyero*, a la estancia. Desde entonces, pocas veces los había visto. La última vez fué en ocasión de irse ambos para el pueblo, desde donde un buen día se fueron para otro campo, situado, no recordaba bien si en Trenque Lauquen o en Guaminí.

Allí, en «Las Tunas», había pasado su vida. Nunca le había entusiasmado el pueblo con sus diversiones, ni los bailes de los ranchos de los alrededores. Se conformaba con lo que le contaban los peones. Buen cumplidor, era apreciado por sus superiores, así como mal quisto por sus compañeros, que veían en él a un posible capataz.

Evaristo se conformaba con todo; nunca su voz tuvo una salida de tono ni su cara un gesto agrio.

¿Que el mate cocido no estaba en su hora y todos protestaban? ¡Qué importaba!

¿Que la comida era mala y escasa? A él no le parecía así; por lo demás, al que le pareciera escasa que *peludiara* y comiera peludo asado.

Ni los trances más difíciles de su vida, que, por otra parte, fueron bien escasos, lograron sacarlo de su chocante indiferencia. Ni los insultos groseros de un mayordomo que tuvieran, y al cual uno de los peones malhiriera, lograron hacer de él un hombre como concebían la hombría los otros peones.

— Pa eso es el patrón — argüía, y se quedaba sentado fumando su invariable cigarrillo, que no abandonaba un instante. Era su único deleite: armar sus gruesos cigarrillos de un tabaco negro y fuerte que fumaba todo el día.

No se le conocía ninguna otra clase de vicios. ¿Qué vicios iba a tener a once leguas de distancia del pueblo y no yendo sino cada dos meses?

Por lo demás, ya se sabía a qué iba: a comprarse la ropa que le hacía falta y el tabaco.

Tocante a esto último, no permitía que nadie se lo comprara. Sentía un raro deleite en hacerlo él mismo. Y se venía a la estancia con unos cuantos kilos de tabaco, que luego ponía en latas para que no se le secara.

Los peones le querían poco. No le podían perdonar que cuando se tratara de hablar mal de los patrones o del mayordomo, él cortara siempre la conversación, con un frío:

— Pero, ¿qué más quieren?...

Sin embargo, le respetaban, quizás debido a su corpulencia.

Y así transcurría la vida de Evaristo, plácidamente. Su vida era como la superficie de la laguna de la estancia que ningún viento, por fuerte que fuese, agitaba mayormente.

⊖

¡Qué sabes vos de mujeres, si no has conocido ni a tu madre!...

Así remató Estanislao la discusión, que sobre el amor, sostuviera con Evaristo. Este no supo qué contestar. Ganas le dieron en ese momento de mentir, pero en seguida consideró que sería inútil. Todo el mundo conocía sus relaciones con el otro sexo y no hubieran prestado crédito a lo que él pudiera contar. Se calló, pues, y se retiró a descansar. Por otra parte, no tenía mayor interés por la discusión.

Y en efecto, jamás había conocido a una mujer. No sabía qué cosa era el amor, ni en su forma más simple. Alguna vez quizás lo habría sospechado, pero, con toda seguridad, no pasó de una simple sospecha; alguna vez quizás, sintió en él algo que no comprendía muy bien, algo así como una necesidad de querer a alguien, pero ese sentimiento fué tan vago que no logró hacerse carne en él y así como vino se marchó, sin dejar en su espíritu la más leve huella.

Por aquel entonces había en «Las Tunas» una mujer que atraía las miradas codiciosas de todo el personal: Dominga, la cocinera. Todos hablaban de ella como de una segura conquista. Que a uno le había sonreído en forma harto sospechosa, que al otro lo miraba demasiado, y así todos. El único que no prestaba atención a esas *charlas de fogón*, era Evaristo. Sin embargo, alguna vez pensó en Dominga, pero sin que ese pensamiento lograra arraigarse en su cerebro. Se preguntó, con la más simple de las curiosidades, por qué él también no hablaba de ella en la misma forma que sus compañeros. Fué una cosa pasajera y nada más.

La misma noche de la discusión acerca de las mujeres y el amor, ya en su cama, Evaristo no podía conciliar el sueño. Extraña desazón le embargaba el ánimo y un cosquilleo molesto le recorría el cuerpo. El cuerpo de Dominga, regordete y de insinuantes curvas, se le aparecía cerca suyo. Una cosa le molestaba sobre manera: sus labios, tan rojos, tan abultados, tan... El no se explicaba qué tendrían esos labios para que los recordara tanto esa noche, hasta el punto de parecerle que los tenía clavados en su cerebro. Algo habían de tener de extraordinario para que solicitaran su atención de manera tan apremiante.

Luego de dar vueltas y más vueltas en su cama, pensando en todo lo que habían hablado de las mujeres, resolvió proceder al día siguiente con Dominga, en la forma procaz con que procedían los otros peones, esto es, rozarla al pasar, decirla piropos e indirectas con respecto a un fingido cariño y, sobre todo: rozarla, sentir el contacto de un cuerpo de mujer.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, quiso poner en práctica los planes rumiados en la obscuridad de la noche y, por la mañana, frente a la naturaleza, entregado a sus tareas habituales.

La primera oportunidad que se le presentó, fué cuando Dominga pasó su grueso brazo muy cerca de su cara, para dejar la sopera sobre la mesa. Como hacían sus compañeros en ocasiones análogas, Evaristo arrimó su cara tostada por el sol, al brazo de la cocinera. Pero no había aún sentido el roce de la piel cuando sintió sobre su mejilla algo que le quemaba, y que no era sino una cuchara, humeante aún, que le aplicara con toda oportunidad, Dominga.

La algazara fué general. Repuestos de la sorpresa que les causara el inusitado gesto de Evaristo, los peones comenzaron a darle bromas, que no cesaron durante toda la comida.

⊖

Para Evaristo, Dominga constituyó una constante preocupación.

Imaginaba mil tretas, a cual de ellas más absurda, para atraer la atención de la cocinera hacia su persona. Mas, a pesar de sus lánguidad miradas, de su continuo ir y venir a la cocina, parecía que Dominga no acababa de darse cuenta del amor de Evaristo.

Y lo que empezó de una manera tan graciosa para todo el mundo, se tornaba en un drama sordo, silencioso, que se desarrollaba en el alma de Evaristo y al que asistían sus compañeros, en calidad de espectadores. Las bromas, sin embargo, habían cesado a raíz de un serio disgusto que tuviera Evaristo con uno de sus compañeros.

Cuando más sufría era por las noches. Sentado en el umbral de la puerta de su pieza, con su invariable cigarrillo entre los labios, perdida la mirada en la inmensidad de la llanura, envuelta en la obscuridad suave de las noches del otoño, Evaristo imaginaba toda una

conversación con Dominga, en la cual, él le confesaba el enorme cariño que le tenía.

— Dominga... usted es muy mala conmigo. Usted me desprecea delant'e todos los peones. ¿Es que le he faltao en algo?...

Ella guardaba silencio. El insistía, impaciente, haciendo hincapié en si le *había faltao en algo*. Al fin, ella se resolvía a contestarle que no, que no *le había faltao en nada*, que, al contrario, y se ponía ruborizada.

Evaristo, al verla así, le preguntaba:

— Entonces... ¿por qué? ... ¿por qué?...

— Es que... — y de nuevo ese silencio que no dejaba continuar la conversación tan bien encaminada. Pero él, al fin, se resolvía; la tomaba de las manos y se las apretaba fuertemente contra su corazón.

Al llegar a esta parte de sus pensamientos, una sonrisa de total felicidad iluminaba el rostro curtido por todos los vientos de la pampa, de Evaristo, que liaba un nuevo cigarrillo, mecánicamente, con la vista perdida en la inmensidad de la llanura.

⭘

La vida se le había hecho imposible. El, que antes no se afligía por nada, ahora encontraba un obstáculo hasta en sus actos más insignificantes. El que no le perdonaba este cambio tan brusco en su manera de ser, era Estanislao.

Una vez había que llevar una tropa de doscientos novillitos a embarcar en la estación más cercana. Le tocó ir, como casi siempre, a Evaristo. Cuando el capataz se lo comunicó, no fué poca su sorpresa al oirle decir:

— Pero, ¿no tiene otro a quien mandar?... ¡Siempre a mí me toca el choclo!...

— Pero pedaso e' pavo... ¿Qué más querés? Te hacés un viajecito al pueblo... comprás tabaco... — dijo Estanislao que estaba oyendo la conversación.

— Te lo regalo el viajecito... — contestóle Evaristo, poniendo en sus palabras el tono más provocador.

Y a esta rebeldía sucedieron muchas. Había cambiado por completo este hombre, a quien nada interesaba; este hombre que estaba tan conforme con todo lo que le rodeaba.

⭘

Vivía torturado. Su espíritu se agitaba en una lucha cruenta, amarga. Se agotaba por momentos. Noches y noches pasadas al sereno, acariciada su cara por el viento, pensando en ella, en Dominga. Nunca le había dicho una sola palabra del fuego que le consumía poco a poco. Pero tampoco era concebible que ella no se diera cuenta de nada.

Ya no aguantaba más. Un día se resolvió a hablarla. Decididamente, lo haría en la primera oportunidad que se le presentase. Si no encontraba ninguna, la buscaría.

Y una noche, después de dos días malogrados en esperas inútiles, resuelto a todo, fué a verla a su pieza.

Esperó a que sus compañeros durmiesen las fatigas del día. Secundado por la obscuridad absoluta de la noche, se dirigió cauteloso hacia la pieza de la cocinera.

Fuertes estremecimientos nerviosos sacudían por momentos su cuerpo, y a medida que se acercaba, sentía que la angustia le trababa las piernas, impidiéndole casi caminar.

Llegó y golpeó con los nudillos en la puerta, pero lo hizo tan despacio, que ni él mismo oyó los golpes. Luego, quiso llamarla:

— ¡Dominga!... ¡Dominga!... — mas la angustia le atenaceaba la garganta y las palabras se le anudaron y sólo salió de sus labios un sonido ronco, gutural, como de animal enfermo; un sonido que venía de muy lejos y que le causó una profunda impresión de miedo, de espanto. Sintió que tenía los labios resecos y dificultosa la respiración. Estaba delante de la puerta de ella y no podía entrar. Sus manos estaban torpes y como si mil alfileres estuvieran clavados en ellas.

Intentó llamarla nuevamente; hizo un esfuerzo sobrehumano porque su voz saliera suave y dulce, pero de su garganta reseca no salía sino un sonido doloroso, triste, aterrante. Entonces, desesperado, extendió los brazos hacia la puerta. Sus manos llegaron a ella. Vió que la puerta se ensanchaba. Ya abarcaba la pared, la casa toda, el campo entero. Era una puerta enorme, maciza, hostil en sus proporciones gigantescas.

Quiso huir. En seguida tuvo ganas de lanzarse hacia la puerta sin saber a ciencia cierta a qué. Mil ideas distintas cruzaron su cerebro en una vorágine vertiginosa; en un segundo sintió mil emociones diferentes y en un segundo sintió una enorme pena.

Y, agotado, cayó al suelo hecho un ovillo.

⭘

A la madrugada lo encontraron desmayado frente a la puerta de la pieza de Dominga. Tenía la cara pálida, demacrada y profundas ojeras le circundaban los ojos. Impresionaba malamente el verlo.

Estanilao fué quien lo encontró. En seguida llevó la novedad a sus compañeros que comenzaban a levantarse.

Dos de ellos lo trajeron a su pieza y lo acostaron. Poco a poco, y mediante compresas de agua fría, lograron que Evaristo volviera en sí.

En los primeros momentos, Evaristo no se daba cuenta ni se acordaba de nada. Abrió un poco los ojos y vió, como a través de una niebla, a varios hombres que conversaban en voz baja. Vió que uno de ellos se acercaba a su cama y le ponía la mano sobre su frente. La mano pesaba enormemente en su cabeza, pero él no le podía decir que la retirara. Sentía una verdadera sensación de alivio; la sentía deliciosamente fría. Poco a poco, la bruma fué desapareciendo de su cerebro y tuvo una vaga idea de lo que le había ocurrido.

— ¡Quién sabe — pensó. — ¡Lo habré soñao!

Y se esforzaba por no pensar más, pero en seguida volvía a recordar vagamente, hasta que al fin fué precisando imágenes claras y el recuerdo de la noche que pasara surgió nítido, haciendo subir a su cara una oleada de sangre.

Sus compañeros continuaban a su lado comentando, a buen seguro, la escena que habían presenciado.

Evaristo quiso hablar. Abrió la boca y de su garganta salió un sonido desarticulado.

— ¿Te duele algún lao? — preguntó solícito uno de sus compañeros.

Evaristo respondió por señas que no.

— ¿Te sentís mal?... ¿Querés que te llevemo al poblao?

Nueva negativa.

— Güeno — dijo uno de los peones. — Vamo a esperar a que se levante don Andrés, pa

ver qué dice. — Y salió. Detrás de él, salieron todos a hacerse cargo de sus puestos.

Evaristo quedó solo en su pieza, fijando recuerdos y tratando de localizar el dolor que lo tenía en cama y no lo dejaba mover.

A la hora del mate cocido de la mañana, contáronle a Dominga y diéronle bromas con Evaristo.

— ¡Lo han engualichao...! — comentó ésta, y siguió cebando mate para el mayordomo.

Cuando ya se habían ido todos los peones, fué a ver a Evaristo. Lo encontró dormido y no lo quiso despertar. Miróle la cara, en la que tenía impreso el sello de los sufrimientos de la noche antes y luego, haciendo el menor ruido posible, arregló las raídas colchas de la cama y barrió la pieza. Cuando ya se retiraba, Evaristo abrió los ojos. La miró con un gesto de extrañeza y en su cara apareció una sonrisa de alegría. Quiso incorporarse, pero un agudo dolor, que sintió en la médula, lo hizo encogerse en un instintivo movimiento de defensa Ella entonces habló:

— ¿Necesita algo, Evaristo? — y puso en la pregunta toda la coquetería de que se sintió capaz.

Evaristo quiso hablar, pero no pudo. Miró profundamente a los ojos negros de Dominga y puso en su mirada tanta ternura, que ésta, que jamás había tenido sino una noción rudimentaria del amor, comprendió que detrás de esa mirada había algo que no alcanzaba a comprender, pero que la desazonaba por completo; y le devolvió la mirada con un suave:

— ¡Hasta luego!...

⊖

No había aún terminado el almuerzo, cuando ya Estanislao se encontraba a la cabecera de la cama de Evaristo.

— ¿Qué te pasó, Evaristo? — le dijo con tono indiferente.

— Nada — le respondió, asombrado de sí mismo Evaristo.

— ¡Ah!... t'empieza a gustar hacer sebo...

Indignado, Evaristo, quiso levantarse, pero volvió a sentir el agudo dolor a la médula. Y se recostó, fatigado, sobre la almohada.

— Ta güeno — dijo Estanislao, como si no hubiera notado el gesto de indignación de su compañero.

Uno a uno llegaron los demás peones, los que distrajeron a Evaristo con cuentos y con bromas, hasta la hora de tomar nuevamente sus tareas.

Y de nuevo quedó solo Evaristo. El recuerdo de Dominga acudió a su mente. La vió por la mañana, mirándole al irse, con amor, con un gran amor. Así interpretó Evaristo la mirada que le dirigiera Dominga, impresionada por el hondo mirar suyo. Y entonces, tuvo la certidumbre del amor de Dominga. Parecióle que su corazón se ensanchaba y todo él se sintió embargado por un sentimiento nuevo para él, mezcla de dolor y de alegría, necesidad de llorar y de reir, de gritar su enorme alegría, de decirle a alguien que Dominga lo quería, que él era feliz. Lo había leído en la mirada de ella. Y no se equivocaba. Estaba completamente seguro.

Intentó levantarse, pero el dolor de la médula se acusó intenso, inaguantable. Le cortaba la respiración y lo dejaba fatigado. El sudor le corría por la cara y por el cuerpo. Creía tener fiebre. Las sienes le latían con violencia y el corazón le saltaba del pecho, produciendo un ruido sordo, desacompasado. Tuvo miedo. Miedo de morirse sin haber gozado de una sola caricia de la mujer que amaba. Ahora que él estaba seguro de que ella lo quería, sentía un horrible miedo por la muerte. Deseaba intensamente la presencia de alguien. El miedo cundía en su espíritu y estaba seguro de que se moriría. Entonces, en la desesperacion, gritó con todas sus fuerzas:

— ¡Negrooo... Lao!... — llamando a sus compañeros. Su voz llenó la habitación, se deslizó por las paredes, serpenteando angustiosamente, salió al campo y chocó en el enorme galpón de la estancia.

— ¡Laooo!... — respondió débilmente el eco y siguió vibrando.

Evaristo comprendió la inutilidad de su esfuerzo. Nadie lo oiría. Todos sus compañeros estaban lejos, en el campo.

Pasó una hora de angustiosa espera. Cada momento que pasaba le convencía de que nada detendría el curso fatal de su existencia. Minuto a minuto esperaba a la muerte que no sabía cómo vendría. Un sudor frío le había empapado el cuerpo. Estaba completamente agotado. Lo rindió el cansancio y se quedó dormido.

⊖

El ruido de unos pasos lo despertó sobresaltado.

Era Estanislao. La pieza estaba envuelta en una tenue oscuridad. Llegaban del campo los mil ruidos que se sienten al caer de la tarde. Los mil ruidos tristes y monótonos de todos los atardeceres de otoño.

— ¡Me muero, Estanislao... — atinó a decir Evaristo.

Estanislao lo miró sonriente, incrédulo.

— Mira, Estanislao, no v'y a pasar de esta noche... Aura q'ella me quería — agregó, con honda tristeza.

Su compañero, incrédulo, miraba el piso de ladrillo de la habitación

— ¡Aura q'ella me quería!... — seguía repitiendo Evaristo, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

— Vos no me decís nada... Lao... y yo sé que me muero, y no quiero porque áura me quiere.

— Tas loco... — aseguró Estanislao. Y luego, con una sonrisa malévola, le preguntó.

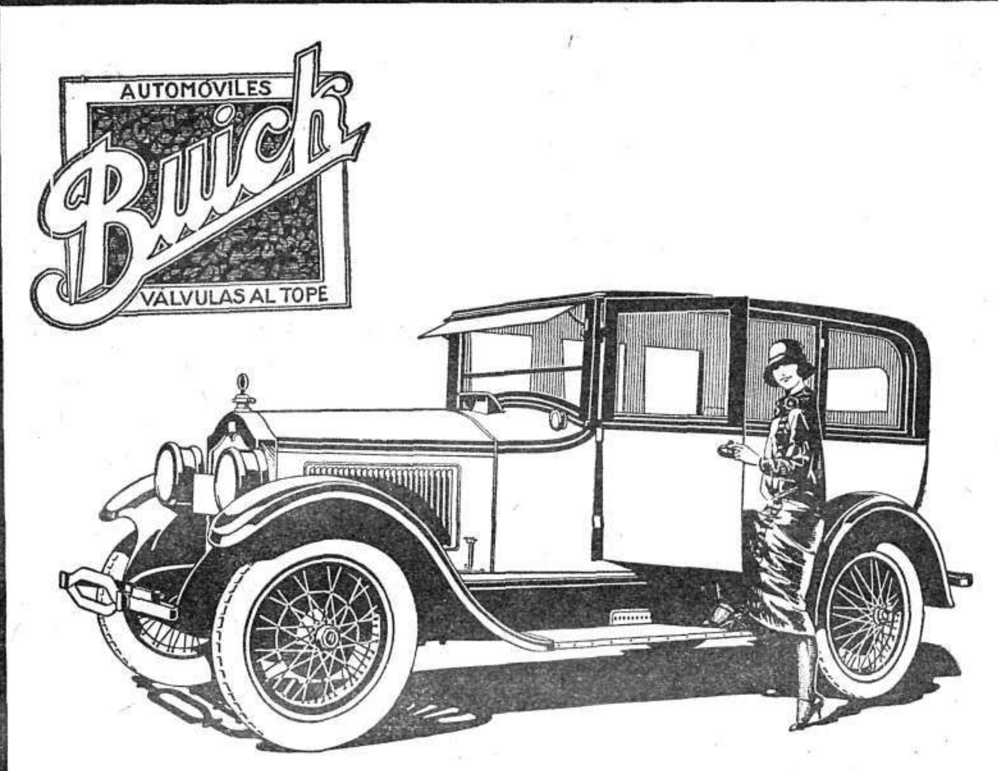
— Pero, ¿te morís de veras?

— ¡Me muero... No v'y a pasar d'esta noche...

— Y, ¿di áhi?... ¿Qué más querés?...—le dijo Estanislao, y salió de la pieza.







EL SEDAN LIMOUSINE BUICK 1924

Este amplio y lujoso coche no solamente satisface todos los requisitos para el transporte cómodo de la familia o del grupo numeroso de amigos, sino que también establece nuevas normas de elegancia, rapidez y seguridad.

La fuente de energía de su motor de seis cilindros es más que suficiente para propulsar el coche en las más empinadas cuestas o para hacerlo correr vertiginosamente en los caminos llanos.

Los frenos en las cuatro ruedas proporcionan la mayor seguridad. Evitan patinar en los pavimentos resbaladizos al detener el coche y permiten pararlo en una menor fracción de tiempo y de distancia de la que se requiere con los sistemas usuales de frenos en dos ruedas, con la consiguiente economía en el desgaste de neumáticos.

De aspecto distinguido y servicio inmejorable, el Sedán Limousine Buick 1924, provisto con su división interna de cristal amovible que separa al conductor de los ocupantes, ha venido a establecer una base enteramente nueva para apreciar los automóviles cerrados.

HENRY W. PEABODY & Cía.

SALÓN DE VENTAS: BARTOLOME MITRE, 1746

TALLERES: BOLIVAR, 1650

BUENOS AIRES

De Bahía Blanca



El embajador italiano, señor Giuriatti, rodeado por la comitiva oficial durante la visita que efectuara a la Escuela Italiana de esta ciudad.



El ilustre visitante después de la visita oficial efectuada a la Municipalidad, saluda al numeroso público que le aclamó con entusiasmo.



Un Milagro de San Antonio

Cómo una joven recuperó su perdida belleza, encontrando al mismo tiempo algo... que no había perdido... pero sí deseado mucho!

FRAGMENTOS DE UN DIARIO

Mayo 16. — Cumplo hoy 25 años!... He recibido — como todos los años en igual día — mensajes afectuosos, lindas flores, valiosos obsequios, y he pasado un día de verdadera fiesta. — Pero, como cada vez que en la soledad de mi «boudoir» abro este Diario para escribir una nueva página o releer las antes escritas... me siento triste... muy triste!!...

Mi juventud declina!... No sólo el espejo me demuestra las muchas fallas que hacen mi rostro desagradable... Me lo hacen notar hasta algunas alusiones irónicas de mis amigas!!! Y, más que ellas, el alejamiento de los amigos...

Y no soy fea!!... Mis facciones son regulares, y mi boca y mis ojos hasta han merecido elogios!... — Pero, este horrible cutis, tan descolorido, ajado y manchado, hace suponer justamente que soy vieja!!...

Y a todo esto, los años corren... y el ansiado «él»... ni se vislumbra!!...

* * *

Mayo 19. — Concurrí al casamiento de mi amiga Clara — Qué hermosa estaba!!... Parecía una niña; y tiene bastantes más años que yo!!... Dichosa ella!!... Su hermosura, cual llave mágica, abrióle la puerta de un risueño porvenir!!...

Me causó gracia el irreverente comentario de María Luisa, mientras esperábamos en la iglesia la llegada del cortejo nupcial. «Mira — me dijo — la profusión »de ex votos que adornan el altar de San Antonio. »¿Vamos a prometerle que nos casaremos ante su altar, »siempre que haga el milagro de que esto suceda an»tes de un año?...»

Y... pidiéndole disculpas por la irreverencia de María Luisa... cuánto pedí y prometí al glorioso taumaturgo!!...

¿Por qué me habrá citado Adela, con tanta insistencia, para mañana?...

....

* * *

Mayo 20. — Si fuera cierto todo lo que me ha dicho Adela!!... La prueba que he hecho en su misma toilette predispone a creerlo!... Cada minuto me observo en el espejo para constatar si es cierta la desaparición de esa colección de puntos negros y barrillos que esta mañana afeaban mi cara; y me parece mentira que hayan desaparecido con un simple lavado del rostro con agua en la cual se había disuelto una sola tableta de stymol!!... Y todo lo que yo había hecho antes, tan inútilmente!!!...

¿Será posible que sean igualmente eficaces, el porlac para extirpar el vello; el parsidium para alisar las arrugas y evitar las dolorosas paspaduras y enrojecimientos — tan comunes en invierno; — la cera pura mercolizada para quitar el mal cutis y mantener el nuevo siempre fresco y terso; y el stallax para poseer una cabellera abundante, permanentemente ondulada y brillante?...

¿Será posible que esas simples substancias, todas las cuales no me han costado ni lo que un solo pote de esas tantas cremas que he usado inútilmente, me atraigan la tan ansiada dicha?...

Con qué fervor reitero mis promesas a San Antonio!!...

* * *

Junio 10.— Por primera vez — mi querido Diario — voy a volcar alegría en tus páginas!!... El tiempo me ha sido escaso en estos últimos días para ir observando en el espejo y confirmando por las exclamaciones admirativas de mis amigas y... por las miradas de algunos amigos... la maravillosa transformación operada en mi aspecto!!...

Desde que me apliqué porlac puro pulverizado a las partes que afectaba el vello, éste — que reaparecía antes con mayor fuerza después de cada dolorosa depilación — no ha vuelto a aparecer!!...

Todas estas noches, antes de acostarme, he extendido sobre mi rostro y cuello, como si fuera cold cream simple, un poco de cera pura mercolizada (pure mercolized wax), y en los pocos días de tan sencillo tratamiento se ha operado una renovación total de mi cutis, imperceptiblemente, no sólo para los demás, sino hasta para mí misma!!!... He asistido al teatro, y a reuniones al aire libre, y tanto en los salones como a pleno sol, me han ponderado la tersa frescura y delicioso sonrosado de mi rostro!!...

A propósito, he afrontado en frecuentes salidas el frío y fuertes vientos de estos días; y mi cara no se amorata ni sufre por esas grietas y paspaduras que todos los inviernos me martirizaban. Un poco de simple parsidium; extendido sobre el rostro y cuello, lo hace invulnerable a las inclemencias del tiempo; además, tonifica grandemente la piel, complementando admirablemente la acción maravillosa de la cera pura mercolizada!!

Y, por si fuera poca la dicha que todo esto me ocasiona, después de pocas veces que he lavado mi cabeza con un shampoo que yo misma preparo, disolviendo en agua caliente una cucharada de stallax granulado, voy notando que aumenta la cantidad de mi cabello, que ya no es lacio y opaco como lo fué siempre, sino que tiene un brillo y un ondulado tan naturales como encantadores y permanentes!!!...

....

* * *

Junio 12. — El hermano de Adela — el tan codiciado Juan Carlos!!... — me apremia para que le conteste!!... Le he dicho que mañana, pues, deliberadamente, he querido fijar el día de San Antonio, para que sea el inicial del dichoso porvenir que debo a su poder...

Mañana iré a misa con Adela; a la misma iglesia en que se realizó la boda de Clara...

* * *

Junio 13. — Ante el altar de San Antonio, he rendido hoy mis homenajes de gratitud y renovado mi promesa!!... Algo me he distraído durante la misa, planeando la decoración del altar para el día de mi boda...

Al salir del templo, he renovado mi provisión de cera mercolizada, stallax, porlac, parsidium y stymol. Felizmente, se encuentran en toda farmacia o perfumería.

Toda la tarde, que he pasado en casa de Adela, Juan Carlos se ha mostrado intrigado por mis cuidados al paquetito que contenía las preciosas substancias, preguntándome insistentemente qué contenía... Si supiera que se trataba de los principales factores de la dicha que hoy gozamos!!!...

De Bahía Blanca



Aspecto de los salones del "Club Argentino" durante la recepción que le fuera ofrecida al embajador Giuriatti y a los marinos de la nave "Italia".

NI TEMER NI SER TEMIDO DE LOS HOMBRES

El amor a la soledad, cuando no se exagera, nos conviene, porque engendra la meditación, madre de todos los progresos. Cuando se lleva más allá de sus justos límites, indica, si no aversión, por lo menos, temor de los hombres.

Huir de los hombres en el tiempo presente es casi imposible. No sólo necesitamos aniquilar para ello el instinto de sociabilidad que en todos existe; pero, dadas las condiciones en que ahora se desenvuelve al vida, casi todos los hombres, por su profesión se ven obligados a relacionarse entre sí. Por otra parte, y esto es lo más importante, sólo en contacto con ellos se les puede hacer bien. Lejos, únicamente el escritor o el sabio.

No huyamos, pues, de ellos, pero guardémonos de despertar su envidia. Pasemos a su lado haciendo el menor ruido posible.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.


1853 · 70 AÑOS · 1924
DE VIDA COMERCIAL
ASCENSORES
Vista del interior
de nuestro nuevo
PALACIO DE 6 PISOS
REGALAMOS
a quien lo solicite por correo
y únicamente a los del interior
(ENVIANDO ESTE AVISO)
UN ELEGANTE TERMOMETRO
DE PARED EN METAL
con motivos
patrióticos.
Baratti y Cía
Muebles
CORRIENTES 1145
NOTA:
CON CADA TERMOMETRO
entregamos UN CUPON MASCOTA
presentando el cual en toda compra futura
conseguirá UN REGALO DE VALOR.

IZAPÚ

POR

ERNESTO MORALES

Izapú era joven y hermosa. Hija de uno de los más poderosos caciques, era solicitada de amores por los guerreros más terribles, los que deponían ante su hermosura y su juventud los trofeos arrancados al enemigo con peligro de muerte. Mas Izapú no respondía a esos halagos y desdeñosa pasaba ante los valientes guerreros que a su hermosura y juventud se rendían, porque Izapú no amaba, Izapú no podía amar. Tal era su temperamento. Indiferente al dolor, se la llamaba también «La que no lloró nunca», porque nadie vió jamás que de sus ojos negros cayeran lágrimas. Los más espantosos desastres azotaron a los suyos: Una inundación del río Uruguay se llevó las tolderías y en ellas perecieron ahogados niños y mujeres; Izapú no lloró. Y en tanto mujeres y hombres también se daban al dolor en medio de llantos y lamentaciones, Izapú, indiferente, puestas sus hermosas pupilas negras allá lejos, como si buscase detrás de la línea azul del horizonte, nada veía, no oía nada.

Su padre, el viejo cacique, sentía un entrañable cariño por aquella hija desdeñosa al amor de todos; y en su egoísmo paternal, veíala como algo más suyo, ya que estando en edad del amor, no amaba. El la protegía de la cólera de todos los de su tribu que de buena gana la hubiesen sacrificado, pues la miraban como agorera y sindicábanla como portadora de todas sus desventuras. Hubo «anangé» que propuso someterla al martirio para obligarla a llorar porque, y esto se lo decía su ciencia que consultara un sapo puesto a la luz de la luna, porque si Izapú lloraba, la desventura de la tribu trocaríase en dicha y sus derrotas en triunfos. Mas al comunicárselo al viejo cacique, fué tal la cólera de éste, que ordenó matar al «anangé»; y con su propia mano, aun cometiendo un espantoso sacrilegio, hubiese muerto al brujo, si éste no fugara.

Pero la desgracia seguía cebándose sobre la tribu. En un combate sostenido contra los tan feroces caiguás, la tribu del viejo cacique fué dispersada por los montes; cayeron en poder del enemigo las más hermosas de sus doncellas, y bajo la herida de sus armas los más aguerridos de sus guerreros. Una hermana de Izapú, hermosa como ella, pero de corazón blando y destinada a ser «cuñataí», cayó prisionera del jefe enemigo. Un hermano, el más valiente, fornido y hábil de los guerreros de la tribu, el destinado a substituír al viejo cacique, fué encontrado agónico entre los matorrales.

Después de aquello, la tribu, reducida a unas pocas mujeres y a un puñado de combatientes, rodeando a su cacique anciano, mudo de dolor y de despecho, refugiáronse en las selvas. Izapú estaba con ellos, indiferente como de costumbre, sin que sus pupilas negras se empañasen con una sola lágrima. La anciana cuñataí de la tribu consultó los astros de nuevo; Puso en su consulta los talismanes y sortilegios de su sabiduría, y volvió a decirle: «Para desviar la malaventura que azota a los tuyos, es preciso que Izapú llore.» Mas ¿cómo hacer llorar a la indiferente? ¿Cómo sacar agua de la roca dura y fría sin un poder que la cuñataí, pese a su decantada ciencia, no podía? Ya que el dolor ajeno no era capaz de hacerla llorar, preciso era que el dolor se probase en ella. Mas ¿cómo hacerlo si ella estaba protegida por el amor ciego del anciano cacique?

Cierto día en que Izapú, silenciosa según habitualmente estaba, iba por un camino, le salió al encuentro una arrugadísima y decrépita vieja. Con voz quebrada y claudicante, tanto que sólo era un soplo de voz, rogóla que la cogiese algunas ramas y con ellas hiciese un haz para llevarlo a su choza y calentarse porque un nieto suyo, enfermo de calenturas, se moría allí de frío. Izapú, indolente y desdeñosa, no ayudó a la anciana. Postróse ésta de rodillas y la rogó llorando, con voz más quebrada aún; mas la doncella, como si fuese ciega y sorda, siguió su camino... Siguió su camino hasta encontrar otra mujer, todavía joven y con un niñito en brazos. Se le acercó la mujer: su faz pálida, sus pupilas llorosas, su gesto demudado, denunciaban que el dolor había hecho presa de su alma. Y la rogó si sabía de algunas hierbas buenas que pudiesen curar a su niño, porque su niño se le moría en sus propios brazos. Izapú sabía de esas hierbas; no hubiese tenido más que internarse en los bosques de ella tan conocidos y traerla a puñados, a brazadas; pero Izapú, desdeñosa, indiferente al dolor de esta madre como antes lo había sido de aquella abuela, siguió su camino... Siguió su camino por poco trecho, pues una fuerza la obligó a detenerse y escuchar a sus espaldas la voz de la cuñataí de la tribu que invocaba a Añá, el señor de las tinieblas, el amo de los maleficios:

—Añá, permite que esta mujer que no se ha compadecido del dolor de una abuela ni de una madre, no sea ella nunca ni madre ni abuela. Añá, permite que esta mujer que nunca ha llorado, llore siempre, viva siempre llorando. Añá, permite que esta mujer cuya dureza al llanto fué la causa de tantos males, sólo haga bien con su llanto a los demás que tan indiferentes le eran... E Izapú ya no oyó más, porque ya no era humana su figura. Al terminar su invocación la cuñataí, la doncella quedaba convertida en un árbol.

Y desde entonces, en las selvas tropicales, yérguese este árbol cúyo es esta particularidad: de sus hojas despréndese contínuamente un abundante rocío que refresca el aire: Es la doncella que llora, que llorará para siempre y con su llanto hace bien a los demás, a sus semejantes los hombres, que tan indiferentes le fueron cuando era forma humana la suya. Porque la leyenda, que no olvida su fin ético, ha querido hacer de la indiferencia al dolor ajeno un símbolo del que se sacrifica a sí mismo y llora para bien de los demás, hasta del viandante incógnito que acierta a llegarse al pie del árbol que siempre llora y que lleva el nombre de la doncella que nunca lloró: Izapú.


LICOR DE LOS 8 HERMANOS
Familiar en todos los hogares
Freixas & Cia
CONCESIONARIOS

De San Fernando

Aspecto del Salón Municipal durante el gran festival artístico, realizado últimamente.

Un núcleo de distinguidas concurrentes a la fiesta antedicha, la cual adquirió lucidas proporciones.



DISIPAD EL TEMOR A LAS COMIDAS

NO MAS MALESTAR DIGESTIVO

La mayor parte de las formas de los desarreglos estomacales como la dispepsia, la indigestión, la gastritis, los ardores, acidez, bostezo, etc. son debidos o acompañados por un exceso de acidez y una fermentación perjudicial de los alimentos. Suprimid esta acidez, esta fermentación y podréis tomar las comidas sin preocuparos más de malestar digestivo ni de dolores ulteriores. El mejor medio para llegar a este resultado es el procurarse en la farmacia un frasco de Magnesia Bisurada. Tomad media cucharadita de las de café en un poco de agua después de cada comida o tan pronto como se deje sentir algún dolor. No sólo la acidez será neutralizada, la fermentación cortada, sino que la inflamación de las delicadas paredes del estómago será calmada. No sufráis más, tomad Magnesia Bisurada y aprovechad agradablemente de vuestras comidas, como todo el mundo sin temor a dolores digestivos.

Noël
CHOCOLATE
4 ESTRELLAS
VAINILLA
NOËL

Empezará Vd. bien el día

tomando como desayuno una taza de Chocolate Noël. Su gusto delicioso a cacao de la más excelente calidad y fina vainilla, proporciona al paladar un placer incomparable. La elaboración del

Chocolate Noël

a base únicamente de elementos tan sanos y nutritivos, como el azúcar y el cacao, asegura un alimento insubstituíble.

Pídaselo Vd. a su proveedor y fíjese que la etiqueta lleve impresa esta palabra:



La marca que tiene una fama de 77 años.

De Villa Luro



Parte de la selecta concurrencia que asistió a la fiesta organizada por e: club social "El Pensamiento", conmemorando el aniversaio patrio.

APÓLOGO

Un muchacho cruel tiraba piedras a un pobre sapo que acababa de salir de un matorral.

Un hombre compasivo que pasaba por allí se detuvo y le dijo:

— ¿Qué daño te ha hecho ese pobre animal? ¿Por qué quieres matarlo?

A lo que el chico respondió:

— Porque es feo.

— Los animales — repuso el hombre — no son, en realidad ni feos ni hermosos, sino tal y como deben ser. Más feo, pero mucho más feo que el sapo es algo que yo conozco.

— ¿Y qué es?

— El corazón de los niños malos como tú, que maltratan a los animales.



Interesantes artículos de calidad y moda que nuestra casa ofrece en condiciones de precio muy ventajosas.

ORION con ala dobladillada armada a roulé, en fieltro de muy buena calidad, con forro y guarniciones finas; colores pizarra y champagne.............................. $	**13.50**
SOMBRERO forma Orión marca «Borsalino», clase especial; colores negro, marrón y gris plata, ala ribeteada........ $	**25.—**
CAMISETAS de lana normal, fabricación inglesa, de rica calidad y excelente abrigo.............................. $	**8.50**
CALZONCILLOS largos, haciendo juego................ $	**9.25**
CAMISETAS de lana Shetlan, color gris, encorpadas, el máximo de abrigo y duración........................ $	**12.50**
MEDIAS de pura lana, punto tricot, encorpadas, colores obscuros jaspeados, marrón, azul, gris, etc. El par...... $	**2.25**
CHALECO TRICOTA con mangas, en tejido punto de lana, de mucho abrigo.................................. $	**9.90**
ELEGANTE ECHARPE en fina seda rayada, colores de moda, tamaño grande, desde.......................... $	**12.—**

ALHAJAS FINAS y fantasías originales de calidad pueden obtenerse en nuestra casa, a pagar en diez meses, solicitándonos un **CREDITO.**

A. DE MICHELI Y CÍA

Av. de Mayo y Bdo de Irigoyen - Bs Aires - Suc. en Mar del Plata.

De San Justo



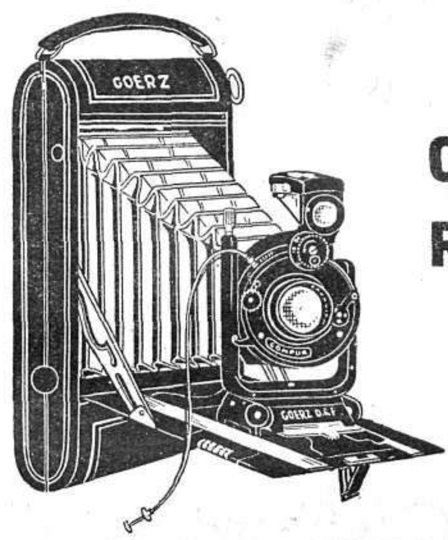
Personal docente y alumnos de la escuela N.º 12, después del festival con que celebraron la fiesta patria.

UN SISMÓGRAFO HUMANO

Inglaterra posee un sismógrafo humano, «una mujer que registra las sacudidas de los temblores de tierra en cualquiera parte en que se produzcan». Así lo ha declarado el profesor H. H. Turner en un artículo sobre los terremotos, publicados en la «Quarterly Review».

«Una mujer de una sensibilidad notable», escribe, ha podido desde hace muchos años anunciar casi todos los terremotos en todas las partes del mundo antes de que se reciba la noticia. Sufre de una tensión nerviosa extraña, como si estuviera bajo la influencia de una corriente eléctrica. Queda casi incapacitada para hacer cualquier cosa mientras le dura, pues se inmoviliza súbitamente.

El profesor cita una carta fechada el 10 de diciembre que afirma que: «los terremotos japoneses la han afectado fuertemente y que tuvo un ataque ayer». Casi inmediatamente, agrega, «la explicación del fuerte ataque fué dada: se había producido un violento temblor de tierra en la India el 9 de diciembre, a las 11 de la noche».



CAMARA GOERZ ROLL-TENAX 8 x 14

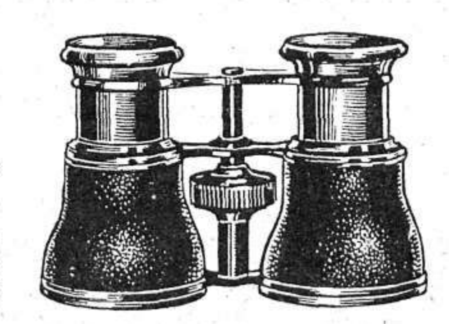
Es ligera, de fácil manejo y construída sólidamente. Toma fotografías formato tarjeta postal y está dotada del inmejorable objetivo **GOERZ DOGMAR F 1: 4, 5**, muy apta para instantáneas rápidas aun con tiempo desfavorable.

$ 275.—

GEMELOS DE TEATRO con "OPTICA ESPECIAL TEATRO COLON"

LYS PARIS

LEMAIRE PARIS



EL SURTIDO MAS VARIADO PARA TODOS LOS GUSTOS

EXCEPCIONAL.—Un buen gemelo de teatro con su estuche, $ 15.—



Primer Instituto Optico Oculístico

LUTZ, FERRANDO Y CIA.

FLORIDA, 240 — BUENOS AIRES

Cabildo 1916, Belgrano - Almirante Brown 1067, Boca - Rivadavia 6879, Flores.

ROSARIO - CORDOBA - TUCUMAN - SANTA FE - LA PLATA - MAR del PLATA

De Luján



El doctor Enrique Udaondo, director del Museo Colonial e Histórico, pronunciando, desde los balcones del mismo, una brillante alocución patriótica en la fiesta realizada el día del 114.° aniversario de la Revolución de Mayo.

CÓMO FUÉ ENCONTRADO EL LADRÓN

Mustafá, sabio y rico mercader de Damasco, tenía un sólo hijo, llamado Said, al cual quiso educar con prudencia, pero Said confiaba demasiado en un joven armenio que logró engañarle varias veces sin despertar sospechas.

Un día Mustafá y Said se vieron obligados a ir a Bagdad por cuestión de negocios.

—¿A quién confiaré mi dinero durante mi ausencia? — se preguntó el mercader.

—A mi amigo, el armenio, desde luego — dijo su hijo. — Es el hombre más honrado de Damasco.

— Muy bien, Said — exclamó el padre — por una vez voy a seguir tu consejo.

Dió a su hijo una caja grande y fuerte para que la pusiera al cuidado del armenio, y cuando Said volvió se fueron a Bagdad. Dos meses más tarde volvieron a Damasco, habiendo ganado una suma considerable de dinero con su negocio.

— Ahora, hijo mío, dijo Mustafá — ve a ver a tu amigo y tráeme la caja.

Fué Said en busca del armenio; y pronto regresó muy angustiado.

— Has insultado a mi amigo — exclamó, pues no era dinero lo que le has confiado, sino un montón de piedras.

— Dime, hijo mío, ¿cómo ha sabido tu honrado amigo que sólo había piedras en mi caja? — preguntó Mustafá.

— Debe haber roto las tres cerraduras y esto te probará ahora que yo tenía razón para no confiarle nada de valor.

Said bajó la cabeza y desde entonces se dejó guiar por la sabiduría y experiencia de su padre.

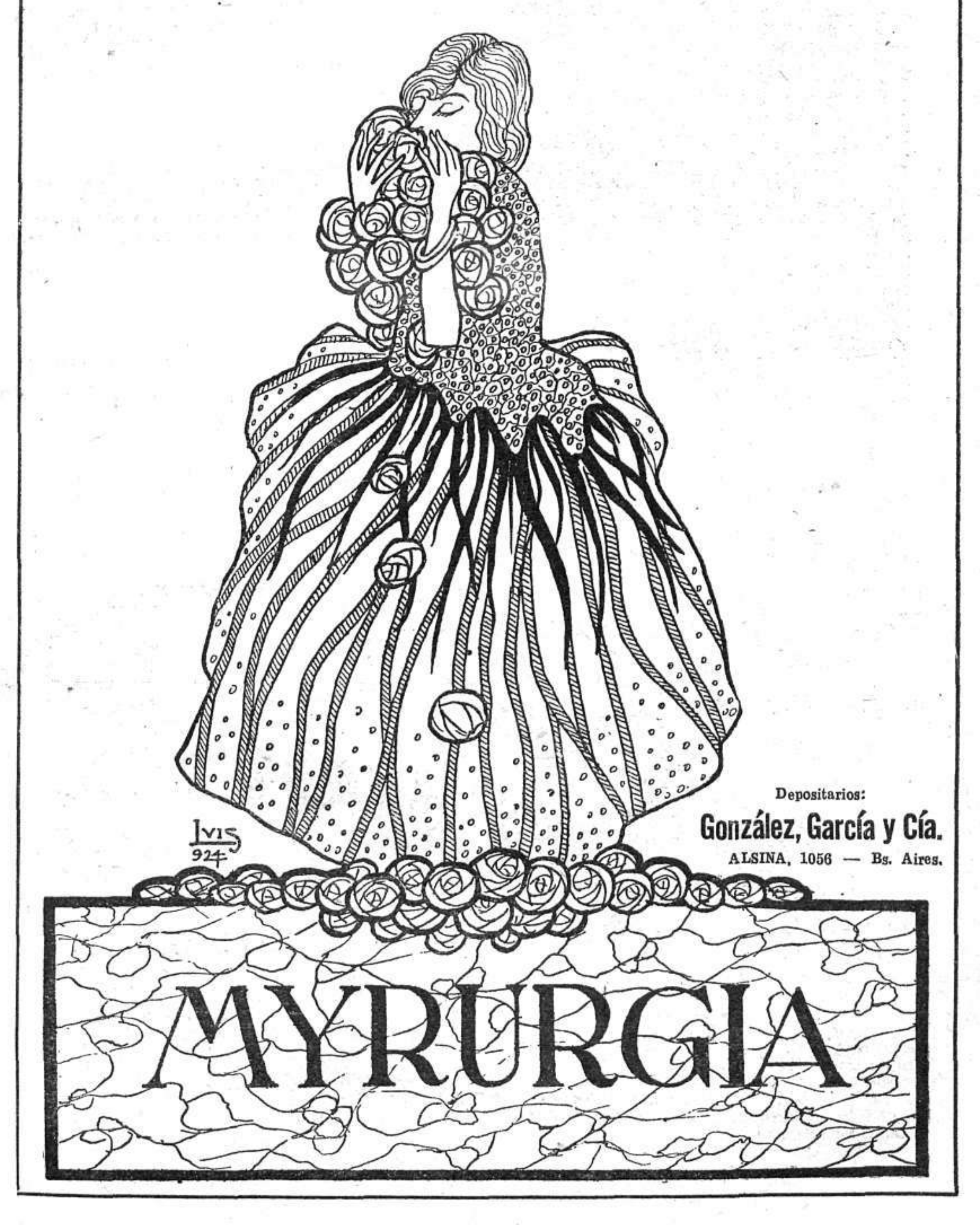
Mira, mira — dice doña Eufrasia — cómo me acarician las olas.

— Sí; ya se sabe que el agua del mar tiene muy mal gusto.

Los efluvios que emanan las flores,
se hallan concentrados en el perfume

"O R G Í A"

LOCION, EXTRACTO, POLVOS y JABON



Notas sociales

La moda, tan caprichosa siempre, nos impone hoy una innovación, cuya transcendencia puede llegar a ser incalculable. Bien saben ustedes, lectoras amigas, que la nota más perfecta del *chic* femenino, consiste ahora en lucir collares de perlas, cuyo grosor extraordinario y perfecto oriente, podrían avaluarse en sumas realmente fabulosas; sólo un experto, puede tasar en su justo valor, esos collares prodigiosos, dignos de figurar en los tesoros de algún príncipe hindú... Pero las brillantes figuras de mundanas que ostentan la ambicionada joya, declaran con encantadora sinceridad, que sus perlas son falsas, y que las han adquirido por algunos centenares de francos en la casa *Ch.* de París. Debemos convenir — muy complacidas, por cierto —en que la moda ha tenido un rasgo de inusitada sensatez! Cuántas veces, me he atrevido a expresar que consideraba como un alarde de vanidad imperdonable, el empleo de sumas que llegaban a representar un crecido caudal, con el solo fin de adquirir el *indispensable* hilo de perlas, más o menos decorativo... Parece que el concepto fuera abriéndose camino, merced a la fantasía que nos autoriza hoy a lucir una joya que, al realzar el encanto femenino ¡son tan tentadoras las perlas! ya sea para acompañar el sobrio traje *tailleur* o un lujosísimo atavío, no representa sin embargo, ni el alarde vanidoso, ni el sacrificio pecuniario. Nadie se atreve ya a comentar la osadía de la Señora de *X.*, o de *Z.*, que lucen collares de perlas falsas, cuando *todo el mundo sabe* que sus medios de fortuna no están de acuerdo con esa ostentación ridícula; pero si este *último grito de la moda* permite tan inocente satisfacción a la coquetería femenina, el comentario insinúa con cierta malignidad, que las brillantes personalidades mundanas que disfrutaron hasta ayer, como privilegio exclusivo, el poder ostentar collares cuyo valor representa por lo menos un capital de *cien mil pesos*, están sumidas en profunda aflicción, ante este nuevo capricho de la moda, que hiere sus sentimientos de agudo *snobismo*... ¡Vanidad de vanidades!

Y, sin embargo, el tema de hoy me impone anotar en esta crónica mía, con la acostumbrada indiscreción, un hermosísimo ejemplo — dado por una de las más destacadas personalidades de nuestra aristocracia — ejemplo que revela un generoso desprendimiento, unido a una sencillez realmente señoril: asegura el comentario que una distinguidísima y muy acaudalada dama argentina que decidiera — en determinadas circunstancias — ofrecer a las personas más allegadas a ella, el obsequio de una propiedad valiosa, o de una joya de determinada importancia, eligió un collar de perlas, tasado en más de setenta mil pesos, para una prestigiosa y señoril figura femenina con la que le unen lazos de parentesco y amistad, pero que, a pesar de ser dueña de una gran fortuna, no se había preocupado aún de adquirir el collar *indispensable* para toda dama de su rango... La valiosa joya no fué aceptada, porque la cultísima figura femenina consideraba absolutamente innecesaria esa ostentación. Pasó el tiempo, y hallándose la misma dama en París, rodeada de los suyos, llegó el caso de celebrar un grato aniversario de familia: el jefe del hogar ofreció entonces a su esposa un magnífico collar que representaba también un valor aproximado al del que rechazara en otra oportunidad la señoril figura; como ella insistiera en que no consideraba necesario ese detalle de lujo para su atavío, el renombrado joyero parisino, empeñado en realizar la ventajosa operación, rogó a la gran dama porteña que consintiera en lucir el collar durante un mes, seguro que no podría habituarse luego a no usar la magnífica joya. Aceptó la dama el trato, con maliciosa sonrisa, y al vencerse el plazo estipulado, se presentó en la casa de la *rue de la Paix*, diciendo al artífice que no volvía en sí de su asombro: «Aquí tiene usted su collar, ya ve cómo hay mujeres que pueden vivir tranquilas sin perlas...»

Cuentan asimismo, que como su esposo se empeñara en hacerle un obsequio que representara el valor atribuído al famoso collar, la generosa dama optó por que esa suma fuese repartida en partes iguales entre sus tres hijos. Séame perdonado por la prestigiosa figura femenina esta indiscreción; pero el gesto es tan bonito, tan lleno de señoril sencillez!

En cambio el comentario menciona la triste aventura de una de las más acaudaladas figuras de nuestra aristocracia, que adquiriera recientemente en París uno de los decantados collares de fantasía; cada una de aquellas perlas, evocaba el recuerdo de las joyas de Aladino...

Después de rendir tributo a la fantasía parisina de rigurosa actualidad, marchóse a Londres, donde decidió ostentar su célebre y magnífico collar — legítimo, se entiende — y enriquecido por algunas perlas nuevas de fabuloso valor. Sus amigas poco expertas, seguramente, elogiaron la magnífica joya, diciendo: «¡Pero, qué collar más bonito! ¿Lo compraste en casa de Ch.? ¡Cualquiera lo tomaría por verdadero!

Era de ver entonces, el desconsuelo, y por último, la indignación de nuestra interesante compatriota. Parece que daba pena realmente el comprobar hasta qué punto llegaba a afectarla el error de esas excelentes amigas, capaces de confundir un capricho de la moda, con las maravillosas perlas de su collar, digno de figurar entre los tesoros de algún príncipe hindú...

El tema del día nos ha sugerido, lectoras amigas, maravillas feéricas... pero tal vez ignoran ustedes, que el comentario mundano de actualidad, podría imponernos el referir un cuento de hadas en acción: el persistente susurro, me obliga a ser lo más indiscreta posible... y repetir por consiguiente, la frase legendaria: «Erase una vez un príncipe, tan apuesto caballero, que su varonil belleza eclipsaba la de sus fieles cortesanos... Un día llegó al reino de su ilustre padre el representante de una nación amiga, con su hija, tan rubia, como el dorado resplandor del sol, y cuya belleza deslumbró al joven príncipe, que le rindiera el homenaje de su sincera admiración...»

Ya ven ustedes que el preámbulo no difiere mucho de la tradición, pero la adaptación moderna asegura que hace largos meses, al celebrarse en el real palacio, una solemne recepción, el príncipe quiso admirar el primoroso trabajo de uno de los brazaletes que lucía la interesante figura juvenil, y le pidió, que se lo permitiera examinar de cerca; ella se lo quitó, accediendo con toda gentileza a la solicitud del príncipe, que, tomando la artística joya, expresó así:

«No tardaré en devolverle este brazalete, puesto que confío en emprender un largo viaje, rumbo a lejanas tierras...»

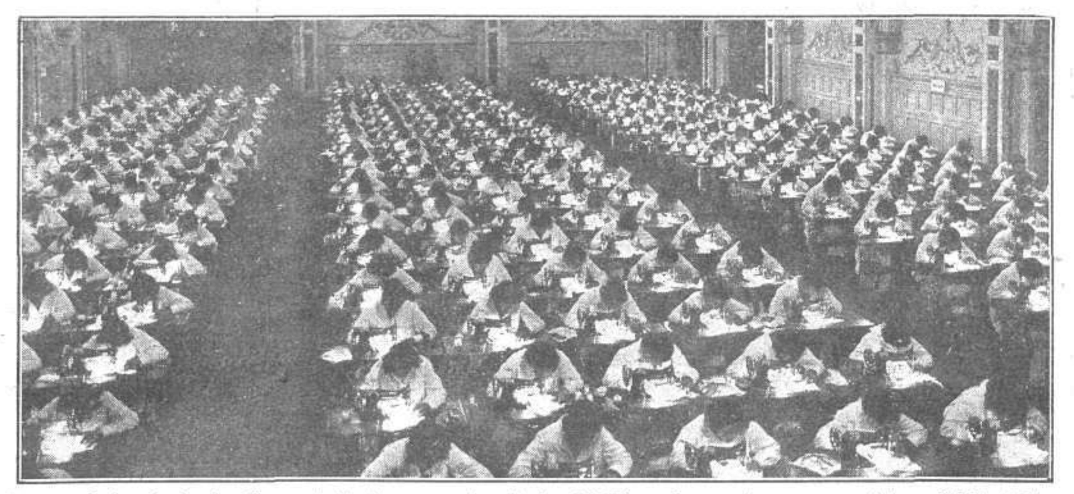
LA DAMA DUENDE

Buenos Aires, Junio 10, 1924.



Señora Enriqueta M. de Noé

Distinguida dama de nuestra sociedad cuyo fallecimiento causó honda impresión.



Alumnas de las Academias Singer, rindiendo sus pruebas finales del Primer Curso, acto que se realizó en el Salón "Prince George's Hall" los días 5 al 10 de Mayo próximo pasado

La Mujer Argentina y el Bordado a Máquina

ACTO ORGANIZADO POR LA COMPAÑIA SINGER

Un brillante y elocuente acto que ha sido una demostración del progreso alcanzado en una de las hermosas manifestaciones culturales femeninas, fué el que se llevó a cabo en el amplio salón del Prince George's Hall, de la calle Sarmiento, 1230, el día 4 del corriente mes.

Este acto que fué presenciado por una numerosa concurrencia femenina en su casi totalidad, fué organizado por la Singer Sewing Machine Company, con motivo de la distribución de certificados y premios, a las alumnas de sus Academias gratuitas, instaladas en la Capital Federal y alrededores, que aprobaron el primer Curso Reglamentario de Estudios, correspondiente al Libro Argentino de Bordados.

Las pruebas finales del primer curso, son semestrales y en esta oportunidad, fueron realizadas en el mes de Mayo último, en el mismo salón. **Doscientas ochenta alumnas** se presentaron para rendir sus pruebas de suficiencia, que son realizadas dentro de un marco de estricta legalidad y seriedad.

Los resultados generales han sido excelentes, debido a la cuidadosa preparación de las alumnas, que obtuvieron un elevado promedio de clasificación.

Semejantes pruebas finales, se realizan periódicamente en los más importantes puntos de la República, donde la Compañía Singer tiene instaladas sus Academias.

Al acto a que hacemos referencia, asistieron especialmente invitados el doctor Mateo Quijano, Subsecretario de Instrucción Pública; el doctor Eduardo Laurencena, Inspector General de Justicia de la Nación; el Hon. H. H. Morgan, Cónsul General de los Estados Unidos de Norteamérica; la señora Herminia L. de Roth, Directora de la Escuela Nacional de Economía Doméstica y distinguidos caballeros y hombres de negocios de la colectividad norteamericana.

La obra educativa que con tanto empeño y acierto, desarrolla la Compañía Singer en la República Argentina, fué iniciada hace 10 años con las dificultades propias de toda obra nueva, y en la actualidad ha llegado al grado más perfecto imaginable en este sentido.

El señor C. Whittemore, en su carácter de Gerente General de esta Organización, ha sido el más decidido propulsor de la obra realizada, y a su férrea voluntad, inteligente dirección y activo entusiasmo, se debe el alto grado obtenido en dicha labor, que ha venido a ser una maravilla despertada en la cultura femenina. La parte técnica, que encierra una compleja y cuidadosa organización y que ha cooperado muy eficazmente en dicha labor, está bajo la entusiasta dirección del señor Chas Sanders.

El alejamiento de la mujer de la vida de la calle y del taller, guiándola hacia la agradable labor en el hogar, al amparo y cuidado de los suyos, responde a una sana acción de notorios fines morales, que se persigue y se obtienen con hermosos resultados en la acción educativa que importa la enseñanza de labores bordadas a máquina. **Veintitrés mil seiscientas veintitrés** alumnas desfilaron durante el año 1923, por las doscientas veinte Academias gratuitas, instaladas en esta Capital y en distintas ciudades y pueblos de la República. Es digno hacer notar, que en ninguna otra parte del mundo, el bordado a máquina ha sido aceptado y desarrollado con tanto cariño como aquí, y puede decirse que entre nosotros están las más perfectas bordadoras a máquina. Una de las manifestaciones más interesantes de este éxito, es el Libro Argentino de Bordados Singer, obra netamente argentina, que ha sido aceptada y aplaudida en distintas partes del mundo. La entrega de premios y certificados a las alumnas que aprobaron el primer curso, según puede apreciarse por la demostración gráfica aquí reproducida, adquirió lucidos contornos. La numerosa concurrencia, que alcanzaba a 1.500 personas, siguió con visible interés los discursos pronunciados, otorgando su aprobación con insistentes manifestaciones de aplausos. Hizo uso de la palabra el doctor Mateo Quijano, Subsecretario de Instrucción Pública, quien dijo que el Gobierno Nacional, aplaudía la labor desarrollada por las Academias Singer, en beneficio de la cultura femenina. La señora Herminia L. de Roth, Inspectora de las Escuelas de Economía Doméstica, hizo entrega de los premios y certificados y pronunció algunas palabras de estímulo, para las alumnas que con tanto éxito habían rendido las pruebas finales. Aplaudió la obra que desarrolla la Compañía Singer, con tanto beneficio para la mujer e invitó a todas a aceptar el programa completo y perfecto de enseñanza implantado en sus Academias



Parte del numeroso público que asistió al acto de la entrega de premios y certificados a las alumnas que aprobaron el primer curso.

PRACTICOS E INSTRUCTIVOS PARA LAS TRADICIONALES FIESTAS

SAN JUAN Y SAN PEDRO

GRAFOFONOS "AMERICA"

Las máquinas parlantes de **MAYOR RESONANCIA**, dotadas de **Gran Corneta amplificadora de los sonidos** y de los más modernos adelantos de la acústica.

N.º 101. — **CAJA FINAMENTE LUSTRADA,** midiendo 31 × 31 × 15, motor Suizo perfeccionado. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a............ $ **49.50**

N.º 109. — **HERMOSO GRAFOFONO** con caja altamente pulida y tapa a bisagra para abrir. Motor Suizo. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a...... $ **65.—**

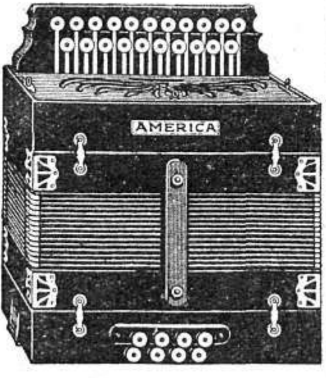
N.º 114. — **CAJA TERMINACION CAOBA,** con tapa a bisagra, mide 33 × 33 × 17 centímetros. Motor Suizo. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis $ **75.—**

N.º 14. — **REGIO APARATO,** caja en nogal de Italia con tapa a bisagra. Mide 34 × 34 × 16 centímetros. Motor Suizo de dos cuerdas. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a................ $ **95.—**

N.º 117. — **EXCELENTE GRAFOFONO.** Caja terminación caoba con tapa a bisagra. Mide 38 × 38 × 18 centímetros. Motor Suizo de dos cuerdas. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a. $ **115.—**

N.º 6. — **GRAN GRAFOFONO DE LUJO.** Caja finamente lustrada en terminación cacba, midiendo 41 por 41 × 22 centímetros. Poderoso motor Suizo de dos cuerdas. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a.......... $ **160.—**





POR SOLO

$ 19.80

remitimos con embalaje gratis y método para aprender sin maestro este bonito Acordeón de 8 bajos y 19 voces. Ofrecemos a precios de fábrica el más grandioso surtido en Acordeones a PIANO, SEMITONADOS y CROMATICOS de la afamada marca "PIEMONTE". Solicite el catálogo ilustrado N.º 26 de Acordeones y Bandoneones.

CONCERTOLA

La máquina parlante que encierra bellezas imponderables que contribuyen a infundir solaz, esparcimiento y aumentar el encanto del hogar.

N.º 4 bis. — **CONCERTOLA,** modelo para mesa, mueble en fina madera de roble o caoba, motor Suizo perfeccionado de dos cuerdas. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, pesos................. **150.-**

N.º 5. — **CONCERTOLA DE SALON,** mueble fino en madera de roble o caoba, con armario guarda discos. Motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis, pesos............... **250.-**

N.º 5 bis. — **REGIA CONCERTOLA** con armario guarda discos, precioso mueble en madera de roble o caoba con finos adornos de marquetería. Gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis, pesos................ **330.-**

Otros modelos de CONCERTOLAS, desde $ 45.— hasta $ 650.—. Solicite catálogo ilustrado N.º 21 enviando $ 0.20 en estampillas.



AMERICA
RG & RIGOTTI
AMERICA

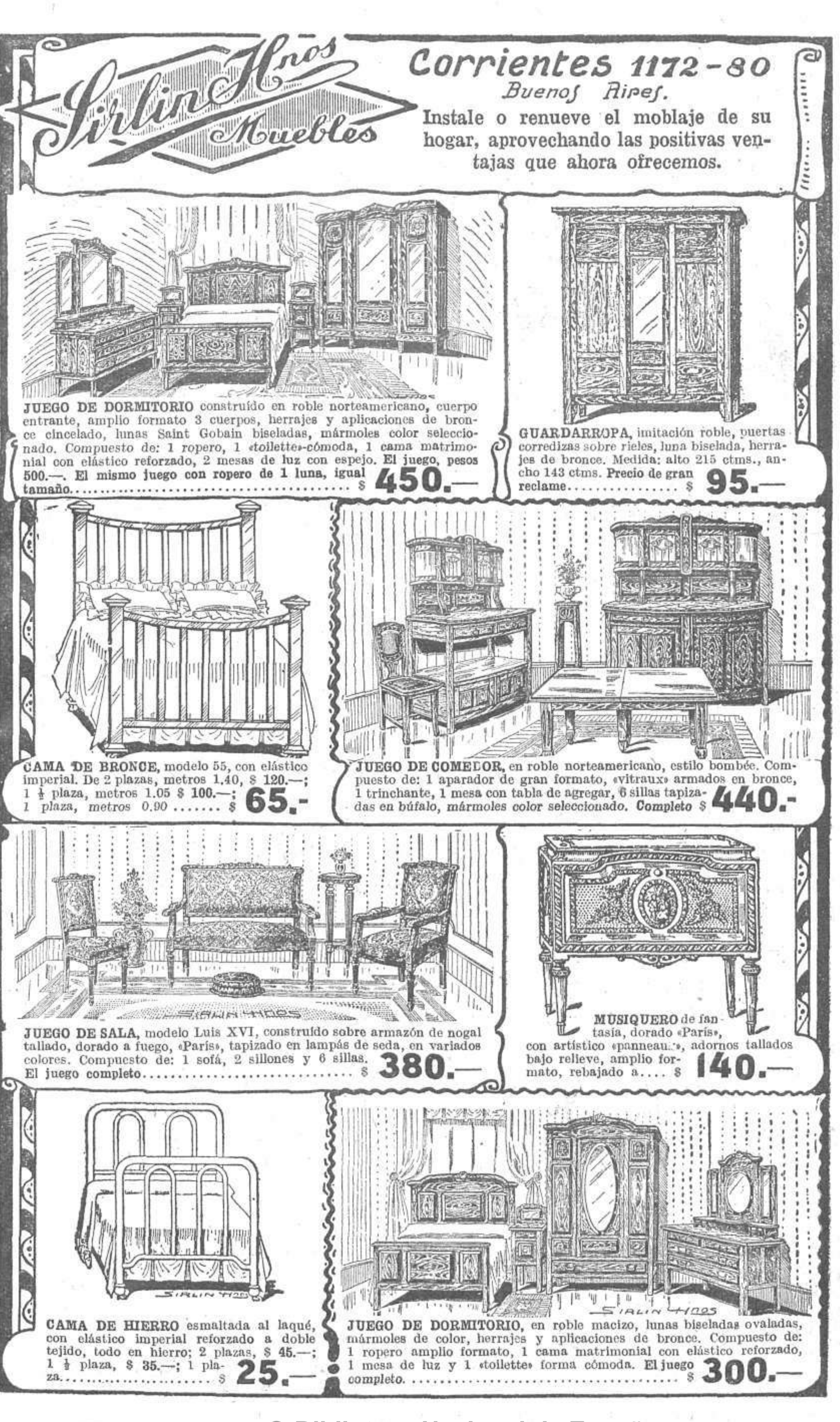
979. — (No cerramos los Sábados. No tenemos Sucursales).



Alumnos de las escuelas locales y público que asistió a la hermosa fiesta realizada en la Plaza principal, festejando el 114.º aniversario de la Revolución de Mayo.

HORROR SAGRADO

Nada hay en la creación que no sea transitorio, ensayo, bruma, aventura y sueño, que la vida se alimenta con la muerte. Es una decoración cuyos bastidores están pintados por las dos caras; aquí presenta la faz y allá la careta. Todo habla en ella; los pinos, las encinas, los torrentes, los escollos, que bate incesantemente la marea. Nada miente; nada en ella se equivoca, ni lanza una nota falsa, ni un grito perdido. Ninguna voz dice una cosa por otra. El viento sabe lo que se dice, lo mismo que el apóstol; la estrella habla con la aurora, y cuando abre la atmósfera la desgarradura enorme del relámpago, la tempestad profunda murmura confusamente el verbo que en tiempos antiguos los poetas pronunciaron, y del que salió como un eco del tenebroso templo el himno griego y el hosanna de los hebreos. Cada una de las estaciones pone y retira su tienda. La salvaje inmensidad no está siempre contenta, y se oye en su parte inferior confuso gruñido. El mal, ese gran blasfemo, se enlaza con el bien, y el conjunto de todo eso es la vida. En todas las cosas puede verse el lazo que ata la noche con el día; el prodigio divino rueda en esos tumultos, revolviendo nuestras leyes, nuestras creencias y nuestros cultos; para hacer avanzar la justicia y probar el derecho y el progeso, los desatres intervienen casi tanto como las victorias; el misterio profundo de dos voces contradictorias se nos presenta siempre, y el infierno de la razón al paraíso desde un extremo al otro del siniestro horizonte. El sarcasmo afirma, maldecir es creer, y el silbido es un ruido que comprueba la existencia de la gloria. — VÍCTOR HUGO


Sirlin Hnos Muebles
Corrientes 1172-80
Buenos Aires.
Instale o renueve el moblaje de su hogar, aprovechando las positivas ventajas que ahora ofrecemos.
JUEGO DE DORMITORIO construído en roble norteamericano, cuerpo entrante, amplio formato 3 cuerpos, herrajes y aplicaciones de bronce cincelado, lunas Saint Gobain biseladas, mármoles color seleccionado. Compuesto de: 1 ropero, 1 «toilette»-cómoda, 1 cama matrimonial con elástico reforzado, 2 mesas de luz con espejo. El juego, pesos 500.—. El mismo juego con ropero de 1 luna, igual tamaño.. $ 450.—
GUARDARROPA, imitación roble, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes de bronce. Medida: alto 215 ctms., ancho 143 ctms. Precio de gran reclame................ $ 95.—
CAMA DE BRONCE, modelo 55, con elástico imperial. De 2 plazas, metros 1,40, $ 120.—; 1 ½ plaza, metros 1.05 $ 100.—; 1 plaza, metros 0.90 .... $ 65.-
JUEGO DE COMEDOR, en roble norteamericano, estilo bombée. Compuesto de: 1 aparador de gran formato, «vitraux» armados en bronce, 1 trinchante, 1 mesa con tabla de agregar, 6 sillas tapizadas en búfalo, mármoles color seleccionado. Completo $ 440.-
SIRLIN HNOS
JUEGO DE SALA, modelo Luis XVI, construído sobre armazón de nogal tallado, dorado a fuego, «París», tapizado en lampás de seda, en variados colores. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas. El juego completo.............................. $ 380.—
MUSIQUERO de fantasía, dorado «París», con artístico «panneau», adornos tallados bajo relieve, amplio formato, rebajado a.... $ 140.—
SIRLIN HNOS
CAMA DE HIERRO esmaltada al laqué, con elástico imperial reforzado a doble tejido, todo en hierro; 2 plazas, $ 45.—; 1 ½ plaza, $ 35.—; 1 plaza...................... $ 25.—
SIRLIN HNOS
JUEGO DE DORMITORIO, en roble macizo, lunas biseladas ovaladas, mármoles de color, herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de: 1 ropero amplio formato, 1 cama matrimonial con elástico reforzado, 1 mesa de luz y 1 «toilette» forma cómoda. El juego completo.................................... $ 300.—



Concurrentes a la demostración ofrecida por el señor Zacarías Benítez a un núcleo de amigos del periodismo y comercio, con loable propósito de estrechar más sólidamente los vínculos de amistad que los une.

LA NUEVA ENFERMEDAD

La enfermedad del inalámbrico ha sido agregada a la lista de las modernas enfermedades, aunque ella no ataca sino a los operadores de los poderosos aparatos radiotelegráficos instalados en los buques. Tal enfermedad presenta los síntomas de la anemia o pobreza de sangre, con su correspondiente debilitamiento del organismo en general.

Los médicos alemanes, que recientemente descubrieron tal enfermedad, han hallado que sus pacientes presentan una considerable reducción de los glóbulos rojos de la sangre. Atribuyen ellos tal enfermedad en parte a la estrechez de los cuartos en que trabajan los operadores inalámbricos a bordo, y en parte a la excesiva oxonización del aire, debido a la gran frecuencia de las corrientes eléctricas usadas en las plantas inalámbricas de gran poder.

En el tribunal:

El juez. — ¿Qué edad tiene usted, señora?

La señora (turbada). — Cuento veinticinco años.

El juez (con severidad). — ¿Y cuántos no cuenta usted?



LA NATURALEZA·ES·CIEGA

y avanza recta e inflexible hacia sus fines. Empujado por ella va el hombre. Pero ella ni lo ve, ni lo oye, ni lo siente. Con idéntica impasibilidad lo halaga o lo tortura, lo levanta o lo derriba, lo crea o lo destruye. El hombre, sinembargo, usando de las mismas fuerzas que ella le otorga, ha ido, poco a poco, aprendiendo a defenderse. Así, por ejemplo, tratándose de los dolores físicos, la ciencia humana ha luchado hasta llegar al descubrimiento de la

CAFIASPIRINA

que es el analgésico perfecto, pues no solo alivia rápidamente los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; los resfriados; el malestar causado por los excesos alcohólicos, etc., sino que levanta las fuerzas e imparte al organismo una grata sensación de bienestar.

En tubos de veinte tabletas y **Sobres Rojos Bayer** de una dosis.

BAYER



Al lado del niño convaleciente o del anciano debilitado,
En los principales clubs sociales,
En el restaurant de moda,
En la alta vida mundana,
En cualquiera de estas manifestaciones de la vida, el

Oporto DOM LUIZ

es una figura destacada, es un factor de sana alegría y perfecto bienestar.

BUENOS AIRES, 21 DE JUNIO DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.º 1342



EL NUEVO EDIFICIO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLOCACIÓN DE LA PIEDRA FUNDAMENTAL

El Ministro de Justicia e Instrucción Pública firmando el acta que fué depositada al colocarse la piedra fundamental. *En la parte inferior:* La tribuna oficial ocupada por el Primer Magistrado, el doctor Sagarna, el Intendente Municipal, el rector de la Universidad de Buenos Aires, doctor Arce, el decano de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor Rojas, los decanos de las Facultades de Derecho, Agronomía y Veterinaria, y de Ciencias Económicas, profesores de las mismas y otras personalidades, al verificarse la ceremonia, que dentro de su sencillez, adquirió las proporciones de un significativo acontecimiento.

FOTOS DE BELL.

Nuevo Presidente de Francia



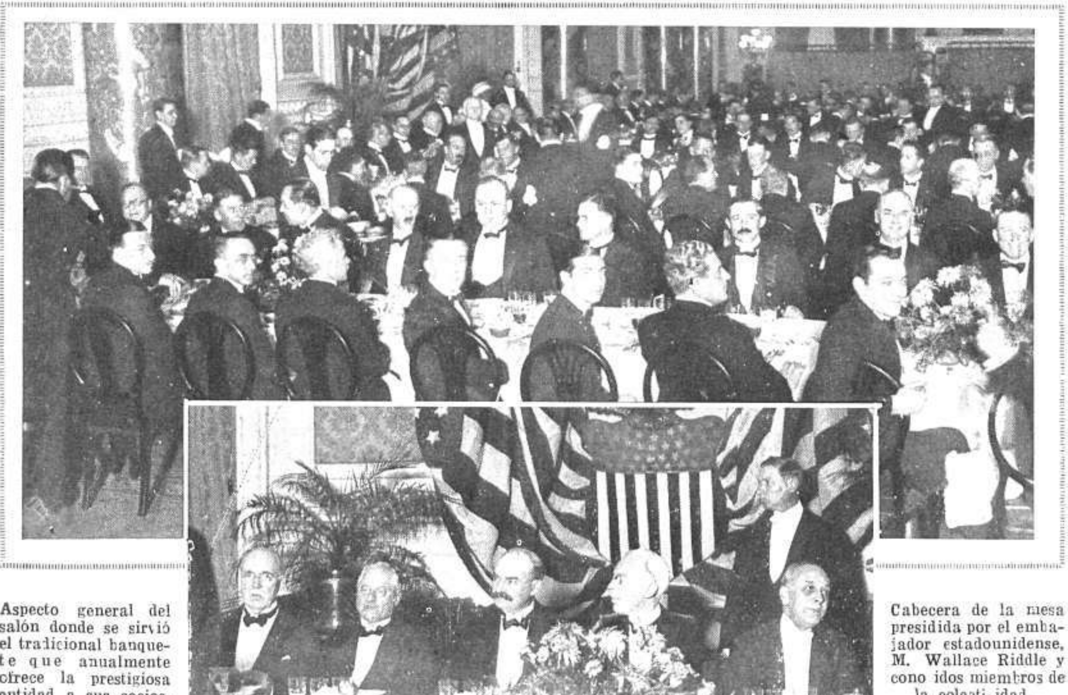
M. Doumergue que presidia el senado al renunciar M. Millerand, siendo electo presidente de la República Francesa en la última asamblea realizada en Versalles.

Casa Provincial y Colegio de las Hermanas Siervas



Monseñor Beda Cardinali, la señora Dolores Anchorena de Elortondo y el doctor Norberto Láinez que presidieron la inauguración del nuevo edificio de la benéfica asociación religiosa.

Banquete anual de la Cámara de Comercio Norteamericana



Aspecto general del salón donde se sirvió el tradicional banquete que anualmente ofrece la prestigiosa entidad a sus socios.

Cabecera de la mesa presidida por el embajador estadounidense, M. Wallace Riddle y conocidos miembros de la colectividad.

Exposición Nacional de Tejidos



El doctor Alvear, la presidenta de la Comisión de Señoras de la Liga Patriótica Argentina y demás concurrentes a la fiesta inaugural patrocinada por ésta institución.

En el Salón Nacional de Bellas Artes



"Una clase de Semiología en la Facultad de Ciencias Médicas", uno de los óleos del pintor Roberto Fantuzzi, expuesto en dicho salón.

Acto inaugural de la quinta Sala Cuna del Patronato de la Infancia



El doctor Alvear y distinguidas personalidades que concurrieron a la inauguración de la nueva sala-cuna donada por la señora Ernestina Ortiz Basualdo de Llavallol.



Doña Regina Pacini de Alvear pasando revista a los niños de la nueva sala-cuna.

En la Catedral Norteamericana



El embajador estadounidense y el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo presidiendo el homenaje realizado en memoria del primer Ministro de Norte América en nuestro país, con motivo del centenario de su fallecimiento.

Nombramientos



Don Ernesto Casares, nombrado recientemente por el Poder Ejecutivo gerente de la Lotería Nacional.



Don Wenceslao Requena, nuevo subgerente de la Lotería Nacional; designaciones que han sido acogidas con satisfacción general.

En el Automóvil Club



El Jefe de Policía, miembros de la Comisión Directiva y algunos de los invitados a la celebración del vigésimo aniversario que sorprende a la conocida institución deportiva y social en pleno florecimiento.

Festival danzante

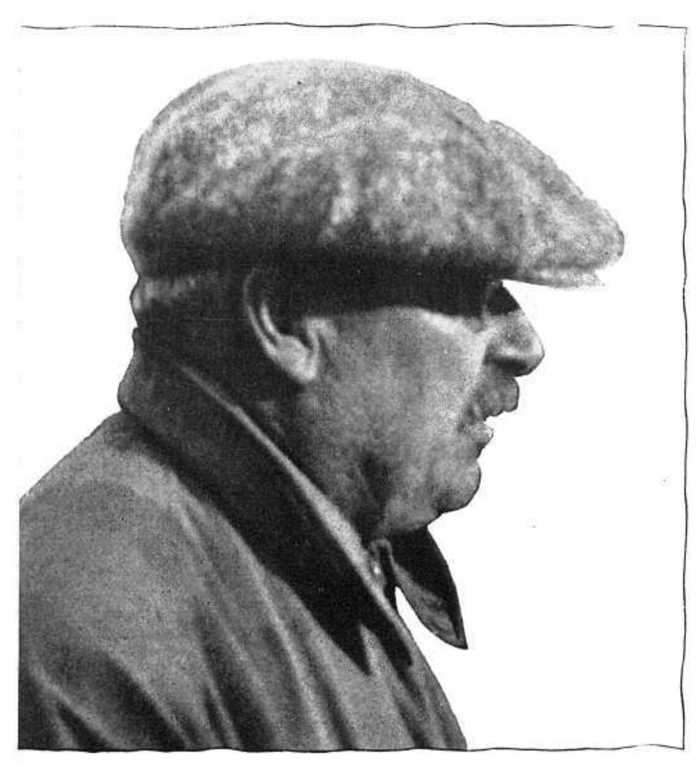




Distinguidas señoritas y caballeros que asistieron al te y baile de beneficencia realizado por la Asociación de Nuestra Señora de Luján, amena reunión a la que le dió animación una numerosa concurrencia.

FOTOS DE ARROYO Y BELL

LA ESFINGE



Por la pantalla de la actualidad desfilan figuras políticas, hechos extraordinarios, historias pasionales y crímenes horrendos.

La tragedia del Azul es de una intensidad tan emotiva, que no obstante el apasionamiento del público durante el primer acto de ese drama — el hecho, — interesándose, y su exaltación en el acto segundo — el juicio oral en el Azul, — ahora, en el acto tercero — el segundo juicio en La Plata, — la opinión palpita ante las noticias de los diarios que sobre ese asunto informan.

Mateo Banks es la figura más enigmática de la criminología. No es un degenerado, no es un loco, no es un desequilibrado siquiera. Autoridades como el doctor Durquet aseguran que ese hombre misterioso es el «exponente más alto de la habilidad y de la destreza; el tipo más acabado de la *simulación* y de la *disimulación*».

Mateo Banks calla, calla siempre. En su derredor van acumulándose, durante el juicio oral, las pruebas concluyentes de su culpa feroz. Peritos, documentos, testigos, fotografías, afirmaciones comprobadas. Como un mosaico va construyéndose, piedra por piedra, esa complicada figura que representa todo el crimen:

BANKS EN «EL TRÉBOL», EXPLICANDO A LOS CAMARISTAS CÓMO ENCONTRÓ LOS CADÁVERES.



OYENDO LA DECLARACIÓN DE SANTOS BLANDO «EL COLCHONERO» EN EL JUICIO ORAL DE LA PLATA.



LA CÁMARA DE LA PLATA QUE HA CONDENADO A «LA ESFINGE DEL AZUL». EL DR. ALSINA, CON EL DR. MACHADO Y EL DR. MOLINA.



LOS PERITOS EXAMINAN EL PIE DE MATEO BANKS PARA CERCIORARSE DE SU COARTADA.



POZO DE LA «BUENA SUERTE» EN QUE FUÉ ENCONTRADO EL CADÁVER DE LA NIÑA SARITA.

DEL AZUL

desde su nacimiento en el cerebro de Mateo Banks hasta el entierro de sus víctimas.

Y él calla. Con las manos cruzadas; sus ojos claros entreabiertos, sombríos, sin expresión, extraviados como los de un ciego, aprieta los dientes y reflexiona, sin inmutarse, como si todo lo que en su derredor sucede no se refiriese a él.

Su última carta la jugó en «las estancias de la Muerte» cuando la Cámara de La Plata llevó a Mateo Banks al escenario de sus hazañas siniestras. Allí hizo entonces su última tentativa de defensa; pero fracasó, y al contradecirse poderosamente hubo de entregarse de pies y manos a la vindicta pública, como una presa que le debía.

Y no habló más. Su mutismo elocuente es la confesión de su derrota; el abandono que hace de sí mismo a la muchedumbre.

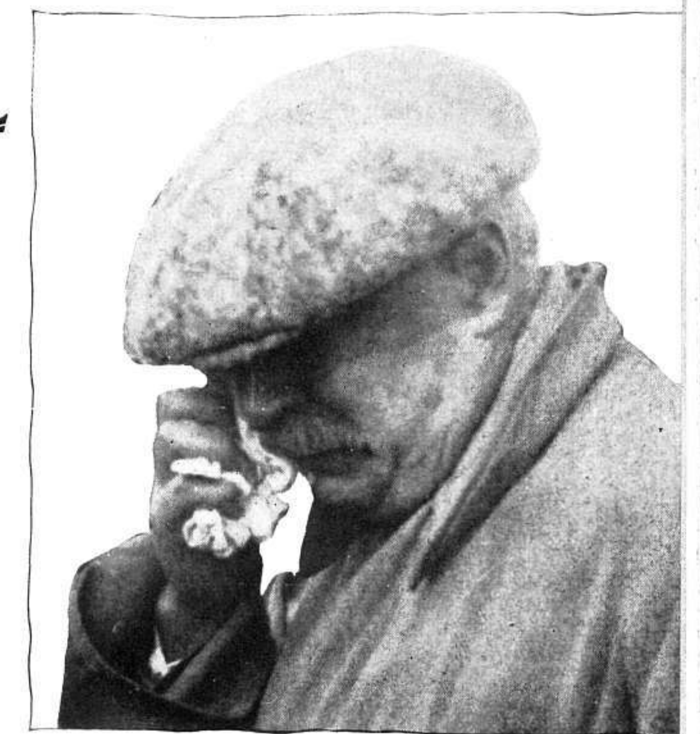
En el cráneo de «la esfinge del Azul» luchan las dos ideas fundamentales que constituyen el coeficiente de su porvenir: Ushuaia y la Muerte. Vencerá la más poderosa. Y ése es el enigma que rodea la figura del ya condenado a reclusión perpetua.

¿Es un espíritu fuerte o es un cobarde en quien el instinto de conservación es más fuerte que la propia vida?

El Buzo.



EL PERITO TALABARTERO QUE DEMOSTRÓ LA COARTADA DEL BOTÍN DE MATEO BANKS.



MATEO BANKS LLORA TEATRALMENTE EN «EL TRÉBOL».



MATEO BANKS RECONOCE EN EL JUICIO DE LA PLATA LAS FOTOGRAFÍAS DE SUS INFELICES VÍCTIMAS.



CRUZ QUE INDICA EL SITIO, ENTRE LA «BUENA SUERTE» Y «EL TRÉBOL», DONDE SE ENCONTRÓ EL CADÁVER DE ANA MARÍA.



LOS PERITOS MÉDICOS EN EL JUICIO ORAL DE LA PLATA.

CRONICA POLICIAL

Intensa tragedia pasional



Ricardo Albors, victimario y suicida.

Un drama sangriento, ocasionado por el desvío de una mujer tuvo lugar en la casa de departamentos de la calle Agüero número 1136.

Estela Larramendi, argentina de 26 años de edad, había vivido hasta hace pocos meses con Ricardo Albors, argentino de 45 años de edad. De la unión de ambos nacieron un niño y una niña, de 6 y 3 años respectivamente.

Sin causa que justificara su actitud, Estela Larramendi, cuatro días antes de la tragedia, abandonó el hogar y en compañía de Héctor Gatto, de 23 años de edad, argentino, fué a ocupar un departamento en la casa de la calle referida. Profundamente afectado por la actitud de su compañera, Albors empeñóse en su búsqueda, hasta que una carta anónima le reveló el paradero de aquélla. Armado de un revólver hizo acto de presencia en el departamento citado donde sorprendió a su amante y a su compañero jugando a las cartas en compañía de dos amigos. Y sin pronunciar palabra, Albors hizo fuego a Estela y luego a Gatto, hiriéndolos a ambos de muerte. Momentos después y en circunstancias en que la policía hacía acto de presencia, Albors, abocóse el arma en la sien derecha y se disparó un tiro, que le ocasionó la muerte instantáneamente.

Tan rápida fué la escena que ni los amigos que acompañaban a Estela y Héctor pudieron evitarla, ni tampoco el agente de policía que acudió luego al llamado de los vecinos alarmados por las primeras detonaciones.



Estela Larramendi, víctima (fotografía tomada hace once años).



Héctor Gatto, otra de la víctimas.



Ultima fotografía de Estela Larramendi, sacada en compañía de una amiga en los jardines de Palermo.

Dramática resolución de un amante

A causa de los malos tratos de que la hacía víctima su amante Juan Lanzalot, Ramona Ojeda abandonó el hogar acompañada por una hijita de corta edad. Afectado el hombre por la determinación de su compañera, escribióle una carta, en la cual le manifestaba que si no tornaba al hogar, se daría la muerte. Pero, según se ha comprobado *luego*, sus propósitos eran otros, pues habiendo ido a ver a su excompañera y luego de insistir en sus ruegos, sacó un revólver e hizo tres disparos contra la mujer dejándola mortalmente herida. Al ver caer a la víctima Lanzalot volvió el arma hacia sí e hizo un cuarto disparo, hiriéndose levemente.



Juan Lanzalot, uxoricida, y que luego intentó suicidarse.



El victimario, en compañía de su esposa, la víctima, y de su hijita.

Original odisea de una joven

Tina Varodini, italiana, soltera de 22 años, embarcóse en el puerto de Génova, a bordo del vapor francés «Alsina» para ir a reunirse con su madre en Marsella. En el transcurso del viaje, se enamoró de un compatriota, y como éste la prometiera casarse al llegar a Buenos Aires, la joven decidió continuar su viaje hasta ésta. Y para evitar trastornos, cambió sus ropas de mujer por un uniforme de marinero, confundiéndose así con los demás hombres de la tripulación. Sin embargo, no pudo el engaño continuar a bordo. Y Tina, descubierta por algunos debió hacer su viaje escondida entre el compartimento de máquinas, sitio al que le era llevado el alimento por el cocinero del barco que de esta manera le prestó ayuda. Llegado el vapor a nuestro puerto, la audaz joven Tina, se dispuso a desembarcar. Pero un oficial de la Prefectura que a la sazón se encontraba cerca sospechó la calidad del marinero. Interrogada hábilmente y llevada a presencia del capitán del barco, fué establecida su verdadera *personalidad*, pues al sacarse la gorra apareció su abundante cabellera de mujer; como había algunos puntos sin aclarar, a la joven se le detuvo en el Hotel de Inmigrantes.



Tina Varodini, la arriesgada joven.



El cocinero del vapor "Alsina" que protegió a la joven durante el viaje.



Oficial inspector de la Prefectura, señor Cáceres, que fué el primero en intervenir.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DOCTOR LEOPOLDO DIAZ

NUEVO MINISTRO ARGENTINO EN EL PARAGUAY

POR ALONSO

Escritor y poeta de alto vuelo, diplomático distinguido y caballeresco, su designación para ocupar el alto cargo en el país hermano ha causado íntima satisfacción, por cuanto ella justifica ampliamente el concepto elogioso y unánime, que el desempeño de su misión en el extranjero ha merecido.

RARÍSIMO Y SENCILLO VESTIDO, QUE FUÉ TODA UNA NOVEDAD EN LA REUNIÓN DE CARRERAS DE AUTEUIL.

La Página de la Moda

Últimos Modelos

BONITO TRAJE SASTRE; LA POLLERA, COMO SE VE, SE HALLA ABIERTA A UN COSTADO, LO QUE PARECE TENER GRAN ACEPTACIÓN.



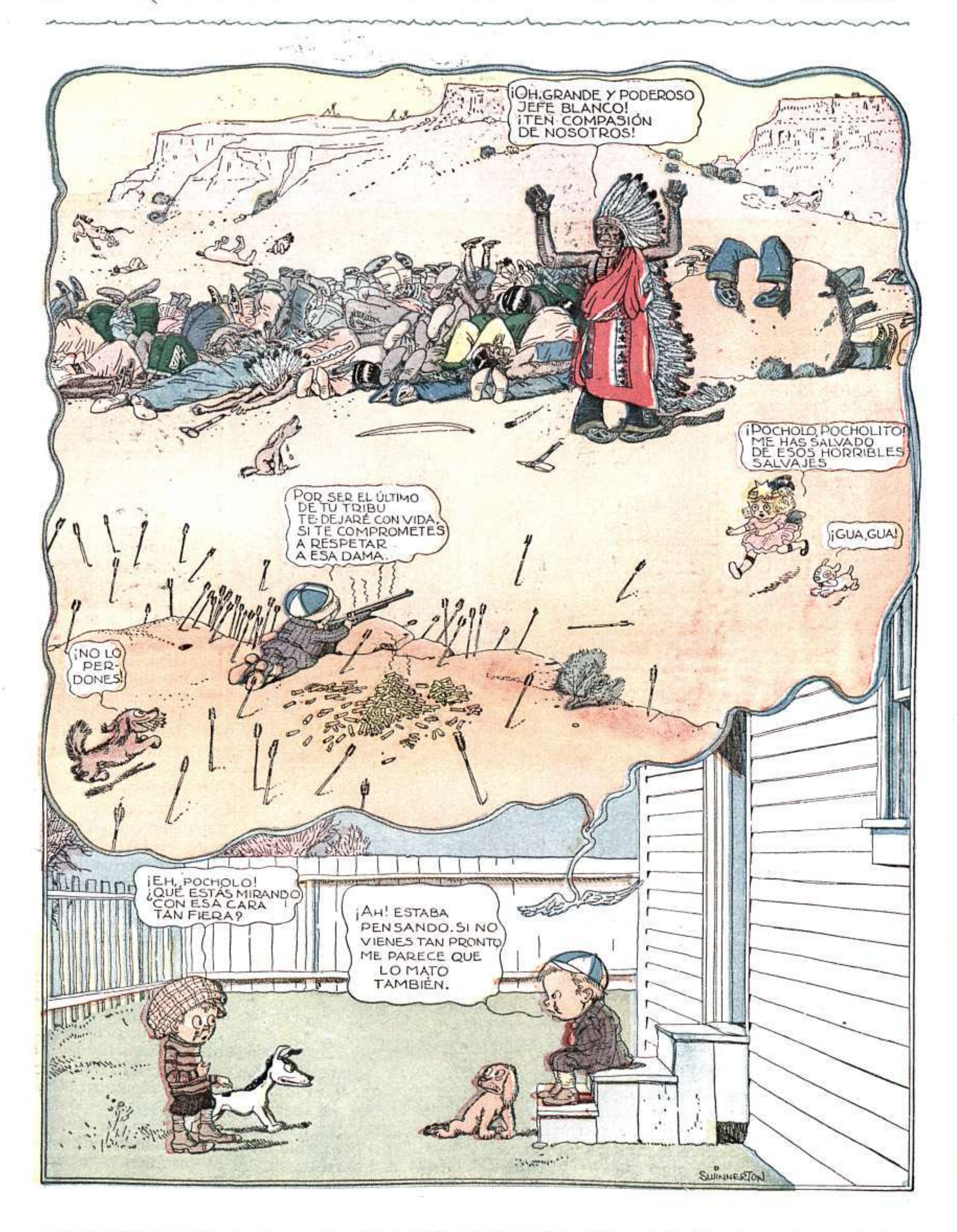
OTRO VESTIDO QUE COMO EL PRIMERO TUVO LOS HONORES DE DESPERTAR EL MAYOR INTERÉS EN EL ARISTOCRÁTICO HIPÓDROMO.



LLAMATIVO TAPADO COMBINADO A CUADROS GRISES Y BLANCOS. EL SOMBRERO PEQUEÑO SE HA IMPUESTO ABSOLUTAMENTE ESTE OTOÑO.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL EN PARÍS.

LO QUE SUEÑA DESPIERTO POCHOLO



POR SVVINNERTON
DIBUJANTE NORTEAMERICANO

DE LA VIDA INQUIETA (LO QUE NO SABEMOS...)



La teoría del libre albedrío, que ha enviado a presidio o a la horca a tanta gente, es uno de los muchos fantasmas que ha ideado la humanidad para darse importancia. El animal vanidoso por antonomasía no es el pavo real, sino el hombre. El mozalbete ve con júbilo acercarse la hora en que la ley ha de declararle mayor de edad; la hora terrible de las responsabilidades no le asusta.

A don Fulano, que se cree formado «a imagen y semejanza de Dios» según le enseñaron en la escuela, le gusta exclamar echando atras el cuerpo y metiendo los pulgares en las sisas de su chaleco:

— ¡Yo soy responsable de mis actos!...

Nosotros, desde hace mucho tiempo — y cuanto más conocemos el mundo con mayor seguridad nos ratificamos en esta creencia — estamos ciertos de que el libre albedrío es una quimera filosófica falsa y muy molesta, dicho sea de paso; y, de consiguiente, que nadie, ni aún aquellos dictadores que parecen moverse fuera de los códigos, son dueños absolutos de sí mismos, ni enteramente responsables, por tanto, de sus acciones.

En la evolución universal, tantas veces comparada a un tren en marcha, si alguna máquina hay, es el Tiempo; todo lo demás, minerales, vegetales, personas, mundo... son «unidades del convoy», cuerpos que caminan eternamente — nadie sabe ni sabrá por qué — y tirando ciegamente unos de otros. La vida es un Placer... o un Daño... — esto también está por descubrir — cuyo misterio recibimos y transmitimos a ciegas. Nuestros padres nos la dieron y nosotros la damos a nuestros hijos apresuradamente, cual si su enigma insondable nos quemase las manos. Apenas empezamos a vivir, empezamos a morir; y así siempre a lo largo de los siglos, todos iguales en su esencia y todos distintos, no obstante...

De tal convicción nace nuestro fatalismo inquebrantable. Todo influye perpetuamente en todo, y de ahí que lo que se nos antoje más pequeño pueda ser enorme y tener derivaciones y resonancias infinitas.

«El canto de los pájaros — escribió Víctor Hugo — influye en el movimiento de los astros». Y estas palabras son mucho más que una frase inflamada de poeta, porque expresan una verdad. ¡Acaso encierren toda la verdad!...

Por eso hacemos mal en otorgarnos la responsabilidad de nuestros actos, pues nada es perfectamente «nuestro», y esa voluntad, cuya independencia libérrima tanto nos envanece, antes que una dueña es «una administradora» de cuanto la Herencia — la verdadera reina omnipotente — dejó en nosotros. Detrás de cada individuo late un medroso «porqué» una fuerza racial que rereduciéndole a vertiginosa insignificancia, le redime, le hace inaccesible a la responsabilidad y es para él como una agua lustral. Se nace santo o se nace criminal, lo mismo que se nace rubio... o sanguineo... o linfático...

— ¿Y la educación?... ¿Es que el medio no influye en el niño?... — dirán algunos.

A lo que yo respondo:

— Cierto que influye; ¿pero acaso ese medio, adverso o favorable en que el recién nacido empieza a desarrollarse, no es también algo preestablecido?

Busquemos la razón de nuestro temperamento e inclinaciones en nuestros padres, quienes a su vez obedecían a la idiosincrasia que recibieron de sus progenitores, y así hasta remontarnos al primer hombre.

Por lo cual a ese orgulloso «don Fulano» que se cree responsable, y, de consiguiente,

autor único de su vida moral, yo le diría:

—No sea usted majadero; usted *no* es «principio» de nada. Usted es un pelele, un muñeco movido por el aparato de relojería de la Herencia. ¿Usted sabe por qué esta tarde se ha comprado una corbata azul?... Pues porque en el siglo XII un ascendiente suyo se desayunó con un plato de lentejas y media docena de naranjas...

Y esto que acabo de decir no es una pampirolada, pues nada se pierde, y todos nuestros actos son como piedras que rodasen perpetuamente por las paredes de un abismo sin fin. «Del hombre—afirma sabiamente el profesor Otus—sólo conocemos la superficie».

¡Muy cierto!... Y no olvidemos que los recursos más fuertes de nuestra alma, los impulsos más rotundos y simuladamente más arbitrario de la vida social, radican cabalmente «en lo que no vemos».

A principios del año actual estuvo expuesto a descarrilar en las inmediaciones de Tokío un tren que llevaba a la capital a varios prohombres de la oposición. La prensa mundial y particularmente «las izquierdas» japonesas, creyeron tratábase de un atentado político urdido por el gobierno, o tramado, al menos con su beneplácito. Esto indignó a la opinión: hubo manifestaciones públicas, se celebraron ardorosos «mitines» pidiendo el esclarecimiento del hecho y el severo y fulminante castigo de los culpables, y el escándalo, en suma fué tan enorme que determinó la disolución de la Dieta. Sin embargo, la mano criminal, que preparó la espantosa catástrofe permaneció en la sombra...

Ahora, después de tres meses, se ha despejado el misterio y aparecido la verdad; una pobre verdad tan mezquina, tan increíble, tan grotesca... que mueve a risa.

Espontáneamente, movido a ello quizá por un deseo de notoriedad, un rústico llamado Naruse, se ha presentado en la Jefatura de Policía, diciendo:

—Vengo a constituírme preso.

Y orgulloso y acobardado a la vez, relató su hazaña. Naruse no es ladrón; tampoco tiene ideas políticas, sus antecedentes son buenos. Naruse, cuando cometió su delito, ganaba honradamente su pan, poseía algunos ahorrillos y pensaba casarse.

—¿Entonces, por qué hizo usted eso?—le preguntó el juez.

El repuso:

—Por celos.

Esta declaración hace suponer que en el tren que Naruse quiso descarrilar viajaba la mujer ingrata o infiel de quien el despechado quería vengarse. En esta cábala salvaje hay algo lógico. Y no obstante la explicación del horroroso intento criminal es otra... mucho más tenebrosa, más incomprensible; otra tan obscura, tan bárbara, tan laberíntica, que apenas hallamos su razón.

La víspera del atentado, Naruse había sorprendido a su novia entre los brazos de un individuo. Esto es todo. En aquel momento el burlado no pensó en matar a los traidores, sino en escapar, y transido de celos y de rabia echó a correr. Durante toda la noche erró por el campo como si quisiera huír de sí mismo; pero no podía olvidar lo que vieron sus ojos, y la odiosa escena se devanaba sin cesar ante él, semejante a un «film» interminable. Aquel cuadro lo llevaba dentro de su alma, y era como una llaga, cada vez más grande, en su memoria. Y a la mañana siguiente fué cuando determinó—para desahogar su cólera—hacer descarrilar el expreso de Tokío.

¿Qué le impulsaba a ello?...

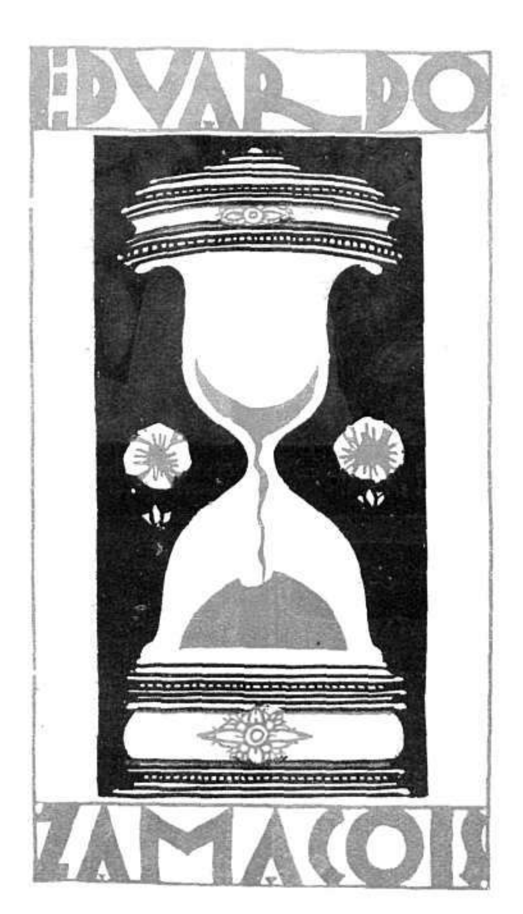
Naruse, ahora no se lo explica. Pero nosotros, sí. La explicación de su acto debemos buscarla en la «indiferencia» con que todas las personas con quienes debió de cruzarse en el curso de aquella noche trágica le mirarían. Naruse las vería pasar tranquilas, y su sosiego le exasperaba.

—Mi dolor—pensaría—no les importa. Es cierto que ignoran mi desgracia, pero si la supiesen probablemente se encogerían de hombros... o se echarían a reir... Entonces ideó su crimen, porque en su subconsciencia algo le insinuaba que el dolor de los demás aliviaría un poco el suyo.

Y, mientras, ayudado por las primeras claridades del alba, iba arrancando los rieles, el miserable se diría:

—Todos esos viajeros que ahora son felices, pronto quedarán destrozados. ¡Mejor!... Que mueran, que lloren, que sufran... como yo...

Tengamos miedo de nosotros mismos, lector: tengamos miedo más que a los abismos en que pueden hundirse nuestros pies, a las simas y derriscaderos sin fondo de nuestro corazón. El mal que hacemos es... ¡una sonrisa!... comparado con el daño que «podemos hacer». Por imperativos raciales, el hombre más bueno, el más indulgente lleva bajo su blanca camisa de civilizado un nido de víboras. Y esas víboras la Moral no las mata; su poder no alcanza a tanto: lo único que puede conseguir es que no despierten...



DIBUJOS DE BONOMI

M O M E N T O S

Por el dibujante norteamericano



Cuando instalado en un palco del teatro con su cara esposa, dos coristas pizpiretas exclaman: "¡Allí está Pancho! ¡Hola, Panchito!"



Cuando, en el "sagrado" de su hogar, se dedica usted al lavado y de repente aparece la dueña de casa.



Cuando, a mitad del camino que le conduce a su oficina, descubre usted que se le olvidaron la corbata y los lentes.



Cuando, padeciendo de sonambulismo, se despierta usted en ropas menores ante la curiosidad con que le observan vecinas y vecinos.



Cuando llega usted tarde y con grandes precauciones al hogar conyugal y se cuela por la puerta de un sorprendido vecino.



Cuando delante de visitas la esposa nos reprende diciéndonos: ¡No seas bruto! ¡¡Animal!!

E M B A R A Z O S O S

CHARLES DUNN.



Cuando el pibe de la casa, terriblemente indiscreto, comienza a contar a la visita una historia "privada", sin hacer caso de las llamadas de mamá.



Cuando el viento, sin consideración a la dignidad de los años, nos arrebata el sombrero y nos hace perder la línea y el equilibrio.



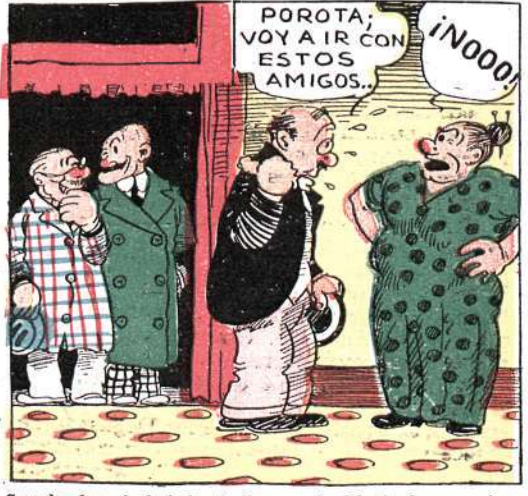
Cuando, yendo de compras con la "costilla" y después de marear a la empleada durante una hora, ésta pregunta si van a comprar algo, y la compradora contesta que no hay nada que le guste.



Cuando, amoscado por la vergüenza, el pibe que pasea al hermanito sufre los titeos de sus burlones y pequeños camaradas.



Cuando la señorita a quien le presentaron una vez se olvidó, o finge olvidarse, de usted.



Cuando, después de haber fanfarroneado delante de sus amigos de ser "el amo en la casa", se ve en el aprieto de pedir permi-



ILUSION

(*La escena se desarrolla en una sala del palacio Orlani. Balcón veneciano que da al Canaletto. Decoraciones antiguas. Lienzos de dogaresas. Una estatua de Benvenuto Cellini que representa una mujer vendada. Puertas a izquierda y derecha*).

Personajes: EL y ELLA

EL. — He venido a este baile atraído por no sé qué fuerza o qué magia. Sin conocerte te he buscado y, sin conocerme tú has llegado hacia mí. Estás unida a mi vida por un siglo de leyenda y fantasía. Descúbrete. La realidad es a veces más hermosa cuando se palpa, que la ilusión que nos obsesiona.

ELLA.— (*Moviendo la cabeza*). No insistas. Deja a la ilusión que sirva de pórtico a lo desconocido. El misterio tiene a veces un maravilloso hechizo. La realidad vive a tu alrededor. Te hastiarás de ella.

EL.— La palpo, pero no la domino. Tu antifaz te aparta de mí. No veo el brillo de tus ojos.

ELLA.— Pero mis ojos te miran y escudriñan tu interior. No apetezcas lo que no tienes a tu alcance. La emoción que te acaricia puede alejarse de ti. No siempre nuestros deseos se aplacan con lo que pueden obtener. Conténtate con adivinarme. ¿Me crees bella?

EL.—Presiento que lo eres. A tu lado palidecen estos viejos lienzos de los tiempos de las blancas y lindas dogaresas. Mira esta Fornarini. Contempla aquella Anafesto. Observa cómo sobre el negror del brocado, resalta la granada de la boca ducal. Mas ¿qué es ella comparada con la tuya? Palidece. En estos salones donde la leyenda acaricia la gloria de los Dogas, tu boca parece un oasis infinito donde van a saciar su sed los peregrinos. Hay en ella la tentación de la fruta madura.

ELLA. — Siempre la boca. Siempre la boca. Hablas de ella como si quisieras impresionar mi alma. ¿No sabes que los labios son la respuesta del silencio?

EL. — Por ellos se llega al corazón.

ELLA.— Feliz soñador que elevas el dulce vuelo de la palabra cuando sabes que ellas son humo y ni aun tienen el milagro del sueño.

EL.— (*Insistiendo*). Déjame ver entonces tus ojos.

ELLA.— Míralos a través del antifaz.

EL.— No me basta. Sé que eres una mujer que hace pensar, pero no sé si eres una mujer que hace sentir. Quiero ver la línea violácea de tus ojeras. Quiero ver si tus sueños abrazan la vida como los brazos voluptuosos de las enredaderas.

ELLA. — (*Moviendo negativamente la cabeza.*) Tu afán de vivir te lleva más allá de Beatriz, don Ramiro. No fuerces el deseo de una mujer. Guárdate en el misterio. Mira esta bella estatua (*se acerca a ella.*). Contémplala con ojos de artista más que con ojos de hombre. ¿Ves cuánta delicadeza fluye de ella? Y ahora quítale su venda y te dará la sensación de una mujer como todas.

EL. — El misterio nos llena de tortura y el amor nos ofrece la infinita tibieza de las manos unidas. Prefiero la luz a la tiniebla. La vida es demasiado triste para ennegrecerla aun más. Los hombres vivimos siempre extraviados en una negra gruta. Un hilo de luz nos lleva a los astros.

ELLA. — (*Apoyando un codo sobre el balcón y mirándolo fijamente.*) ¿Eres escéptico?

ÉL. — He leído a Shakespeare. Conozco Hamlet. Además he conocido el placer y la angustia de vivir. Soy un sacerdote del amor doloroso y feliz, sugestivo y fatal.

ELLA. — Pues haz de cuenta que yo soy la fatalidad que te acecha en la sombra. Déjame pasar. Desde el silencio te visitará mi recuerdo.

ÉL. — ¿Y crees tú que yo podré creer en tu promesa? Más allá de tu vida está tu destino. Eres como una flor solitaria perdida en un desierto. La noche te cubrirá.

ELLA. — Vendrá un nuevo día...

ÉL. — Y te hallará marchita para mis ojos ávidos de juventud. Ya no tendrás ni la fragancia de hoy, ni la frescura de ayer.

ELLA. — Tu pensamiento me reanimará en ti mismo. Rejuveneceré junto a ti como una rosa marchita colocada en un vaso de oro. Llenaré de fragancia tu alcoba...

ÉL. — No vivirás más. Conozco demasiado el espíritu de la mujer para creer en la constancia. Te irás con el curso de mi voz como se han ido otras que he amado en países lejanos. Morirás como ellas en mí y en tu alma.

ELLA. — Resurgiré a tu invocación; apartaré la tristeza de tu añoranza...

ÉL. — (*Con dudas.*) ¡Inefable anhelo, sublime sacrificio de la fragilidad femenina! Sin embargo, toma esta rosa. Es emblema de constancia (*se saca del ojal una flor y se la tiende.*) Guárdala. Cuando sus pétalos no den perfume, arranca uno de ellos y haz que llegue a mis manos. Creeré en ti y dudaré entonces de mí.

ELLA. — (*Aceptando la flor y tendiéndole otra.*) La guardaré y su fragancia me traerá tu recuerdo. Toma (*le tiende otra flor.*) Cuando sus pétalos se desprendan, verás la realidad y toda su poesía caerá a tus pies. (*Se aleja hacia la izquierda*).

ÉL. — (*Intentando detenerla.*) Cómo, ¿te vas?

ELLA. — (*Volviéndose.*) Me voy. Más allá de mi vida, como tú dices, está mi destino, y el destino quiere que ahora me aleje de tu lado. Adiós. Espera la palabra del silencio. No dudes.

ÉL. — (*Hace un ademán de detenerla, pero se contiene. Contempla la flor y la lleva a sus labios.*) Mujer, fragilidad eterna, ¡cuánto dolor y cuánto placer hay en ti! Todo lo que brota de tu cuerpo quema como la fiebre, pero el flúido de tu alma abrasa como el hierro candente o hiela como los témpanos la pobre ternura del corazón. (*Vuelve a mirar la flor.*) Pobre flor. Tú has corrido la cortina de la sombra. Recién naces y ni tienes el frescor de la esperanza ni el aliento de la infancia sutil y suave. Vienes a mis manos como podías haber ido a las manos de otro hombre. El destino te ha traído o la casualidad te ha buscado. (*Inclina la cabeza y medita.*) Yo sé que ella no volverá a mí. La sentí morir con su voz. Como las mujeres de los lienzos antiguos, tiene la eternidad de los éxtasis. Quizás tenga razón. La ilusión es más fascinadora cuando se entrevé que cuando se acaricia con las manos. Tiene por lo menos el blancor de los velos de las vestales. Es impalpable. La fuerza humana y avasalladora de las pasiones pasa junto a ella en fuga miserable y cobarde. (*Contempla la estatua.*) Y bien, dejemos que el misterio cubra el ansia del corazón. Sacrifiquemos a éste en provecho de estos viejos óleos de los tiempos de Floriani. El futuro es vida, el pasado es eternidad. (*Arroja la flor que tiene en sus manos por el balcón y se inclina para contemplarla; después se vuelve.*) Ya murió el sueño; demos ahora otro paso hacia la vida...

BARTOLOMÉ GALINDEZ

DIBUJO DE LARCO

PLEGARIA DE LA NOCHE

POR

ROBERTO LASCANO

Noche, noche callada,
yo busco entre tu sombra,
el cálido secreto de tu alma iluminada
que en el dulce misterio de tu reino te nombra.

Elevemos el canto;
busquemos el sendero que a tu reino nos lleve;
¡échanos sobre el alma tu piadoso manto
en ese ritmo dulce y silencioso y leve!

Tu alma es como el perfume que brota de tu seno,
y brilla humedecida de un resplandor de plata,
pasa sobre las vidas como un río sereno
cuando la mansedumbre de sus sombras desata.

Tú calmas como un filtro todas las amarguras;
mi tierno corazón sus angustias te fía,
¡oh noche!, ¡noche inmensa! báñame en tus ternuras;
¡húndeme en tu regazo por siempre, noche mía!



SIMPLE BALADA

I

Mi alma era una linda muchacha;
de estrellas los ojos tenía;
era su pelo de jacinto morado
y sus manos de vincapervinca.

Todas las mañanas al campo
la hermosa muchacha salía;
hablaba con las aves del cielo
y con la hierba y con las florecillas.

Sus pies breves como las almendras
en los claros arroyos hundía,
y se pasaba las horas soñando,
soñando y soñando la muchacha linda.

II

Una tarde, ¡yo no sé cómo fué!
se internó la muchacha en un monte.
La noche llegó sobre ella
como un siniestro buho enorme.

Las zarzas rasgaron sus carnes doradas
como las lengüitas de los girasoles.
Después... ¡Las estrellas, la luna y el viento
saben el secreto que aun nadie conoce!

III

En este sepulcro pequeño
como una avellana,
ahora reposa
la hermosa muchacha.

IV

Aves del cielo,
cantad para ella.
Viento, trae de lejanos países
hasta aquí, las más cálidas quejas.
Farolitos chinescos de Dios,
oh amigas estrellas;
errabundos guiños de la noche,
oh amigas luciérnagas;
brillad para ella.

V

¡Yo tengo el consuelo de ir por el mundo
cantando la dulce pena que me mata;
mientras llevo en mis manos
amorosas y pálidas,
este sepulcro pequeño
como una avellana,
en donde reposa
la hermosa muchacha.

ALFREDO R. BUFANO

DIBUJO DE LARCO

Página Infantil

Mabel Cloet

Varena Cerone



Purita Amor



Jorge Imaz Malgor

LA CASA DE DON LIBORIO

PAISAJE DE LA QUEBRADA

ÓLEOS DE LEONIE MATTHIS

ENLACES

SEÑORITA MARÍA PRANDO CON EL DOCTOR JUAN P. GARRAHAN, EN LA BASÍLICA DEL ROSARIO.


SEÑORITA AGUSTINA MARCÓ ROCA CON EL MARQUÉS VIERI ANTINORI, EN LA IGLESIA DEL SALVADOR.

SEÑORITA TERESA MARÍA GRECO CON EL DOCTOR ANTONIO A. FERNÁNDEZ, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.

TEATRO NACIONAL
COMPAÑIA DE PIEZAS COMICAS
LUIS ARATA

Los prestigios conquistados en su carrera artística por el conocido actor se han puesto aún más de manifiesto en la presente temporada, al frente de la disciplinada compañía con que actúa en el teatro Liceo. Felices han sido sus interpretaciones en las distintas obras que este año ha estrenado, llegando algunas de ellas a constituir verdaderas creaciones de la escena nacional.



BERTA GANGLOFF, PRIMERA ACTRIZ.



MARÍA PADÍN, PRIMERA ACTRIZ.



ARATA, EN SU FELIZ INTERPRETACIÓN DE LA OBRA «SE REMATA UN MÉDICO»



SUSANA VARGAS, PRIMERA ACTRIZ CÓMICA.



VICTORIA CORSINI, ACTRIZ.



ELVIRA QUIROGA, ACTRIZ.



CELIA GALVÁN, ACTRIZ.



ARATA, EN SU HILARANTE PAPEL DE «BEPPO» EN LA PIEZA «NOIALTRI, ZENEIXI SEMMO COSCI...»



JUAN SERANTES, ACTOR.



RUFINO CÓRDOBA, ACTOR.



JUAN FERNANDEZ, ACTOR.



MANUEL RICO, ACTOR.



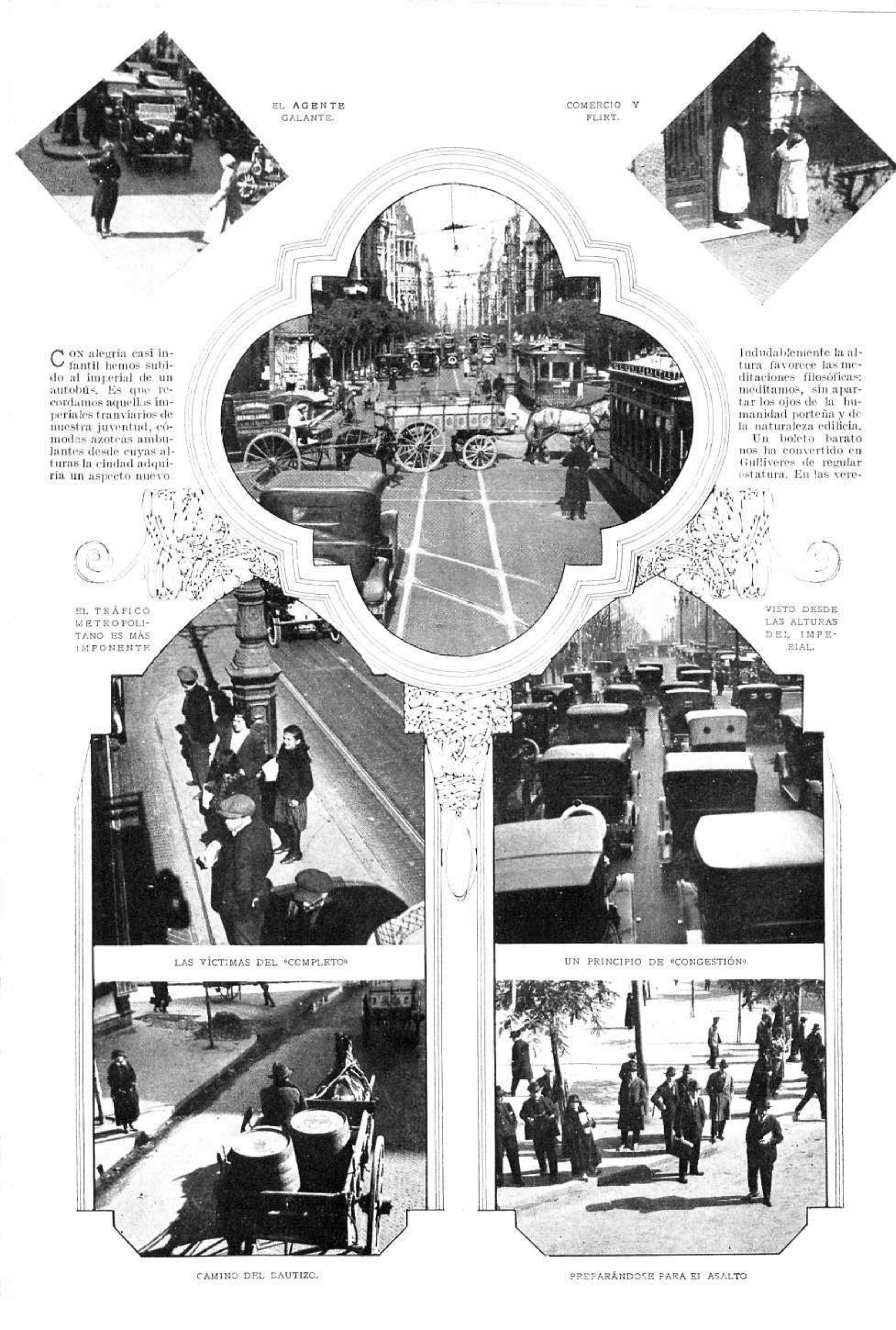
IGNACIO CORSINI, ACTOR.



LA ALEGRE BARRA NO LE TIENE MIEDO AL FRÍO.

DESDE LA AZOTEA DEL OMNIBUS

BALCONEANDO LA SITUACIÓN, COMO ALGUNOS POLÍTICOS.



EL AGENTE GALANTE.

COMERCIO Y FLIRT.

CON alegría casi infantil hemos subido al imperial de un autobús. Es que recordamos aquellos imperiales tranviarios de nuestra juventud, cómodas azoteas ambulantes desde cuyas alturas la ciudad adquiría un aspecto nuevo.

Indudablemente la altura favorece las meditaciones filosóficas: meditamos, sin apartar los ojos de la humanidad porteña y de la naturaleza edilicia.

Un boleto barato nos ha convertido en Gulliveres de regular estatura. En las vere-

EL TRÁFICO METROPOLITANO ES MÁS IMPONENTE

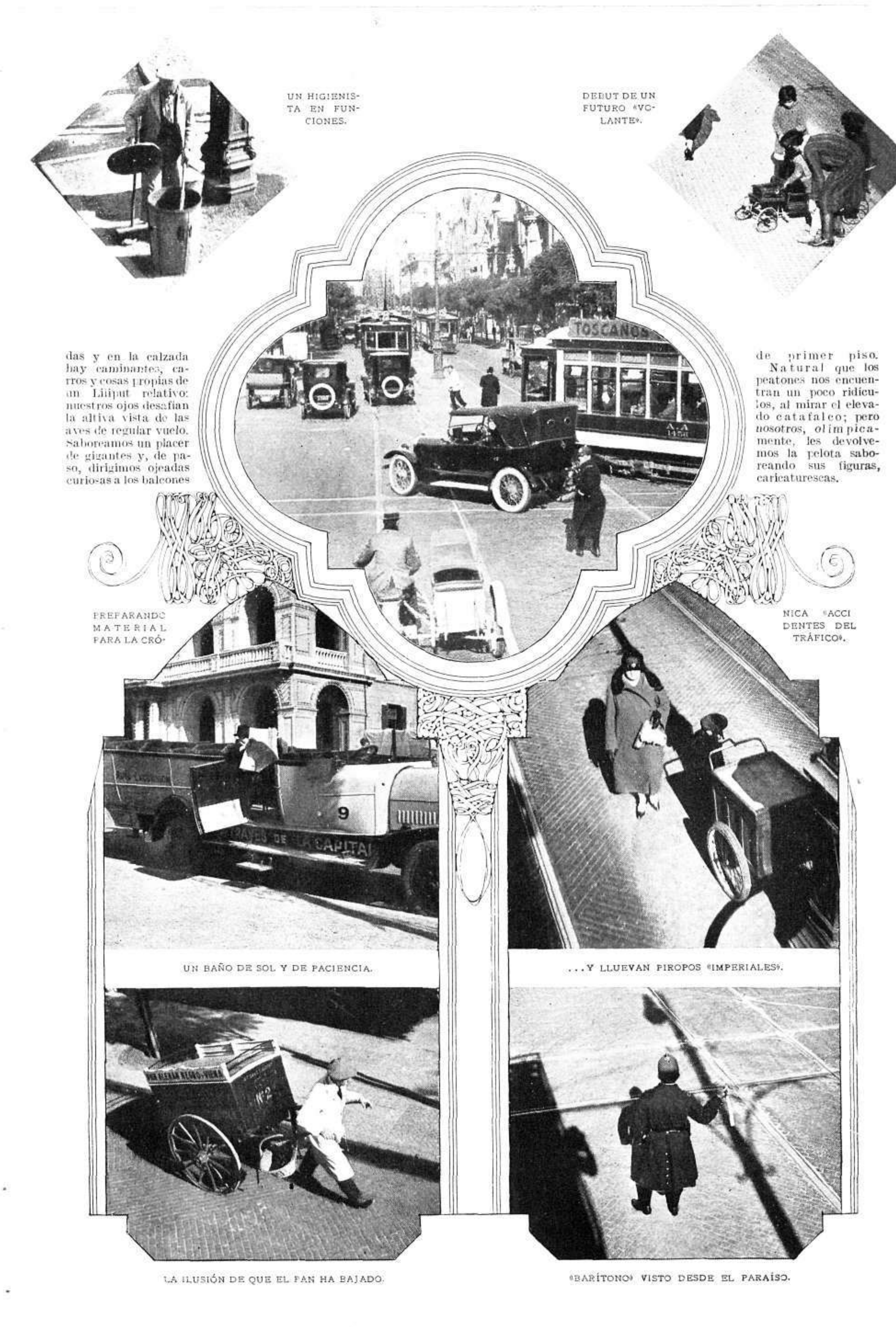
VISTO DESDE LAS ALTURAS DEL IMPERIAL.

LAS VÍCTIMAS DEL «COMPLETO»

UN PRINCIPIO DE «CONGESTIÓN».

CAMINO DEL BAUTIZO.

PREPARÁNDOSE PARA EL ASALTO



UN HIGIENISTA EN FUNCIONES.

DEBUT DE UN FUTURO «VOLANTE».

das y en la calzada hay caminantes, carros y cosas propias de un Liliput relativo: nuestros ojos desafían la altiva vista de las aves de regular vuelo. Saboreamos un placer de gigantes y, de paso, dirigimos ojeadas curiosas a los balcones de primer piso. Natural que los peatones nos encuentran un poco ridículos, al mirar el elevado catafalco; pero nosotros, olímpicamente, les devolvemos la pelota saboreando sus figuras, caricaturescas.

PREPARANDO MATERIAL PARA LA CRÓNICA «ACCIDENTES DEL TRÁFICO».

UN BAÑO DE SOL Y DE PACIENCIA.

...Y LLUEVAN PIROPOS «IMPERIALES».

LA ILUSIÓN DE QUE EL PAN HA BAJADO.

«BARÍTONO» VISTO DESDE EL PARAÍSO.

EL SEGUNDO OJO, SIN OPERAR AUN, Y QUE LUEGO SE LLENO DE LUZ.

DE LAS TINIEBLAS A LA LUZ

En el silencio de su laboratorio el doctor Rebuffo, distinguido hombre de ciencia argentino, ha realizado una intervención quirúrgica, que luego por sus consecuencias, asumió los caracteres de un hecho extraordinario.

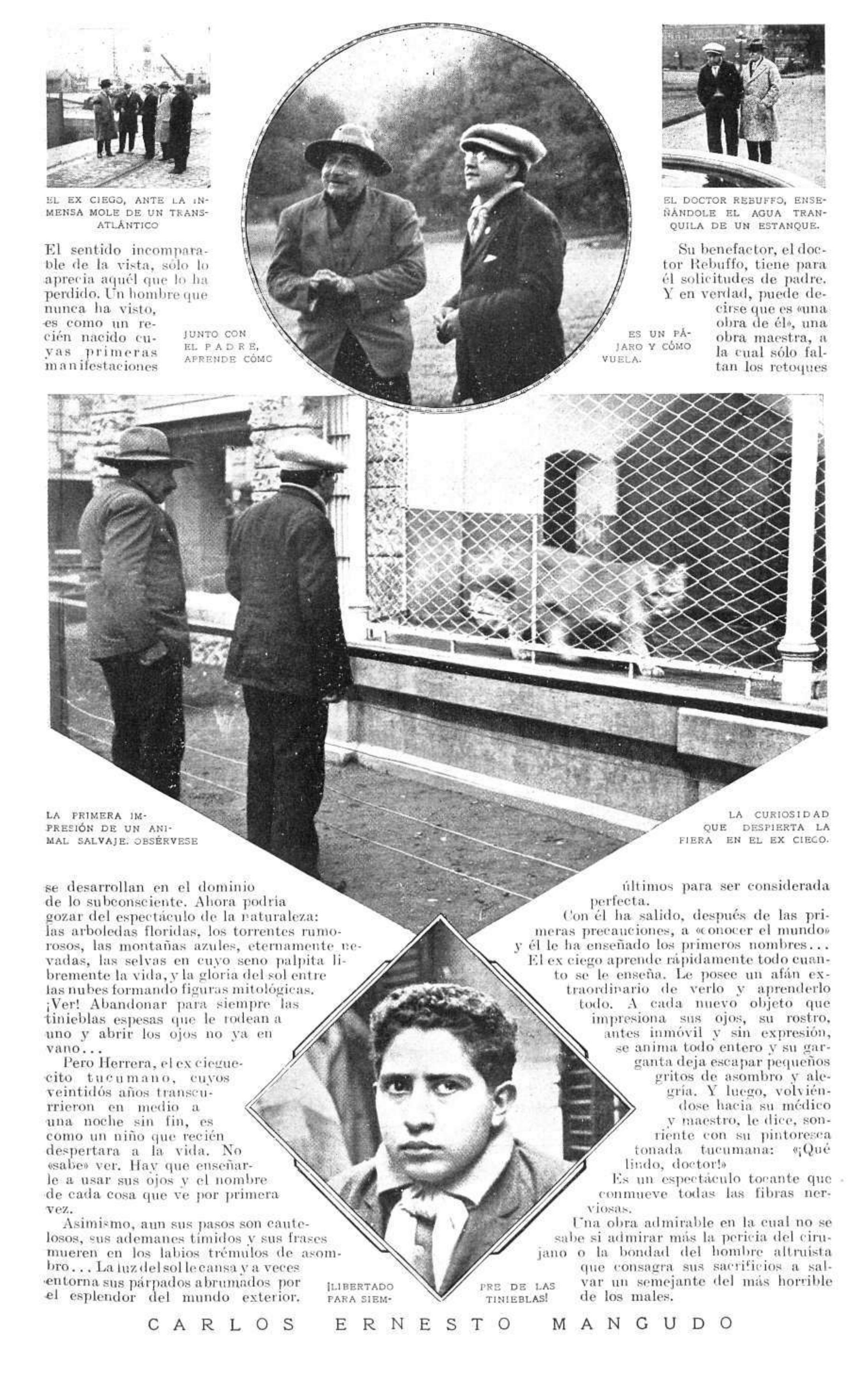
Un hombre de condición humilde, residente en la provincia de Tucumán tenía un hijo de 22 años, ciego de nacimiento. Preocupado por la suerte de su vástago, decidió venir a la capital y no ahorrar gastos ni molestias a fin de hacer revisar al enfermo por los mejores especialistas. Pero ninguno de estos le dió esperanza: la ciencia era impotente para hacer la luz en las pupilas apagadas.

Un azar de la suerte quiso que el doctor Rebuffo tuviera conocimiento del caso. Después de una prolija auscultación y de un detenido estudio a fondo, el doctor Rebuffo se decidió a intervenir quirúrgicamente. Y una mañana, la gran tarea comenzó. El bisturí seguro y preciso, rasgó las tinieblas de la pupila. Fué un momento solemne, emocionante. Impresionado por la luz primera que llegaba a su cerebro, el enfermo se incorporó en la mesa de operaciones y gritó: «¡Fuego, fuego!», y sus brazos se movieron desesperadamente en el vacío como para librarse del peligro. El cirujano y sus ayudantes, se hallaban conmovidos. El enfermo era presa de una desesperación inaudita: quería accionar, levantarse, correr con todas sus fuerzas y gritar a pleno pulmón que veía, que veía por primera vez en su vida, que el mundo desconocido y misterioso que antes sentía a su alrededor como un ser monstruoso, obscuro y agitado, se le presentaba ahora de pronto y se le adentraba por el cerebro. El eximio cirujano, no obstante su propia emoción, tuvo que hacer grandes esfuerzos para calmar al paciente, de cuyos ojos se desprendían lágrimas de alegría y terror...


EL DOCTOR AGUSTÍN REBUFFO, QUE REALIZÓ LA MARAVILLOSA INTERVENCIÓN.

Y luego las frases balbuceantes del enfermo: «¡Oh, doctor, lo veo, aquí cerca mío!» Todo su ser seguía estremeciéndose convulsivamente y agitándose como si una corriente eléctrica pasara por sus células. Era la Vida que le penetraba de pronto en forma de una luz roja primero y blanca después y que le trastornaba el pobre cerebro. La primera imagen recibida fué el rostro del cirujano que debió aparecérsele como un Dios poderoso y propicio, generoso y terrible, y que le sonreía emocionado por su propia obra...

En la pequeña sala de operaciones se había realizado el milagro de la luz. Un ser había sido arrancado de las tinieblas de la noche eterna y había sido devuelto a la vida. Ahora poseía el más grande de los bienes. ¡Ver!



EL EX CIEGO, ANTE LA INMENSA MOLE DE UN TRANSATLÁNTICO

JUNTO CON EL PADRE, APRENDE CÓMO ES UN PÁJARO Y CÓMO VUELA.

EL DOCTOR REBUFFO, ENSEÑÁNDOLE EL AGUA TRANQUILA DE UN ESTANQUE.

LA PRIMERA IMPRESIÓN DE UN ANIMAL SALVAJE. OBSÉRVESE LA CURIOSIDAD QUE DESPIERTA LA FIERA EN EL EX CIEGO.

¡LIBERTADO PARA SIEMPRE DE LAS TINIEBLAS!

El sentido incomparable de la vista, sólo lo aprecia aquél que lo ha perdido. Un hombre que nunca ha visto, es como un recién nacido cuyas primeras manifestaciones se desarrollan en el dominio de lo subconsciente. Ahora podría gozar del espectáculo de la naturaleza: las arboledas floridas, los torrentes rumorosos, las montañas azules, eternamente nevadas, las selvas en cuyo seno palpita libremente la vida, y la gloria del sol entre las nubes formando figuras mitológicas. ¡Ver! Abandonar para siempre las tinieblas espesas que le rodean a uno y abrir los ojos no ya en vano...

Pero Herrera, el ex cieguecito tucumano, cuyos veintidós años transcurrieron en medio a una noche sin fin, es como un niño que recién despertara a la vida. No «sabe» ver. Hay que enseñarle a usar sus ojos y el nombre de cada cosa que ve por primera vez.

Asimismo, aun sus pasos son cautelosos, sus ademanes tímidos y sus frases mueren en los labios trémulos de asombro... La luz del sol le cansa y a veces entorna sus párpados abrumados por el esplendor del mundo exterior.

Su benefactor, el doctor Rebuffo, tiene para él solicitudes de padre. Y en verdad, puede decirse que es «una obra de él», una obra maestra, a la cual sólo faltan los retoques últimos para ser considerada perfecta.

Con él ha salido, después de las primeras precauciones, a «conocer el mundo» y él le ha enseñado los primeros nombres... El ex ciego aprende rápidamente todo cuanto se le enseña. Le posee un afán extraordinario de verlo y aprenderlo todo. A cada nuevo objeto que impresiona sus ojos, su rostro, antes inmóvil y sin expresión, se anima todo entero y su garganta deja escapar pequeños gritos de asombro y alegría. Y luego, volviéndose hacia su médico y maestro, le dice, sonriente con su pintoresca tonada tucumana: «¡Qué lindo, doctor!»

Es un espectáculo tocante que conmueve todas las fibras nerviosas.

Una obra admirable en la cual no se sabe si admirar más la pericia del cirujano o la bondad del hombre altruista que consagra sus sacrificios a salvar un semejante del más horrible de los males.

CARLOS ERNESTO MANGUDO



MAZZALLI,
GOAL-KEEPER



ARISPE,
BACK IZQUIERDO

ANDRADE,
HALF DERECHO



NAZZASI,
BACK DERECHO,
CAPITÁN.



GHIERRA,
HALF IZQUIERDO

LOS CAMPEONES MUNDIALES DE FOOTBALL

URUGUAY «for ever!»

El grito fué lanzado insistentemente, ensordecedoramente. Montevideo ha vivido horas de verdadera fiebre con el football de las olimpiadas. Cuando se dijo que el cuadro de la Asociación jugaría en Colombes, hubo gente que tembló de buena fe.

—¡Es una temeridad!

Y la idea fué combatida, ya en forma menos ingenua, por los contrarios de la Asociación. Como se sabe, el football sufre en el Uruguay el mismo cisma que en la Argentina Hubo, pues, el peligro de que ningún cuadro fuese a las olimpiadas de París. Por fortuna, la decisión de un hombre optimista como el doctor Atilio Narancio y la habilidad de ese espíritu agudo que es el doctor Ghigliani, vencieron todas las dificultades.

El cuadro salió como para jugar en España los matches que el diputado Martínez Laguarda — a la sazón en Europa — había concertado. Fué, ya en viaje los jugadores, cuando se vió la posibilidad de intervenir en las Olimpiadas de París.

Aparecieron entonces las objeciones de los espíritus simples y las críticas interesadas de los cavilosos:

—¡Ese equipo no es la genuina representación del football uruguayo! — decían los últimos.

Pero vinieron las victorias de Vigo, Coruña, Bilbao y Madrid. El Uruguay entero puso atención en esos triunfos. Cuando los jugadores de la Asociación llegaron a París, una atmósfera propicia circundaba su nombre en la patria.

Y principiaban las Olimpíadas. Los uruguayos empezaron por vencer a los checos, luego a los norteamericanos y a los franceses. La derrota de los franceses en el propio París, llenó de esperanzas los corazones uruguayos.

Se interesaban por el football ya aun los que en la vida presenciaron un partido. Se hizo una cuestión nacional del asunto. Entró la «honrilla de familia».

Pero, ¿qué de extraño es esto, si en la propia Argentina el triunfo de los uruguayos se deseaba y preocupaba, convertido en «orgullo de raza?» Aun en el propio París, una vez derrotados los franceses, deseábase el triunfo del Uruguay, por aquello de la «solidaridad latinoamericana»...

Quedáronle a los uruguayos los dos contrincantes más fuertes: los hercúleos holandeses y los tenaces suizos.

¿La agilidad inteligente y elegante de los platinos podría vencer frente a cuadros tan temibles?... He ahí la inquietud, la zozobra, el anhelar febril... Y no se diga que magnificamos el tema, porque este asunto de las Olimpiadas llegó a preocupar... ¡si nos aprietan mucho vamos a decir que tanto como la guerra europea!

El día del encuentro de los cuadros holandés y uruguayo, hubo una hora de angustia. Poco faltó para que derrotaran a los muchachos del Uruguay, que en esa jornada habían tenido la suerte de espaldas.

El encuentro con los suizos fué la reivindicación del juego limpio, científico y estético que domina en Sud América.

Cuando se conoció la victoria, la población se volcó en las calles centrales; brillaron al sol invernal, por miles, las banderas; se organizaron manifestaciones compactas; atronaron el aire las bocinas, las músicas, las sirenas, las bombas, los cohetes... Desde el día en que se firmó la paz Montevideo no ha presentado un aspecto más jubiloso en el centro de la ciudad.

VICENTE A. SALAVERRI

Montevideo, junio 1924.



VIDAL,
CENTRO HALF.



URDINARAN,
WING DERECHO



CEA,
FORWARD IZQUIERDO



SALDOMBIDE,
WING IZQUIERDO,
SUPLENTE



ECHEGOYEN,
CENTRO FORWARD,
SUPLENTE



SCARONE,
FORWARD DERECHO



ROMANO,
WING IZQUIERDO



PETRONE,
CENTRO FORWARD



SOMMA,
WING IZQUIERDO,
SUPLENTE



NAYA,
WING DERECHO, SUPLENTE



ZIBECCHI,
CENTRO HALF, SUPLENTE



ZINGONE,
HALF DERECHO, SUPLENTE



CASELLA,
GOAL-KEEPER, SUPLENTE



TOMASSINI,
BACK IZQUIERDO, SUPLENTE



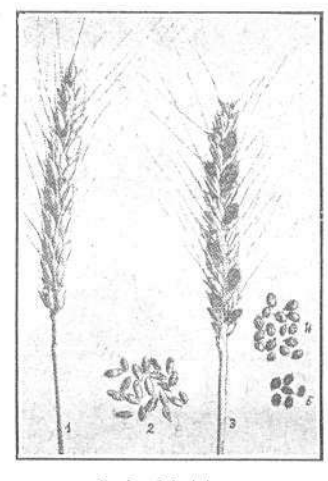
URIARTE,
BACK IZQUIERDO,
SUPLENTE

AGRICULTURA

ENFERMEDADES DEL TRIGO: CARIE Y CARBON

Es común en la campiña confundir estas dos enfermedades del trigo, que se designan con la denominación única de «carbón»; y sin embargo tienen caracteres exteriores diferentes, se manifiestan de diversa forma, tienen distinto ciclo evolutivo, no se propagan del mismo modo y, por último, requieren o exigen cada una un tratamiento diverso, para evitar su difusión. Es para diferenciar las características y modalidades de estas plagas, que nos ocupamos hoy en estas breves notas de vulgarización.

La más difusa y que mayores perjuicios causa indudablemente es la «carie», causada por dos hongos microscópicos, «illetia carie» y «C. Levis», que atacan algunos granos de la espiga, raramente todos; estos, cuando el mal ha completado su desarrollo, se llenan de una materia pulverulenta, de color obscuro formada por los esporos mismos de la carie y de olor desagradable característico; estos granos atacados son más voluminosos que los sanos y su forma redondeante y sobresaliente los distingue de los demás. Una vez cortado el trigo y llevado a la parva, en la trilla se rompe la envoltura de los granos enfermos, y su contenido, el polvo negro o carbón, se expande, se desparrama y se adhiere a los pelos de la extremidad superior de los granos sanos, por lo que quedan, como regularmente se dice, con «punta negra»: estos granos, sembrados, constituyen el vehículo, el medio natural y seguro de la propagación del mal y por tanto de nuevas infecciones.



Carie del trigo.
1) espiga sana; 2) granos sanos; 3) espiga atacada; 4) granos atacados; 5) interior, granos con carie.

La evolución o desarrollo de estos hongos es paralela o simultánea, podríase decir, al de la planta, pues los esporos adheridos a la semilla del trigo, una vez sembrada, germinan también (su poder germinativo dura hasta ocho años) y el hongo penetra e infecta la planta desde su tierna edad, hasta que al formarse las flores, las ataca y el ovario se transforma en grano relleno del polvo negro mencionado.

Los perjuicios que causa la carie son a veces sensibles, por los granos y espigas que inutiliza y destruye, porque sirven éstos de vehículo de su propagación y por la depreciación que sufre el producto en el comercio, pues el mercado rechaza o paga menos el trigo con punta negra, a causa de que en la molienda ensucia la harina y la desmerece por su menor blancura.

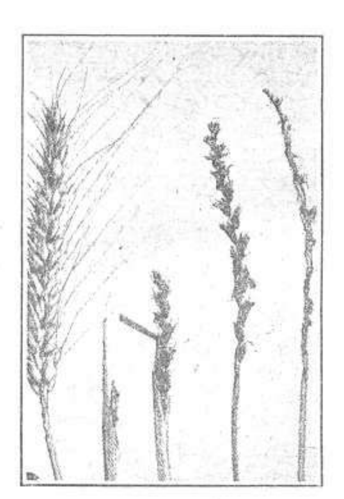
Demostrado, pues, que el vehículo de la difusión de la carie lo constituye únicamente el grano infecto, o con punta negra, los medios a ponerse en práctica por el agricultor, para evitar su propagación, consisten en desinfectar la semilla y sanearla, ya con el sulfataje o con los métodos de curación a seco, como lo hemos indicado en el número anterior de CARAS Y CARETAS.

El carbón, que recientemente se viene denominando «carbón volador», el «ustilago tritici», es también bastante difuso en el país, y al examen ocular se presenta de otro modo: ataca a todos los granos de una espiga, destruyendo completamente la eflorescencia, cuando todavía está en caña y a medida que se va formando; al aproximarse la época de madurez se observa que, mientras las espigas sanas se doblan hacia el suelo, encorvando sus tallos bajos al peso de sus granos, las enfermas se yerguen derechas, el polvo negro, que se forma en lugar de los granos, se cae, llevado por el viento, o lavado por las lluvias, quedando el raquis, o raspa, tiesa y desnuda, o con restos o vestigios de carbón en sus codos, por lo cual es fácil reconocerlas.

Este mismo polvo negro, constituído por los esporos o semillas del hongo, cayendo al suelo, lo infectan, y un trigo sano sembrado en él queda atacado a su vez; pero sucede también que el polvo ese, llevado por el viento, cae sobre las flores de espigas sanas, y los granos que en ellas se forman quedan también infectados, llevando el germen de la enfermedad en su interior, cuando se empleen como semilla.

El ciclo evolutivo de este hongo, el carbón volador, empieza en el suelo, por la infección del mismo, o por la semilla infectada, como dijimos; de modo que al germinar ésta, el mal se propaga en la planta y sigue su desarrollo hasta atacar la espigas en formación.

Los daños que causa esta enfermedad son notables, especialmente en años húmedos, de lluvias frecuentes o excesivas, y calurosos, por las espigas destruídas y la merma consiguiente en los rendimientos.



Carbón volador del trigo.
Espiga sana; espigas atacadas en sus diversos estados.

Su modo de propagarse, por la infección del suelo o del grano, indica evidentemente que curando la semilla como se hace para la carie, la operación no surte efectos útiles o eficientes, porque el germen de la enfermedad está en el suelo, o bien en el interior del grano; los medios preventivos a mano del agricultor, para evitar la difusión del mal, consisten únicamente en sembrar semilla sana, procedente de trigales sin carbón volador, en campo sano, y no siéndolo, esterilizar la semilla sujetándola a un baño de agua caliente, con 54 centígrados de temperatura, durante diez minutos, la que destruye la vitalidad de los esporos que han infectado la semilla, sin alterar su poder germinativo; se cuidará que la temperatura sea la indicada, pues si es inferior no surte efecto útil, y si es superior destruye el embrión de la semilla y no germina.

Y, en fin, agregaremos que por este procedimiento, aunque parezca de difícil aplicación en la práctica, se desinfecta la semilla no solamente del carbón volador, sino también de la carie, de modo que, empleándolo, se matan dos pájaros de un solo tiro, como suele decirse vulgarmente.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO



NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—¡Pobre Pepe! Ahí lo tienes trabajando y sin embargo pronto se va a morir.

—¿En que lo conoces?

—En que tiene un pie en la tierra y el otro en el otro mundo.

De General Viamonte, F. C. O.

El señor Francisco N. Lettiere, ex Intendente municipal, presidiendo el banquete que le fué ofrecido por un núcleo de amigos festejando su reciente elección de senador provincial.

LA BASE DE LA BELLEZA

femenina reside en el cutis. Una piel fina, suave, delicada y transparente, es bastante para hacer triunfar la estética facial. Señora: cultive usted el perfeccionamiento de su cutis con el uso diario del



y gustará la íntima satisfacción de sentirse admirada.

MENDEL & Cía.

En Buenos Aires: Guardia Vieja, 4439.
En Rosario Santa Fe: Entre Ríos, 864.

En Montevideo: Cerrito, 673.
En Asunción (Paraguay): Alberdi, 217.

De Carmen de las Flores



R. P. Guido de Andréis, prestigioso párroco de la iglesia local, trasladado con ascenso a Mar del Plata.



Público, congregado en la estación del ferrocarril, escuchando los discursos pronunciados en el momento de partir el R. P. de Andréis, el cual deja hondos afectos en la localidad, donde ha desempeñado su venerable ministerio durante diez años.



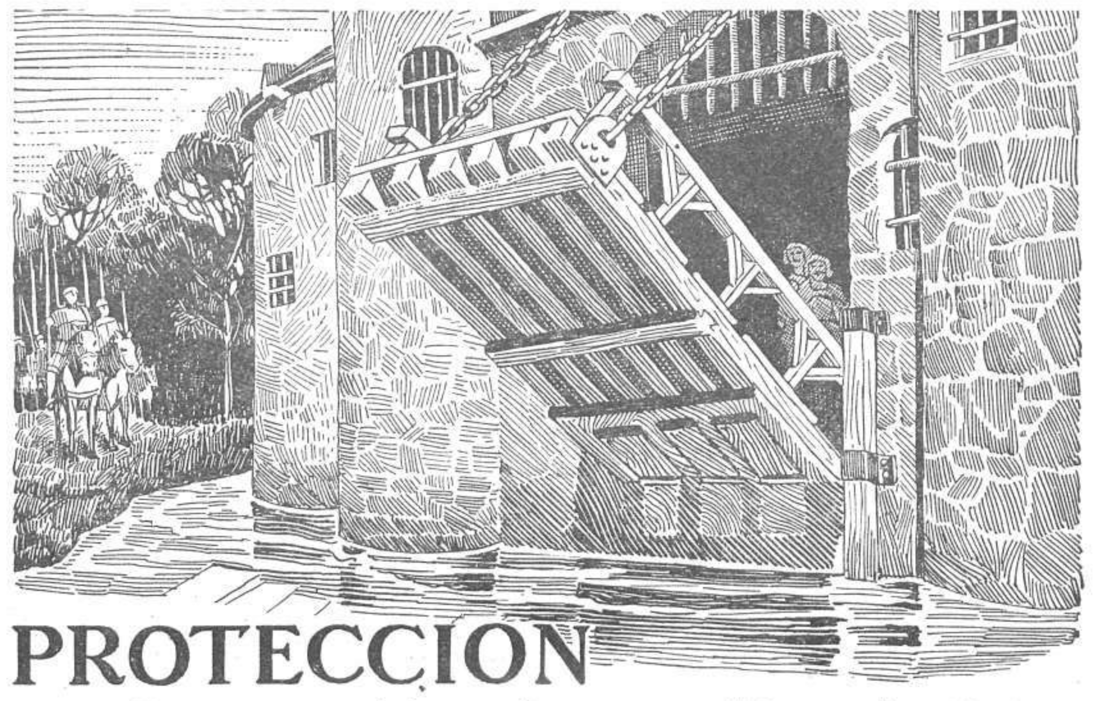
El R. P. Carlos Ruiz Santana, designado cura párroco de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, en reemplazo del R. P. Andréis.

CURIOSAS INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Los psicólogos americanos — refiere el «Literary Digest» — han realizado experimentos para constatar si el recuerdo de los hechos desagradables es tan fuerte y rápido como el de los acontecimientos placenteros.

Los métodos usados fueron varios: el científico Talt dió listas de palabras suscitadoras de imágenes placenteras, desagradables e indiferentes, y comprobó que las listas agradables eran aprendidas más pronto que las desagradables y estas antes que las indiferentes. Henderson pidió a diez personas que recordaran rápidamente cien episodios de su vida pasada y comprobó que la medida de las imágenes placenteras del cincuenta por ciento y las desagradables llegaban al treinta y tres. Otra experiencia se hizo con un grupo de estudiantes, a los cuales se rogó que escribieran rápidamente los nombres de las primeras diez personas que recordaran; después de una hora se les hizo escribir, sobre otra hoja, los nombres de diez personas queridas, ordenadas según la intensidad del afecto que por ellas sentian. El experimentador comprobó que solo en el 30 por ciento de los casos existía coincidencia entre las listas, denotando también mayor rapidez en los recuerdos agradables; pero el resto de las listas dió resultados discordantes y no se pudo llegar más que a esta conclusión: aun admitiendo que el carácter agradable de los recuerdos ayuda la función de la memoria, la facilidad de recordar cosas tristes o gratas depende en gran parte del tono emocional del individuo y de su temperamento, en el fondo optimista o pesimista.

No ha podido pasar de ahí la Psicología en sus curiosas investigaciones.



PROTECCION

¡SENTIRSE resguardados por las espesas y sólidas murallas del castillo! ¡Protegidos también y aun más por el antiguo foso y el rústico puente levadizo!... ¡Pero qué primitiva nos parece hoy esa defensa, si la comparamos con la seguridad absoluta que en nuestros días es ofrecida a millones de hogares por los modernos COLT—Revólveres o Pistolas Automáticas.

Su manejo es seguro y sin peligro, su acción fulmínea, su tiro preciso e infalible: no ha de causar, por lo tanto, asombro que las COLT sean las armas de fuego preferidas por los gobiernos y los particulares.

Vea a su proveedor y dele una oportunidad para que le explique detalladamente todas las características y los factores de seguridad propios de las armas COLT.

DIAGRAMA FOTOGRÁFICO DEL SEGURO POSITIVO COLT. LA BARRA DE ACERO QUE HACE IMPOSIBLE TODO DISPARO ACCIDENTAL. SOLAMENTE LAS ARMAS COLT OFRECEN ESTA CARACTERÍSTICA ABSOLUTAMENTE DISTINTIVA.

COLT

COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. CO.
Hartford, Connecticut, E. U. de N. A.

EL ARMA DE LA LEY Y DEL ORDEN

CON EL CONDE DE ROMANONES

El 12 de abril estuvo de paso por Bolonia el conde de Romanones y se quedó entre nosotros hasta las 18.30, hora en que tomó el tren para Venecia.

Las personalidades españolas tienen en esta ciudad su «pied a terre» en el Colegio de España, mucho más ahora que el doctor Manuel Carrasco ha querido dar a esta institución, que fundara el Cardenal Albornoz, la característica de Casa de España, centro de cultura española.

El conde de Romanones, a más de ser una eminente personalidad política en su país, fué alumno de este Colegio; por consiguiente, con más razón que otro merecería las afectuosas acogidas que se le dispensaron por parte de los alumnos y del Rector.

No era el caso de perder una entrevista con tan eminente hombre de estado, y puesto que desde la llegada de los reyes he mantenido un cierto contacto con los dirigentes del Colegio de España, solicité sin más trámite el honor de cambiar unas cuantas palabras con el ilustre huésped.

— Mire que tiene los minutos contados — dijo el doctor Carrasco. — A las 16 debe realizar una jira por la ciudad acompañado por el alcalde y luego seguir viaje...

— Por culpa mía no va a perder el tren...

— Ya sé, pero... sé también que ustedes los periodistas cuando empiezan con las preguntas...

— Cuando empezamos con las preguntas, terminamos en cuanto nuestro entrevistado se canse de contestar... Los que siguen hablando quiere decir que lo hacen de muy buena gana.

— Evite si es posible las preguntas sobre política... Lo va a poner en una situación delicada...

— ¿Quiere que me limite a preguntarle cómo se encuentra de salud y qué tal le fué en el viaje?

— No exagere... Digo que si puede evitar la tecla de la política me parece que haría mejor...

— Pierda cuidado... Mas en todo caso es bastante hábil para no soltar prenda...

— Bueno, bueno... Venga conmigo.

Y precediéndome, entró en su estudio particular, donde el conde de Romanones se encontraba escribiendo unas cartas a sus relaciones, puesto que tres sobres llevaban la dirección de Madrid.

— Un periodista argentino... El señor...

— ¡Oh!... ¡Qué suerte la mía! ¡Cuánto me alegro! ¿De Buenos Aires?...

— Es decir... corresponsal de revistas y diarios porteños.

— ¿Qué revista?

— CARAS Y CARETAS.

— Una de las más completas revistas del mundo... La misma empresa edita también PLVS VLTRA, ¿verdad? que es el *non plus vltra* de la elegancia y presentación tipográfica y artística... El director de PLVS VLTRA es un español, si no me equivoco, nuestro Alonso. Muchas veces tengo oportunidad de admirar el poderoso esfuerzo que hacen los sudamericanos con sus publicaciones maravillosas...

Y luego, dirigiéndose al doctor Carrasco, agregaba con mucha vivacidad.

— Nosotros no tenemos una idea de lo adelantada que está la prensa en Sud América... Hay diarios que no tienen nada que envidiar a los más poderosos de Norteamérica... No se limitan al ambiente de su país, sino que llenan columnas y columnas con telegramas de todas partes del mundo... Hay noticias que se conocen primero allá que acá. Diarios que salen con 12, 16, 24 páginas... Cosas increíbles, mucho más si se tiene en cuenta que el número de habitantes no es muy crecido en esas repúblicas. La Argentina tendrá unos ocho o nueve millones de ciudadanos. ¿No es así? ¡Y la cantidad de revistas!...

— Por lo que veo, V. E. está muy al corriente del desarrollo de esos países.

— ¿Y cómo podría ser lo contrario, si hay millones de españoles que se han labrado una fortuna allá, o cuando menos viven holgadamente gracias a su trabajo? Un hombre de gobierno no puede prescindir de ciertos conocimientos.

— Permítame V. E. No deberían los hombres de gobierno prescindir de ciertos conocimientos, es muy justo y rigurosamente lógico; pero...

— Pero dirá usted que no todos se ocupan de estas cosas...

— ¡Ni más, ni menos!...

— El imperfecto conocimiento de las Américas y especialmente de las Américas latinas es un inconveniente muy grave, un error que es preciso subsanar. Vivimos en una época en que lejos de aislarnos, encerrarnos en nosotros, debemos buscar expansión... Se diría que los poderosos y rápidos sistemas de transporte no hayan alcanzado a quebrar esa barrera de agua salada, que para muchos es tan infranqueable como el espacio que separa los planetas de nuestro sistema. ¿Adónde lee usted noticias de Sud América en los diarios europeos? Una que otra vez registrarán la elección de un nuevo presidente; dirán que ha estallado una revolución, que ha habido un temblor de tierra, y basta.

— Un fenómeno que lo noté en seguida al poner pie en Europa...

— A ustedes les toca reaccio-



— Che, ¿no te parece que aquel sobretodo me va muy bien?
— Pero, ¿es tuyo?
— Todavía no...



— ¿Una sola hija hoy, señora de Clavijo?
— He perdido la otra.
— ¿Se ha muerto?
— No. Se ha casado.

nar en contra de este indiferentismo. ¿Cuánto tiempo estuvo usted allá?

—¡Más de un cuarto de siglo!

—Muy bien... Entonces no debería limitarse a escribir a los diarios de allá, sino escribir también en los de acá y hacer conocer aquéllo... Poco a poco los lectores se acostumbrarían a la nota americana... Hay miles de temas interesantes. Y haría usted un gran servicio al país que debe conocer al dedillo; sería una prueba de gratitud hacia la Argentina...

—Es que...

—Ya entiendo... Muchos dirán que ciertos argumentos no tienen mayor interés para los lectores. ¿No es verdad? Más bien que ciertos cuentitos sin ton ni son, más bien que tanta literatura sobre Tutankhamón, considero más práctico relatar algo sobre regiones tan poco conocidas entre nosotros. Insista. Todo lo que se refiere a tierras extrañas interesa siempre... y mucho más tratándose de regiones que absorben miles y miles de nuestros hijos.

DOCTOR

A. VACCARI

—¿Desde cuándo faltaba V. E. de esta ciudad?

—Cuarenta años. En esta Universidad me recibí en Derecho. El año en que terminé mis estudios se instituía el premio Vittorio Emmanuele II y tuve la suerte de ser el primer premiado gracias a un trabajo sobre «Los sistemas representativos y los gobiernos de gabinete». Tengo vivísimo en la memoria el recuerdo de los profesores de entonces: Ceneri, Regnoli, don Ferranti, —¡pobre viejo, tan bueno! —Mantovani, Orsetti...

—¿Qué ciudades de Italia ha recorrido V. E. hasta ahora?

—Vengo directamente desde Roma...

—¿Se vió con el Presidente del Consejo?

—Hablé largamente con él... Me hizo la impresión de encontrarme delante de la voluntad hecha persona... Es una figura de un temple excepcional, de un talento superior, dotado de una visión muy clara del presente y del porvenir. No hay duda que es un producto de las circunstancias, cuya mano firme y segura guiará a Italia hacia grandes destinos; pero quedo con mis principios liberales y...

En teoría, los sistemas representativos son ideales, pero en la práctica parece que no dan resultados muy lisonjeros...

—Estamos de acuerdo... Hay que practicar reformas radicales en los parlamentos para que respondan al objeto por el que han sido instituídos... Pero son necesarios como control del Gobierno central. Nadie niega que los parlamentos de hoy día hayan degenerado de una manera lamentable, de manera que será preciso proceder a modificaciones radicales si no se quiere que en lugar de cooperar al buen funcionamiento de un Gobierno, sigan siendo verdaderas trabas para los estadistas mejor intencionados... Mas, como acabo de decirle, los considero indispensables...

—¿Y cómo andan las cosas en España?

—Es una pregunta... Usted lo sabe tanto como yo. Se trata de un momento excepcional... Las Cortes están cerradas, las Universidades también, los diarios de oposición no son muy libres para decir lo que piensan... En fin...

—¿Y Unamuno?

—Un hombre de inteligencia superior indudablemente, de quien me honro ser amigo y sincero admirador, ¡pero demasiado original, demasiado original! Por mi parte lo habría dejado tranquilo, pues es un hombre demasiado conocido y apreciado. ¿Ha visto usted cómo ha sido unánime el coro de protestas por las medidas que se han tomado en su contra? Son hombres que no conviene tocar.

—¿Y qué me dice de la iniciativa del rey Alfonso, para que el Colegio de España se convierta en un centro de cultura española?

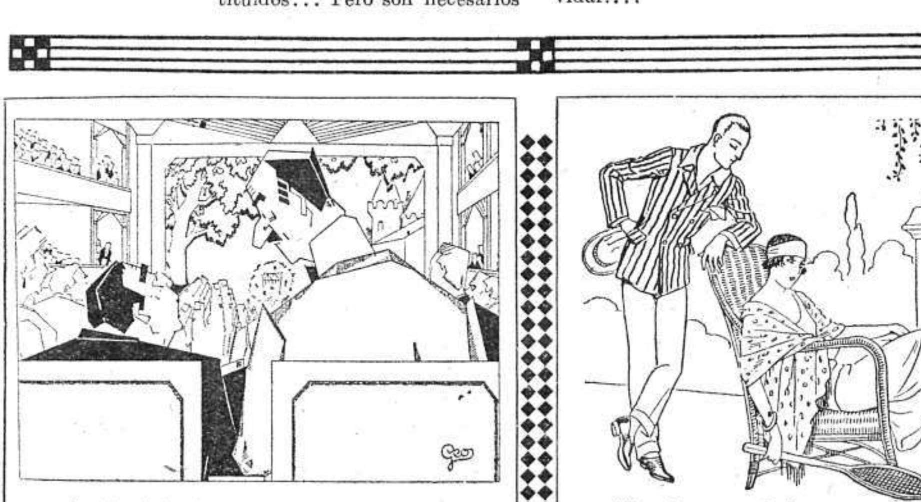
—Digna de nuestro soberano, hombre moderno que comprende cómo todas las instituciones deben evolucionar...

Un edificio como éste, dotado de biblioteca y salones regios, que cuenta con unas tradiciones gloriosas, no podía limitarse a servir de internado para unos pocos alumnos....

Luego, el destino que le quiere dar el Soberano no solamente no contraría las ideas del fundador del Colegio, sino que las completa.

El conde de Romanones hubiera seguido hablando, mucho más dado el tema nada comprometedor en que nos habíamos embarcado, pero llegaba en ese mismo instante el Comm. Puppini, alcalde de la ciudad, y se excusó de tener que interrumpir la entrevista:

—Voy a dar un vistazo a la vieja Bolonia. tan llena para mí de recuerdos imborrables... Pocas ciudades de Italia me han inspirado tanta simpatía como ésta, que de primera impresión parece triste, monótona. ¡Pero quien ha vivido en ella no la puede olvidar!...



—¿Lo divierte la pieza?
—¡Oh, nada de eso!
—Entonces, ¿por qué aplaude usted?
—Para despertarme.

—Mis padres no me darán su consentimiento antes de un año. ¿Podrás esperarme, Gabriela?
—Sí... Si no se me presenta otra ocasión...


Concurrentes al festival literario y musical organizado en la Escuela N.º 12, conmemorando el 114.º aniversario de la Revolución de Mayo.

EL PUENTE MÁS LARGO DEL MUNDO

Es a través del lago Salado que la Compañía del Sud-Pacífico ha construído el grandioso puente, que tiene unos treinta kilómetros de longitud.

Sobre el citado puente se tiende una nueva línea férrea, que va de Lucin a Odgen.

Después de haber levantado una especie de escollera de 13 kilómetros de longitud y atravesar la tierra firme de un promontorio, los ingenieros emprendieron sobre todo lo largo de la inmensa capa de agua la construcción de un puente de madera; su pilotaje exigió la tala de 38.256 árboles.

No seáis cumplimenteros, porque si tenéis este defecto, vuestros envidiosos, olvidando las buenas prendas que os adornan, no desperdiciarán la ocasión de poneros en ridículo y de acomodaros el epíteto de aduladores.


TRAPICHE
Trapiche
RESERVA
Indispensables cuando se prefieren los mejores VINOS.
BENEGAS Hnos. y Cía. Ltda.
Sociedad Anónima Industrial y Comercial
744, FLORIDA, 744
BUENOS AIRES
U. T. 1752 y 1365, Retiro
Coop. T. 3708, Central


Autoridades civiles y eclesiásticas dirigiéndose al templo donde se ofició el tedéum, el día del aniversario patrio.

LAS COMPLICACIONES EN EL CELESTE IMPERIO

La complicación es una especialidad de la raza china. Los trajes, las leyes, las religiones, el arte, todo es complicadísimo en el Celeste Imperio. Y hasta las cosas menos importantes llevan el sello de esta especial característica amarilla. Para no citar más que un ejemplo diremos que el año nuevo se celebra en China con fiestas que duran nada menos que diez días.

El primer día es el de los pájaros sirve para recordar que los volátiles son uno de los elementos nutritivos de los hombres. El segundo día es el de los perros, en memoria de cierto can que devoró a un asesino que estaba a punto de matar a un sabio del Celeste Imperio. El tercero es el día de los cerdos, porque uno de estos animales salvó, en un incendio, un precioso manuscrito. El cuarto, día de los carneros, en recuerdo de un pastor llamado Pun-Kuon-Cega, que enseñó lo que se podía hacer con la lana de los carneros.

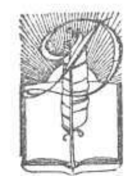
El quinto día es el de las vacas, porque uno de estos animales alimentó a un chiquillo huérfano, que luego cuando fué mandarín, consagró un templo a aquellos rumiantes. El sexto día es el de los caballos y recuerda al pueblo las consideraciones que deben tenerse con aquellos cuadrúpedos. El séptimo fué consagrado al hombre y al dios Pu-Tso, que enseñó a los chinos a nutrirse de arroz, de grano y de carne.

Y, terminando, el octavo, el noveno y el décimo días son los del grano, del lino y de las habas, el uso de las cuales reveló a los chinos el mismo Pu-Tso.

Y ahora nos explicamos por qué las religiones chinas tienen tan gran número de dioses, viendo la facilidad con que se asignaba el título de «dios, en la patria de Confucio.



La estrella del labriego



DESPUÉS de la frugal comida, el tío Juan salió a la puerta de su humilde choza, y cómodamente sentado en su rústica silla de paja, púsose a contemplar con místico arrobamiento el diáfano cielo de aquella serenísima noche primaveral. A pesar de sus sesenta inviernos, sentíase aún fuerte y vigoroso, y con franciscana resignación soportaba la pesada carga de las rudas faenas campesinas, siempre decidido y animoso, como si su vida fuera una inextinguible juventud. Pero en determinada fecha del año, al llegar el aniversario de la muerte de su mujer, tornábase sombrío y preocupado, y, abandonando su diaria labor iba hasta el camposanto del pueblo a dejar sobre la tumba de la difunta el homenaje silencioso y ferviente de unas flores y unas lágrimas. Y esa noche, mirando absorto el inmenso arcano azul, triste y acongojado, recordaba que quince años antes, en una noche igual a esa, la fiel compañera de su vida emprendió el viaje del que no se regresa nunca; y ante la dolorosa evocación, dos gruesos lagrimones rodaron sobre su faz apergaminada y curtida por la caricia ardorosa del sol...

Un alegre murmullo de voces juveniles sacó al pobre viejo de sus angustiosas cavilaciones.

— ¿Qué le apena, tío Juan? — interrogó Margara, la hija mayor de los habitantes del rancho vecino, moza garrida y bella, que, adivinando el secreto dolor del anciano, intentó distraerlo, trayendo hasta él el coro risueño y bullanguero de sus amigas.

— Refiéranos una de esas historias tan tristes y tan lindas que usted sabe — rogó otra de la juvenil y alocada farándula. Y apretándose, rodearon al pobre viejo, que no pudiendo resistir los imperiosos requerimientos de aquella bulliciosa juventud, y sin olvidar el motivo de sus íntimos duelos, se dispuso resignadamente a satisfacer los deseos de las muchachas.

— Tenía yo veinte años — comenzó diciendo — cuando mi buena madre cayó enferma de gravedad. En aquellos tiempos los médicos no conocían muchos de los males que amenazan de continuo a las gentes, y el que mi madre sufría jamás lo descubrieron en mortal alguno. Y a fe que era aquella una extraña enfermedad. Recuerdo como si aún estuviera viendo la cara de mi pobre madre, toda llena de unas grandes manchas moradas de color de uvas muy maduras que se hinchaban mucho, arrancándole horribles gritos de desesperación. Pasó así muchos días, hasta que una noche en que la luna estaba muy blanca y muy grande, y tan cerca que parecía que alargando la mano se la alcanzaría; una triste noche en que aquella estrella, ¿la véis? esa, la más brillante y hermosa, temblaba mucho, mi querida madre expiró; y yo, mi padre y mis hermanos que la rodeábamos en tan amargos instantes, la oimos decir, agonizando ya, que se iba a la estrella hermosa, y que allí nos esperaba...

Suspiró larga y penosamente; miró al cielo, como dirigiéndose a la estrella blanca para pedirle fuera testigo de la veracidad de sus palabras y continuó:

— Después fuí hombre; amé, formé un hogar ; y como si sobre nosotros pesara algún maleficio, nunca nuestra humilde vivienda se pobló con las risas y los llantos de un niño, que tanto pidió mi mujer a la Virgen, y que con tanto ardor deseábamos para completar nuestra dicha y alegrar nuestro ranchito florido. Y pasaron los años, esperando siempre la llegada del niño que la buena virgen no quiso darnos nunca. Hasta que un día enfermó mi mujer, y se fué también allá, a la estrella hermosa y blanca... Y allá me está esperando, junto a mi buena madre. Y en estas noches claras y bellas, yo creo verlas que desde allá me tienden los brazos, como llamándome, invitándome a subir...

Calló el viejo y un sollozo desgarrador sucedió a sus últimas palabras; mientras las jóvenes, con religioso respeto y cohibidas ante aquel sincero dolor, se retiraron silenciosamente rumbo a sus viviendas, dirigiéndose furtivas y temerosas miradas a la hermosísima y lejana estrella blanca, que allá en los diáfanos ámbitos azules seguía brillando esplendorosamente...

ESA noche el tío Juan durmió al sereno, y soñó que junto con el astro adorado descendían del cielo las dos muertas amadas y lo conducían allí, para vivir con ellas, rodeadas de lindos angelitos rubios que eran sus queridos nietecitos.

Y al amanecer del siguiente día, unos pastores que llevaban sus rebaños a pacer por las campiñas cercanas, encontraron el cadáver del tío Juan tendido próximo a la puerta de su choza, con las ropas destrozadas y manchadas de sangre, y en sus pobres carnes desgarradas las huellas de los agudos dientes de los lobos..

Eduardo Martín

De Espartillar



Concurrentes a la fiesta campestre realizada en la quinta del señor Jorge Avio, festejando el día patrio.

INTERPRETACIONES

No hay que exagerar el alcance de las originalidades de los pueblos. Todos los pueblos que están dentro de una cultura y de una de las grandes familias étnicas, tienen capacidades parecidas. El ciudadano ideal no existe en ninguna parte. Toda constitución política es artificial. Es un bosquejo de la ciudad ideal, que va educando a los hombres, y en eso consiste acaso su principal virtud. En la historia de la civilazación el mimetismo ha desempeñado un inmenso papel. Para que el hombre llegue a ser ciudadano es preciso que se le haga tomar parte en la comedia de la ciudadanía. Llegará a acostumbrarse y a saber el papel, y cuando lo sepa no querrá dejarle.

Las constituciones externas tienen que prevalecer sobre la interna. De otro modo el hombre no hubiera salido de la selva primitiva. La civilización política, como toda civilización, es una derogación parcial de la naturaleza, una obra de elevación. La democracia es una educación. Por eso, uno de los primeros instrumentos de la democracia es la escuela. Los periódicos en que escribimos son parte de la gran escuela popular. Lo es también el parlamento. Los pueblos son a veces perezosos en ir a la escuela. También lo son los escolares; pero ello no es argumento contra la escuela. Podrá serlo contra los maestros que no la hacen atractiva: pero la misma pereza indica que hace mucha falta la Escuela, no sólo para enseñar sino para formar el hábito. — E. Gómez de Baquero.




Es motivo de placer inmenso y especial confianza el subir una cuesta en un Hupmobile. Marcha cuesta-arriba con la mayor seguridad, acelerando siempre sin trabajo ni esfuerzo. Podrá haber otros automóviles que funcionen como el Hupmobile en terreno plano; pero cuando se trata de pendientes o caminos escabrosos, el Hupmobile supera a todas las expectativas.
H
Hupmobile
Hupmobile
REPRESENTANTES GENERALES:
Resta Hermanos
2067, RIVADAVIA, 2071 — Buenos Aires
Unión Telef. 3501, Libertad.



Entre usted y las enfermedades de las Vias Respiratorias

PONGA SIEMPRE

Las Pastillas VALDA

Ellas son un *verdadero talismàn para precaverse* contra los inconvenientes del **Frio,** de las **Nieblas,** de la **Humedad,** contra los peligros del **polvo,** de los **miasmas** y de los **microbios,** *para evitar* los **Constipados, Dolor de Garganta, Laringitis, Bronquitis, Catarros, Grippe, etc.**

O ECHARLOS DE SI RAPIDAMENTE

Tenga V. la precaución de no estar nunca sin

PASTILLAS VALDA VERDADERAS

que comprará unicamente en las Farmacias en **CAJAS** con el nombre

VALDA

en la tapa y nunca de otra manera.

EL REQUIEM DEL CUERVO



Mi tío Zacarías era el ser más curioso y original que he visto en mi vida. Figuraos un hombre bajo, grueso, ancho, robusto, la tez brillantemente coloreada, el vientre enorme, y la nariz respingada y llena de excrecencias. Además, el digno hombre era calvo como la palma de la mano, usaba habitualmente unos grandes espejuelos, y cubría su cabeza con un pequeño gorro de seda negra que apenas le cubría la coronilla.

Mi querido tío era un hombre de buen humor y aficionado como pocos al pavo relleno, al *foie-gras* y al añejo *Johannisberg:* pero lo que prefería a todo en el mundo era la música. Zacarías Muller había nacido músico por la gracia de Dios, como otros nacen franceses o rusos, y tocaba todos los instrumentos con una facilidad maravillosa. No se podía comprender, al ver su aspecto sencillo y bonachón, que tanta alegría, tanto numen y tanta vivacidad pudieran animar a tal personaje.

Así hizo Dios al ruiseñor; glotón, curioso y cantor: mi tío era un ruiseñor.

Se le invitaba a todas las bodas, a todas las fiestas, a todos los bautismos, a todos los entierros: «Señor Zacarías, le decían, nos hace falta un *Hopser* (1), una *Aleluya*, un *Requiem*, para tal día», y él respondía invariablemente: «Lo tendréis.» En seguida ponía manos a la obra; silbaba delante de su pupitre, fumaba infinito número de pipas, y al mismo tiempo que lanzaba una lluvia de notas sobre el papel pautado, llevaba el compás con el pie izquierdo.

Mi tío Zacarías y yo habitábamos una antigua y modesta casa en la calle de *Minnsingers*, en Bingen; él ocupaba el entresuelo, un verdadero almacén de trastos, repleto de muebles viejos y de instrumentos de música; yo dormía en un cuarto del piso de encima, y todas las demás piezas quedaban desocupadas.

Justamente enfrente de nuestra casa habitaba el doctor Hasselnoss. Por la noche, cuando mi cuarto estaba sumido en las tinieblas y las ventanas del doctor se iluminaban, me parecía, a fuerza de mirarlas fijamente que su lámpara se aproximaba, se aproximaba, y concluía por tocarme en los ojos. Veía al mismo tiempo la silueta de Hasselnoss agitarse sobre el muro de una manera extraña, con su cabeza de ratón cubierta con su tricornio, su pequeña coleta moviéndose a derecha e izquierda, su gran levitón de anchos faldones, y su raquítico cuerpo sostenido por sus delgadas piernecillas. Distinguía también en las profundidades de su habitación redomas llenas de animales extraños, piedras brillantes, aparatos desconocidos y el lomo de sus libros, resplandecientes de dorados, colocados en batalla sobre las tablas de su biblioteca.

El doctor Hasselnoss era, después de mi tío Zacarías, la persona más original de la ciudad. Su criada Orchel se vanagloriaba de no hacer lejía más que una vez cada seis meses, y ningún trabajo me costaba el creerlo, pues las camisas del doctor estaban siempre llenas de manchas amarillas, lo que probaba la gran cantidad de ropa blanca que tendría guardada en sus armarios; pero la particularidad más interesante del carácter de Hasselnoss era que, perro o gato que franqueara el dintel de su puerta, no se le volvía a ver más. ¡Dios sabe lo que haría con ellos! La voz pública llegaba hasta acusarle de llevar en uno de los bolsillos de la levita un pedazo de tocino para atraer a los pobres animales; así que, cuando salía por la mañana para ir a ver a sus enfermos, y pasaba andando a pequeños saltitos por delante de nuestra casa, no podía menos de considerar con vago terror los grandes faldones de su levita flotando a derecha e izquierda.

Estas son las más vivas impresiones de mi infancia; pero lo que más me agrada en estos lejanos recuerdos, lo que por encima de todo se fija en mi memoria cuando pienso en esta pequeña y querida ciudad de Bingen, es el cuervo Hans, revoloteando por las calles, picoteando en las carnes colgadas en la carnicería, cogiendo los papeles al vuelo, penetrando en la casa, y al que todo el mundo admiraba, acariciaba, llamaba «Hans» por aquí, «Hans» por allá.

¡Singular animal! Un día había llegado a la ciudad con un ala rota; el doctor Hasselnoss se la había curado y había llegado a hacerse familiar a todo el barrio. Uno le daba pan, otro carne, otro queso. Hans pertenecía a toda la ciudad; Hans estaba bajo la protección de la fe pública.

¡Lo que yo quería a este Hans a pesar de los frecuentes picotazos que me daba! Me parece aún verle saltar por la nieve, volver ligeramente la cabeza y mirar a los transeuntes con el rabillo del ojo y aire burlón. Cuando a alguien se le caía alguna cosa de los bolsillos, una moneda, una llave, un pañuelo, fuera lo que fuera, Hans lo recogía y se lo llevaba a los desvanes de la iglesia. Allí era donde había establecido su almacén; allí era donde ocultaba el fruto de sus rapiñas, pues Hans era desgraciadamente un pájaro ladrón.

Por lo demás, mi tío Zacarías no podía sufrirle: trataba de imbéciles a todos los habitantes de Bingen por colocar su afección en semejante animal, y este hombre tan tranquilo, tan dulce, se ponía fuera de sí cuando por casualidad tropezaban sus ojos con el cuervo, que graznaba y se removía delante de nuestras ventanas.

Una hermosa tarde de Octubre, mi tío Zacarías parecía aún más alegre que de costumbre; no había visto a Hans en todo el día. Las ventanas estaban abiertas y un sol espléndido penetraba en las habitaciones. A lo lejos, en la campiña, el otoño extendía esas bellas tintas amarillentas que se destacan con tanta brillantez sobre el verde sombrío de los abetos. El tío Zacarías, recostado en su ancha butaca, fumaba tranquilamente una pipa, y yo le contemplaba preguntándome a mí mismo qué sería lo que le hacía sonreir, pues su bondadosa fisonomía estaba resplandeciente de satisfacción.

— Querido Tobías — me dijo al fin, lanzando al techo una densa espiral de humo — no puedes figurarte la dulce quietud que experimento en este instante. Muchos años hace que no me siento tan

(1) Música para baile.

bien dispuesto como ahora para emprender una obra magna, una obra por el estilo de *La Creación*, de Haydn. El cielo parece que se abre delante de mí; oigo a los ángeles y a los serafines entonar su himno celeste; pudiera señalar y separar todas las voces... ¡Oh, qué hermosa composición, Tobías, qué hermosa composición! Si pudiera oir los bajos de los doce apóstoles... ¡es magnífico, magnífico! La voz de soprano del pequeño Rafael es tan penetrante que parece la trompeta del juicio final, los ángeles agitan las alas riendo y los santos lloran de una manera verdaderamente armoniosa... Pero, ¡silencio! He aquí el *Veni Creator:* el bajo colosal avanza y la tierra tiembla: Dios va a aparecer.

¡Y el señor Zacarías inclinaba la cabeza, parecía escuchar con toda su alma, y gruesas lágrimas cubrían sus ojos y estaban a punto de resbalar por sus mejillas! «*Bene, bene*, Rafael», murmuraba.

Pero cuando mi tío se sumergía así en profundo éxtasis; cuando su fisonomía, su mirada, su actitud, todo, expresaba en él un deleite infinito, un encanto celeste, he aquí que Hans se precipita de pronto contra nuestra ventana, lanzando un *cuac* espantoso. Mi tío Zacarías palideció horriblemente y se quedó mirando hacia la ventana con los ojos espantados, la boca abierta, la mano extendida, en la actitud más completa de estupor.

El cuervo se había colocado en un travesaño de la ventana, y no, no creo recordar haber visto nunca fisonomía más radiante y burlona; su largo pico se inclinaba ligeramente hacia un lado, y su ojo brillaba como una perla. Hizo oir un segundo *cuac* irónico, y se puso a peinarse tranquilamente el ala con el pico.

Mi tío apenas respiraba: estaba como petrificado.

Al cabo de un momento Hans volvió a levantar su vuelo, y el señor Zacarías, dirigiéndose a mí, me miró fijamente algunos segundos.

— ¿Le has reconocido? — me preguntó.

— ¿A quién?

— ¡Al diablo!

— ¿Al diablo?... ¡Bah! ¡queréis chancearos!

Mi tío no se dignó contestarme y volvió a sumergirse en sus profundas meditaciones.

Desde este día el señor Zacarías perdió todo su buen humor. Trató de escribir su gran sinfonía de los *Serafines:* pero no acertaba a dar formas a su pensamiento, y una inmensa melancolía se apoderó de él. Se tendía en su butaca y en ella se pasaba casi todo el día, con los ojos fijos en el techo, pensando en la armonía celeste. Cuando yo le manifestaba que el dinero se me iba acabando y que era preciso que escribiera un vals, una polka u otra cosa cualquiera que produjera algo, me interrumpía diciendo:

— Un vals... una polka... ¿qué es eso? ¿qué significa eso?... Si me hablases de mi gran sinfonía, menos mal; ¡pero un vals!... Vaya, vaya, Tobías, pierdes la cabeza, no sabes lo que te dices.

Después añadía con acento más tranquilo:

— Créeme, Tobías; cuando haya terminado mi gran obra, podremos cruzarnos de brazos y dormirnos como en lecho de plumas. Es el *alpha* y el *omega* de la armonía. ¡Entonces sí que será grande nuestra reputación! Mucho tiempo hace que debía haber terminado esa gran obra; una sola cosa me lo ha impedido: ¡el cuervo!

— ¡El cuervo!... Pero, querido tío, ¿cómo puede el cuervo impediros escribir, os pregunto? ¿Acaso no es un pájaro como otro cualquiera?

— ¡Un pájaro como otro cualquiera! — exclamó indignado; — ¡ya veo, Tobías, que conspiras contra mí al lado de mis enemigos!... Y sin embargo, ¿qué cosa hay que no haya hecho por ti? ¿No te he educado como a mi propio hijo? ¿No he ocupado el lugar de tu padre y de tu madre? ¿No te he enseñado a tocar el clarinete? ¡Ah, Tobías, Tobías, qué malo es lo que haces!

Decía todo esto con tal expresión de convencimiento, que yo acababa por creerle, y maldecía desde el fondo de mi alma a aquel maldito Hans que turbaba la inspiración de mi tío: «Sin él, me decía yo, nuestra fortuna estaría hecha»; y hasta llegaba a dudar de si realmente aquel cuervo sería el diablo en persona.

Algunas veces el tío Zacarías trataba de escribir; pero por una fatalidad curiosa y casi increíble, Hans aparecía siempre en el mejor momento, o se oía su graznido destemplado y ronco. Entonces el pobre hombre tiraba la pluma con desesperación, y si hubiera tenido cabellos, se los hubiera arrancado a puñados; tan grande era el paroxismo de su furor. Las cosas llegaron a un punto, que el señor Zacarías pidió prestado el fusil del panadero Racer, un viejo armatoste mohoso, y se puso de centinela detrás de la puerta para espiar la llegada del maldito animal. Pero entonces Hans, astuto como el diablo, no parecía, y tan pronto como mi tío, cansado de esperarle y tiritando de frío, porque era invierno, se acercaba a calentarse las manos a la chimenea, en aquel mismo momento Hans lanzaba su graznido delante de la casa. El señor Zacarías corría a coger otra vez el fusil y se lanzaba a la calle; pero ya Hans había desaparecido.

Era una verdadera comedia, de la que hablaba toda la ciudad. Mis camaradas de colegio se burlaban de mi tío, lo que me obligó más de una vez a librar en la plaza descomunales batallas. Yo le defendía a todo trance, y raro era el día que no volvía a casa con un ojo vendado o la nariz magullada. Entonces me miraba conmovido y me decía:

— ¡Querido Tobías, ten valor! Pronto no tendrás necesidad de sufrir tantas contrariedades.

Y se ponía a pintarme con entusiasmo la grandiosa obra que meditaba. Era verdaderamente una cosa magnífica; todo era lógico, ordenado, de una estructura admirable; empezaba con la overtura de los apóstoles; seguía el coro de los serafines en «mi bemol»; después, el *Veni Creator* en medio de los relámpagos y los truenos... «Pero, decía mi tío, es preciso que el cuervo muera; el cuervo es la causa de mis distracciones, de mi falta de inspiración: mira, Tobías, si no fuera por él, mi gran sinfonía estaría terminada hace mucho tiempo, y viviríamos tranquilamente de nuestras rentas».

II

Una noche, al volver de la plaza me encontré a Hans. Había nevado: la luna refractaba su luz en los blancos techos, y no sé qué vaga inquietud se apoderó de mi corazón a la vista del cuervo. Al llegar a la puerta de nuestra casa quedé sorprendido al encontrarla abierta; permanecí un momento suspenso, y vi que algunos resplandores se filtraban a través de los vidrios, como el reflejo de un fuego que se apaga. Entro, llamo; pero nadie me responde; sigo avanzando y júzguese de mi sorpresa y mi disgusto cuando a uno de los reflejos de la llama veo a mi tío con la nariz azul, las orejas violáceas, y tendido cuán largo era en su butaca, con el viejo fusil de nuestro vecino entre las piernas, y los zapatos llenos de nieve.

El pobre hombre había salido a ver si cazaba el cuervo y había vuelto medio helado.

— ¡Tío! ¡querido tío! — exclamé. — ¿Estáis durmiendo?

Al sonido de mis palabras entreabrió los ojos, y fijando en mí una mirada soñolienta, dijo:

— Tobías, le he apuntado más de veinte veces, y al momento que iba a tocar el gatillo, desaparecía como una sombra.

Dicho esto, volvió a caer en profundo sopor; yo le hablaba, le sacudía, pero inútilmente; permanecía inmóvil. Sobrecogido entonces por el pánico, corrí a buscar al doctor Hasselnoss. Al levantar el pesado aldabón de su puerta, mi corazón latía precipitadamente; y cuando se oyó retumbar el golpe en el fondo del vestíbulo, mis rodillas flaquearon y estuve a punto de caer. La calle estaba desierta; algunos copos revoloteaban alrededor de mí; sentía frío hasta en la médula de los huesos. Al tercer aldabonazo, la ventana del doctor se abrió, y la cabeza de Hasselnoss, con su gorro de algodón se inclinó hacia fuera.

— ¿Quién está ahí? — preguntó con voz brusca.

— Señor doctor, venid pronto a casa del señor Zacarías; está muy enfermo.

— Voy en seguida — contestó Hasselnoss; — sólo tardo el tiempo necesario para ponerme un abrigo.

Volvió a cerrarse la ventana y transcurrió un largo cuarto de hora, que pasé mirando la calle desierta, escuchando las veletas crujir en sus enmohecidas agujas, y allá, a lo lejos, algún perro de cortijo ladrar a la luna. Por fin, se oyeron pasos: alguno bajaba lentamente, muy lentamente, la escalera; introdujeron una llave en la cerradura, y Hasselnoss, envuelto en una gran hopalanda gris, y una pequeña linterna en forma de palmatoria en la mano, apareció en el dintel.

— ¡Brrr! — dijo — ¡qué frío hace! ¡Bien he hecho en abrigarme tanto!

— Sí — respondí — pero yo hace veinte minutos que estoy tiritando.

— Pues me he dado prisa para no hacerte esperar.

Un minuto después entrábamos en el cuarto de mi tío.

— ¡Hola! ¡buenas noches, señor Zacarías! — dijo el doctor Hasselnoss con el tono más tranquilo del mundo, dando un soplo a su linterna. — ¿Cómo estáis? Parece que hemos pillado un pequeño catarro, ¿eh?

A esta voz, mi tío Zacarías pareció despertarse.

— Señor doctor — dijo — voy a contároslo todo tal como ha sucedido.

— Es inútil — le interrumpió Hasselnoss sentándose en frente de mi tío en un viejo cofre; — conozco el principio y las consecuencias, la causa y los efectos; vos detestáis a Hans, y Hans os detesta; vos le perseguís con el fusil, y Hans viene a posarse en los travesaños de vuestra ventana para burlarse de vos. ¡Je, je, je! Todo esto es muy sencillo; al cuervo no le gusta el canto del ruiseñor, y el ruiseñor no puede sufrir el graznido del cuervo.

Mientras Hasselnoss hablaba, absorbía con fruición un polvo de tabaco; después, guardó la tabaquera, cruzó una pierna sobre otra, sacudió los pliegues de su levitón y se echó a reir, mirando fijamente al señor Zacarías con sus pequeños y maliciosos ojos.

Mi tío estaba estupefacto.

— Escuchad — repuso Hasselnoss; — esto no debe sorprenderos; todos los días estamos viendo hechos parecidos. Las simpatías y antipatías gobiernan nuestro pobre mundo. Entráis en una taberna, en una cervecería, no importa dónde; reparáis en dos jugadores sentados a una mesa, y sin conocer a ninguno de ellos, hacéis en seguida votos por el uno o por el otro. ¿Qué razón hay para que prefiráis a uno de los dos? Ninguna. ¡Je, je, je! Sobre esto los sabios edifican sistemas y más sistemas, en lugar de decir lisa y llanamente: «He aquí un gato, he aquí un ratón; yo estoy a favor del ratón porque somos de una misma familia, porque antes de ser Hasselnoss, doctor en medicina, he sido ratón, ardilla o hurón, y en su consecuencia...»

Pero no terminó su frase, porque en el mismo instante el gato de mi tío pasó rozándole las piernas, y cogiólo el doctor bruscamente haciéndolo desaparecer en su inmenso bolsillo con una rapidez asombrosa. El tío Zacarías y yo nos miramos estupefactos.

— ¿Qué váis a hacer con mi gato? — dijo al fin mi tío.

El doctor, en lugar de responder, sonrió y dijo:

— Señor Zacarías, quiero curaros.

— Devolvedme primero mi gato.

— Si me obligáis a devolveros este gato — dijo Hasselnoss — os abandono a vuestra triste suerte; no tendréis un minuto de reposo; no podréis escribir una nota y adelgazaréis de día en día.

— ¡Pero en nombre del cielo! — repuso mi tío. — ¿Qué es lo que os ha hecho ese pobre animal?

— Lo que me ha hecho... — respondió el doctor, cuyas facciones se contrajeron — ¡lo que me he hecho!... ¡Sabed que estamos en perpetua guerra desde el origen de los siglos! ¡Sabed que este gato reasume en él la quinta esencia de un cardo que me ha ahogado cuando yo era violeta; de un acebo que me ha hecho sombra cuando yo era arbusto; de un sollo que me ha comido cuando yo era carpa, y de un gavilán que me ha devorado cuando yo era ratón!

Creí que Hasselnoss estaba loco; pero el tío Zacarías, cerrando los ojos, respondió después de un largo silencio:

— ¡Os comprendo, doctor Hasselnoss, os comprendo! ¡Pudiera ser muy bien que tuviérais razón!... Curadme, y os doy mi gato.

Los ojos del doctor brillaron.

— ¡Ya eso es otra cosa! — exclamó. — Ahora voy a curaros.

Sacó, dicho esto, una pequeña navaja de su cartera, y cogió de la chimenea un trozo de leña, que hendió con suma destreza. Mi tío y yo le mirábamos hacer en silencio. Después de haber hendido aquel pedazo de madera, lo ahondó algo, y en seguida sacó de la cartera una laminita de pergamino, que ajustó dentro de la hendidura. Hecho esto, aplicó sonriendo aquel objeto a sus labios.

La fisonomía de mi tío se puso radiante.

— Doctor Hasselnoss — dijo — sois un hombre raro, un hombre verdaderamente superior, un hombre...

— Ya lo sé — le interrumpió Hasselnoss — ya lo sé. Apagad la lumbre ahora, y que ni el más insignificante pedazo de carbón brille en la sombra.

Mientras yo ejecutaba sus órdenes, él abrió la ventana de par en par. La noche estaba glacial; por encima de los techos aparecía la luna tranquila y límpida en medio de un cielo puro y transparente. El brillo deslumbrador de la nieve y la obscuridad del aposento formaban un contraste extraño; veía la silueta de mi tío y de Hasselnoss destacarse en el marco de la ventana, y mil impresiones confusas me agitaban a la vez. De pronto, mi tío Zacarías estornudó, y la mano de Hasselnoss se extendió con impaciencia para imponerle silencio; después, el silencio se hizo solemne.

De repente, un silbido agudo atravesó el espacio: «¡Pi-uite, pi-uite!» Después, todo volvió a quedar en silencio. Mi corazón latía con tanta fuerza que casi escuchaba sus latidos. Al cabo de un instante se hizo oir el mismo silbido: «¡Pi-uite, pi-uite!», y entonces comprendí que era el doctor quien lo producía con su reclamo. Esta observación me dió algún valor y presté atención a las

menores circunstancias de lo que estaba pasando a mi alrededor.

El tío Zacarías, medio encorvado, miraba a la luna. Hasselnoss permanecía inmóvil con una mano apoyada en la ventana y la otra con el silbato.

Pasaron dos o tres minutos: al cabo de este tiempo se oyó el vuelo de un pájaro hendir los aires.

— ¡Oh! — murmuró mi tío.

— ¡Silencio! — dijo Hasselnoss, y el «pi-uite» se repitió muchas veces con extrañas y precipitadas modulaciones. Dos veces el pájaro, inquieto y trastornado, tocó en su rápido vuelo la ventana con el ala, y dos veces hizo mi tío un movimiento como para coger el fusil; pero Hasselnoss le cogió por el brazo, murmurando: «¡Pero estáis loco!» Entonces mi tío se contuvo, y el doctor redobló sus silbidos con tanto arte, imitando el canto de la pega cogida en el lazo, que Hans, girando a derecha e izquierda, acabó por entrar en la habitación, atraído, sin duda, por una curiosidad singular que le trastornaba el cerebro. Oí sus dos patas chocar pesadamente contra el pavimento, y casi al mismo tiempo mi tío Zacarías lanzó un grito, y se precipitó sobre el pájaro, que se escapó de sus manos.

— ¡Torpe! — exclamó Hasselnoss cerrando la ventana.

Ya era tiempo. Hans revoloteaba junto a las vigas del techo. Después de haber dado cuatro o cinco vueltas, chocó contra uno de los vidrios con tanta fuerza, que dejóse caer aturdido tratando de agarrarse con las uñas a los travesaños. Hasselnoss encendió entonces una vela, y vi al pobre Hans entre las manos de mi tío, que le apretaba el cuello con un entusiasmo frenético, diciendo:

— ¡Ja, ja, ja! ¡ya le tengo! ¡ya le tengo!

Hasselnoss le acompañaba con carcajadas aún más ruidosas.

— ¡Je, je, je! ¿estáis contento, señor Zacarías, estáis contento?

Nunca he visto escena más horrible. El rostro de mi tío estaba de color carmesí. El pobre cuervo se debatía entre sus manos, y agitaba las alas y las patas con las angustias de la muerte.

Este espectáculo me horrorizaba tanto, que corrí a ocultarme en el fondo de la habitación.

Pasado el primer momento de indignación, mi tío Zacarías volvió en sí, y me dijo con voz todavía algo temblorosa:

— Tobías, el diablo las ha pagado ya todas juntas y... le perdono. Toma, tenme a ese Hans delante de los ojos. ¡Ah! ¡me siento revivir! Ahora, silencio: ¡escuchad!

Y el señor Zacarías, con la frente inspirada, la pupila centelleante, se sentó al clavicordio. Yo estaba enfrente de él, y tenía cogido al cuervo por el pico; detrás, Hasselnoss levantaba la bujía para alumbrar a mi tío. No podía darse cuadro más extraño que aquellas tres figuras, Hans, mi tío Zacarías y Hasselnoss, bajo las elevadas y carcomidas vigas del techo. Aun me parece verlos, iluminados por la oscilante luz, así como nuestros viejos muebles, cuyas sombras vacilaban en el decrépito muro.

A los primeros acordes, mi tío pareció transfigurarse, y sus grandes ojos azules brillaron de entusiasmo; no tocaba delante de nosotros, sino en una catedral, ante una asamblea inmensa, delante de Dios.

¡Qué pieza más sublime! ora sombrío, patético, desgarrador o resignado; después, bruscamente, de en medio de los sollozos brotaba el dulcísimo canto de la esperanza desplegando sus alas de celeste y oro. ¡Dios mío, Dios mío! ¿es posible concebir cosas tan grandiosas?

Era un *Requiem*, y durante una hora no abandonó la inspiración ni un segundo al tío Zacarías.

Hasselnoss no reía ya: insensiblemente su fisonomía burlona había adquirido una expresión indefinible; creí por un momento que iba a enternecerse; pero pronto le vi hacer movimientos bruscos y nerviosos, y me apercibí de que alguna cosa se debatía bajo los faldones de su levitón.

Cuando mi tío, rendido por tantas emociones, apoyó su ardorosa frente sobre el borde del clavicordio, el doctor sacó de su gran bolsillo una cosa inerte y la presentó, riéndose, a nuestras miradas.

Era el gato que acababa de estrangular.

— ¡Je, je, je! — dijo;— buenas noches, señor Zacarías, buenas noches. Cada uno hemos hecho nuestra caza. ¡Je, je, je! Vos habéis hecho un *Requiem* para el cuervo Hans; bien podéis hacer ahora un *Aleluya* para vuestro gato. ¡Buenas noches!...

Mi tío estaba tan abatido, que se contentó con saludar al doctor con un movimiento de cabeza, haciéndome seña de que le acompañase.

Ahora bien, aquella misma noche murió el gran duque Yeri-Peter, segundo de su nombre, y cuando Hasselnoss atravesaba la calle, oí las campanas de la catedral doblar lentamente. Al volver a nuestro cuarto, vi al tío Zacarías de pie.

— Tobías — me dijo con voz grave — ve a acostarte, hijo mío, ve a acostarte; es preciso que escriba todo esto esta misma noche; si no, sería fácil que olvidara...

Me apresuré a obedecer, y en mi vida he dormido mejor.

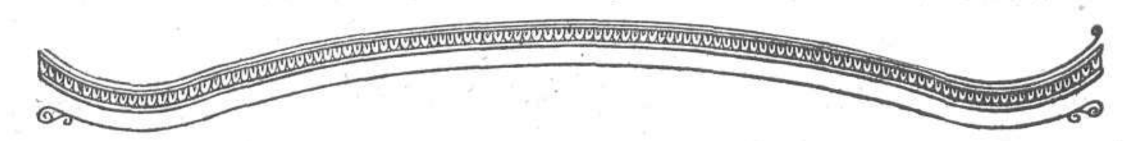
Al día siguiente, a las nueve, me despertó sobresaltado un gran tumulto. Todos los habitantes de la ciudad se habían lanzado a las calles; no se hablaba de otra cosa que de la muerte del gran duque.

El señor Zacarías fué llamado a palacio. Se le encomendó el *Requiem* de Yeri-Peter II, obra que le valió al fin la plaza de maestro de capilla, que ambicionaba hacía tanto tiempo. Este *Requiem* no era otro que el que escribió para Hans. Así, el tío Zacarías, cuando llegó a ser grande hombre y podía gastar hasta quinientos *thalers* por año, me decía algunas veces al oído:

— ¡Ah, sobrino, sobrino! Si se supiera que ese *Requiem* famoso lo he compuesto para el cuervo, todavía creo que iríamos a tocar el clarinete en las fiestas de las aldeas.

Así son las cosas de este mundo; muchas veces la fortuna, la riqueza, los honores, sólo estriban en la cosa más fortuita, en acertar con el momento oportuno.

E R C K M A N N - C H A T R I A N





— Discúlpeme la señora.
No vi que se terminó
el JABON REUTER, y no
queda nada para ahora.

— Vaya, usted a cualquier lado.
— Señora: ya son las tres
y, como es sábado inglés,
estará todo cerrado.

— Pero ¡ qué complicación ! . . .
— Bañándose diariamente,
no veo el inconveniente
de bañarse, hoy, sin jabón.

— Puede, usted soltar el caño;
pues prefiero no bañarme
a dejar de jabonarme
con REUTER. Hoy no me baño.



Cuadro alegórico "Ofrenda a la Patria", integrado por las alumnas de la Escuela N.° 1 que dirige la señorita Di Lalla, en el festival patriótico realizado el 25 de Mayo.

EXPERIENCIAS Y EFUSIONES

No basta hacer bien en el mundo: es menester hacer el bien con prudencia. Esto no es apartarse de la doctrina cristiana; no falsificar el imperativo categórico de la conciencia. Es sencillamente, aplicar la idea de arte a la ejecución del bien. Y el arte es aplicable a toda nuestra actividad. Debemos procurar que el bien se extienda, que cada bien engendre otro bien. Tampoco esto significa que el fin justifica los medios, sino que, al cumplir con los mandamientos de la conciencia, que son absolutos y apremiantes, tenemos el deber, por el hecho de ser inteligentes, de que nuestra actividad se produzca mediante las leyes de la razón.

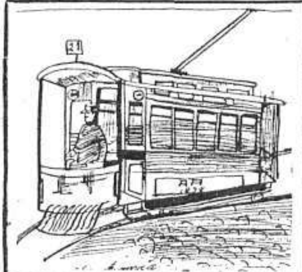
ARMANDO PALACIO VALDÉS.



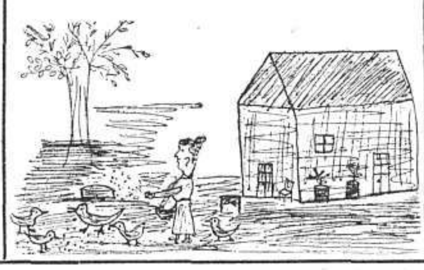
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



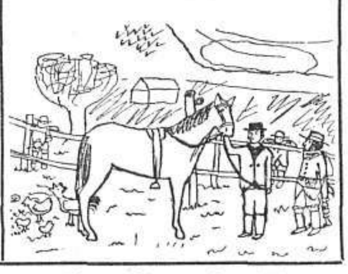
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil CARAS Y CARETAS», Chacabuco, 151.



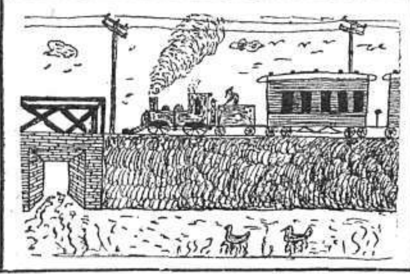
1717 — Un tranvía.
ARTURO FODARO.

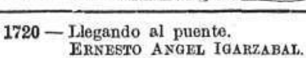


1718 — Doña Luisa dando de comer a sus patitos.
BLANCA LOLA GAVIOLA.



1719 — El potro de mi tío.
GABRIEL C. LÓPEZ.

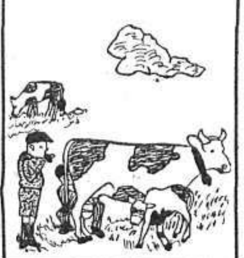




1720 — Llegando al puente.
ERNESTO ANGEL IGARZABAL.

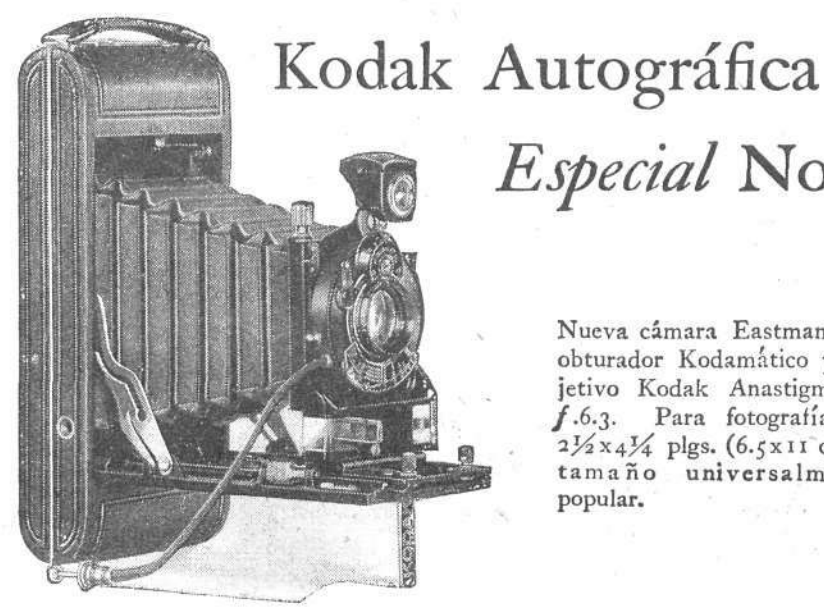


1721 — La hora del copetín.
RICARDO GRAND.



1722 — Ordeñando la vaca.
E. GAUDIN.

Kodak Autográfica *Especial* No. 1A



Nueva cámara Eastman con obturador Kodamático y objetivo Kodak Anastigmático *f*.6.3. Para fotografías de 2½x4¼ plgs. (6.5x11 cms.), tamaño universalmente popular.

POR su apariencia acabada e impecable y por las excelentes fotografías que con ella se obtienen, la nueva Kodak *Especial* No. 1A es sencillamente la última palabra en aparatos de primer orden. Y no podía menos de ser así, pues en la construcción de csta cámara ha puesto todo su esmero la mayor de las entidades fotográficas del mundo.

El obturador Kodamático, con siete velocidades precisas desde 1/2 segundo hasta 1/200 de segundo, tiene, entre otros distintivos de gran valía, la escala automática que determina a simple vista la abertura correcta del diafragma.

El Telémetro Kodak indica el foco preciso, eliminando así la necesidad de calcular la distancia aproximada.

El rápido objetivo Kodak Anastigmático *f*.6.3 es una garantía de negativos perfectos y nítidos, resultado de exposición y foco correctos, características éstas propias de la nueva Kodak *Especial* No. 1A.

Todas las Kodaks son Autográficas

Kodak Argentina, Ltd., Calle Paso 438, Buenos Aires

LA MODA AL DIA

POR

LUZ Y SOMBRA

«Renovar» es el lema de la moda.

Lo que hoy llevamos, ayer hubiera parecido una paradoja, y mañana será una vieja banalidad. El vestido se reduce y alarga; la medida lineal de los modistos es el metro-acordeón; el cabello es reducido a una pobre melena o a un enredo de rizos, como si el arte del peluquero fuera sólo el de cortar; las alhajas yacen sueltas en los rincones más imprevistos del atavío femenino; los zapatos mudan forma y color.

El calzado negro de charol no se ve más que de día y no es un zapato, sino una sandalia con «claque» negro. Las tiras que cruzan sobre el pie, y el taco, son de piel de gamuza de color. Otras veces es una tira de terciopelo verde o azul marino que cruza y sujeta al pie una sandalia charolada.

Todos los otros calzados son hoy día de color. Con una pollera blanca plegada y el saco de color, verde o colorado, las medias son blancas y los zapatos puntiagudos y «souples», en gamuza o «glacé» del color del saco.

Luego hay el zapato blanco que ya no pertenece al mundo de las cosas elegantes, si no se le añade una gran fantasía. Por ejemplo, todo el zapato de gamuza avellana y la tira y el taco blancos; o todo blanco y sólo el taco de color, haciendo juego con una «echarpe» o un sombrero.

Por la noche, el zapato de satín de color está de moda hace algún tiempo; con un vestido de «lamé» hace juego el calzado en satín y «lamé», y la media de seda y encaje del color de moda: carne ligeramente anaranjado.





La preferencia es ahora para el calzado claro con los trajes sombríos.

Zapato plateado con medias blancas; la tira del tobillo y el taco llevan incrustaciones de piedras de color.

Calzado en «lamé» rosa o blanco con plata y taco de «strass», para acompañar un vestido de «lamé» azul y oro o de terciopelo rubí. La tira lleva un adorno de brillantes verdaderos.

Los flecos de perlas buenas son el broche elegante que sujeta la tirita del zapato exteriormente.

Muchos modelos de calzado vienen muy escotados y sujetos al tobillo por una pulsera de turquesas o de coral. En lugar de la tira abrochada hay en ciertos modelos suntuosos, una «barrete» de brillantitos o zafiros o rosas de coral rojo con un pequeño brillante en el centro de cada una.

Las hebillas son de plata, de esmalte antiguo, de «clavos» acerados, de cristal, de materias plásticas. Otras no son más que un monograma de líneas artísticas de brillantes muy pequeños; otras son grandes motivos cuadrados o alargados, colocados a propio capricho.

La rica California que manda a París sus excéntricas millonarias, quienes, bajo el pretexto de «tomar el chic parisiense» disfrazan París con una triste careta de oropel, ha impuesto a la Ciudad-luz la moda del calzado de seda con taco de platino incrustado de brillantes.

Pero, ¿cuántas mujeres hay en París que puedan permitirse tamaño lujo? Y he aquí surgir las imitaciones en aluminio (!) y diamantes artificiales. Una vez más, la megalomanía arrastra a lo ridículo a las almas femeninas, siempre algo demasiado soñadoras, siempre felices de dejarse llevar por una deslumbrante ilusión.

Sin embargo, hay zapatos de «lamé», «brocado» y piel, entre los que puede saciarse el deseo de gustar y de gastar...

Las medias de color se usan mucho, pero se necesita mucha discreción y muy buen gusto para su elección. La media de seda negra toda de puntilla, se usa de noche para un vestido todo negro. La media de seda clara acompaña casi siempre el vestido obscuro y lleva, como ya he dicho, incrustaciones de puntilla.

Las crónicas parisienses citan la tentativa de algunas célebres «danseuses», que se presentan en la escena sin medias. Sobra decir que antes de ahora viéronse parecidas iniciativas, las que han quedado siempre sin consecuencias; pues, si una pierna bien formada y bien cuidada hace un color rosado pálido idéntico al de las medias de moda, no podrá, sin embargo, tener nunca el brillo incomparable de la seda. A menos que algún químico ponga en comercio una nueva laca para substituír las medias.

Y entonces, en lugar del temor de los puntos corridos, tendremos el de las grietas.







la pena...

Si usted se suscribe ahora a una colección completa del gran

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO HISPANO - AMERICANO

le regalaremos, a su elección, ya sea la **"HISTORIA DE LA GUERRA DEL MUNDO"**, por Simonds, o **un ejemplar** del gran **"ATLAS JACKSON"**, verdaderos **obsequios** de valor e indispensables en toda biblioteca **particular.**

HAY QUE APURARSE

NO DEJE VD. DE VISITARNOS O ESCRIBIRNOS LO ANTES POSIBLE, PUES SON MUY LIMITADAS LAS COLECCIONES RESERVADAS PARA ESTA OFERTA.

El **"DICCIONARIO ENCICLOPEDICO HISPANO - AMERICANO"** llega hasta donde alcanza todo el saber humano, y está completo desde la A hasta la Z. Cada uno de sus 28 hermosos volúmenes contiene más de 1.000 páginas a 3 columnas, y su conjunto equivale a 1.000 libros del tamaño común. Es además el mejor y más extenso diccionario del léxico.

CONCEDEMOS AMPLIO CREDITO SIN FIANZAS NI PAGARES.

Exposición y Venta: Bmé. MITRE 1092 - Bs. As.

MANDENOS HOY EL CUPON

W. M. JACKSON - Inc.

CASILLA DE CORREO 1542 — BUENOS AIRES

Sírvanse enviarme detalles completos del Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano y de los regalos.

C. C. 4

Nombre..

Profesión..

Calle.............................. *N.°*............

Localidad.......................... *F. C.*...............

Necrología



Señor Juan Capurro. — Bahía Blanca.

Señor Tomás Santana. — Navarro.



Señor Roberto de la Huerga García. — Capital.



Señor Mario E. Colombo. — Capital.



Señor Amadeo Albevio. — Puerto Belgrano.



Señor Ramón Miró (hijo). — Luján.



Señor Víctor Echepare. — Carcarañá.



Señor Fabián Sánchez. — Las Bandurrias.



Señor Simón Biancotti. — Colón.



Señor Luis Yannino. — C. de las Flores.



Sus cualidades de pureza y sabor exquisitos ponen de relieve una super-calidad, proveniente de su esmerada elaboración a base de añejos vinos de Jerez.

Se prepara en las mismas famosas Bodegas donde se produce el delicado y muy difundido

COÑAC DOMECQ

IMPORTADORES
MERELLO Hnos
BUENOS AIRES

 L E C T U R A S   I N F A N T I L E S 

EL VIEJO ROBLE

Vivía en la cima de un monte un viejo roble, al que hubiera sido más fácil contarle las hojas que los años— comenzó diciendo la abuela reclamada por los nietos a contarles una historieta.

A lo largo de las faldas crecían llenas de juventud, erguidas con gran firmeza, hermosas plantas de avellanas, de almendras, de nueces, de castañas y de hayas. No habría sido posible decir cuál de ellas ofrecía mejor aspecto por su ofrenda de hojas y de frutos. En medio a todas ellas, el roble, semejaba un abuelo venerable. Y, en realidad, que él se comportaba como el más bueno y amoroso de ellos. Tenía atento el oído y pronto el corazón. Si comenzaba a soplar viento, él movía fuertemente las ramas, para anunciar el peligro a plantas y pájaros. Estos últimos se sobresaltaban y corrían a refugiarse en sus nidos. Cuando más fuerte era el viento mejor se hacía oir el viejo roble, como si en cada una de sus ramas tuviera un silbato. El peligro que corría, a veces, era grande. Sus ramas ya débiles por los años eran juguete de los vientos que parecían pretender quebrarlas y el árbol todo se inclinaba hacia un lado como si fuera a caer al fin vencido. Más de una vez, también el rayo, pareció hacerle su blanco yendo a caer en medio de sus ramas. Pero, el viejo roble, se mantenía siempre en pie con gran contento de seres y cosas.

En la estación de las flores y en el estío especialmente, pastores y ganados iban a echarse al pie del roble para cobijarse bajo su sombra bienhechora.

Entonces el roble no silbaba más.

Los pajarillos cantaban alegremente, las abejas zumbaban a su alrededor, el perro dormitaba, las ovejas triscaban, y el pastor leía un libro de historias antiguas.

El roble, muy contento de ser útil a alguien, pensaba:

—Pronto no serviré para nada. No tendré más bellotas ni más hojas; mis ramas se habrán caído y mi tronco taladrado. ¿Qué haré entonces?

Pasó un invierno crudísimo. El roble fué nuevamente azotado, pero lo encontró sin fuerzas y ya sus ramas no silbaron. Extenuado, roído, en el silencio de la noche, se oía en la montaña, crujidos de su tronco roto.

Cuando las pocas ramas que le quedaban fueron sepultadas bajo la nieve, el viejo roble comprendió que había llegado su última hora.

Al llegar la primavera, el viejo árbol sólo era un resto de lo que fué. En su tronco ya hueco, crecía verde el musgo. Pero aun conservaba el roble un álito de vida. Miró a su alrededor y le fué dado contemplar un bellísimo espectáculo. La hierba crecía a sus pies como abrazándolo; veía gemas en todos los árboles y plantas, las flores comenzaban a abrirse y las hojas se balanceaban dulcemente bajo los tibios rayos del sol.

Los jóvenes castaños, los avellanos, los abetos, las hayas, todos, volvían a ver a la hermosa estación, rebosantes de savia vital y pródigos de promesas. El viejo roble los miró a todos con amor de abuelo y se preparó a esperar el hacha del hombre que debía derribarlo. Esta historia se repite siempre en cada abuelo — terminó diciendo sonriente la anciana.

 A D E L I A   D I   C A R L O 

—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



...si estudia y obtiene el diploma de uno de nuestros cursos profesionales.

Mande su dirección y recibirá gratis ***un manual para aprender a escribir a máquina*** y folletos explicativos de los cursos que enseñamos por ***correspondencia.***

TENEDOR DE LIBROS
TAQUIGRAFIA
ORTOGRAFIA
ARITMETICA
ELECTRICISTA
DIBUJO ARTISTICO
CONSTRUCTOR
CONTADOR MERCANTIL
CORRESPONDENCIA
CALIGRAFIA
MECANICO
DIBUJO MECANICO
CHAUFFEUR
MAQUINISTA

Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
LAVALLE, 1059 Buenos Aires.
(LA ESCUELA MAS GRANDE DEL MUNDO)

....
Nombre
....
Dirección
....
Localidad

C. C.

UN ENTIERRO EN STAMBUL



Un día, después de haber almorzado en una especie de restorante-taberna de Stambul, quisimos dar un paseo fuera del recinto amurallado de la ciudad, deseosos de ver nuevamente la cintura pétrea que cerraba la antigua Bizancio por la puerta del mar, rehaciendo así aquel paseo evocador de grandiosas proezas y de crisis sociales brutalmente resueltas; deseoso de contemplar lienzos de muros rotos de arriba abajo por catapultas, trabucos y culebrinas; y torres maestras sin atalayas ya, convertidas en motones de piedra entre las que crecen plantas parásitas. Era aquel un paseo que antes habíamos hecho cabalgando uno de esos caballitos mansos que los guías os ofrecen voceando: «¡*cavallo bono, signor!*» y que, convenido el precio, dicho el sitio donde uno desea ir, no hay más que montar cuidando de no caer, pues el dueño de la bestia la guiará dándole tirones de la cola, lanzándole interjecciones y golpeándole la grupa.

Conociendo bien el camino, quisimos hacerlo, aquel día, solos y a pie, tranquilamente. Eran ya más de las dos, las dos y media quizá, y nos hallábamos lejos del restorante, cuando al pasar por delante de unas barracas aisladas, en medio de un patio que, por las trazas, había sido huerto, pues se veían en él cuatro adelfas polvorientas, una higuera mustia y dos cubos con mentas y rosales, oímos gritos y gemidos y vimos varios turcos que se deslizaban, corriendo, por nuestra vera, y se metían en una de las barracas... y en vez de ir a ver las murallas de Stambul, por un impulso instintivo, seguimos a los que corrían y lloraban.

Como hallamos las puertas del patio y la de la habitación suficientemente abiertas, (la última lo estaba de par en par), nos acercamos al sitio de donde partían los gritos y los sollozos: era una cámara reducida y llana, donde, rodeado de gente de aspecto pobre, yacía el cuerpo de un hombre muerto...

Era un adolescente que nos pareció debía haber muerto tuberculoso, pues tenía las mejillas y las órbitas hundidas, angosta la caja torácica y largas y esqueléticas las manos, cruzadas sobre el pecho... Todo su cuerpo era raquítico y mísero. Y allí yacía, yerto, desnudo...

Indudablemente todos aquellos hombres que estaban alrededor del muerto (no se veían mujeres, pero se oía su llanto doloroso y se adivinaba que estaban escondidas en el interior de la casa), todos aquellos parientes y amigos del difunto debieron suponer, al verme cruzar los diez o doce pasos que había de la puerta de la calle a la cámara, que era yo algún conocido del muerto, su *principal* quizá, o un médico, un funcionario de policía, de la parroquia, del templo, de la sinagoga... ¡qué sé yo!... Nunca me he explicado lo que aquella buena gente pudo pensar de mí, pues nadie me dirigió directamente la palabra, limitándose unos y otros a mirarme y a mirarse luego, profiriendo frases que sin duda se referían al tránsito de aquel que estaba allí de cuerpo presente... al cual, después de haberlo lavado con aguas olorosas, embellecían poniéndole lazos en los puños, peinándole la cabellera, ornando su mortaja con flores artificiales, con pedacitos de papel dorado, dándole unos toques de bermellón en las mejillas y en los labios, para que tuviera aspecto de cosa viva, lo que casi conseguían...

Entró tanta gente; lloraban unos con tanta angustia; tantas palabras, al parecer perentorias, exclamaban otros, que por un instante fuí olvidado. Entonces intenté salir de allí con disimulo, pero no lo conseguí.

La mayoría de los que habían entrado después que yo, los que ya estaban llorando cuando yo entré y los que llenaban el patio o huerto, hablaban armenio, griego, turquesco, todo junto, y era imposible darse cuenta de lo que decían... Al cabo de pocos minutos de estar allí, comparecía por el portalón un venerable anciano; un vejete de aspecto solemne, un sacerdote, sin duda, que llevaba en la cabeza un ancho turbante, tenía unas barbas que le llenaban el pecho y llevaba en la espalda un blanco velo flotante.

Prosternóse el viejo ante el muerto, y todos los concurrentes le imitaron, arrodillándose, extendiendo la palma de la mano en el suelo. Y en aquel pobre aposento de aquella pobre casa levantóse gran algarabía, mezcla de gritos femeninos que llegaban al través de las puertas, de suspiros, de voces e imprecaciones de cuantos entraban y contemplaban el cadáver, de plañidos litúrgicos de algunos que debieron alquilarse para llorar, los cuales acompañaban su melopea con enérgicos sones arrancados al pandero... Y nunca he sabido si fué por obligación ritual, o porque tanto cantar y la temperatura elevada que allí se disfrutaba convidasen a beber, lo cierto es que trajeron una damajuana llena de agua y que de ella bebimos todos, después de haberlo hecho el anciano.

Acabadas las libaciones de agua fresca, empezó de nuevo el *de profundis* con acompañamiento de pandero. Y cuantos estábamos allá nos apartamos para dejar pasar a unos recién llegados que tomaron el cuerpo del adolescente y lo colocaron con singular destreza sobre unos maderos guarnecidos de terciopelo rojo y de clavos dorados, cubriéndolo con un lienzo de muselina, pero dejando el rostro al descubierto.

Se formó el cortejo, y, sin saber cómo ni por qué, dos caballeros de mi edad — los únicos de la concurrencia que vestían poco más o menos a la europea como yo — se pusieron a mi lado. Entonces yo hice lo mismo que éstos hacían y saludaba cuando ellos saludaban. Imitándoles en todo, rocié el muerto con el agua olorosa que tomábamos de una gran bacía y pasé al que estaba tras de mí los caramillos que me habían dado para la aspersión, haciéndole el mismo gesto de cortesía que a mí me habían hecho, inclinando la cabeza cuando los otros la inclinaban y simulando rezar cuando los otros rezaban, cada vez que el sacerdote iniciaba una nueva oración mortuoria.

Vedme ahora por las callejas de Stambul, tras el cadáver de aquel jovencito a quien nunca había visto en vida, presidiendo el duelo en aquel entierro anónimo, pues por el lugar que en el cortejo ocupaba yo al lado de aquellos compañeros fortuitos, bien puedo decir que iba en la presidencia.

El cortejo era heteróclito y lo formaban gentes de muy distintos ropajes; allí turbantes de toda especie y túnicas de varios colores: azul celeste, verde lechuga, morado berenjena; allí gente mísera con levitas sin botones, chaquetas de luengas mangas,



sombreros de paja sin cinta, hongos deformes, chalecos de toda forma y color, indumentaria procedente toda ella de los bazares de ropa vieja.

Así caminamos gran trecho por Stambul, deteniéndonos de vez en cuando para que gente piadosa o amiga del difunto se acercase a éste y le besara. Y andando, andando, llegamos por fin al cementerio.

Bajo unos cipreses plantados en el centro mismo del sagrado recinto, había una tumba abierta y allí nos dirigimos todos, siguiendo al sacerdote y a los que conducían el cadáver. Pusieron al muerto sobre unos taburetes; el sacerdote tomó otro, haciéndole servir de facistol, abrió sobre él un libro y empezó a salmodiar versículos, dirigiéndose ora a Levante, ora a Poniente, increpando a la tierra y a los aires, tomando de nuevo agua olorosa, rociando con ella al muerto y avanzándose por fin a él para besarle en la frente.

Los que debían ser acólitos del sacerdote pasaron la bacía al señor que estaba a mi lado, quien hizo las mismas operaciones que el sacerdote. Tocóme entonces el turno a mí, y yo, emocionado, afligido por la aflicción que me rodeaba, me avancé a besar al difunto, santiguándolo y bendiciéndolo con el mismo afecto con que yo quisiera ser santiguado y bendecido por alguien que, sin haberme conocido en vida, me reconociera como a su hermano después de muerto.

Acabadas las oraciones, cuando todos los concurrentes que así lo quisieron hacer hubieron besado el cadáver, retiróse el sacerdote; y los acólitos tomaron el cuerpo del adolescente, sacándolo de los maderos en que lo habían traído, y cubriéndolo por completo, hasta taparle la cara con la muselina que velaba su desnudez, lo descendieron al fondo de la hoya y, muy despacio, con tiento, lo iban cubriendo de tierra que tomaban, a puñados, del borde mismo de la tumba.

Mientras se efectuaba la larga operación de cubrir los despojos de aquel nuestro hermano, intenté retirarme silenciosamente, y como a hurtadillas me fuí hacia a trás, a paso lento, yendo de un túmulo a otro, simulando que leía las inscripciones funerarias. Y al fin conseguí aislarme.

Al encontrarme solo por aquellos parajes desconocidos (renunciando definitivamente a visitar las murallas, pues ya el sol se iba al ocaso), tomé la misma ruta que había seguido el cortejo para ir al cementerio, y andando, andando, pensaba que las manifestaciones del culto ayudan en gran manera a conocer el modo de ser de los pueblos y que, en consecuencia, es necesario enterrar a los hombres, casarlos y darles, al nacer, la bienvenida, con consagraciones que moralmente los hermanen y que los unan fuertemente a fin de que se ayuden unos a otros.

Y sin querer, por la magia misma del pensamiento, veía cosas antiguas y cosas de hoy, cementerios de nuestra tierra, sepelios prehistóricos, vasos cinerarios, sarcófagos, momias egipcias, ¡qué sé yo! Me daba cuenta de que en nuestras sociedades cristianas, donde no se hace nada encubierto, en las que los libros y las enseñanzas orales nos muestran desde hace siglos lo que el hombre piensa y cree, un hombre no cristiano puede instruirse en pocas horas sobre nuestra manera de explicar lo Perdurable, de satisfacer la tan humana ansiedad de conocer lo incognoscible, dando paz al espíritu, aquietándolo, dictando leyes de vida, estableciendo consoladora doctrina, supliendo las obscuridades providenciales y eternas, que quizá sean la misma Divinidad, por medio de artículos de Fe... áncora recia a la que el hombre amarra su vida; artículos de fe que, recibidos mansamente, aceptados sin protesta, son el Viático más seguro, el único que hasta hoy hayan hallado los hombres más sabios de todos los siglos y de todas las iglesias...

Y contemplando la caída del sol tras los hieráticos cipreses del cementerio, se me ocurría que si el Emperador romano no pudo saber nada de lo que los sacerdotes de Eleusis sabían, fué porque los sacerdotes se reservaban los secretos hasta con un iniciado cuyo postulado de iniciación acogieron *pro forma*, decididos a no revelarle nada de lo fundamental que sabían, pues eso les daba prestigio y los elevaba ante los ojos de la plebe.

Me iba diciendo yo que lo que sabían los sacerdotes de Eleusis debieron ser forzosamente leyes físicas, propiedades de la Naturaleza, que, sólo conocidas por unos cuantos, se prestaban a la explotación (en el sentido noble de la palabra) y conservaban el prestigio que es ley de vida para todos los elegidos, para todos los que rigen las sociedades, para todos los que por virtud propia o por conveniencia de las multitudes, son sus Guías, sus Pastores y sus Oráculos.

Parecíame evidentísimo que ciertos sacerdotes supremos, egipcios y griegos, conocían leyes físicas ignoradas por la multitud; y en el atardecer aquél, después de haber enterrado a un ser humano sin saber fijamente a qué secta pertenecía, nos decíamos que los iniciados sabían principios y leyes de la materia de cuyo descubrimiento nos vanagloriamos nosotros... las propiedades del imán, la conductibilidad eléctrica de ciertos cuerpos, la manera de hacer explotar ciertas materias, el uso del opio y de sus compuestos, y que, poseedores de tales prodigios, en días determinados, al querer castigar al blasfemo, lo hacían comparecer ante la imagen del dios y allí, después de haberle anatematizado, hacían caer sobre su cabeza las chispas que, saliendo del brazo de Júpiter tonante, le dejaban sin vida.....

Siguiendo la ruta que de antemano trazara el hormigueo de la gente, alejaba del pensamiento las visiones fúnebres que lo habían asaltado: momias, iniciados de Eleusis, sacerdotes tebanos, curas católicos, cementerios rurales con cruces truncadas, sembraderos de malvas, hinojales y algún ciprés que señalaba el cielo... Y para conseguir del todo mi intento, paréme ante una especie de chuflero que tenía su establecimiento ambulante bajo un gran árbol, a la vera del mar.

Con él hablé grotescamente, no entendiéndole apenas, diciéndonos ambos palabras extrañas, substantivos que no pertenecían a ningún idioma determinado, burlándome de los racimos de pasas de Corinto que me ofrecía, de sus pistachas azucaradas, de su compota de cerezas, y alabándole, en cambio, las rebanadas de sandía, los altramuces. Junto a él me senté para sacudir materialmente el polvo del cementerio que llevaba encima; y una vez limpios los zapatos, aceptando un granizado de limón que el hombre me ofreció y que me pareció riquísimo, paguéle el gasto, no sin reírme una vez más de las hiperbólicas alabanzas que prodigaba a todas las exquisiteces que vendía, ni sin aceptar, gustoso, una brizna de tabaco rubio y aromático, que el chuflero en cuestión guardaba dentro de una olla y con el que yo llené la pipa, despidiéndome de él cuando la hube encendido y echado beatamente al aire las primeras bocanadas.

Con el humo aquel se desvaneció de mi espíritu la enojosa canción funeraria en que se meciera durante horas seguidas. Y dos días después de haber presidido por las calles de Stambul el duelo de aquel entierro, salía de Constantinopla sin haber sabido quién era el muerto y sin que los que conmigo completaron el séquito supieran quién era yo.

J. PIN Y SOLER

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151 - 155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS, N.° 107

Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



CARLOS PELLEGRINI. — Alumnos de las escuelas locales y numeroso público congregado en la plaza principal durante el desarrollo de la fiesta patriótica realizada en conmemoración del aniversario patrio.

TORTUGAS. — Niños de la Escuela Fiscal que dirige el señor Francisco R. Lar cantando el Himno Nacional, el día del 114.° aniversario de la Revolución de Mayo.

Ponga en su Cubierta una buena Cámara.

Muchos automovilistas consideran en el neumático únicamente a la cubierta.

Olvidan de que ésta, por muy buena que sea, no puede dar prueba de su calidad ni recorrer un largo kilometraje si no lleva dentro de sí una cámara de igual bondad.

Una cubierta no puede evitar su pronto desgaste cuando la cámara no retiene debidamente el aire por largo tiempo.

Las Cámaras Coloradas Goodyear poseen las ventajas que se requieren de una buena cámara y retienen por largo tiempo el aire, debido a las siguientes cuatro razones :

1. — Su construcción es laminada, de modo que si hubiera una imperfección, ésta queda confinada a la laminita y no traspasa la cámara.

2. — Se las construye con la mejor clase de caucho puro — no es adulterado.

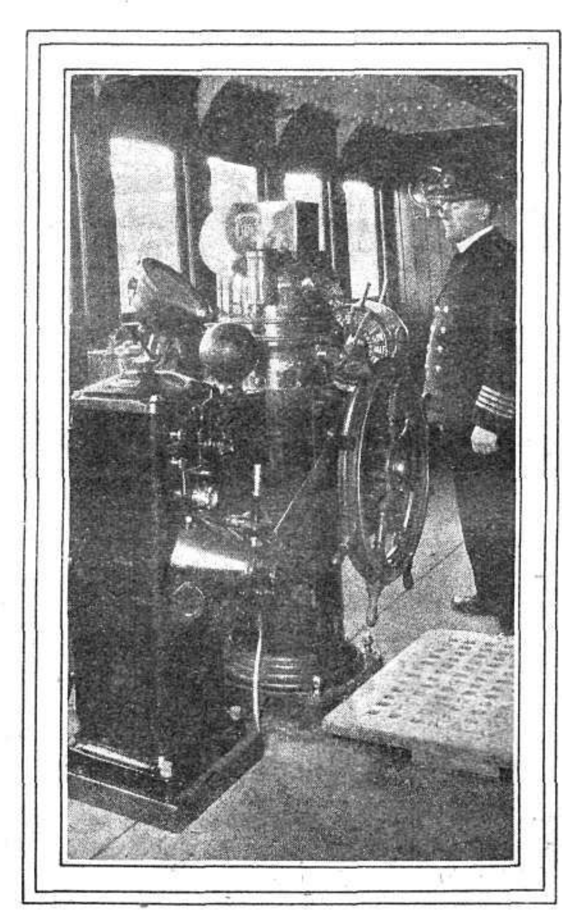
3. — El parche de la válvula no está sencillamente pegado, sino que va vulcanizado dentro del cuerpo de la cámara.

4. — Son muy gruesas para que su duración sea especialmente larga.



El "Gyro-Compás" en el gobierno de los buques

Es indudable que una de las tareas de mayor responsabilidad y que mayor contracción exige, es el gobierno de los modernos buques de acero, así se trate de naves de guerra o de vapores destinados al tráfico de pasajeros y cargas... Desde que los primeros hombres se embarcaron en el débil barquichuelo primitivo, la preocupación del rumbo ha sido la fundamental, y por eso puede decirse que durante muchos siglos ha habido una verdadera lucha de competencia a fin de obtener el medio más seguro para evitar que los buques abandonen el rumbo que deben seguir. El gobierno de un buque, que se resuelve, en definitiva, en el manejo de la rueda del timón, puede parecer a simple vista cosa muy sencilla; pero es menester tener en cuenta que todo buque, mientras navega, se ve constantemente atacado, diremos, por fuerzas diversas que tienden a apartarlo de su rumbo y que sólo pueden ser combatidas mediante un más o menos continuo movimiento del timón. El encargado de mantener al buque en su rumbo debe, pues, preocuparse en primer término de esas fuerzas con el objeto de no ser vencido por ellas, y para ello debe confiar, o en las indicaciones de su compás magnético, o en las intuiciones que dan la larga práctica y la preparación, en el «ojo marino» como vulgarmente se dice.



Vapor Westen Worl de la Munsan Line, primer buque que ha usado este aparato en su viaje.

Pero el marino que pone su confianza en el compás magnético, está ya vencido antes de zarpar, porque el compás, por bien adaptado que fuese a los antiguos buques de madera, ha perdido mucho de su utilidad cuando se trata de buques de acero, pudiendo decirse que es totalmente inadecuado a las condiciones que prevalecen en esos buques. Ha sobrevivido el compás solo porque no se ha encontrado un reemplazante mejor que él, habiendo resultado ineficaces todos los ingeniosos procedimientos que se han discurrido, a base científica, para compensar las perturbaciones producidas por la armazón de acero del buque en el campo magnético normal, no obteniéndose, en el mejor de los casos, esa compensación sino a expensas de la potencia directiva. En cuanto al método de la intuición que dan la práctica y la preparación de los «lobos de mar» no merece, y por razones obvias, ninguna confianza científica.

Era necesario, por lo tanto, buscar un método científico que reemplazase a los ya anacrónicos que se siguen usando solo por falta, como decíamos, de un reemplazante mejor, y después de largos años de estudios y de experiencias, se ha logrado dar solución al problema mediante el «Gyro-Compás» para los buques mercantes. El funcionamiento de este aparato indicador, que señala instantáneamente el menor cambio en la dirección del buque, ha dejado demostrada la inferioridad de todos los procedimientos anteriores; es un compás mantenido por la fuerza de la rotación de la tierra, rígidamente en el plano del «verdadero» meridiano con una potencia directiva centenares de veces mayor que el del compás magnético.

Parece ocioso insistir en las ventajas del aparato de que se trata, puesto que a nadie, y mucho menos a un marino, pueden escapar cuando se piensa en el tiempo — y el tiempo significa combustible — que frecuentemente se pierde por las variaciones en el rumbo. El «Gyro-Compás» se completa de la manera más feliz con el «Gyro-Piloto» (Sperry) que tiene por objeto evitar el esfuerzo, a veces sobrehumano, que exige el manejo de la rueda del timón a mano.

Hay motivos, pues, para asegurar que con la invención de esos dos aparatos la navegación ha realizado un progreso verdaderamente transcendental, que no tardará en ser reconocido por todos los marinos del mundo.



El Gobernador de la Provincia, doctor Ricardo Aldao, acompañado del Ministro de Hacienda, doctor Diógenes Antille, del Presidente del Supremo Tribunal, doctor José E. Codoni y del director de la Cárcel, señor Vicente Peñasco, en la visita general de cárceles.

NO DISCUTO SI LA MUERTE...

No discuto si la muerte destruye por completo nuestra vida, y hasta lo considero posible. En ese caso no habría que temerla:

Mientras existo ella no existe;
si ella existe yo dejo de existir.

Pero si perdura nuestra existencia después de la muerte, sin duda seremos en el otro mundo, tal y como fuimos en la tierra. Esto nos apenará profundamente. Sólo suponerlo, es bastante para desvirtuar por anticipado la idea del Paraíso y del Infierno. Y se destruye por completo nuestra esperanza, pues lo que más deseamos, es llegar a ser distintos de lo que somos, lo cual se nos veda en absoluto.

ANATOLIO FRANCE.



Antes se lavaba así

...y era una tarea pesada y molesta.

Pero ahora el lavado es un pasatiempo descansado, agradable y cómodo, cuando se emplea el moderno aparato denominado

Lavandero PRACTICO

Es lo mejor que se ha inventado para lavar un gran tacho de ropa en pocos minutos.

Deja las prendas blancas, suaves, y con aquel agradable olor de la ropa limpia. Es fácil de manejar y muy económico.

Precio completo $ **17.—** m/n.

Remitimos GRATIS el folleto explicativo ilustrado.

M. G. de la TORRE y Cía.
SALTA, 1081 **Buenos Aires.**

Corte, llene y mande este cupón.

Sres. M. G. de la TORRE y Cía.
SALTA, 1081 BUENOS AIRES
Sírvase mandarme GRATIS el libreto ilustrado «LAVANDERO PRACTICO».

Nombre..
Calle .... N.º ....
Localidad.......................... F. C..........



DEL CAMPILLO. — Comisión de señoras y señoritas que tuvo a su cargo el Bazar Rifa en las Romerías Itálianas realizadas últimamente.

El señor Alfonso Ferrero, presidente de la Sociedad Italiana Giuseppe Garibaldi, rodeado por miembros de la Comisión Administrativa, recientemente electa.

EL TONTO

(CUENTOS POPULARES TURCOS)



En los tiempos en que Alá contaba con menos siervos y los hombres eran más inocentes, existía una pobre mujer que tenía tres hijos y una hija. El mayor de ellos listo, pero el menor completamente idiota, hasta el punto de no separarse nunca de su lado.

Sucedió que un día los dos hijos mayores marcharon a trabajar al campo, tras rogar a su madre que les enviara cosa de comer con su hermanita.

Como viviera por las cercanías un famoso mago de tres cabezas, los hermanos aconsejaron a la hermana pequeña qué camino había de tomar para no encontrarse con él.

Una vez preparada la merienda, la joven tomó su cestita para llevársela a sus hermanos; pero como cambiara el camino, vino a dar en la misma puerta de la casa del mago.

Pretendió retroceder al darse cuenta del peligroso trance en que se hallaba; mas no bien hubo andado algunos pasos, cuando apareció ante ella la mujer del mago, que la preguntó cómo pudo llegar hasta allí.

Halagó a la niña, consiguiendo hacerla entrar en la casa, bajo promesa de librarla de su esposo.

Pero el mago de las tres cabezas estaba dentro esperando a la niña.

Tan pronto como franqueó la entrada dijo la mujer que tenía que amasar en seguida, y que la niña encendería el horno.

Al asomarse a ver si ya estaba caldeado, la vieja pegó a la niña un empujón, y fué ésta a dar en las fauces del monstruo, que estaba escondido entre el fuego. El mago, pues, se la tragó entera.

Mientras, los hermanos, aguarda que te aguardarás, no veían aparecer en el camino ni a la niña ni la comida.

Llegada la noche, y cuando regresaron a su domicilio, supieron que faltaba su hermanita y sospecharon lo ocurrido. Se habría extraviado, yendo a parar a la casa fatídica.

El hermano mayor, después de pensarlo bien, decidió salir en busca del monstruo a pedirle cuentas de su hermana. Dirigióse a la mansión de aquél, fumando su pipa y oliendo las flores que iba cortando, hasta que se le apareció un viejo barbudo, que le preguntó adónde iba.

El joven contestó que, habiendo tenido la desgracia de perder a su hermanita, se encaminaba en busca del mago de las tres cabezas, con intención de darle muerte.

— No podrás matarlo — replicó el barbudo — en tanto no hayas comido el pan cocido en este horno.

El joven no encontró extraordinario el caso.

Y dió vueltas y más vueltas hasta encontrar el horno; sacó de él un pan y no lo quiso comer. Inmediatamente desaparecieron horno y hombre a un mismo tiempo.

Continuó su camino y halló de allí a poco a otro barbudo, que conducía un pellejo lleno de vino.

El joven le explicó, como al anterior, la cuenta que tenía pendiente con el mago.

— Nada podrás contra él mientras no bebas de este vino.

El, entonces, para no beber, comenzó a gritar:

— ¡Oh, qué dolor de estómago! ¡Qué dolor de estómago!

Llegó a un valle y encontró dos puentes, uno de madera y otro de hierro. En la orilla opuesta se divisaban dos manzanos: el primero, de dulce y sabroso fruto; el segundo, de fruto áspero y amargo.

El monstruo de las tres cabezas observaba por cuál puente se decidía el joven y qué manzanas había de comer.

El mancebo se alejó del puente de madera y cruzó el de hierro, y al llegar a los frutales comió manzanas dulces, dejando las amargas.

Al punto, el mago ordenó a su mujer que hiciera entrar en su casa al joven, seduciéndole con engaños. No bien entró, corrió la misma suerte que su hermana.

Entonces el hermano segundo se propuso encontrar a los suyos y matar al mago; pero no quiso comer el pan ni beber el vino. Pasó el puente de hierro y eligió manzanas dulces, por lo cual vino a parar al estómago del monstruo.

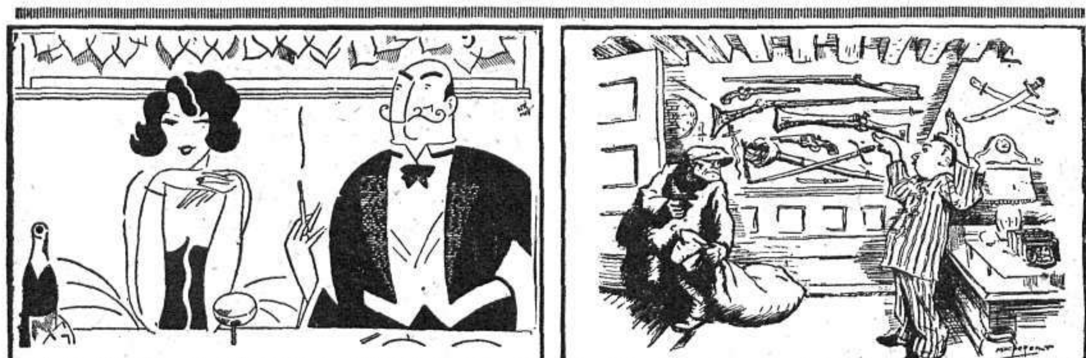
Llegó el turno al último y más pequeño de los hermanos, el que era tonto.

Se fué a casa del herrero y mandó que le hicieran una lanza con la punta tan grande como la reja de un arado y el mástil como un puño de grueso, y se puso en camino con ella al hombro.

Llegó al horno, en donde el hombre de las barbas le brindó pan, del cual comió; luego bebió el vino que le ofreció el segundo desconocido y llegó hasta el valle de los dos puentes.

Sin vacilar, con su lanza al hombro, cruzó el puente de madera, y al ganar la otra orilla comió manzanas amargas.

El mago quedó asombrado del valor del simple. Para atemorizar al joven, le dijo:



TERNURAS MODERNAS

— ¿Qué hacer para probarle que mi amor es desinteresado? Darme mucha plata y ausentarse lo más posible...



El dueño (al ladrón). — Mire: llévese usted todas esas armas, o me pondré en ridículo cuando se sepa...

—Has hecho lo que ningún mortal, y voy a tragarte.

Apenas hubo acabado de decir estas palabras, cuando el tonto, esgrimiendo con todas sus fuerzas aquella lanza enorme de que era portador, la hundió en el pecho del monstruo.

En el mismo instante los malos espíritus salieron huyendo por las narices del mago.

Entonces el joven vió venir hacia él a la mujer del monstruo, que se acercó al cuerpo de su marido, apretó la barriga y los dos hermanos y la hermana del simple salieron por la boca.

Alegres, los hermanitos se pusieron en marcha hacia su casa; pero como en el estómago del mago habían pasado mucho calor, rogaron al simple que les procurara una poca agua. Encontraron un pozo, y el mayor se puso de bruces a beber, pero se cayó dentro y comenzó a gritar:

—¡Salvadme, que me ahogo!

El segundo hermano corrió la misma suerte.

Entonces el simple dijo:

—Ahora me toca a mí.

Y al intentar sacar a sus hermanos se hundió rápidamente hasta el fondo del pozo.

Apenas tocó tierra se vió en un gran salón, y entrando al estrado halló tres lindas doncellas, más hermosas que la luna en plenilunio.

Se alarmaron muchísimo las niñas al ver al simple, y le pidieron con lágrimas en los ojos que dejara la cueva del mago.

El joven les aseguró que le había dado muerte y que estaban libres las tres, solicitando como recompensa de las dos mayores que aceptaran a sus hermanos por esposos, y eligiendo para mujer propia a la más joven de aquellas niñas.

Gustosas en acceder a esta pretensión, extrajeron fuera del pozo a los hermanos mayores.

El tonto y su prometida pretendieron también abandonarlo, y, viendo que los hermanos no les ayudaban a salir, dijo la niña al simple:

—Tus hermanos te tienen envidia por haberme elegido a mí por esposa. Pero no temas. Toma esta caja; cuando te veas en cualquier peligro, no tienes más que abrirla y saldrás de él con bien. Si llegas a agotar lo que la caja contiene, un árabe aparecerá y pondrá en ejecución lo que desees. Si tus hermanos te abandonaran aquí, ve hasta el palacio del mago y pasas por el puente que allí hay. Encontrarás dos carneros, uno blanco y otro negro. Si logras agarrar el blanco, te varás transportado a los espacios, fuera del mundo; pero si coges el negro, lograrás pisar tierra firme.

Dirigióse al palacio del mago, cruzó el puente y aguardó la llegada de los dos carneros.

El joven se abalanzó al carnero negro, y en el acto se encontró sumido en el país de los genios, en el fondo de la tierra. Anduvo sin descanso por valles y cerros, día y noche, hasta que al fin se decidió a tomar reposo bajo un árbol.

Pero vió una serpiente que trepaba por el tronco, en acecho para atraer a los pajarillos.

Esgrimió su lanza y partió de un golpe en dos mitades al animal.

Durmió bajo el árbol, donde la madre de los pajarillos tenía su nido. Era el tal pájaro un hermoso fénix de plumaje color de esmeralda, considerado como la reina de los genios.

Este ave, al ver al joven dormido, intentó matarlo con sus garras y su corvo pico, considerándole como enemigo mortal de sus hijos; pero los pequeñuelos le dijeron que, por el contrario, aquel joven había dado muerte a la serpiente que tanto los perseguía. Cuando amaneció, la reina de las aves extendió sus grandes alas sobre el cuerpo del simple, para preservarlo del calor de los rayos solares.

Y, apenas despertó, se vió rodeado de una innumerabilidad de avecillas que parecían esperar sus órdenes. Entonces la madre dijo al joven si podía serle útil en algo.

—Sí—contestó el tonto—transpórtame a la superficie de la tierra.

—Sube sobre mí—replicó el pájaro esmeralda. Pon, además, cuatrocientas arrobas de carne de carnero y cuarenta odres de agua. Cuando yo diga «¡Gik!», me das de comer, y cuando diga «¡Gak!», me das de beber. El simple abrió la caja que le diera la joven del pozo, y se le apareció un árabe.

—¿Qué desea mi sultán?—preguntó en el acto.

—Tráeme cuatrocientas arrobas de carne y cuarenta odres de agua.

En un momento tuvo a su vista lo que pidiera.

Colocó aquello sobre la espalda del ave, y subió él también. Uno tras otro remontaron los siete planos de la tierra, y al llegar a la superficie, el fénix esmeralda dijo al simple:

—Aquí aguardo hasta que vuelvas.

El joven abrió su cajita y dijo al árabe que deseaba conocer el sitio en que estaban las tres doncellas. El árabe le trajo en pocos instantes a las tres niñas.

Pusieron nuevas provisiones para ellos y el ave. Y todas las vituallas y las cuatro personas se montaron en el fénix, el cual transportó a las doncellas al país en que habían nacido.

Grande fué el entusiasmo de las gentes al ver llegar a las tres princesas. El sultán no daba crédito a sus ojos; las besó y abrazó, concediendo al simple la mano de la más joven.

El tonto se llevó a habitar con ellos a su madre y a sus hermanos, casando a su hermana con el hijo del gran visir.

Y vivieron felices hasta el fin de sus días.

L. ASTRANA MARIN
TRADUCTOR



Joven esposa. — Si esta alfombra es de lana ¿por qué la etiqueta dice: "algodón"?
El vendedor (confidencialmente). — Porque, señora... ¡queremos engañar a la polilla!



El cliente. — Yo le pregunto cuánto pesa el jamón y no cuánto pesa la mano...


Los señores jueces y magistrados, presididos por el doctor Baigorria y acompañados por el Director de la cárcel, después de la detenida visita que realizaron revisando los 780 penados que encierra el establecimiento.

TERAPÉUTICA DE ODIO

Estoy persuadido que lo único que degrada realmente al hombre es el odio, porque es lo único que le hace retroceder velozmente hacia la fiera. El hombre experimenta al sentirlo el dolor por excelencia, dolor de los dolores. ¡Como que es la ruina de todas sus ilusiones de grandeza, la pérdida de sus fueros más venerados!

El negocio más importante de nuestra vida debe ser, pues, desembarazarnos del odio. Cuanto trabajemos en este sentido, será ganancia para nuestra felicidad.

¿Cuáles son, pues, las armas que debemos empuñar para combatir el odio? Las que tenemos más al alcance de la mano: nuestras mismas pasiones. Si no podemos vencerlas, debemos encauzarlas por medio del principio inteligente que en nosotros reside.

Si quieres no padecer la enfermedad del odio, compadece. Muchos fisiólogos y filósofos aseguran que la piedad es un sentimiento deprimente. No hay que pensarlo. Todos los sedantes son deprimentes en cierto sentido, pero necesarios para que el dolor no aniquile el organismo. La piedad es el principio del amor, es el amor mismo. Si logras compadecer, toda tu saña se fundirá inmediatamente, como la nieve al influjo de un rayo de sol.

Tal es la cura antiséptica que propongo contra la úlcera del odio.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.


Entre las más bellas están consagradas todas las damas que saben avalorar los múltiples beneficios que otorgan al cutis los afamados
PRODUCTOS
SUPREMA
Polvo Grasoso
SUPREMA
De gran adherencia, suaviza y perfuma delicadamente el cutis. La caja,
$ 1.70
Agua Colonia
SUPREMA
De exquisito y delicado perfume. El frasco,
$ 2.65
SE VENDEN EN TODAS PARTES
SOCIEDAD GENERAL DE PERFUMES PRODUCTOS SUPREMA
P. BURS y Cía. - BOLIVAR, 1725 - Bs. Aires.
En Córdoba: RUGGIERI H.os. - Santa Rosa, 35
GRATIS
Enviamos a toda dama que lo solicite, muestra del POLVO GRASOSO SUPREMA
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
INSUPERABLE
PRODUCTOS
SUPREMA



Demostración ofrecida al diputado nacional señor Raúl J. Rodríguez, por haber contribuído eficazmente a que la cámara concediese una subvención al Comité Pro Liga contra la Tuberculosis.

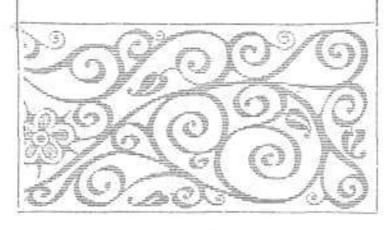
Banquete celebrado en el "Jockey Club" en honor del juez de crimen, doctor Manuel Meyer, con motivo de su retiro de la magistratura.


La hora del te
Este es el momento que Vd. espera ansiosa para poner de relieve su gusto refinado, obsequiando a sus amigas con las exquisitas GALLETITAS BAGLEY, acompañadas del riquísimo y aromático TE BAGLEY.
Las Galletitas
BAGLEY
en cualquiera de sus selectas variedades, son siempre un manjar delicioso, de singular aceptación entre las personas de buen gusto.
ELABORAMOS 52 VARIEDADES

EL MOSQUITERO, LA QUININA Y... EL CHUCHO

POR

PROTASIO LUCERO



La obsesión de los hombres del litoral que por primera vez vienen al norte es... el mosquitero.

Ninguno de ellos ha pensado anteriormente gran cosa en el mosquitero. En su ciudad o en su pueblo, el tul más o menos blanco que se arrolla melancólicamente a la cabecera de la cama y de noche se abre y esponja como si cubriera quesos y fiambres, con su agujereada tela en la que enredan sus patas las moscas, (el dichoso tul) no ha adquirido jamás importancia alguna. Pero, al llegar por aquí, el mosquitero parece convertirse, de pronto, en cosa absolutamente indispensable, como el winchester para atravesar la selva o el bicarbonato después del banquete.

Obsesiona el mosquitero, por culpa de los médicos y de los nativos que no lo usan. Ellos han hablado tanto del famoso «anofeles», del zancudo transmisor del paludismo que, para los que llegan del sur, el mosquito asume proporciones de monstruo. Vívese pensando en él, buscándolo con ahinco, adivinándolo, con un escondido terror inconfesable. Durante el día está siempre listo el manotón que lo ahuyente o lo aplaste sobre un cachete, pero ¡de noche! ¿No dicen que en el Chaco duermen todos con dos y tres mosquiteros superpuestos?

Los hoteleros son los únicos que ríen de buena gana. En la valija o en el baúl de cada «pasajero», ellos saben que viene siempre, bien envuelto y flamante, un mosquitero, y ellos tienen todas las camas, sin excepción, adornadas ya con mosquiteros, mucho más anchos, aunque remendados, pero suficientes para dejar sorprendidos a los recién llegados. Los viajeros preguntan al dueño, al camarero y al lavaplatos, una, dos, cien veces:

— ¿Hay muchos mosquitos?... ¿Usted sufre de paludismo?

— No, señor; — responde invariablemente el dueño — este año no se han visto.

— ¿El chucho? — dice el camarero ante la misma pregunta, sonriéndose. — A mí me jorobó cuando vine...

— ¿Sí? ¿En seguida que llegó? — interroga, con asombro, el viajero.

Y el camarero, medio andaluz, erizadas sus frases de exclamaciones, se complace con meterle miedo al huésped.

— En cuantito llegué — dice. — No hacía dos horas que había puesto el pie en esta pusilánime casa, cuando ya estaba yo temblando de frío y sudando de calor como un descosío...

— ¿Y no se le ha ido?

— ¡Qué se va a ir, si se pega como el cariño!

— Pero usted, ¿no ha visto médicos, no se ha puesto en tratamiento, no toma quinina?

— ¡Quinina! ¡Médicos! ¡Tratamientos! ¡Tate, tate!... ¡Cómo se conoce que el señor no sabe lo que son estas cosas!... ¡Pues vaya!... Un médico me tomó por su cuenta para curarme y, a la primera inyección, casi me quedo sin brazo, y me dejó en cama dando gritos por quince días. ¿Qué le parece a usted? Pues desde entonces no he querido saber nada más con los médicos.

— ¿Y entonces?

— Me curo solo.

— ¿Con quinina?

— Nada, nada de quinina. En cuanto comienzo a sentir que me viene el chucho, me voy a la cantina y me bebo dos o tres, o cuatro copas de «ferné», y hasta ahora... me quedo nuevo.

El pasajero quédase desconcertado una vez más, y el camarero jugando con la servilleta que lleva en las manos se marcha muy complacido. Narra la historia de su chucho crónico, diez veces por día a diez viajeros distintos, y a todos le recomienda sinceramente, que no tomen quinina ni se la dejen inyectar.

El lavaplatos, por su parte, al ser interrogado, responde, a lo coya:

— ¿Chucho? He tenío chucho yo...

— ¿Y ahora?

— Ahora no tengo...

— ¿Se lo curaron? ¿Con qué? ¿Usted es de aquí? ¿Cambió de clima?

El lavaplatos mira al preguntón y se sonríe sin responder ni una sílaba.

— Pero, ¿cómo ha hecho para no tenerlo más? Dígalo, hombre...

— Cuando me viene... — dice — allá a las cansadas, me voy yo a lo del dispensario y me saben dar a mí unas pildoritas coloraditas...

— Pero, entonces, ¿usted tiene el chucho?

— Ahorita no, señor... Hace muy mucho qui no lo hei tenío...

— ¿Desde cuándo?

— ¡Huiii! La última vez que juí a lo del dispensario por las pildoritas coloraditas que me saben dar, jué, jué... el viernes de la otra semana...

El viajero se va a su pieza echando diablos y pónese a leer un folletito oficial que se reparte gratuitamente, titulado: «¿Qué es el chucho? ¿Cómo se evita? ¿Cómo se combate?», según el cual, y en síntesis, hay que dormir invierno y verano con mosquitero y quinizarse.

El hombre del sur contempla el mosquitero mustiamente arrollado como un velamen de tul a la cabecera de su cama de hierro, pintada de verde. Después, toma el sombrero y se marcha en busca del «Dispensario Antipalúdico».

De allí vuelve con una cajita colmada de unas bolillas rosadas. Y por la noche, antes de acostarse a soñar con los mosquitos famosos, se traga una o dos de aquellas pildoritas.

A los tres días de miedo le zumban los oídos formidablemente, nota que pierde apetito, y que una aspereza y una agriedad hasta entonces desconocida le invaden el estómago.

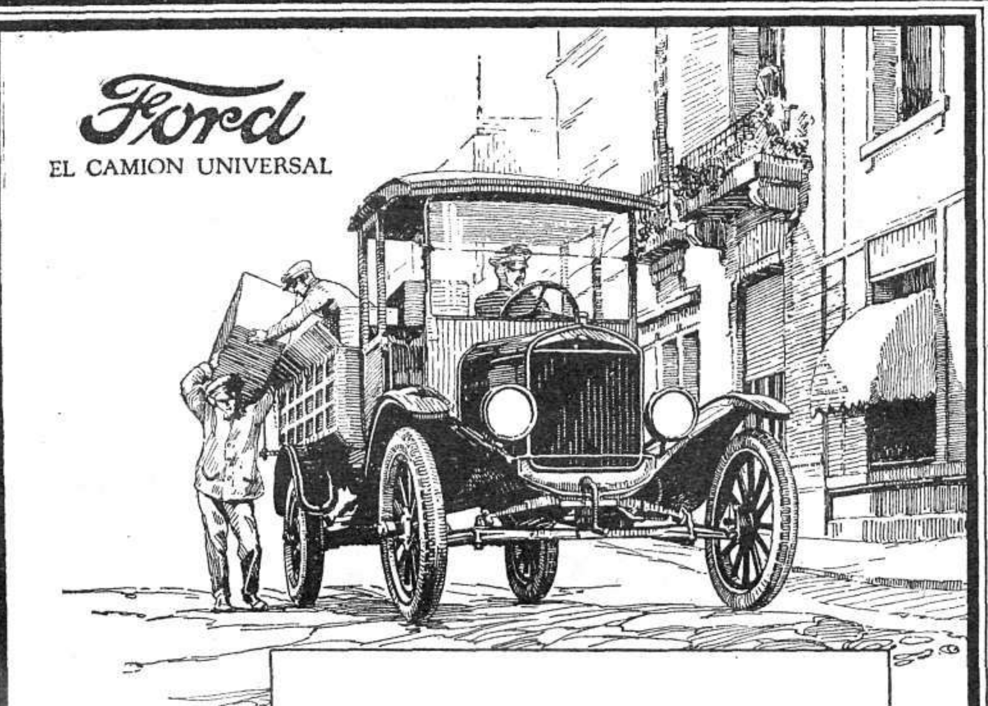
— ¡El chucho! — piensa y se repite machaconamente, como con temor de olvidárselo. — ¡El chucho! ¡He oído decir que existe paludismo al estómago!

Y refuerza por las noches sus dosis de quinina y enciende y apaga cinco o diez veces la luz, porque siempre le parece que se ha colado dentro del acampanado mosquitero algún monstruo con cornetilla.

Por la mañana, al levantarse, lo verá el camarero amarillo, ojeroso, sin deseos de desayunarse, y tornará a repetirle paternalmente:

— No tome esa porquería. Se va usted a arruinar el estómago, a quedarse sordo, y calvo y sin dientes...

Cuando sienta usted que le viene el chucho, al primer temblor no más, haga lo que hago yo: váyase a la cantina y...



El comerciante progresista utiliza Camiones Ford

Los primeros compradores de Camiones Ford se basaron solamente en el prestigio de la marca, popularizada por el automóvil, pero en la actualidad, el Camión Ford goza por sí mismo de tanto prestigio como el auto y cada uno, dentro de su esfera de utilidad, presta el mejor de los servicios. — Como prueba de esta aseveración puede verse que la mayoría de los comerciantes progresistas, de cualquier ramo, emplea Camiones Ford para el transporte de sus mercaderías.

Chassis Camión
$ 1.615
s. w. Bs. As.

COLOQUESE EN IGUALDAD DE CONDICIONES QUE SUS COMPETIDORES

Compre un Camión Ford

PUEDE SUMINISTRARSE CUALQUIER TIPO DE CARROCERIA

De Córdoba



DEAN FUNES. — El Jefe de Correos de esta localidad, señor Santiago Lanucara, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un núcleo de caracterizados vecinos con motivo de su próximo traslado a la Capital Federal.

La razón de que algunas mujeres se quedan solas por tanto tiempo es que nunca dejan solos a sus maridos, cuando los pobres tontos están en la casa.

—

Hay algunos maridos a los que nunca regañan por echar cenizas del cigarro en la alfombra de la sala.
— Usted tiene razón, son los maridos que nunca fuman.

—

Habitualmente se fija el límite de la vida humana entre 80 y 90 años. Los casos de longevidad no deben servir de norma, porque son excepcionales y ya sabemos que la excepción no hace la regla.

—

Una mala novela despierta los sentidos; una buena, la conciencia.

—

El amor hace la obediencia fácil y dulce.

—

A la fe ingenua, la que se siente y no se razona, substituye en los cataclismos espirituales, ante una fe inteligente, mitad intuición y mitad conocimiento. Y el alma se hunde en el laberinto de mágicos cristales del ocultismo. E. CARRERE.

—

Ningún gesto se parece tanto al de la meditación como el de no estar pensando en nada.

—

La prudencia es casi la antítesis del miedo: aquella evita casi siempre los peligros, mientras éste hace sufrir cada riesgo dos veces. Antes de llegar y cuando llega.

—

La verdadera honradez de las acciones del hombre consiste en la disposición a hacer bien cuando está seguro de que nadie lo ha de saber, y cuando tiene la certeza de poder hacer mal impunemente y sin que se descubra. — CICERÓN.

—

Hay mil cosas desaparecidas que vuelven a adquirir vida ante el aroma de una flor o la armonía de una canción.



BALNEARIA. — Cuadro filodramático "Max", que dedica el producto de sus brillantes veladas artísticas a la construcción del edificio que se está levantando para la Escuela Nacional de esta localidad.

EL MAYOR ACUEDUCTO DEL MUNDO

Los turistas suelen maravillarse al contemplar las ruinas de los inmensos acueductos construídos en la antigüedad por los romanos. Pero los italianos modernos han superado en este punto a sus antepasados.

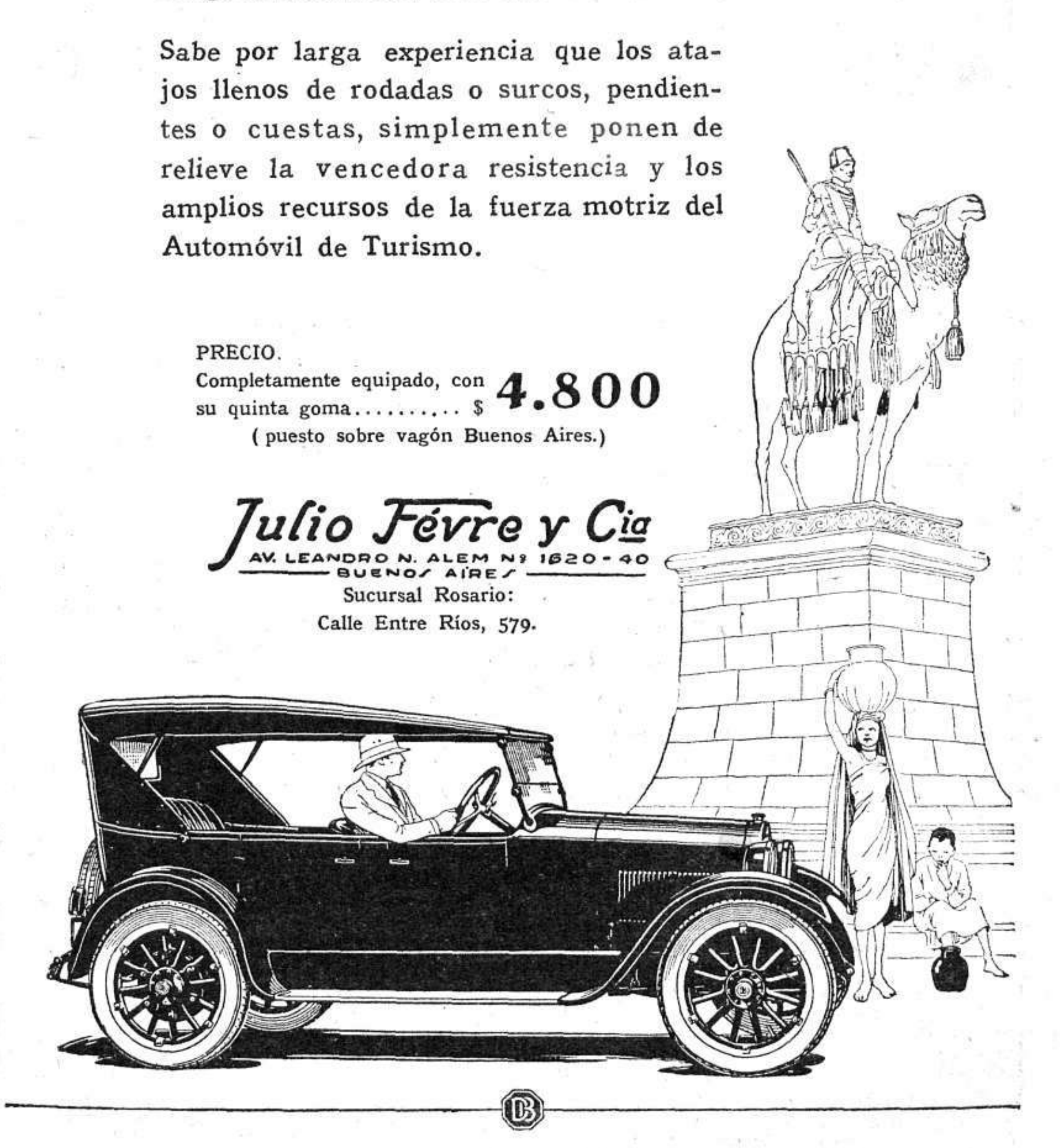
El acueducto Apuliano, de la Italia meridional, que quedará terminado en breve, será la mayor obra de esta índole, del mundo entero. Tiene un ramal principal de 152 millas de largo, y el conjunto de sus ramales suma un total de 811 millas que suministrarán agua a 266 comunidades con un total de 3.000.000 de habitantes.

Algunas de las cañerías son construídas de concreto compuesto de cemento y de fibras de amianto. Se asegura que en la antigüedad se empleaba principalmente esta fibra, muy común en Italia, para fabricar las mechas para las lámparas de las famosas vestales.

AUTOMOVILES DE TURISMO

DODGE BROTHERS

Que solamente se puede llegar a muchas partes del mundo por caminos que presentan serias dificultades para el automovilista, es algo que poco preocupa al que dirige un automóvil DODGE BROTHERS.



SILUETAS DEL TREN

(EXHUMADAS DE UN DIARIO AJENO)



PAPÁ Y BEBÉ



Resulta que el muchacho buen mozo, de patillas a lo prócer, que encontramos en Morón cada vez que vamos a lo de Arteaga, es casado. ¡Y excelente padre de familia!

Lleva todas las mañanas a su hijito al colegio — un lindísimo pequeñuelo de seis o siete años — y lo trae invariablemente en el tren de las 11.45. Llegan siempre muy temprano al Once y esperan cerca del hombre de las revistas a que abran la portada del andén. Con frecuencia viajan en el mismo coche que yo, en el tercer saloncito de señoras, empezando a contar desde el final del tren.

Papá cede a Bebé el puesto de honor. ¡Es de considerado con el hijito! Y él se sienta enfrente, de espaldas al tabique...

Es un mirón. Y además tiene la manía de hablar para todo el tren. Debe estimar en mucho sus opiniones y es generoso; las da a todo el mundo. Pero he podido notar que el muchachito con cara de pera invertida, aquel de los ojos azules que a ratos parecen pedacitos de cielo y que va siempre leyendo revistas extranjeras, le echa de vez en cuando miradas furibundas.

Entonces... ¿se puede tener a un mismo tiempo ojos azules y mal carácter?

¡Ah! Pero a Papá le importan muy poco las miradas furibundas... Hace como si no las viera. De tiempo en tiempo, dice algo a Bebé y le acaricia la melenita. Bebé sonríe y sigue chupando sus chocolatines.

¡Qué cabeza la de Papá! ¿No se dará cuenta de que a Bebé tienen que hacerle daño esos chocolatines comidos ahora, justamente a la hora de almorzar?

A veces Papá viaja con el muchacho rubio, de Ramos, que vimos el otro día en el Salón Nacional de Bellas Artes. Entonces hablan de cuadros, de música, de libros. Papá pone especial cuidado en tratar de que no quede ni un solo pasajero sin saber que él lee a Anatole France. Y sobre todo, que lo lee en francés. ¡A él que no le hablen de traducciones! ¡Son una calamidad las traducciones! En cambio, el rubio parece que no sabe francés. Parece, por la respuesta de Papá, terminante, categórica, demoledora, porque el rubio es tan discreto que sus palabras no llegan hasta mí. ¡Es una lástima! Me atrevería a jurar que su opinión es interesante. Además, me gustaría saber cuál es, de los libros de France, el que él prefiere.

Y mientras mi curiosidad se duele de no poder oir las palabras del rubio, Papá sigue charla que te charla a voz en cuello.

¡Señor! ¡Señor! ¿Cuándo se animará algún pasajero a decirle a Papá que su opinión no nos importa?

LA SEÑORA QUE NO VIAJA NUNCA (1)

Esta pobre señora que no viaja nunca, es a veces una muchachita; a veces, una respetable persona mayor; acaso una humilde mujer; tal vez una dama elegante. Mas siempre es la misma que llega al Once cargada de paquetes — es seguro que vuelve de compras — sofocada, azorada, toda nerviosa, con un miedo loco de perder el tren.

¿Quién que haya viajado no la vió alguna vez?

Mientras andaba por el centro, la pobre señora tenía toda la intención de llegar a la estación con el tiempo suficiente para andar «sin nervios». Este «tiempo suficiente» oscila entre treinta o cuarenta minutos...

Pero para ir del centro al Once no basta la intención; hace falta, además, el tranvía. Y por culpa del tranvía nunca consigue llegar sino diez minutos antes de la hora del tren.

La señora que no viaja nunca, en cuanto está en la estación pierde la noción del tiempo. Ignora por

---

(1) Conservo las expresiones que he encontrado en el «diario», para no restarles naturalidad, pero el lector comprenderá fácilmente que este «nunca» es un tanto relativo... — C. C.

completo que diez minutos están formados exactamente por el mismo número de minutos... En consecuencia, se lleva a todo el mundo por delante. Y hasta que consigue llegar a la más cercana plataforma del convoy, pasa, aunque sea pleno invierno, unos calores terribles. Una vez arriba, la señora que no viaja nunca se ubica en el primer asiento libre que encuentra.

—¡Al fin!

Suspira con un inmenso suspiro de alivio. Y observa la hora en su reloj pulsera.

Desde que llegó al Once hasta que se instaló allí han transcurrido apenas tres minutos escasos. Y eso que en la portada del andén — ¡con tanto paquete! — demoró «un siglo» en dar con el boleto, perdido en las profundidades de su bolsa de seda...

— ¿Tres minutos? — se dice a sí misma, un tanto extrañada.

Y, recién entonces, la señora que no viaja nunca recuerda de pronto que efectivamente diez minutos demoran, en realidad... diez minutos. Ni uno menos.

Y acaba por pensar muy fastidiada:

— Ahora, antes de que salga el tren, habrá que esperar una eternidad...

LA BANDADA DE PAJARITOS

Es un delicioso grupito de colegialas. Chiquitas todas. La mayor no tendrá, tal vez, diez años. La menor habrá cumplido, a lo sumo, los siete, y no hará mucho de ello, sin duda.

No son más que cinco o seis, pero cuando suben al tren lo llenan todo con la algazara de sus charlas y risas. Y en su alegre parloteo tienen el inefable encanto del piar de los pajaritos entre la arboleda, de madrugada. El efecto es siempre mágico. Es como si allí, dentro del saloncito de señoras, empezara de pronto a amanecer...

Suben en el Once. Como llegan habitualmente un poco tarde, rara vez consiguen ubicarse todas juntas. Y antes de que acaben de acomodarse bien, ¡qué algarabía!

Hay cabecitas rubias y cabecitas morenas, mas sus siluetas son iguales, delgadas, finas, flexibles como bambú, a excepción de la gordita que viste siempre de rojo y lleva constantemente las mejillas más rojas que el vestido. Tienen a cada rato los ojos repletos de risas. Son lindas todas, pero hay una, la más linda de todas, que une a su belleza física la gracia alada de su gesto seriecito y de un suave mirar maternal con el que silenciosamente llama al orden a las demás, cuando cree advertir que ríen o charlan demasiado. Es, tal vez, la mayor del grupito.

Y he creído notar que todas le hacen caso. Tiene los ojos del mismo color de las trenzas, unas trenzas bellísimas que le llegan apenas a los hombros y se los adornan con dos grandes moños marrones — como los ojos, como el cabello — cuyos reflejos aclaran sus mejillas y las hacen más delicadamente rosaditas.

Siendo muy linda, es todavía más simpática que linda.

Una vez la tuve de vecina de asiento y fuimos hasta Ramos charlando en grande las dos. Supe por ella que son de Villa Luzuriaga, y que desde Haedo hasta sus respectivas casas — pues no son hermanas, sino amiguitas — hacen el viaje juntas, en coche. Yo ya me imagino lo que es ese coche mientras las lleva: una pajarera... ¡una maravillosa pajarera!

LOS RECIÉN CASADOS

Van lentamente.

El tren no se ha movido todavía. El piso del vagón, más firme no puede ser. Pero él, de todos modos, la lleva con aire de protección, bien cerca suyo, tomándola del brazo, arriba, así cerca del hombro. Hablan, llenos de luz los ojos, en voz baja, muy serios, sin duda de algo muy importante. Hay en los modos de ella un suave abandono, una dulce confianza. Un absoluto orgullo, en el gesto de él.

Todos hemos pensado lo mismo al verlos llegar: son recién casados. Y el saloncito entero se ha vuelto a mirarlos. Mas ellos no han visto a nadie.

Por el momento el mundo, para ellos, está formado por ellos solos...

LOS OJOS BUENOS

Pasan siempre de largo, camino en otro coche. He notado que ya no esperan más, cerca de la escalera. Ahora se van muy apurados por la barrera del final del andén.

Son dulces y buenos.

Cada vez que los veo, por muy claro que el día sea, me parece que se aclara todavía un poco más...

Cleopatra Cordiviola


El poeta Luis Fernán Cisneros rodeado de un grupo de alumnas enfermeras en la Escuela Profesional Sarmiento, después de la audición de algunas de sus más hermosas producciones.

LOS PERROS DE SAN BERNARDO

La raza de los perros de San Bernardo, que en su origen tenía el pelo corto, se remonta al siglo vigésimo cuarto — según «L'Illustration» — y es debida a un cruce entre el dogo danés y la perra de los Pirineos. En el terrible invierno de 1812 todas las hembras murieron de frío. Se trató entonces de substituírlas con Terranovas pero el largo pelo de los animales que nacieron, ofrecía demasiada presa a los copos de nieve. Y hubo que volver al tipo de pelo corto hoy representado en el Hospicio por un solo ejemplar: una magnífica perra leal y valerosa llamada «Marmota». El pelaje del verdadero San Bernardo es leonado, con manchas blancas. El perro tiene un collarín blanco, una mancha entre los ojos, patas blancas, frente convexa, nariz cursiva, hocico corto y cuadrado. Ofrece, además, como particularidad curiosa, una especie de espolón, pequeño cuerno de casi tres centímetros de largo, vuelto hacia dentro y situado en la parte inferior de las patas posteriores. Buenos perros de guardia, de carácter dócil y servicial, los «San Bernardo», quieren mucho a sus dueños. Hoy la traílla del Hospicio se compone de diez perros con bellos nombres sonoros. Todos merecen su fama y el reconocimiento de los viajeros que guían con seguridad entre las nieves y tormentas, cuando en el invierno, el terreno se cubre de nieve y no es fácil a los inexpertos evitar sus perfidias. El perro, con su instinto no se equivoca nunca y conduce al viajero perdido hasta la meta.



El paulatino envenenamiento del organismo

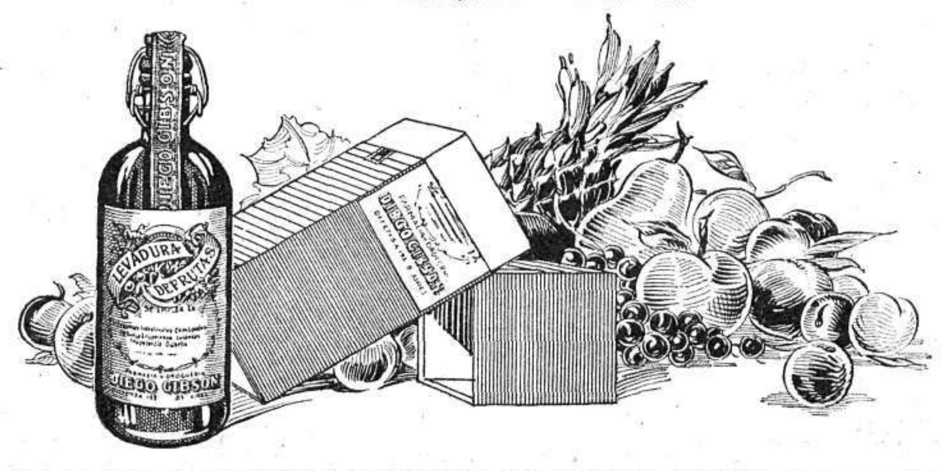
debido a las toxinas que absorbe la sangre en el intestino, cuando éste no funciona regularmente, es el camino que llevan los estreñimientos; pero no deja de ser peor el remedio si para combatir el mal se recurre a drogas que habitúan al cuerpo, haciendo crónica una enfermedad pasajera. El remedio natural del estreñimiento es la

Levadura de Frutas GIBSON

El resultado de la maceración de frutas frescas de la estación en estufas llevadas a la temperatura del cuerpo humano, para conservar la vitalidad de los fermentos que en el intestino harán regular una función orgánica alterada.

Escríbanos por folletos explicativos.

FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
LA FARMACIA SERIA
192, DEFENSA, 192
Unica Sucursal:
FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)
Unión Telefónica, del 5921 al 5925, Avenida.



Enlaces



Señorita María Basso con el señor Santiago Bell. — Bs. Aires.



Señorita Sarah Mármol con el señor Raúl Aguirre. — Magdalena.



Señorita María del Pilar Armaechea con el señor Francisco A. Benedetti. — 9 de Julio.



Enlace Filippi — Pérez. — Coronel Vidal.



Enlace Farias — Ponce de León. — Tucumán.

El eje del pedal no se desgasta

debido a que su juego completo a munición evita el roce de dos hierros, facilitando su movimiento suave a la vez que silencioso. Esto representa mayor trabajo con menor fatiga, cualidad importantisima, que se obtiene con una



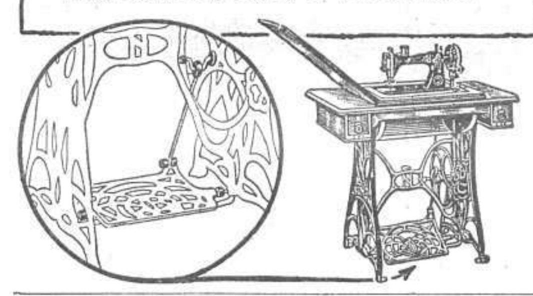
Es liviana, silenciosa, cómoda, durable y se vende al contado o a plazos. Se dan lecciones gratis.

Pida una demostración gratis a cualquiera de sus Agentes y Vendedores en cualquier punto de la capital e interior.

Unicos Introductores:

KIRSCHBAUM y Cía.

Independencia, 401/37-Bs. As. - U. T. 0293, Avenida.





Esta nueva mejora

suprime el inconveniente de la bomba suelta y facilita el poder dar presión a la linterna en cualquier momento.

S. A. Vicente Peluffo y Cía.

Sec. Luz Kitson, Rivadavia 2149-Bs. As.

A. ASTRALDI - SARMIENTO, 1042 BUENOS AIRES



Elegante DORMITORIO lustrado en color roble Norteamericano, con finos herrajes de bronce y finos espejos. Compuesto de ropero, cómoda toilette con 3 espejos, cama camera con elástico reforzado, mesa de luz con repisa, 1 percha, 1 tohallero y de regalo un reloj c/plata.

$ 220.—

EMBALAJE Y ACARREO GRATIS. — SOLICITE EL NUEVO CATALOGO ILUSTRADO.

Tiene tiempo.. otra semana más para poder comprar el SULKY AEROPLANO a **$ 165 m/l.**

Desarmado, embalado, puesto sobre vagón Buenos Aires.
No anotamos el pedido si no viene acompañado del importe.

Pídalo directamente a: CASA DICHIO Callao 255 Bs. As.



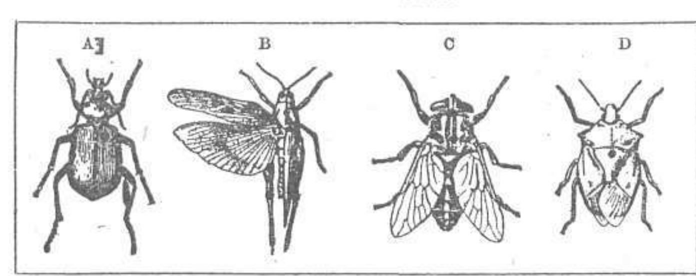
El Ministro de Instrucción Pública de la Nación, doctor Sagarna y el doctor Terán, Rector de la Universidad Nacional de Tucumán, rodeados de los alumnos que habían de recibir la colación de grados.

El Ministro doctor Sagarna, el Rector de la Universidad y autoridades provinciales y escolares, en el acto de la colación de grados.

COMO SE PREPARAN LOS INSECTOS

Una vez que se tienen los insectos impreparados en la caja-almacén, como es de práctica o recibidos de fuera en esas condiciones, la primera operación que han de sufrir es el «reblandecimiento» previo: las mariposas, falenas y demás insectos, ya en triángulos, cucuruchos o en capas de algodón, están secos y por todo extremo frágiles y quebradizos, al punto que la más ligera presión o rozamiento les hace perder patas y antenas, quedando mutilados e inservibles para ulterior aprovechamiento.

En un recipiente plano cualquiera, fuente redonda, cristalizador u otro, se coloca una capa como de un dedo de espesor de arena gruesa y se empapa de agua, sin enguachirlarla al punto de que sobrenade ésta, añadiendo una o dos gotas de ácido fénico para impedir el moho. Se coloca sobre la capa de arena un pliego de papel blanco y sobre él delicadamente los triángulos sin abrir conteniendo mariposas, o los cucuruchos cerrados, o una de las capas de algodón con falenas u otros, sin tocar los insectos dispuestos sobre ellas, y una vez hecho esto se cubre el todo con una campana de cristal oprimiendo con sus bordes el fondo, para que la evaporación de la arena húmeda impregne la atmósfera bajo la campana, y a los insectos por tanto, devolviéndoles la flexibilidad que tenían en vida sus articulaciones, susceptibles de doblarse en varios sentidos: veinticuatro a cuarenta y ocho horas bajo la campana permiten las manipulaciones subsiguientes sin riesgo alguno; una permanencia mayor bajo la campana, salvo raras excepciones, es más bien perjudicial si la arena está muy empapada.



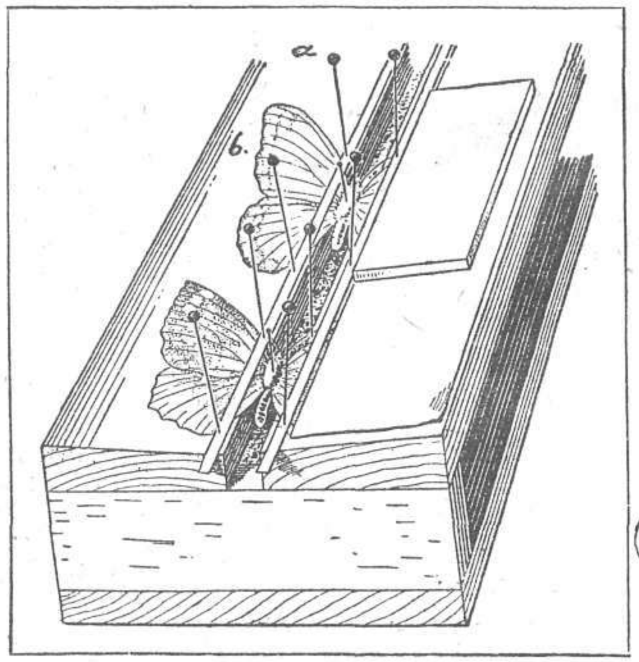
Actitud en que deben colocarse los insectos. El punto negro indica por dónde deben clavarse.

Sacados los insectos de su envoltura de papel, los que lo están, se procede a «clavarlos», atravesándolos con los alfileres especiales para insectos, agujereándolos según los órdenes a que pertenecen, y cuyos dibujos se acompañan, por los sitios que indica el grabado, perpendicularmente al órgano atravesado; los coleópteros o escarabajos (A), por el cuarto anterior del élitro derecho, de suerte que por bajo asome la punta del alfiler entre la implantación del segundo y tercer par de patas, y el alfiler debe introducirse hasta que no quede libre por arriba más de un cuarto o quinto de su longitud total

Los saltamontes (B) y moscas (C), así como las avispas y mariposas, se atraviesan por el tórax, hundiendo la punta del alfiler en el centro del órgano en un punto tangente por la derecha a la línea media, y las chinches (D) por el mesonoto. Una vez clavados los insectos se fijan sobre una plancha de corcho o turba, recogiéndoles las patas dobladas sobre sí mismas por la unión del fémur y de la tibia, quedando así defendidos mejor los tarsos y uñas, donde existen caracteres esenciales para la determinación de las especies, sujetándolos en esa disposición con alfileres, que se quitan al cabo de dos o tres días que tarda el insecto en secarse definitivamente, y en cada alfiler por debajo del insecto se clava una cartulina pequeña, en la que se escribe una copia de la inscripción de fecha, localidad y colector que tenía en su envoltorio individual en la caja-almacén.

Las mariposas diurnas y las falenas se conservan en colección, «extendidas» sus cuatro patas, y para hacerlo se emplea el «extendedor» o secadero de mariposas, cuyo dibujo se acompaña; el fondo de la ranura que lleva el extendedor (y que no necesita más explicaciones que el dibujo) es de pita o turba para facilitar la entrada del alfiler hasta la altura a que debe quedar el cuerpo de la mariposa en la canal, precisamente con el punto de implantación de las alas de la mariposa al mismo nivel del arranque de los planos inclinados de madera sobre los que se extienden y sujetan las alas, para que al secarse conserven la posición en que deben colocarse.

El procedimiento a seguir es el siguiente: después de colocada la mariposa a la altura que se ha indicado, se fija con un alfiler a una tirita estrecha de papel lo más cerca del borde del plano que sea posible y algo por delante de donde haya de quedar el borde delantero del ala, y levantando la tirilla de papel con una mano, con la otra provista de las pinzas blandas o de un alfiler o aguja enmangada se hacen pasar por bajo de la tirilla las dos alas de un lado de la mariposa, y bajada aquélla se fija con el alfiler b, debiendo quedar el ala delantera con el borde posterior perpendicular al eje del cuerpo y siempre cubriendo el borde anterior de la segunda ala; corriendo las alas hasta que queden en dicha posición, deslizándolas suavemente por bajo de la tirilla con ayuda de la aguja curva enmangada para coger el nervio del borde anterior de las alas lo más cerca posible de su nacimiento y sin agujerearla demasiado; cede el ala fácilmente si está bien reblandecida la mariposa, lo que enseña la práctica, como el tiempo que ha de conservarse el insecto en el extendedor, lo cual depende en mucho del estado atmosférico.



Extendedor o secadero para mariposas.

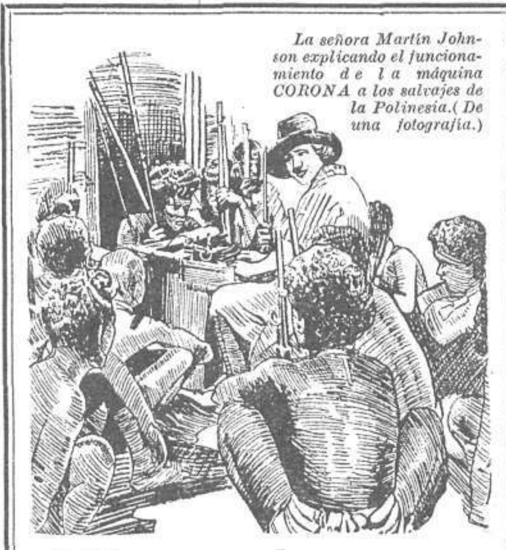


SI Vd. está consagrado a las debilitantes tareas intelectuales ¡cuidado con su cerebro! Nútralo debidamente. Tome todos los días.

Quaker Oats

Es el alimento por excelencia para reparar las fuerzas mentales. Enriquece la sangre, fortifica el sistema nervioso y devuelve su energía al cerebro. Dos veces más alimenticio que la carne. Tres veces más vitalizante que el arroz. Muy fácil de digerir.





La señora Martín Johnson explicando el funcionamiento de la máquina CORONA a los salvajes de la Polinesia. (De una fotografía.)

¡Más novelesco que las mismas novelas!

¡Viajes, aventuras, peligros, peripecias¡... ¿Cuáles serán las cosas que la CORONA no ha visto, narrado, descripto? ¡La mortífera selva africana, los terribles bandidos tibetanos, los cazadores de cabezas de los mares del Sud, las gélidas chozas de los esquimales groenlandeses, la ansiosa busca del plesiosaurio en las inmensidades de la Patagonia cordillerana!...

Ninguna otra máquina de escribir podría soportar la rudeza de las pruebas a que la CORONA ha sido sometida: es por eso que el expresidente Roosevelt la prefirió para sus expediciones al Brasil en 1909 y 1916, habiéndoselas provisto la Compañía «La Camona» en aquellas oportunidades. La CORONA acompañó también al malogrado Sir Ernest Shckleton en su último y fatal viaje a las regiones polares. Durante la expedición de Mac Millan, la máquina CORONA soportó intrépidamente 290 días de nieve y de hielo.

Si usted necesita una máquina de escribir que pueda ser sometida a un trabajo rudo, procúrese una CORONA, que le costará la mitad de lo que una máquina corriente. Su precio es de **$ 205.—** m/n. Al contado, concedemos un descuento del 10 %. Por mensualidades, la vendemos por 10 cuotas mensuales de **$ 20.50** papel.

Cía. LA CAMONA

39, MAIPU, 43 **BUENOS AIRES**

U. T. Avenida, 5075 - 77



Necesitamos Agentes en todas las localidades donde aún no tenemos Representantes.



El Contraalmirante señor Tiburcio Aldao en el banquete que con motivo de su retiro de la Armada le fué ofrecido, testimoniando los afectos que ha sabido conquistar en el desempeño de la jefatura de policía de esta capital. El interventor nacional, doctor R. Araya asistió al acto.



Elija entre estos

Lo mejor y lo más selecto en cuanto se refiere a música clásica grabada en los discos Victor, por eminentes celebridades en el arte vocal e instrumental, así como una gran variedad de discos criollos; lo encontrará Vd. en el inmenso surtido recientemente recibido, de los cuales detallamos algunos.

Por las celebridades que actúan en la presente temporada en el Teatro Colón.

TENOR MIGUEL FLETA

De 25 ctms. a $ 5.80

948 **Rigoletto.** — «La donna é mobile».
Puritani.—«A te, o cara amor talora».

950 **El trust de los tenorios.** — Te quiero (Jota).
Tosca. — E lucevan la stelle.

993 **Mi Tierra.** — (Muzas-Media-Villa).
¡Adiós Trigueña!. — (Vigil-Robles)

De 30 ctms., a $ 7.70

6391 **Carmen.**—Il fior avevi a me tu dato.
Julieta y Romeo .— Giulietta, son io.

6392 **Ay, Ay, Ay.** — Canción criolla.
La Dolores. — Henchido de amor santo.

CONTRALTO GABRIELA BESANZONI

Sello Rojo Doble Faz de 25 ctms. a $ 5.80

541 **Sansón y Dalila.** — S'apre per te il mio cor.
Trovatore. — Stride la vampa.

De 30 ctms. a $ 7.70

6047 **Carmen.** — Habanera.
Favorita. — O mio Fernando.

6409 **Sansón y Dalila.** — Aprile foriero.
Trovatore.— D'amor sull'ali rosee. Cristina Soro.

REPERTORIO CRIOLLO POR ORQUESTAS TIPICAS CRIOLLAS

Discos doble faz de 25 ctms. a $ 3.— c/u

77341 **Jardín Florido.** — Tango.
Perjura. — Tango.

77342 **En el fango.** — Tango.
Buena Sombra. — Tango.

77343 **Rosa Marchita.** — Tango.
Luis María. — Tango.

77345 **Príncipe.** — Shimmy.
La cabaña. — Shimmy.

77346 **El zorzal.** — Tango.
Bésame. — Tango.

77347 **El Infractor.** — Tango.
Lo Imposible. — Tango.

77349 **Jornada Campera.** — Tango.
A Buena Hora. — Tango.

77350 **Gemidos.** — Tango.
Hasta Cuando. — Tango.

77351 **La Soberana.** — Pasodoble.
Tudo Danza. — Maxixa.

CANTADOS

77340 **Bordoneando.** — Estilo. Solo Rosa Quiroga.
Costumbre Vieja. — Vidalita. Dúo Quiroga-del Carril.

77344 **Tristezas del Gaucho.** — Maxixa. Solo R. Díaz.
Porque Te Fuiste. — Zamba. Dúo Vega- Díaz.

77348 **Alma Doliente.** — Vals. Solo R. Díaz.
Del Amor. — Chacarera. Dúo Vega - Díaz.

BAILABLES POR FAMOSAS ORQUESTAS INTERNACIONALES

19255 **La, ra, la, la, ra, la.** — Fox-Trot.
Nostalgias Antillanas. — Fox-Trot.

19263 **¿Quién Contigo Irá a Bailar?.** — Fox-Trot.
¿Estás Triste? — Fox-Trot.

19264 **Barrios Bajos de Londres.** — Fox-Trot.
Si Vuelves a Mí. — Fox-Trot.

19277 **Contando los Días.** — Fox-Trot.
Sólo un Beso Más. — Fox-Trot.

19267 **¿Por qué la Besarías?** — Fox-Trot.
Tierras de California te Saludo. — Fox-Trot.

19269 **Me Callo el Pico.** — Fox-Trot.
Tengo un novio bizco pero para mí no lo es. — Fox-Trot.

19273 **Qué importa la lluvia.** — Fox-Trot.
Josefina. — Fox-Trot.

19274 **Rosa Azul.** — Fox-Trot.
No se te Olvida Recordar. — Fox-Trot.

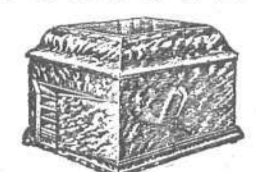
19278 **Hogar en Pasadena.** — Fox-Trot.
Mona Vanna. — Fox-Trot.

Pratt & Cia.

626, SARMIENTO, 636 — BUENOS AIRES
Anexo: Galería Güemes

Maipú esq. Córdoba
ROSARIO

San Martín, 89
CORDOBA

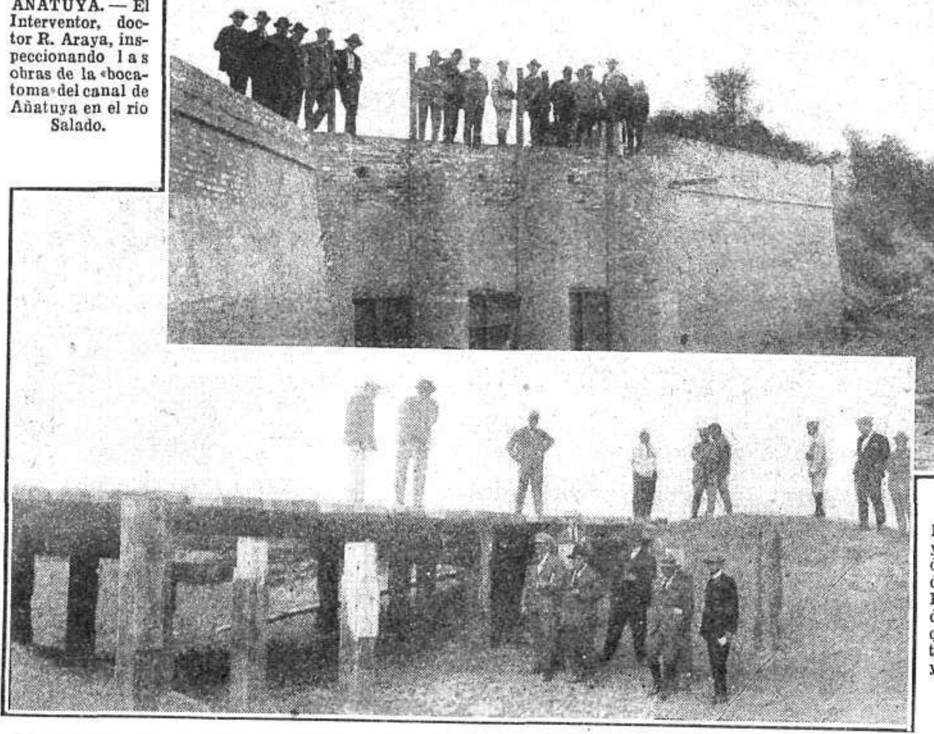




LOS PEDIDOS DEL INTERIOR ACOMPAÑADOS DE SU IMPORTE O CONTRA REEMBOLSO, se DESPACHAN en el DIA. SOLICITE CATALOGO.

De Santiago del Estero

AÑATUYA. — El Interventor, doctor R. Araya, inspeccionando las obras de la «bocatoma» del canal de Añatuya en el río Salado.

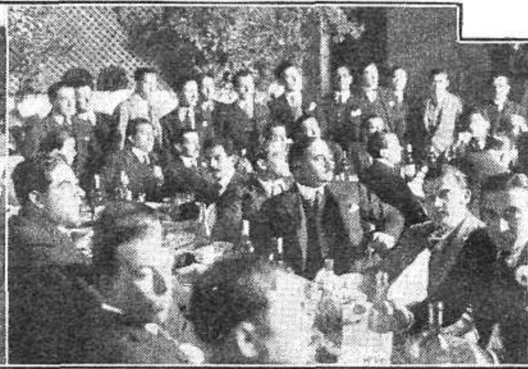


El doctor Araya y comitiva oficial, durante la visita de inspección al Puente Nacional de Colonia Dora, que ha sido destruído en su mayor parte por manos anónimas.

De Mendoza



Aspecto del salón de la Casa España durante la hermosa fiesta realizada recientemente.



El Intendente Municipal, señor Juan Grecco, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido, con aplauso, por su feliz actuación al frente de la Comuna.



GUAIMALLEN. — El Gobernador de la provincia, doctor Carlos W. Lencinas, rodeado por un núcleo de distinguidas señoras y señoritas, durante la recepción que le fuera ofrecida en la residencia de los esposos Casale.

ESTOS PRECIOS SE IMPONEN

¡OFERTA EXCEPCIONAL!

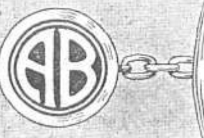
RELOJ de plata 900, máquina Suiza, Ancora, 15 rubies, con pulsera de gamuza fina, para caballero.... $ **23.00**

El mismo, enchapado en oro 18 kilates, garantido 10 años. Precio nunca visto hasta ahora............ $ **25.00**

Con cada reloj regalamos un vidrio de repuesto.

N.º 543. — AROS DE plata 900, perlas macizas y brillantes, a.. $ **5.90**

N.º 528. — PLATA 900, gancho de oro, zafiro y químicas, a. $ **6.90**



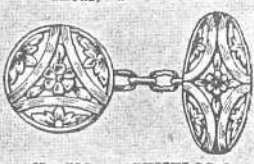
N.º 550. — GEMELOS de plata 900, con iniciales que se deseen en esmalte, el par..... $ **4.50**

GRAN OCASION

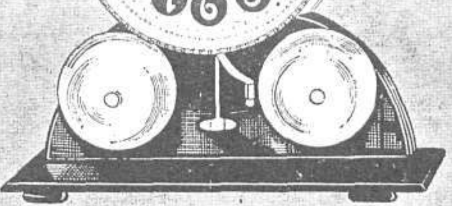
$ 10.-



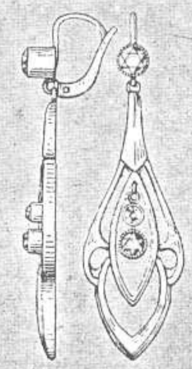
$ 10.-



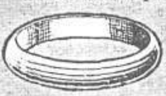
N.º 530. — GEMELOS de oro 18 fix cincelados, el par.. $ **10.00**



N.º 547. — DESPERTADOR caja niquelada, con dos campanillas, cuadrante fantasía, pie madera nogal, alto 20 centímetros, por 18, garantía 5 años. Bonito adorno para un mueble........... **10.00**



N.º 549. — ¡NOVEDAD! Aros de plata 900, con iniciales que se deseen, en esmalte, el par, a pesos **5.90**



N.º 118. — ANILLO liso, ½ caña, enchapado 18 kilates, a pesos....... **3.00**



N.º 83. — CINTILLO, ench. 18 kilates, con simili, a pesos **4.50**

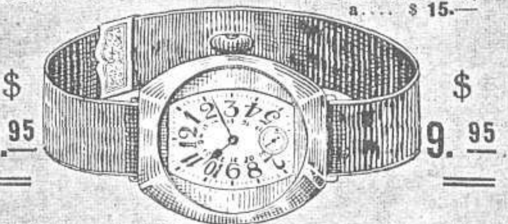
De oro 18 kilates, a.... $ 15.—

N.º 544. — PLATA platinada y zafiro o color, pesos **4.00**



N.º 548. — ANILLO de oro 18 kilates fix cincelado fino, con un brillante químico fino, a pesos...... **14.00**

$ 9.95



$ 9.95

N.º 534. — PULSERA de moaré fino, con relojito enchapado en oro con segundero y las 24 horas, para señora o señorita, precio increíble............ $ **9.95**

Con máquina más fina, enchapado en oro 18 kilates, a.. $ **25.-**



N.º 141. — ANILLO plata 900, iniciales que se deseen en esmalte, a pesos **5.00**



N.º 505. — ANILLO para caballero, oro 18 Fix, con 1 piedra quim... $ **9.00**

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.

Los giros postales dirigirlos a nombre de P. SEITLER

LA SUIZA AMERICANA

RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 = BUENOS AIRES



N.º 510. — PLATA 900, para señorita, con el nombre en esmalte, varios mod.. $ **3.90**

De oro 18 kilates, macizo, a. $ 16.—

EL PERRO

POR

NICOLÁS NIKITIN

TRADUCIDO PARA CARAS Y CARETAS

En el pastizal negro, no es un buey el que remueve la tierra con el hocico, en busca de alimento, es un perro manchado y todo mojado... Quizás un perro rabioso o un perro al que la lluvia ha humedecido el cerebro...

No hay manera de comprender por qué aúlla así a la alta chimenea de Pelman... Se puede olvidar a Pelman, pero no a su chimenea.

Antes, el ávido tubo de ladrillo roncaba y escupía su humo; ahora, eso se acabó. El fabricante ya no está. Los obuses han hecho pedazos la fundición, de la cual no quedan sino el esqueleto y la chimenea.

¿De qué vive hoy el barrio de los fundidores? ¿Con qué se llena el vientre? Es un misterio aun para ese perro que escarba en todas partes y cuyo olfato es más agudo que los ojos.

Por otra parte, poco importan aquí las miserias y las privaciones del barrio; que se las compongan como puedan...

Caminemos por el campo comido por el fuego, destripado por la pala, en donde tallos medio consumidos forman filas irregulares; pasemos por encima de los montones de tierra hasta llegar al pastizal negro que alarga su garra hasta la barranca, desde la cual se precipita bruscamente en un río estrecho y pedregoso.

Ahí, el agua que corre es impetuosa, rugiente, rezongona, roedora. De los años tranquilos en que el trabajo era mucho, quedan a la orilla del río montones de mineral, algunos de los cuales tienen un lado como cortado a pico.

En el fondo de la barranca se ve todo eso, y sin embargo, los que están en ella no ven sino una cosa, el pasto.

Admitamos...

Pero el sitio es muy lúgubre...

Cerca del agua, entre los haces de hierba amarillenta y húmeda, el perro ha establecido su vivienda. Por la noche, se oye el agua que lava las piedras y al perro que aúlla sus penas... o su alegría... ¡Quién sabe!

El sitio es bastante lúgubre para que el perro sepa algo de ello. Perfectamente.

÷ ÷

Nosotros no comprendemos a nadie. Ni al hombre ni al perro.

Cada cuál vive para sí.

Todos tenemos el alma tan pequeña e insignificante como una moneda de cobre. Peor que la de un perro.

¿Será que Rusia, nuestra patria inclemente, es para nosotros una «madrastra?»

En la noche, un chapoteo; el menor ruido hace vibrar el silencio.

Y esa noche, se oye como un ruido de martillo que rompe vidrio.

La noche de otoño es frágil.

Es un tren que amartilla los rieles, con un crujido de palancas y de ejes no engrasados que gimen. El tren, muy corto, se detiene bruscamente en el paradero de Pelmanovka. Exactamente como una mosca que se para.

Tres vagones para ganado, pintados de rojo, cubiertos de lodo, viscosos como lombrices de lluvia, abren sus fauces. Más silenciosamente que baba, hombres grises salen. Las bayonetas forman una fila de puntas.

Toman la dirección del pastizal.

La hierba mojada cruje y se aplasta bajo los pies. Los agujeros del suelo, que han bebido hasta saciarse, rebalsan. La tierra está pesada. El cielo nublado pesa sobre el pastizal.

La tierra... el cielo...

¿Y si se juntasen esas dos grandes piedras de molino?

¿En dónde salvarse?

La partida avanza apaciblemente, los condenados en el centro. Bajo los pies, los charcos salpican; al frente el campo se extiende; arriba las nubes penden...

Todos saben lo que se va a hacer.

Para tener pan, para tener botas, es preciso hacer lo que se puede, porque la vida es negra, árida, desnuda como estos lugares; porque nada debe ya asustar.

Korneief, el sargento del servicio de contraespionaje, que lleva a los condenados, no parece conocer el miedo. Poco le importa encontrar un perro allí. No conoce sino su vida regular de militar. Una vez que le encomiendan una misión, no tiene ya que reflexionar, ni siquiera piensa en torcer un cigarrillo. También, tiene facciones bien marcadas, un andar desenvuelto, una barba colorada y redonda como un timbal.

Pero a los condenados les cuesta marchar al mismo paso que los soldados. Sus pies se hunden más en el barro, cosa que se comprende sin trabajo... Hasta no poder arrancarlos del suelo...

Korneief, que camina sin molestia, se digna hablar:

—Hijos míos, parece que es para mañana el eclipse. Los del Estado Mayor han leído una orden que dice que el sol debe ocultarse. Esos hijos de perra lo saben todo con anticipación.

Soldados y condenados siguen caminando. Ellos también saben todo anticipadamente.

Como la hierba cuando agujerea el suelo, en la lluvia de otoño y en el deshielo de la primavera. Cada cosa a su tiempo...

Ni un grito, ni un suspiro en el negro pastizal. En el cielo mal lavado, detrás de un harapo de nube, una estrella guiña tristemente... O quizás el ojo del perro.

Koeneief manda con voz firme como un toque de tambor:

—Condenados, quítense la ropa.

Si un ruso se encuentra delante de la estrella de la

muerte, y oye que le dicen: — Esa es tu suerte, — lo cree, pero sonríe sin creerlo. Eso proviene tal vez de que nuestra tierra bestial engendra como cae, irracionalmente, al azar...

No distinguimos entre ir a morir y comer un plato de coles.

Dos de los condenados, el soldado Petka y Rybin, el comisario de la quinta división, se acercan a Korneief. A pesar de la obscuridad, se puede distinguir a Rybin, vestido de negro, flaco, largo, delgado como una anguila.

— Oiga, no hay apuro, déjenos fumar un cigarrillo...

— La última chupada...

Las voces se cruzan.

— ¿Permitir?

Korneief reflexiona acariciando su barba cobre. Pero, ¿puede reflexionar él?

El barro, el poste, el montón de tierra, el perro, todo piensa, menos él. El cumple lo que se le ha mandado. Y ordena:

— Vamos, rápido; quítense la ropa.

Los condenados han encendido cigarrillos. Cambian palabras insignificantes, inútiles como la niebla. Sólo Korneief, inmutable en su papel de autoridad, hace indicaciones precisas a su pelotón.

— Si apuntan derecho al sauce, todo irá bien.

Pero no apura a nadie.

Y todo sigue tranquilo en el pastizal, mientras en el cielo se extingue la última estrella.

— Póngamelos a la orilla de la barranca, para echarlos en seguida al río... El agua se los llevará.

Korneief pronuncia esas palabras con claridad, con el mismo cuidado que pondría en limpiar la culata de su fusil.

El día apunta, el sol ya despierto lanza sus rayos, uno de los cuales, todo de oro, cae sobre Korneief.

— Vamos, muchachos, ya es hora.

El río trepida sobre sus piedras, la tierra toma su fresca voz de la mañana. Y es la aurora que se levanta como una aldeanita fresca, de cabellos alisados, la pollera nueva, con zapatos que chillan.

El comisario Rybin no ve nada; está preocupado de lo que va a hacer y da consejos a su vecino, Petka:

— Ponte lo más cerca posible de la orilla. En el momento oportuno te dejas caer hacia atrás, a la barranca, ¿comprendes?

Petka suspira y se muerde las uñas.

— No te aflijas, ¡qué diablo! De cualquier modo, nada perdemos...

Rybin es hombre de la ciudad, sabe lo que quiere; Petka y los demás no son sino campesinos.

La barba de cobre reluce.

Petka recuerda con pena el calor, su madre... El tiempo en que, niño, jugaba a la pelota, cuando su abuelo, de barba roja, sentado en un banco, delante de la casa, rezongaba: — Fíjate, chambón, vas a romper los vidrios.



Rybin deja de preocuparse de Petka y sin decir palabra, empieza a quitarse las botas. Las botas se defienden. Y Rybin piensa como siempre:

— Qué mal hice en comprarlas estrechas... ¡Qué fastidio!...

Cuando matan un chancho, grita hasta romperle a uno las orejas. Nosotros, los rusos, sabemos morir más silenciosamente que un árbol... Un encogimiento de hombros, y es todo.

Juntas las ropas, el sargento Korneief alinea a los condenados a dos metros de la orilla de la barranca.

— Ya es tiempo, muchachos.

Los galones de sus charreteras aparecen endurecidos, como la grasa al frío.

— Lindas botas ¡caramba! Pásamelas, muchacho.

Las mide en la suela de las suyas.

— ¡Qué lástima! Son demasiado cortas... Tanto peor, ya veremos...

Palpa las cañas, repentinamente preocupado.

Rybin no replica. Se muerde el labio afeitado y murmura:

— ¡Canalla!

Los condenados son colocados en fila en el pastizal roído y negro, bien a la orilla de la barranca. Desnudos, blancos como los dientes de una boca de lobo.

El pelotón les apunta desde seis metros de distancia.

Rybin, los labios un poco contraídos y temblorosos, acaba su cigarrillo.

— ¡La oración! — ordena el sargento.

Inmediatamente después:

— ¡Fuego!

Una descarga. Rybin ha caído al fondo de la barranca.

El sargento se precipita y manda una bala de revólver al cuerpo que rueda como una masa. Korneief lo sigue con la vista:

— ¡Vaya un hombre apurado! ¡Mala cabeza!... Uno que quería irse pronto al cielo...

Los soldados tosen, pero no se ríen.

El sargento se acerca en seguida a cada cadáver, alguno de los cuales arañan todavía la tierra con el pie. Con aire grave, golpea con la bota, una después de otra, las cabezas sin resistencia, y a quemarropa da a cada uno, el tiro de gracia.

— Ahora, ¡todos al agua!

Los cuerpos chapalean en el agua; parecen hacerse pedazos al desaparecer bajo las pesadas ondas del agua de otoño.

El trabajo ha hecho transpirar al pelotón.

Detrás de la montaña, el sol brilla ya, inmenso y llameante. Y el perro manchado, ávidos los ojos, sale de la tierra como un tallo y aparece bruscamente.

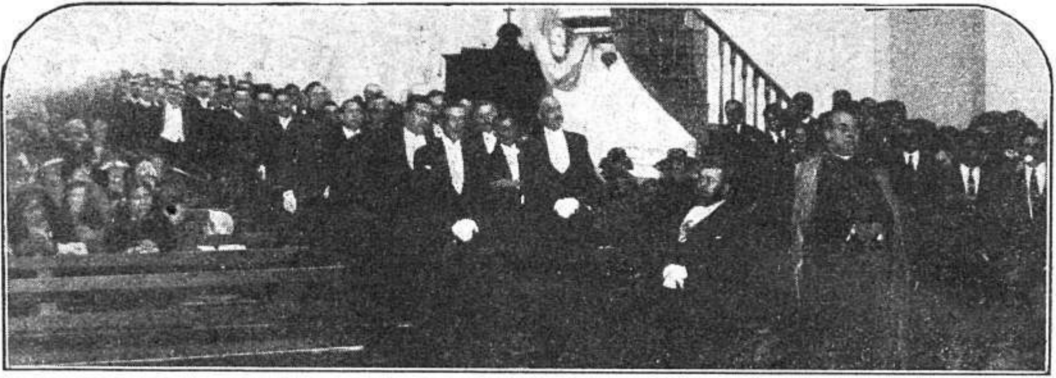
Korneief le da un puntapié.

— ¿De dónde diablos viene?... Es extraño... ¡Y qué animal salvaje!

El animal huye, la cola tiesa como un palo. Y plantando las patas en el suelo, el hocico alzado de través, lanza hacia la chimenea de la fundición Pelman, largos aullidos angustiosos...

Alumnas representantes de las escuelas Pringles, Belgrano, Rivadavia, Lafinur, Daract, Mitre y Colegio Nacional, al pie del monumento del General Pringles, durante la gran fiesta realizada en esta ciudad, el día del aniversario patrio

De San Luis



FIESTAS MAYAS. — El Gobernador señor Guillet, y Comitiva oficial, durante el Tedéum oficiado en la Iglesia Matriz.



Alumnas de las Escuelas Provinciales, cantando el Himno Nacional, en la fiesta patriótica realizada en la Plaza Independencia.



Parte de los concurrentes a la recepción ofrecida por el Gobernador Guillet, en la Casa de Gobierno, en honor de las familias de esta sociedad.



Esté seguro que es una Victrola
En seguida sabrá Vd. si es una Victrola legítima buscando las marcas de fábrica de la Víctor, y al oir la Victrola notará al instante las perfectas cualidades musicales que posee este maravilloso instrumento.
La Victrola fué la primera máquina parlante en forma de gabinete y es suprema entre todos los instrumentos reproductores del sonido. Debido a sus muchos éxitos, ha sido copiada por otros, pero estas imitaciones no poseen sus cualidades artísticas, ni tienen la solidez de construcción que distingue a la Victrola legítima.
La Victrola es en realidad un instrumento económico, pues se construye para durar muchos años. Para estar seguro de que adquiere una Victrola y Discos Victor legítimos, vea si ostentan las famosas marcas de fábrica de la Victor.
Victor
"LA VOZ DEL AMO"
Victrola
REG. U.S. PAT. OFF. MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA
Estas marcas de fábrica de la Victor aparecen en la tapa de los instrumentos y en la etiqueta de los discos
Victor Talking Machine Company. Camden, N.J. E.U. de A.
Revendedores Victor en todas las ciudades importantes de la Argentina y Uruguay
DISTRIBUIDORES:
TOMAS y Cía.
Bmé. Mitre, 1976
BUENOS AIRES
Ventas únicamente al por mayor.

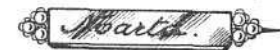
Atrayentes novedades en finas fantasías

OBSEQUIAMOS

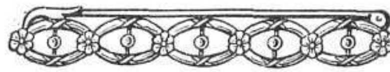
a todo comprador con nuestras famosas

CAJITAS de la SUERTE

Las valiosas sorpresas que contienen, causan justificada admiración.



PRENDEDOR oro «fix», con perlitas finas, grabado y esmalte, a.... $ **5.90**



PRENDEDOR de oro «fix», con perlitas finas, calado a mano. Como propaganda únicamente lo ofrecemos, a..... $ **10.90**



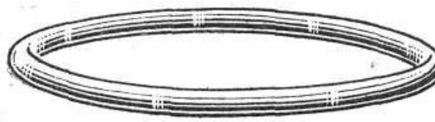
AROS fantasía, fina, de oro 18 kil., y plata platinada, piedra zafiro al centro, $ **18.90**



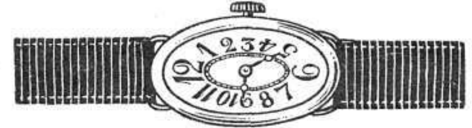
MEDALLA y cadena de oro «fix», con diversas imágenes, a pesos...... **12.90**



AROS jade, de plata platinada y marquesí, a pesos..... **4.90**



PULSERA de oro 18 kilates, garantido, forma caña, modelo muy de moda, a $ **28.—**
La misma, en oro «fix», a.......... $ **20.—**



RELOJ-PULSERA, de oro 18 kilates, máquina Suiza sobre rubíes, revisada y garantida, cinta moiré a preisón, rebajada, a... $ **65.—**

Fábrica de alhajas y taller de composturas en la casa.



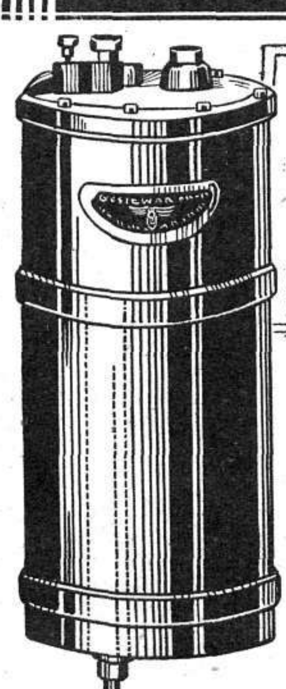
JOYERIA FANTASIAS Y BAZAR

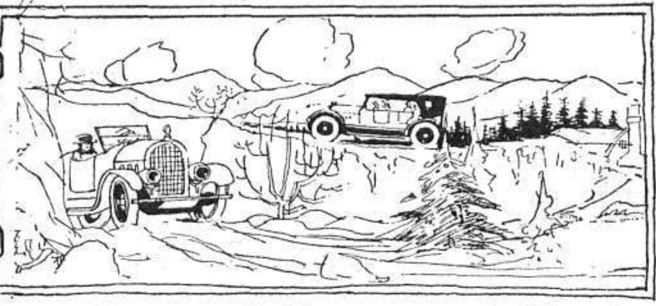
CASA YCARDO

· FLORIDA 270 ·



Atendemos los pedidos del interior con toda prontitud.





Exija el Tanque al Vacío marca STEWART, legítimo.

Lógico es que hagamos esta advertencia toda vez que el Tanque al Vacío es una parte vital del automóvil y que de no funcionar con regularidad, puede entorpecer seriamente la marcha del coche.

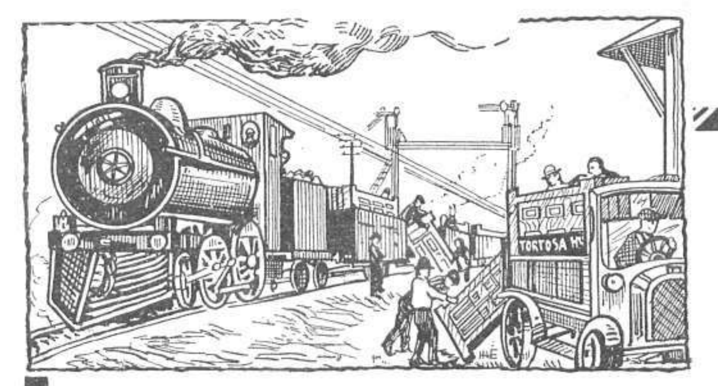
El Tanque al Vacío marca STEWART funciona automáticamente y es el único que asegura una constante y positiva alimentación al motor bajo todas circunstancias.



ACCESORIOS DE CALIDAD

ARTHUR S. HAWTREY y Cía.

SANTIAGO del ESTERO, 354 — U. T. 6249, RIVADAVIA — BUENOS AIRES







PUERTA N.º 1

De 3.00x1.10 $ **94.-**
» 2.80x1.10 $ **92.-**
» 2.60x1.00 $ **89.-**



VENTANA Nº. 13

De 2.40x1.00 $ **78.-**
» 2.20x0.90 $ **72.-**
» 2.00x0.80 $ **68.-**

Baten un record

nuestras sólidas

Puertas y Ventanas de Cedro

porque de toda la República las solicitan.

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo.

1-2-3-4-11-13-14-15-16-17-18-19-20-21-22-23-24-25 2З-27-35-36-47-48-51-52.

SOLICITE CATALOGO

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

ACORDAMOS 5 % DE DESCUENTO

Puerta vidriera para patio Nº 2

de cedro

PUERTA N.º 2

De 2.40x1.10 $ **80.-**
» 2 .20x1.10 $ **78.-**
» 2.00x1.00 $ **75.-**



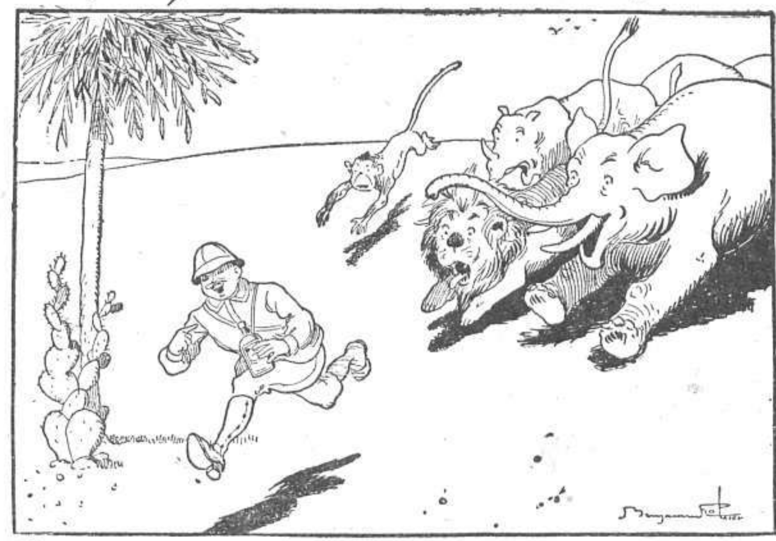
VENTANA N.º 14

De 2.00x1.00 $ **66.-**
» 1.80x0.90 $ **61.-**
» 1.60x0.80 $ **57.-**

TORTOSA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 — Buenos Aires

Uno que se salva corriendo

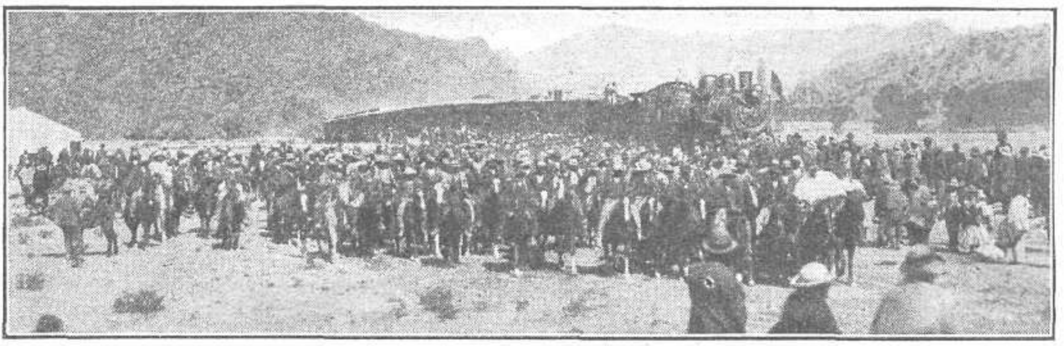


Para correr mucho se necesita aliento.
Para tener aliento son necesarios buenos pulmones.
Para tener los pulmones en excelente estado debe tomarse Alquitrán Guyot.

El empleo del **Alquitrán Guyot** tomado en todas las comidas a la dosis de una cucharadita de café en un vaso de agua, basta, efectivamente, para hacer desaparecer en poco tiempo el catarro más pertinaz y la bronquitis más inveterada. Incluso consíguese a veces modificar y curar la tisis bien declarada, puesto que el Alquitrán detiene la descomposición de los tubérculos del pulmón, matando los microbios nocivos causantes de esta descomposición.

En interés de los enfermos, debo manifestar desconfíen de cualquier producto que se les quiera vender en lugar del verdadero **Alquitrán Guyot.** Para obtener la curación de las bronquitis, catarros, antiguos resfriados descuidados y *a fortiori* el asma y la tisis, es indispensable pedir en todas las farmacias el verdadero **Alquitrán Guyot.** Con objeto de evitar todo error mirad la etiqueta: la del verdadero **Alquitrán Guyot** lleva el nombre **Guyot** impreso en gruesos caracteres y su firma al bies en tres colores: violeta, verde y rojo, lo propio que la dirección: **Maison FRERE, 19, rue Jacob, París.**

De Jujuy



INAUGURACION DEL FERROCARRIL DE LA QUIACA A TUPIZA. — TUPIZA (Bolivia). — Llegada a esta ciudad del primer tren que condujo a la Comitiva oficial argentina.



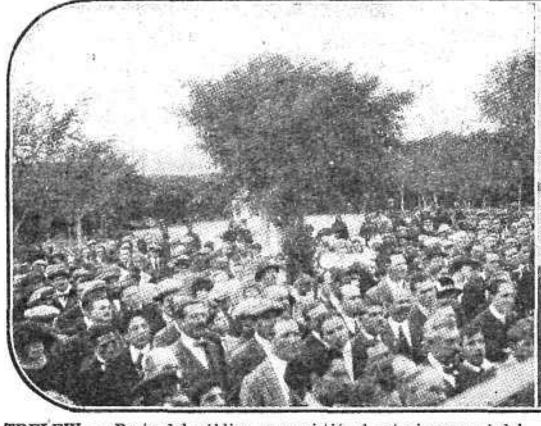
TUPIZA.—El Pres. de Bolivia, doctor Bautista Saavedra, acompañando a la esposa del Gr. de Jujuy, señora Camila Silvetti de Villafañe, a la salida de la catedral.



JUJUY. — El Gobernador, doctor Villafañe, y demás asistentes al acto, rodeando la primera locomotora que corrió por la línea inaugurada.



TUPIZA. — El doctor Villafañe, Gobernador de esta provincia, con la esposa del doctor Saavedra, saliendo del templo.



TRELEW. — Parte del público que asistió al acto inaugural del Colegio Nacional, ceremonia en la que el Ministro de J. e I. P., doctor Sagarna pronunció un elocuente discurso.



El doctor Sagarna acompañado por el Rector del establecimiento profesor Félix Natt Kemper, y profesores, señores Trespailhie, Moreno, Burgos, Herrera, Pfeffermann y Wirth.



El Ministro doctor Sagarna, el Gobernador del Territorio y profesores del Colegio Nacional, presenciando el desfile escolar.



El Sedán de dos puertas

"HUDSON"

ESTE nuevo modelo ha sido creado por HUDSON teniendo presente que muchos compradores desean reunir, en un solo modelo, un coche abrigado y confortable en invierno, fresco y ventilado en verano, el todo dentro de un precio razonable.

LAS puertas son muy anchas, resultando por lo tanto más fácil el acceso que en cualquier otro modelo de automóvil, y sin embargo, la carrocería es fuerte y relativamente liviana.

SU precio lo coloca al alcance del comprador más exigente, pues vale, sobre el reputado chassis HUDSON Super Seis, de modelo 1924, con ruedas de alambre y una quinta rueda completa

$ 8.500 m/n.

El mismo modelo, sobre el nuevo Chassis ESSEX de 6 cilindros, 2 litros, vale

$ 5.250 m/n.

PIDANOS UNA DEMOSTRACION



BUXTON GUILAYN & Co

S^DAD EN C^ITA BUENOS AIRES

AUTOMOVILES ELECTRICIDAD y MAQUINARIA

SUIPACHA, 602



CONSULTORIO

N.º 2021. — *¿Qué rey o emperador ha ocupado el trono más tiempo?*

J. VALZERA. — Lanús.

De todos los reyes, el que más tiempo se sentó sobre el trono fué, sin duda alguna, el rey de Francia Luis XIV, de la casa de Borbón, empezando en 1643 y acabando en 1715, o sea la friolera de setenta y dos años; a éste siguen: Carlos III (duque de Lorena) en 1545, con sesenta y ocho años; Victoria I de Inglaterra, con sesenta y cuatro; Amadeo VIII (rey de Cerdeña e Italia, y gran duque de Saboya) en 1391, con sesenta; igual que éste, Jorge III de Inglaterra y Cristián IV de Dinamarca; con un año menos Luis XV de Francia, y con cincuenta y seis Enrique III de Inglaterra.

A éstos siguen: Rogerio II y Federico I, ambos de Sicilia; Enrique VI de Inglaterra, y otros varios, entre ellos Alfonso II *el Casto*, cuyos reinados no bajan de medio siglo.

N.º 2022. — *¿Qué son los totemes?*

ESTUDIOSO. — Rosario.

Entre los innúmeros objetos curiosos que los antiguos habitantes del continente norteamericano les han dejado a las actuales generaciones, acaso ninguno sea más misterioso o contenga combinaciones más raras que la escultura de madera que se conoce por el nombre de totem.

Hace un siglo que un norteamericano de apellido Long, que había vivido largo tiempo entre los indios de la región del noroeste de los Estados Unidos, así como en el Canadá y en Alaska, escribió las investigaciones que hizo y los hechos en que tomó parte, y los publicó en un tomo. Hace mucho tiempo que se ha venido citando esta autoridad en relación con los totemes, y a lo que parece ha usado el vocablo para significar una especie de espíritu bueno o influencia protectora que se suponía que el totem ejercía en los indios. Es, en efecto, un emblema tenido a veces como objeto de veneración.

Hánse encontrado totemes no sólo en muchas regiones de Alaska y Canadá, sino también en Africa, Australia y Asia; pero, por más que parece haber cierto grado de semejanza en la mano de obra, es lo cierto que sus esculturas y figuras se diferencian mucho.

El totem reviste muchos aspectos. En su aspecto social, por ejemplo, siempre se ha relacionado con la ley del matrimonio, y en algunas regiones los hombres y las mujeres de la misma familia de totemes no pueden casarse. Desde que un niño nace pertenece al mismo totem que sus padres, casi exactamente lo mismo que el escudo de armas se hereda de generación en generación.

Las raras esculturas que ejecutan los indios en relación con sus totemes son de lo más interesante para la mayoría de los viajeros. Por lo regular se escoge un gran árbol para el escultor, y una vez cortado en el bosque, el artista empieza su obra. La viga o poste en donde se talla el totem suele pintarse con esmero, y los colores que por lo general predominan son el encarnado, verde, amarillo y negro, en tanto que el tamaño del poste depende de las ideas artísticas del escultor. Algunas veces estos postes tienen varios pies de alto y, cuando se ven de súbito enfrente o cerca de la humilde choza de un indio, el forastero no puede menos de asombrarse. Representan animales varios con ojos muy raros que acaso nadie los haya visto iguales, y que, en realidad, no son más que una mera concepción del escultor, que se fijan tenazmente en el visitante.

N.º 2023. — *¿Cuál fué el primer pueblo que fumó tabaco?*

C. MAJARIES. — Ciudad.

Cuando llegó Colón a la gran Antilla cultivaban los indios una planta que quemaban en sus ceremonias religiosas, usándola así mismo algunos naturales para fumar, costumbre que se propagó con gran facilidad en el viejo continente, a pesar de la enérgica y resuelta oposición de los poderes en prohibir lo que era considerado como un goce superfluo de la vida.

El nombre de esta planta la tomó de Tabasco, lugar situado en el golfo de Méjico y punto en el que por primera vez la vieron usar los españoles a un cacique como objeto de lujo.

El siguiente año mandó Hernán Cortés a Carlos V un regio presente de la codiciada planta, provocando desde entonces los comerciantes de Venecia su introducción en Levante, bien que pasaron algunos años antes de obtener los resultados que se habían prometido.

Un cultivador holandés, en 1561, regaló algunas semillas a Juan Nicot, señor de Villeman, embajador de Francisco II en la corte de Portugal, quien las ofreció a Catalina de Médicis, que apreciaba la planta como a una de las más saludables por sus virtudes, por cuya razón se le designó con el nombre de «yerba de la Reina».

El famoso botánico Linneo es quien le dió el nombre general de nicotina tabaco. Al pronto se le dieron los nombres de nicotina, yerba del Gran Prior y yerba de la Reina.

Llamóse asimismo yerba de Santa Cruz y yerba de Formabona, debido a los nombres de los primeros cardenales que la dieron a conocer en Italia.

En las Indias Occidentales, en el Brasil y en la Florida llevaban el nombre de patún, que aún conserva y que es como si dijéramos yerba capital; yerba santa, por los maravillosos efectos que se le atribuían; y molere porque calma el dolor de muelas. Los españoles la llamaron tabaco, que es el nombre que ha conservado hasta nuestros días, por haber sido descubierta en Tabasco en 1520.

N.º 2024. — *¿Quién fué el inventor del piano?*

WAGNERIANA. — Ciudad.

El piano es descendiente directo de una línea genealógica de instrumentos similares. Durante dos siglos y medio nuestros antecesores se conformaron con las notas retozonas del clavicordio, que era, a su vez, hijo natural del monocordio. Y durante ciento cincuenta años más el clavicimbal usufructuó el honor de la primacía, que a veces le disputaron la espineta y el arpicordio.

Mas estos instrumentos diferían esencialmente del piano en este importante detalle: mientras estaban provistos de púas de puercoespín o cuero duro, que hería las cuerdas haciéndolas vibrar y produciendo un sonido análogo al del arpa, las cuerdas del piano suenan merced a unos «martillazos» precisos.

No fué, de hecho, hasta los días postrimeros de los Estuardos (1690) cuando Bartolomé Cristofali, fabricante de arpicordios en Padua, creó el pianoforte.

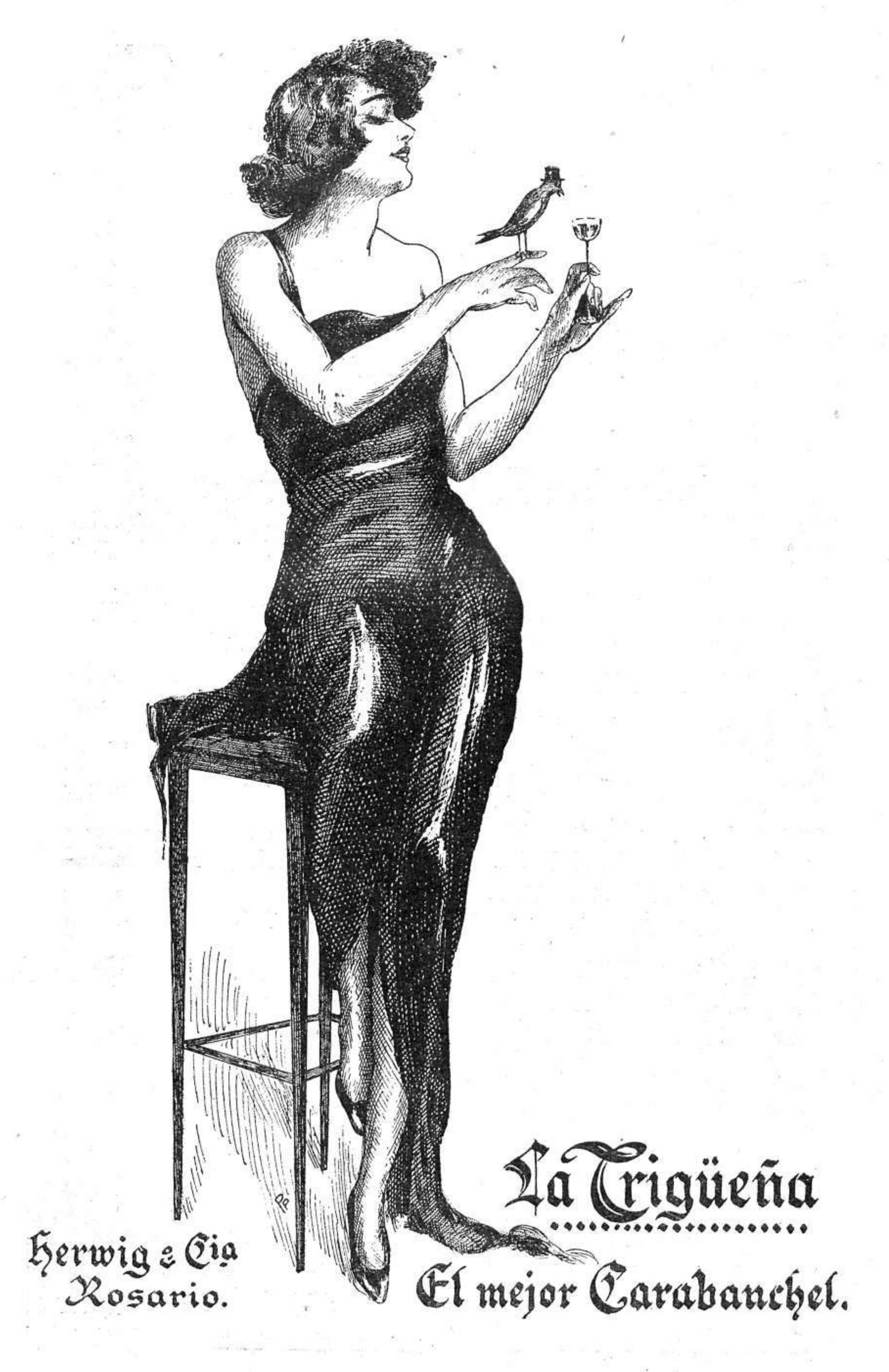
La calidad del trabajo de Bartolomé lo acredita el hecho de que dos de sus pianos, fechados, respectivamente, 1720 y 1726, todavía sobreviven.

Casi ochenta años transcurren antes de que el piano haga su pública aparición en Inglaterra, en un día de Mayo de 1767. Sirvióle de escenario precisamente el del teatro real de Covent Garden en ocasión de representarse la «Opera del Mendigo», de Gay, a beneficio de miss Brickler, que desempeñó el papel de Pally Peachum.

«Miss Brickler — rezaba el programa — cantará la canción favorita de «Judith», acompañada por Mr. Dibdin, en un instrumento nuevo llamado «pianoforte».

Algunos años antes, sin embargo, el piano era ya conocido en Inglaterra, pues fué primeramente introducido allí por un tal Barkhard Tschudi. Cuando éste se retiró abandonó su artística carga en los hombros, anchos y potentes, de John Boadwood, ingenioso escocés que había hecho su aprendizaje con el intrépido suizo.

Y así, en el año 1773 hallamos que John Broadwood se anuncia a sí mismo como «Fabricante proveedor de Su Majestad de Arpicordios y Pianofortes, grandes y pequeños». Es curioso observar que dos años antes construía su primer gran piano fabricado hasta entonces en Londres. Durante siglo y medio la firma de Broadwood asumió la supremacía. Hoy, la fabricación de pianos ha alcanzado su más alto grado, habiéndose perfeccionado este instrumento de tal manera que tiene muy pocas semejanzas con el construído por Cristofali.


La Trigüeña
El mejor Carabanchel.
Herwig & Cia
Rosario.


Los señores Salvador Zapiola y Demetrio Buira después de las sendas conferencias que dieron de Agronomía, el primero, y Cultura popular, el segundo, en el salón de la Biblioteca Cultura Popular.

HISTORIA SUMARIA DEL ARADO

En el Museo del Louvre existe un ejemplar del primer arado construído por el hombre, hace más de 4.000 años. Desde entonces hasta nuestros días, el precioso instrumento de trabajo ha experimentado grandes y radicales transformaciones.

Aquel primer arado, tuvo su origen en el laborioso pueblo egipcio, en cuyos monumentos seculares suele admirarse también la reproducción del rudimentario aparato a manera de alegoría.

Se dice que los antiguos egipcios diseñaron la forma del arado en presencia de la manera cómo el jabalí introducía su hocico en el suelo en busca de raíces.

George H. Dacy, escritor inglés que ha publicado una interesante historia de los instrumentos agrícolas, afirma que los egipcios, desdeñosos del trabajo manual, hicieron trabajar primero a sus mujeres, enganchándolas al arado, empleando luego bestias de gran fuerza y resistencia, para las cuales se ideó otro modelo de arado consistente en un palo ahorquillado, cuyo extremo largo se sujetaba al cuerpo de los animales y el corto penetraba en el suelo, sirviendo al tronco como una mansera.

El poeta Virgilio describe en sus escritos un arado que se distinguía por tener dos piezas de madera que se encontraban formando un ángulo agudo, cubierto con hierro, al mismo tiempo que dos pasadores colocados oblicuamente en cada pierna del ángulo servían como una vertedera para levantar y pulverizar la tierra.

El primer arado de hierro fué inventado en Inglaterra en 1720. Setenta y cinco años después, otro inglés inventó el de rejas. En 1833, en Estados Unidos surgió el arado de acero, sistema que se difundió rápidamente, construyéndose miles en cada año. Hasta 1863, no fué patentado el primer arado con asiento.



RESISTENCIA (CHACO). — El Gobernador del Territorio, doctor Centeno, acompañado por un núcleo de caracterizadas personalidades, que efectuaron una jira de visita por esta ciudad, apreciando los notables adelantos industriales y comerciales.



RESISTENCIA. — Los doctores Centeno, Araoz Alfaro, Pérez y Calderón, presidiendo el banquete con que fueron obsequiados los miembros de la Industria y Comercio, durante su visita a este Territorio.

Un bailador incansable



Ella. — *¡Qué maravilla! Me habían dicho que Vd. estaba inmovilizado por el reuma.*
El. — *Lo he estado, pero el "Omagil" me curó rápida y completamente.*

El "OMAGIL" (licor o píldoras), tomado a la mitad de las comidas, a la dosis de una cucharada de licor o de 2 a 3 píldoras, basta para calmar muy rápidamente los dolores reumatismales así como los más crueles y más antiguos y los más rebeldes a los demás remedios; cura las neuralgias las más dolorosas en cualquier lugar que sea: las costillas, los riñones, los miembros o la cabeza, y alivia los sufrimientos tan penosos de los ataques de gota. En venta en las principales Farmacias.

Depósito general: **Maison FRERE, 19, rue Jacob, París.**

El espejuelo de las alondras



—Amiga mía, no prodiguéis las sonrisas; desde que empleáis el Dentol vuestros dientes brillan tanto que sirven de espejuelo a las alondras.

El DENTOL (agua, pasta, polvo, jabón) es un dentífrico que además de ser un excelente antiséptico está dotado de un perfume muy agradable.

Fabricado según los trabajos de Pasteur, endurece las encías. En pocos días da a los dientes la blancura de la leche. Purifica el aliento, estando especialmente indicado en los fumadores. Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente.

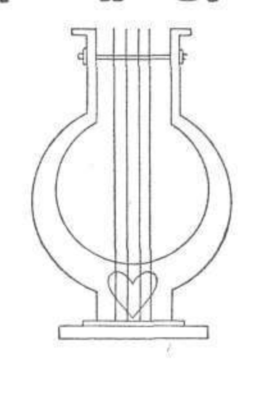
El DENTOL se encuentra en todos los buenos establecimientos que venden perfumería y en las Farmacias. Depósito general: MAISON FRERE, 19, rue JACOB, PARIS.

REVELACIONES INTIMAS DE RUBEN DARIO

Darío opina sobre el periodismo moderno. Orígenes de su confesión. Se prepara a publicar "El Correo de la Tarde". Predica y no se convierte.

Un hecho censurable a todas luces, pero injustamente comentado por la prensa extranjera, arrancó a Darío su amarga confesión sobre el periodismo moderno.

En breves líneas el hecho pasó así: un emigrado político guatemalteco se había embarcado en puertos de Méjico; en el litoral del Pacífico, con destino a puertos de El Salvador. El presidente de Guatemala, general Barillas, temía por una revolución y dispuso apoderarse de aquel emigrado a quien consideraba como el factor más alto de los trastornos que se urdían. Venía el viajero en el vapor «Acapulco» que navegaba con bandera de Estados Unidos y debía arribar al puerto guatemalteco de San José. Nada hubiera podido hacer el gobierno de Guatemala sin la cooperación directa y franca del ministro de la gran República del Norte. Este, un tal Mr. Mizner, entró fácilmente en las negociaciones especulativas que se le propusieron y dió orden para que aquel viajero, que tranquilo se había embarcado bajo la protección de la bandera de las estrellas, fuese puesto a la disposición de las autoridades del puerto y entregado sin ningún requisito legal.



IX

Los encargados de prender al político o bien llevaban orden, o les faltaban escrúpulos, pero resueltos a conducirlo a tierra, vivo o muerto, lo ultimaron en su propio camarote. Grande fué el escándalo y la prensa mundial se ocupó de él. Era injusta, sin embargo, en sus apreciaciones, porque si bien merecía el gobierno los más duros reproches, debió también acusarse y fustigarse al ministro norteamericano que había sido cómplice del crimen.

Esta parcialidad tan común cuando se trata de emitir juicio en asuntos que atañen a pueblos grandes y pueblos pequeños, sublevó el espíritu del poeta, haciendo brotar de su pluma una serie de artículos que por su carácter local no es el caso de reproducirlos. En cambio el juicio sobre la prensa siempre y en todas partes será una interesante declaración.

REPORTAJE Y DECLARACION

«Con motivo de los últimos sucesos Centroamericanos que han llamado la atención del mundo, se quejaba hace poco en este mismo diario uno de sus más distinguidos redactores, de ligereza de la prensa extranjera cuando trata de ciertos asuntos serios y delicados. Es la verdad. El periodista actual se basa en el reportaje, en las novedades. Hay que llamar la tención, que hacer grande la tirada del diario, que poner en vistosas letras con llamativos títulos, noticias frescas, aunque ellas tengan por base el dolo y la mentira. Pasaron aquellos hermosos tiempos de la gran prensa pensadora.

«Allí tenéis a París, que rara vez lee uno que otro artículo que algo le enseñe, que le lleve algún grano de bien bajo la firma de un escritor respetable, en las columnas editoriales de un periódico. El artículo de fondo, el artículo meditado, pensado, de otro tiempo, el artículo de Emilio de Girardin, la opinión de un periodista dirigente y de peso, está reemplazado con la crónica más o menos escandalosa, con la descripción y el detalle inútiles, con el trabajo exclusivo de los repórteres; y así política, ciencias, literatura, artes, son tratados *au jour le jour*, a la diabla. De cuando en cuando se escucha la palabra de un coloso, éste es Jules Simón. Es uno de los de la vieja guardia, que aun vive y resplandece en medio de los escándalos que contemplamos, por desgracia con demasiada frecuencia, en la Francia contemporánea.

«Los que han impulsado por este camino el periodismo actual son los yanquis. Ellos por su mercantilismo y por su aprecio del tiempo, han hecho que el telegrama se sobreponga al editorial; han establecido el reinado de la información sobre la doctrina.

«Todo lo ha invadido la información. Con justicia lamentaba ese síntoma de decadencia — refiriéndose a la crítica — el pobre Caro, tan sensible y tan delicado, que murió por obra de Paillerón, pues no tuvo la resistencia y la indiferencia de aquel gigante griego a quien poca mella hizo Aristófanes con el diluvio de sus ranas.

«El Heraldo» va a la cabeza con sus millones. Triunfa en New York, triunfa en París, y triunfa en Londres, que es cuanto hay que decir. Pero esto no obsta para que en las oficinas del portentoso diario, aparezca con sus cien lenguas fatales la cabeza de la mentira.

«El Fígaro» es noble, pero es



bulevardero. ¿Quién se ganaría la palma de la seriedad? «¿Le Temps» o el «Journal des Debats»? El «Echo de París» da la última nota de lo superficial en el diarismo y el «Gil Blas» es el diario mundano que bien pudiera señalarse como órgano de la prostitución parisiense. En cuanto al mecanismo periodístico, no se juzga ya que sea lo primero pensar y escribir bien, sino que un periodista tiene que ser buen dibujante, sportman, fotógrafo. «El Fígaro» ha dado últimamente una novedad de fin de siglo con la famosa visita de uno de sus redactores al general Boulanger en la isla de Jersey; en la cual la fotografía sacaba lo mejor de la tarea.

«Se procura lo escandaloso, se husmea en los gabinetes de los Estados y en las alcobas de las casas. Se calumnia al jefe de un gobierno y se pone infamia en lo más santo de un hogar. Ya la misión del periodista, no se ve como antaño, ardua y gloriosa. Los que aman su carrera y su pluma, los que se consagran con decisión a ese oficio que es un sacerdocio, tienen que ver con vergüenza cómo se convierte la tinta en lodo y la pluma en puñal; cómo hay quiénes no vean lo alto de su misión y sean fáciles al halago, débiles al engaño, ruines al interés. Los días pasados hemos visto la prensa extranjera recibir y propalar como verdades los más grandes absurdos y las invenciones más criminales contra Guatemala y su Gobierno. Es un mal universal. Al concluír el siglo décimonono estamos presenciando las más terribles decadencias. La decadencia en la política se llama General Boulanger; la decadencia en religión se llama Teosofía; la decadencia en artes se llama Torre Eiffel; la decadencia en ciencias se llama Brown Secquard.

«¿Cuál será el diario del porvenir? El redactor de la «Pall Mall Gazette» hace poco tiempo publicó un artículo a este respecto y en él da la mayor importancia al grabado. Se persigue poner las ideas y las cosas ante los ojos del lector; informarle. Un refugio le queda al hombre de letras, al escritor: y este es la revista, el «magazine». Por de pronto ¿quiénes llevan la voz más alta ante la humanidad lectora: Rochefort, Jules Simón, Raue, o miss Nelly Bly? De seguro que reconoceréis la superioridad de esa reporteresa neoyorkina, andadora y ruidosa, sobre aquellos combatientes, verdaderos luchadores del periodismo.

«Las ciencias tienen un gran enemigo en el visitador indiscreto que llega al laboratorio a sacar chistes de las intenciones sabias y burlas de las retortas. Las letras nada pueden adelantar con el crítico de pacotilla que primero y principalmente se ocupa del color del sombrero del poeta, que del pensamiento y belleza de su poema. Las artes bien deben maldecir al cronista curioso que se introduce en la vida privada del estatuario o del pintor, antes de ocuparse del golpe creador de su cincel, o de los colores soberbios de su paleta. Todo está amenazado por el nuevo diarismo. Ya no vale estudiar mucho, envejecerse pronto, quemarse las pestañas, perder la salud y la vida con esos maestros impresos que se llaman libros; porque cualquier principiante, cualquier vago que busque una buena salida a su «far niente», toca las puertas del periodismo y corrompe lo sagrado

«¿Podrá recobrar sus fuerzas y su prestigio ese titán poderoso, la prensa? ¿Volverá a sus antiguas grandezas? ¡Dios lo quiera! Y así en la alborada del siglo nuevo hable alta y magnífica la lengua del mundo, el Diario, hoja del árbol del progreso que siempre debe ser llevada por formidable viento a levantar las muchedumbres, a enseñar al pueblo, a infundir santos entusiasmos y regeneradoras ideas; a secundar a lo infinito, que empuja la ola, enciende el carmín de la flor, lanza el huracán, despierta el trueno y pone en la noche de naciones, grandiosa y soberana esta nube de fuego: la Libertad».



Trágica situación en que se ve Darío. — Noticia sobre sus datos autobiográficos. — A punto de aparecer como rebelde y de asistir a un bombardeo. — Orfeo con su lira dominaba a las fieras; el poeta con la suya domestica a un hombre-fiera.

Durante sus primeros días de permanencia en Guatemala, Darío asistió a una escena que debió dejar en su espíritu surco muy hondo. Pocas veces en su vida, ajena de cierta clase de turbulencias, debieron sentir una mayor sacudida sus nervios sólo acostumbrados a la perpetua vibración artística. Sin embargo, en su autobiografía, cuenta el hecho con relativa frialdad y, lo más curioso, con raras lagunas de memoria. El incidente, sin embargo, merece recordarse. El ambiente que lo rodeó y el hecho en sí mismo valen un relato.

Por lo que hace al confuso recuerdo de Darío al referirlo, no es de extrañarse. Sus datos autobiográficos son poco precisos, como hechos a la ligera y sin apunte previo ninguno. Antes de saber cómo los escribió, relación que obtuve de sus labios en aquellos meses que pasamos juntos, poco antes de su muerte, y en que tantas revelaciones me hizo, de las cuales me ocuparé en otros capítulos de esta obra, yo imaginaba que tales reminiscencias habían sido el resultado de un capricho, de una necesidad pecuniaria, acaso de un poco de vanidad de hombre célebre. El me refirió cómo le fueron arrancadas esas páginas.

—Mi autobiografía, me dijo respondiendo a mis reproches por lamentables olvidos, que es, como dices, bastante deficiente, me servirá, sin embargo, como médula para mis memorias completas. Debo el favor de haber hecho esos apuntes a la revista CARAS Y CARETAS y sobre todo al empeño decidido del doctor Alvarez, distinguido intelectual, excelente amigo y ameritado hombre de ciencia. Se propuso que escribiera mi autobiografía y lo consiguió, no sin trabajo y sin hacerme rabiar un poco. Apenas abría los ojos en la mañana, cuando se me aparecía el repórter, lápiz en mano y el manojo de cuartillas listo. Yo me hundía en mis recuerdos y redactaba lo que iba recolectando de mi memoria. De



ahí las lagunas que encuentras. Con todo, qué favor tan grande se me hizo con esa exigencia. Tengo una pauta, una orientación ya fijas para la obra definitiva que me propongo.

Las letras, por su parte, tienen que agradecer al doctor Alvarez este gran servicio. Sin esa feliz idea, ni esas páginas tendríamos del poeta, de carácter íntimo.

Por lo que hace al proyecto de sus memorias, lo acarició por mucho tiempo. En cierta ocasión, encontrándose en la capital de Francia con Armando Donoso, escritor chileno que es, con justicia, blasón de orgullo en las letras de su país por lo mucho que sabe y lo bueno que dice, Darío le hablaba de la manera siguiente:

—Si yo hubiera sabido que iba a tenérseme por un hombre de fama, desde muy joven, me hubiera preocupado en colectar datos de mi vida. Esos datos que interesan al público que nos lee. Cosas simples, detalles pueriles, pero que a veces nos dan a conocer a un hombre de letras en su psicología mejor que el artículo más bien pensado y escrito. En mis sueños de gloria no entró el cálculo de la celebridad. Lo que no sea asunto de mi vida de escritor, y aun eso muchas veces, lo guardo en una forma vaga e imprecisa. Sin embargo, he de hacer algún día un supremo esfuerzo y escribiré algo que refleje bien mi personalidad.

Conmigo era más explícito en sus últimos días, sobre todo en las horas de esperanza y buenos sueños, cuando una reacción de su organismo enfermo y agotado le daba ánimos y ponía flor de entusiasmo en su alma envejecida.

—Mis memorias, exclamaba, porque he de hacerlas, tienen que ser una obra sensacional. Los generales cuentan sus batallas. ¿Y las mías? ¿Te acuerdas? Todos, todos contra mí. Y eran los grandes, los consagrados, los olímpicos. Unos pocos muchachos, sin nombre, me seguían. Mis discípulos eran pescadores de gloria, tan ignorados como los de Jesús. Y triunfé. Esa historia de mi labor literaria en sus primeros tiempos, es la historia de una gran época en la vida de las letras.

Yo le contemplaba con interés, lo animaba en sus buenos propósitos; pero allá, en el interior de mi alma, sentía la pena del que ve a un condenado que dibuja sueños sobre un porvenir que ya recorta la mano fría de la implacable segadora.

Del hecho que voy a referir, ni el lugar del escenario recordaba Darío en sus notas autobiográficas.

Antes de entrar en el asunto, bien estará conocer al protagonista de aquel raro episodio.

Se llamaba el hombre aquel Cayetano Sánchez. Era un militar recio de músculos, exaltado de imaginación y por añadidura un impulsivo sin breque posible. Nuevo Don Quijote de las armas, por lo dislocado de la fantasía, se atiborraba de libros extraños, todos ellos capaces de restarle el poco buen seso que le quedaba y atizar la llama de aquel temperamento de fuego.

El cuartel de artillería de que era jefe se encontraba calle por medio del edificio ocupado por la tipografía «La Unión», centro editorial de tres diarios: «La Bandera Nacional», el «Diario de Centro América» y el «Correo de la Tarde» que dirigía Darío.

Sánchez gustaba de los hombres de letras, y aquella vecindad le permitía satisfacer sus deseos de tratar y compartir con gentes intelectuales. Visitaba con frecuencia las redacciones, y, sobre todo le complacía sentar a su mesa en su pabellón a sus amigos escritores, y a la verdad que se comía allí admirablemente.

Gran tirador, era una de sus obsesiones el que todos admiraran sus habilidades, sobre todo si éstas lograban arrancar un suelto de gacetilla elogioso. Consistían éstas, entre otras varias, en colocar a los cornetas en fila, con una manzana u otra fruta cualquiera sobre la cabeza, y, a treinta pasos, con revólver, iba haciendo caer una tras otra las referidas pomas. Lo de la manzana lo entusiasmaba por el recuerdo de Guillermo Tell, que a su juicio valía más por su acertada puntería que por haber libertado a su patria. Algunas veces, por variar el deporte, le quitaba a su asistente un puro de la boca, gastado por cierto, con igual arma y a la misma distancia. Tales ejercicios solían ser aperitivo o postre de sus banquetes. Cuando los dejaba para postres, los comensales pasaban unos momentos verdaderamente angustiosos. Libaba fuerte y medio mareado por los vapores del vino ponía en ejecución la peligrosa hazaña.

Vacilante, daba miedo verle tomar el revólver y ponerse en acción. Era, a pesar de su estado, admirable: no erraba jamás.

Por los días en que pasaba el episodio que llevo relatado, estaba el general en malas relaciones con el presidente de la república. Su enojo entrañaba de la guerra que promovieran los Ezetas contra Guatemala, después de la traición que de manera maestra nos describe Darío. Fué Sánchez en aquella emergencia, el jefe del ejército expedicionario. Avido de gloria, deseaba que las operaciones militares continuaran, y la noticia de que la paz había sido firmada, le sacó de quicio, sobre todo porque el pacto hecho en la capital no fué sometido a su opinión. A punto estuvo de sublevarse en el campo de batalla. El gobierno, que le temía, y con razón para ello, pues era capaz de todo y el cuerpo de artillería se mostró siempre para él adicto, obediente y fiel, a fin de aplacar sus iras, dispuso hacerle una recepción pomposa y grande, como propia de un caudillo que viniera de realizar una heroica conquista. Entre los puntos del programa de recepción, estaba el que una de las hijas del presidente entregara a Sánchez una corona de laurel, después de pasar bajo los arcos triunfales levantados en su honor.

El caudillo, decepcionado, venía hosco y grave, inclinado en su caballo sudoroso, poco dispuesto a recibir agasajos. La hija del primer magistrado de la nación se desprendió de la muchedumbre, en el momento oportuno, y ofreció la corona de laurel. El militar rudo recibió desdeñosamente el homenaje, mascullando algo ininteligible que algunos tradujeron por palabra de gracias.

Después... ante la multitud atónita, con gesto propio de su raro temperamento, tomó la corona y se la plantó en el cuello a su caballo.

Desde aquel momento un soplo de odio separó a los dos hombres.

El cuartel de artillería estaba cerca de la casa presidencial. Era Sánchez un vecino que no convenía al mandatario y así dispuso pasarlo al castillo de Matamoros, (de San José, dice Darío equivocadamente) como jefe de aquel fuerte. El cambio de domicilio dió lugar a un banquete. Todos los convidados eran gente de letras, escogidos entre los viejos y buenos amigos de otros días, personal de plana mayor en los diarios que editaba la imprenta «La Unión»: Proaño, Palma, Pujol, Leonard, Darío y, como un extra, el doctor Juan J. Ortega, gloria de nuestros médicos centramericanos, que ha puesto su nombre muy alto fuera de su país, en su profesión y en el ejercicio de la diplomacia.

El castillo de Matamoros, es una construcción a la usanza española, sombría, fuerte, con algo de pavoroso en su recinto. Desde sus altos se domina la ciudad de Guatemala, en cuyas afueras se encuentra, y le sirven de fondo las montañas soberbias del magnífico valle que eligieran los conquistadores para dar asiento a la población.

Durante la comida, más que salpicada de libaciones, se habló de todo, sin que una nota fuera de tono perturbara la armonía. Pero de sobremesa, quiso la mala suerte que el anfitrión se acordara del presidente de la república y de los resquemores que con él tenía, Hora fatal y trágica.

—El general Barillas—tal el nombre del gobernante;—es un canalla, un cobarde, un... Y esta noche acabo con él. Todo está preparado; ustedes van a ver algo muy grande. Acompáñenme.

Sobre el almenado, tres grandes piezas de artillería de grueso calibre estaban listas para disparar. Los sirvientes junto a los cañones listos para obedecer la orden.

—Los tres disparos están calculados para volar la casa presidencial. Bastará con tres; pero habrá muchos más. Dentro de un momento sabrá Barillas lo que es bueno.

Todos conocían al hombre, fiera humana siempre, pero más temible cuando, como en aquellos momentos, el alcohol daba fiebre a su instinto.

La orden temida no se dió, felizmente. Unas cuantas frases amables amortiguaron, momentáneamente los furores del general. Volvió a la mesa acompañado de sus invitados. Un sentimiento de angustia expectante los dominaba a todos. Grave era el caso. Por un capricho podía turbarse la paz del país. Todos comprendían su responsabilidad inocente, pero al fin responsabilidad. Darío, temperamento tímido, de una timidez de gamo, era el que más intensamente sufría. En su penar no debió entrar, por menos, su condición de medio casado y la espera de la esposa.

Los comensales aguzaban su ingenio para distraer a Sánchez. Acaso nunca se haya visto más halagado un hombre mediocre por un número igual de gente de mérito. Leonard le hablaba de Polonia, su patria desgarrada; Pujol, de la república en España; Palma, de la manigua, teatro de homéricas heroicidades; Darío, de Chile y de Balmaceda; Ortega de operaciones sorprendentes; Proaño, de los martirios que, en unión de Montalvo, le hiciera pasar García Moreno. Hora mala fué en la que se hiciera tal cita.

—García Moreno, rugió Sánchez, era un santo comparado con Barillas. Dichosamente, esta misma noche daremos cuenta con ese general de cartón. Y se puso de pie, en ademán de salir para dar la orden de hacer fuego.

A Palma, como dice Darío, se le ocurrió una idea excelente. «Bien, Cayetano, le dijo: pero antes vamos a improvisar unos versos sobre el asunto. Haz que traigan más cognac».

Mientras llegaba la provisión alcohólica, Palma continuó diciendo, para ganar tiempo:

—Voy a recitarte aquella décima que improvisé en una velada y que tanto te gustó; aquella en que hablo de alfileres y termino con un alfilerazo. Oye:

«¡Las mujeres son tan bellas!
Las formaron los amores
De la esencia de las flores
Y la luz de las estrellas:
Donde están inspiran ellas
Sueños de dulces placeres;
Que derraman estos seres
Gracia, ternura y fragancia,
Pero tienen la constancia
Prendida con alfileres».

—Déjate de alfileres, tornó a rugir el general, ahora se trata de cañonazos.

Darío, con un gesto raro, detuvo al terrible Sánchez, poniéndole una mano en el hombro y le dirigió esta redondilla:

«Ahora que hace tanto frío
y que estamos de vivac,
que nos traiga el comandante
una copa de cognac».

Entraba el asistente en aquel momento con una nueva botella, que se liquidó en menos de un suspiro. Cayetano no podía más y como narcotizado se quedó dormido.

Así acabó aquella escena trágico-cómica que el poeta recordaba con risa, pero no sin que sus ojos se agrandaran en una expresión de espanto retrospectivo.





(CONTINUARÁ)

Comentarios

— Disputan socialistas, radicales,
conservadores ¡todos!
— No, no eso.
Es que están celebrando en el Congreso
unos Juegos Florales.



Rosa que era una santa
se casó con Antonio que era un santo.
Y congeniaban tanto
y su dicha fué tanta
que, al año nada más del casamiento,
se murieron los dos de aburrimiento.



— Sin carrera y sin oficio,
¡qué bien vive ese señor!
— ¿Y qué es lo que hace?
— Es deudor —
vitalicio.



Sale de casa
don Sisenando.
Por donde pasa
va tropezando.
Y, aunque afligido
de su torpeza
va convencido
de que tropieza.
¿Cómo se explican
sus tropezones?
Porque le pican
los sabañones.

¡Qué hombre tan estudioso!
¿Ese libro será de Medicina?
¿O un tratado frondoso
de Derecho? Ninguno lo adivina.
Está leyendo un libro de cocina.

— El contubernio no es admisible.
— Esa palabra tan imprudente
la inventó Elpidio seguramente.
— Es un vocablo tonto y risible.
— ¡Cómo protestan los ambiciosos!
— ¡Cómo se enojan los exitistas!
— ¡Contuberniales!
— ¡Contubernistas!
— ¡Contuberneros!
— ¡Contuberniosos!

Filósofo profundo,
no hay hombre más feliz en este mundo.
Sus dos esposas se murieron tísicas.
Y hoy busca otra mujer
y se dedica a hacer
gárgaras metafísicas.

Le Breton ésto escribió:
«A la mayor brevedad
venga Firpo a esta ciudad.
Firpo, Torterolo y yo,
¡qué invencible trinidad!»



— Si hurgarse la nariz es un pecado,
Panchito Bataraz se ha condenado:
— No le importará un cuerno,
puesto que, a su manía dedicado,
se hurgará la nariz en el infierno.

Molina, complacido
exclama:
— Ya es sabido
que, desde el otro día,
mis cosas no van mal.
Aunque éstos me rebaten
y aquéllos me combaten,
me tiene simpatía
la industria nacional.

En nuestro próximo número aparecerá la interesante nota titulada
LA EVOLUCION DE LA MELENA
Cabelleras de vates, mosqueteros, damas antiguas y modernas, etc., hasta llegar al influjo del cabello frondoso en la política.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Divagaciones de un confinado, por **Miguel de Unamuno.** Revelaciones íntimas de Rubén Darío, por **M. Soto Hall.** Las tres respuestas, por **Arturo Lagorio.** El sport del futuro, por **Manuel García Hernández.** «Santa Ana» en Tilcara, por **José Armanini.** Los indios entre los antiguos teólogos y los republicanos, por **Francisco Grandmontagne.** Por el honor de Margot, por **Tirso de Lorenzo.** Siesta provinciana, por **Alejandro Inzaurraga.** Antón, por **Alberto Casal Castell.** La historia se derrite, por **José Luis Torres.** Tabla sagrada, por **José Hernán Figueroa.** Poesía de las cosas, por **Pierre L'Ermite.** Desengaños, por **Rafael Altamira.** El rey Lear, por **H. C. Witwer.** Un horrendo crimen, por **Julio do Arizonas.** Una cacería heroica. Momentos embarazos, páginas humorísticas de los dibujantes norteamericanos **Swinnerton y Charles Dunn.**